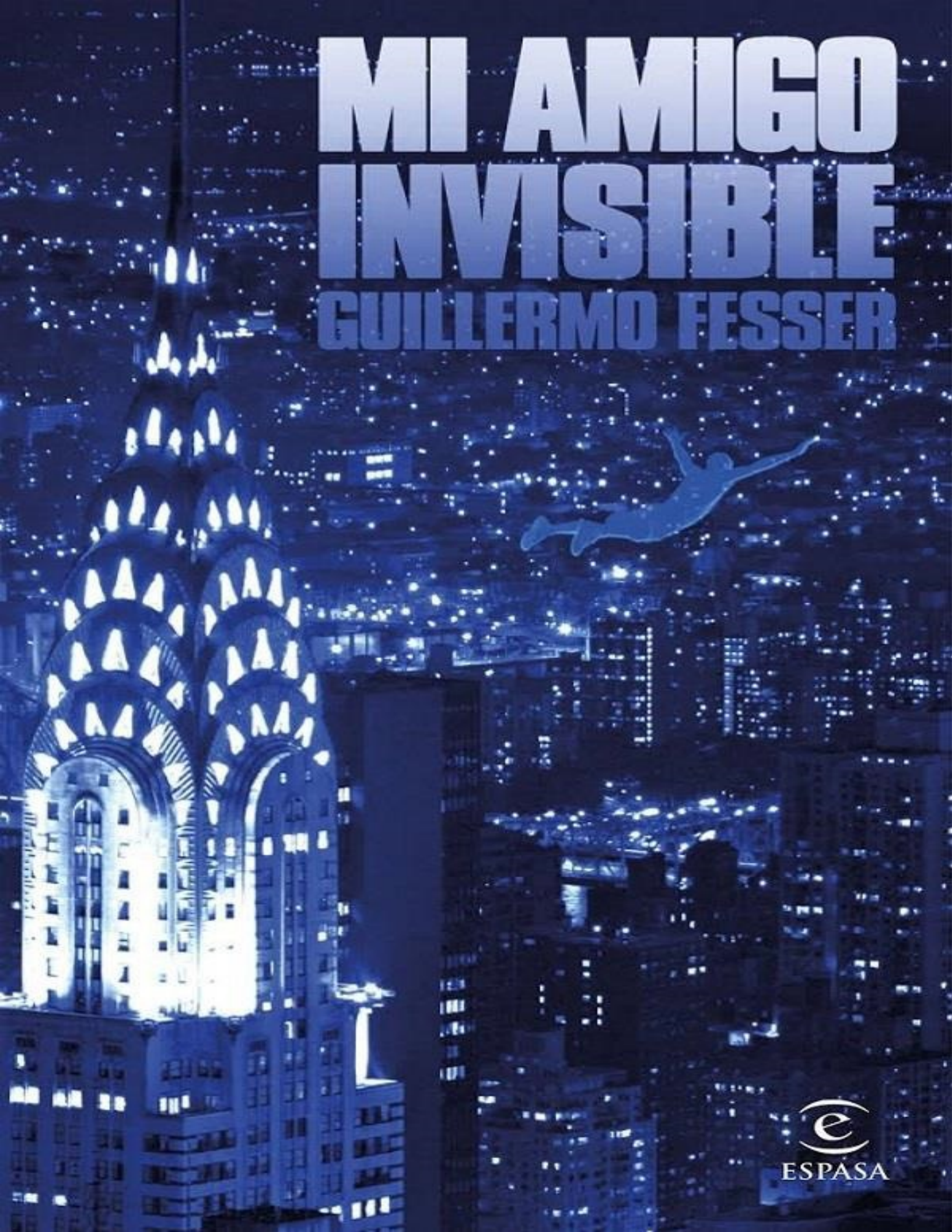
MI AMIGO INVISIBLE

GUILLERMO FESSER



ESPASA

Sinopsis

Con la mezcla de cotidianeidad y surrealismo que le ha convertido en un referente del humor contemporáneo en España, Guillermo Fesser hace en esta novela una versión 2.0 de La tesis de Nancy, la cara B de su best-seller A cien millas de Manhattan. Su protagonista, Ingelmo, es un autor en crisis, incapaz de enfrentarse al reto de escribir su segunda novela tras el moderado éxito de la primera. A su crisis creativa se le suma un tsunami vital y matrimonial que el personaje va desgranando en primera persona. Por si esto no fuera ya lo suficientemente complicado, nuestro héroe tiene que soportar todo el día los sermones que le suelta Agenjo, su amigo invisible. Cuando Ingelmo piensa que no podrá soportar más dosis de neurosis al cuadrado y de surrealismo al cubo, Agenjo le hará una propuesta que no podrá rechazar.

En memoria de Pepe Blázquez, referente universal de la cocina tradicional madrileña.
Para Sarah, porque todos los días vuelve a enamorarme.

PRIMERA PARTE

EL CAMINO

Madrid, a finales de 2010
Día uno. Sábado. Parcialmente nublado

Mi editor literario me da un ultimátum. Me viene a decir, como la novia italiana que me mandó con viento fresco el día en que cumplía dieciocho años: «*Giancarlo, sei finito*». Obviamente, no se expresa en esos términos. Intenta una aproximación más amable y una gramática más sofisticada, pero el mensaje resulta claro y conciso: en ocho meses vence mi contrato y, salvo que se produzca un milagro y les entregue de inmediato un texto con potencial de convertirse en *best seller*, puedo darlo por rescindido. Al menos me ha llamado él, lo cual es muy de agradecer si tenemos en cuenta que, en todos los años de relación profesional que hemos mantenido, siempre he sido yo quien ha realizado el esfuerzo de marcar su número. Lo malo es que esta primera ocasión lleva pinta de convertirse en la última y mi editor me planta en el pecho una bomba de relojería que, según intuyo por los incómodos silencios que adornan nuestra cordial conversación telefónica, terminará conmigo inmolado en el paraíso de los escritores fracasados. Lugar de ensueño donde, por cierto y que yo sepa, no hay vírgenes esperando. ¿Escribir un libro decente en ocho meses? «Estás loco», le digo. Pero Josep María Punget, nombre compuesto con el que mi editor consta en su tarjeta de visita, no se aviene a razones y, en su lugar, trata de dulcificar la catástrofe con absurdas sugerencias del tipo: «Tómatelo como un reto y aprovecha para ponerte las pilas, *nen*». Yo me defiendo con un: «Oye, oye», pero él interrumpe mis inútiles protestas con un: «Ni oye, ni mierdas», porque, según su jefa, llevan demasiado tiempo sin publicar nada mío. «Nada tuyo de interés», matiza. Yo le comento que se equivoca, que no es cierto, y, para probárselo, le recuerdo un artículo a media columna en la revista *Interviú*. Pero Punget dice que el *Interviú* se la pela. Una falta de respeto monstruosa con uno de los pocos medios de comunicación que aún paga decentemente a sus colaboradores. Ya ves. Y, encima, se atreve a insinuar que la mencionada pieza fue un encarguito menor basado más en el principio de la caridad cristiana de su agencia que en la consolidada calidad literaria de quien les narra esta historia. «Tienes ocho meses para elucubrar una novela que podamos vender. Ni un segundo más. La agencia es un negocio, no la Cruz Roja». Y me cuelga. El crujido de la línea retumba en mis oídos como un pistoletazo a quemarropa. ¿Qué hacer? ¿Por dónde empezar? El agobio da paso a la rabia y esta, finalmente, al orgullo. Vale, pues escribo un *best seller*. Vaya que si lo escribo. Le voy a proporcionar el premio Nadal de este año y luego, en venganza, seré yo quien me despida: «No insistas, Josep María, dile a tu entrañable jefa que me las piro. Vuestra agencia no ofrece suficiente arroz para un pollo de mi categoría». Me vengo arriba de pronto. Punget se va a cagar. Con gracejo, me atuso el cuello del pijama, respiro hondo y, ya un poco más calmado, reacciono con la elegancia que siempre ha caracterizado a los escritores de prestancia: me pongo un café, me enciendo un cigarrito y salgo escopetado con urgencia a visitar el cuarto

de baño. De momento, el que se caga soy yo.

Empujo con arte. Me concentro. Pienso. Transcurre un cuarto de hora y, en lugar de musas, sólo consigo atraer musarañas. No se me ocurre ni una sola trama de interés para un libro si descartamos, claro está, la biografía de un escritor maldito que se persona en la agencia literaria Farnés de Barcelona, carrer D´Aragó 33, entreplanta, con un bidón de gasolina súper y un mechero Clipper. «¿Está la jefa? Que salga, que le traigo un regalito». Vaya: no hay papel.

Me doy un baño de asiento y recapacito. Un exagerado el Punget este. Hombre, es cierto que en mis quince años de contrato con la Farnés solamente he sido capaz de alumbrar un libro. Bien. ¿Y qué? Aunque acepto que mi bibliografía pudiera parecer en principio escasa, lo justo sería reconocer que no todos los escritores pueden presumir de haber publicado algo en un reconocido sello literario. Además, el mío, una novela corta (ciento veintitrés páginas), casi llegó a estar en la lista de los más vendidos. Se titulaba *Es complicado nadar en Alaska* y, descontando devoluciones, se facturaron un total de seiscientos dieciocho ejemplares. A doce euros con veinte, saca tú las cuentas. Para las dimensiones de nuestro país, un auténtico bombazo editorial. Te lo digo yo, que fui a que me firmara Eduardo Mendoza en la feria del libro y me comentó que aquí, a partir de quinientos, ya te consideran autor de éxito.

Menudo día, tampoco hay toalla limpia. La vagancia me impide levantarme a por una y me lleva a agarrar el ejemplar antiguo de *Interviú* que está sobre el taburete. Busco mi artículo en la página 32. Que se la pela, dice Punget. No te digo… Lo releo. Que se la pela… Bueno, la verdad es que analizado con la imparcialidad que da la distancia, ahora tampoco me parece que mi escrito sea como para tirar cohetes. En fin, paso página y encuentro un publirreportaje sobre bañadores Speedo. Trae los precios. Es curioso, pero los bikinis, cuanto más pequeños, más caros. Hummm… Hay que ver qué fotos más detalladas, ¿eh? Me va a costar reconocerlo porque uno tiene también su orgullo, pero… ¿Sabes qué te digo? Pues que al final, mira tú por dónde, me parece que el *Interviú* se la va a pelar también a un servidor.

Día seis. Jueves. Aguaceros. Se recomienda coger paraguas

Vuelvo a hablar con Josep. En esta ocasión le telefoneo yo para preguntarle, con ironía, si el nuevo libro se lo tengo que mandar o pasaría él personalmente a recogerlo. Intento suavizar el tema, pero no le hace ninguna gracia porque el asunto, me conmina, es de suma gravedad. «Muy, muy serio, *nen*», según declaraciones propias. Así que quedamos en que me pondré a escribir de inmediato y le iré enviando material por adelantado para que él me diga si estoy o no en el camino adecuado. Intento concentrarme frente al ordenador, pero nada más abrir el word, se persona mi amigo invisible, que padece de los nervios.

—¿Qué pez, acuamán? —me saluda, imitando torpemente el acento mexicano.

Mi amigo invisible sufre alucinaciones y necesita estar medicado. Afirma que sigue el tratamiento, pero yo sé que no lo cumple y, como es mi deber, se lo recuerdo.

—Medícate, porque como hagas alguna tontería y caigas en manos de un juez, la cosa no va a tener solución. Te vas a ver entre rejas, y ahí yo no puedo ayudarte.

—Vale, te prometo que voy a hacerlo, José Luis —musita.

De sobra sé que a este amigo debería mandarle a hacer gárgaras, pero, siguiendo su línea

habitual de actuación, reposiciona sus rasgos fisionómicos en expresión melancólica, como de ángel inocente, y consigue ablandarme. Me parte el alma en dos trozos. En dos mitades con sentimientos encontrados. A saber: una parte de mi ser queda envuelta en la profunda tristeza que causa ver a un amigo inmerso en circunstancias tan nefastas. La pena negra. Pero, por otro lado, despierta en el resto de mi ser unas ganas inmensas de romperle la crisma, debido, sobre todo, a que el pavo a quien conozco desde hace treinta años me vuelve a cambiar el nombre y se refiere a mí como José Luis. No te jode.

No sé las veces que le he podido repetir que mi nombre de pila es Juan Carlos. Ju-an-Car-los. ¿A que no es tan difícil? Pero mi amigo invisible, al no medicarse, pierde el hilo y se le va la pinza. No le enganchan los piñones del plato cerebral. Le resbala todo. Y así están las cosas: tal y como las cuento. Ahora, peor para él. A mí plin. Cada palo que aguante su vela. Cada mochuelo a su olivo. Yo no puedo hacer más. Mi amigo es invisible. Transparente para el resto de la humanidad, ¿me explico?, y, debido a estas farragosas circunstancias, no puedo ir a solicitar ayuda a la asistencia social so pena de que me consideren tarumba.

—¿Y esa onda, José Luis? —me suelta en plan tierno.

Me contengo y, por enésima vez, le vuelvo a aclarar que mis padres me pusieron de nombre Juan Carlos. Me mira perplejo. Como si le acabase de informar de que los extraterrestres visten calcetines blancos con la bandera del Betis en el reborde. Se muerde el labio superior, fuerte, con rabia, como si la carne fuera de otro, y por fin se atreve a preguntarme:

—¿De verdad que te llamas Juan Carlos?

—Sí, como el rey de España —le aclaro.

—Bueno, rey por ahora… —me apunta.

—¿Y a qué viene eso? —respondo sorprendido—. Que yo sepa al hijo no le han anunciado de momento subida de cargo en la empresa.

—Bueno, no debería de comentarte esto, pero… —Baja misteriosamente la voz mi amigo—: Lo harán en breve, Clodomiro. Al príncipe Felipe no le harán esperar tanto como a Carlos de Inglaterra para llegar al trono. Ya lo verás. Conozco el asunto de primera mano porque soy amigo íntimo de la familia real y estoy al día de lo que se cuece en palacio. Habrá relevo pronto. Y a mí Letizia me gusta.

—Sí, Letizia vale mucho.

—No, que digo que me gusta. Que tiene un tipo bárbaro, para entendernos.

—¡Anda, vete al carajo!

Al carajo de la vela del barco, le aclaro, por si mi amigo desconoce la etimología. Pero el invisible hace caso omiso, se pone serio y empieza a entonar con solemnidad el himno de España. Chunda, chunda…

—Así que Juan Carlos… Vaya, vaya —musita.

—Pues sí, ya ves qué curioso: resulta que me llamo Juan Carlos —le respondo.

—Mira qué coincidencia, porque el otro Juan Carlos y yo también somos uña y carne.

Levanto la vista y, antes de que pueda abrir la boca para sugerirle que se evapore, me relata una batalla. Resulta que hace unas semanas, dice, le pusieron un llama/cuelga de la Zarzuela. Acudió a la cita y allí, en un encuentro informal en el que su majestad aprovechó para comentar que Gago, el del Madrid, era un paquete, se le solicitó que bajase en visita secreta a Marruecos. Dice que le ordenaron bendecir la venta de Maroc-Telecom a Francia y le pidieron mucha

discreción para que Alierta, el presidente de Telefónica, no se cogiese un rebote. A cambio de esta cesión, mi amigo invisible había de conseguir que el régimen alauí reconociera la titularidad española de la bolsa de petróleo localizada por Repsol en la costa canaria. Ya ves tú la misión imposible que se saca de la manga. A mi amigo invisible se le ha fundido definitivamente la biela.

—No me crees, ¿verdad, José Luis?

—No.

¿A que me entiendes ahora? No hace falta ser un flecha para notar lo mal que le sientan a mi primo las drogas. Medicinas del alma, como las define él de forma poética para quitarle hierro a su adicción. Porque, esa es otra, el tipo no se corta un pelo y ha experimentado con todo el catálogo de estupefacientes del vademécum.

—¿A qué tanta conmoción? —me suelta de golpe, intuyendo mi frustración literaria.

—Tengo ocho meses para entregarle un libro a mi agente. Una misión imposible.

—Si tu agente trabaja en el FBI, te puedo echar un cable —ofrece solícito.

Ya estamos otra vez con la policía. No te puedes ni imaginar la obsesión que tiene el invisible con las fuerzas de seguridad. Dice que ostenta un puesto de responsabilidad en el Buró Federal de Investigación de Estados Unidos, el FBI, y que se encuentra destacado en España en misión especial. Que le han puesto a su entera disposición a lo mejor de la Benemérita.

—Debe de molar trabajar en el FBI —le comento.

—Más mola trabajar para la Guardia Civil.

—Qué dices…

—Tú has visto muchas películas; pero el FBI es una mierda comparado con la Guardia Civil. Te lo digo yo que conozco ambos cuerpos.

Acto seguido, me indica que, con los tricornios, se encuentra inmerso en «Operaciones secretas de alto estado, güey». Que le bastaría con guiñar un ojo para que la institución entera lo diera todo, primero por él y luego por la patria. Que despacha con el director del mando único los martes por la mañana, en horario de doce a dos y, los jueves por la tarde, de cuatro a seis. Que su grupo está a punto de asestarle un *madrazo* al cartel ruso. Le replico que los Madrazo eran unos hermanitos pintores y que habrá querido decir mazazo y me replica que me vaya a la chingada con mi instinto de puto colonizador. Así me contesta el deslenguado. Y añade que: «Un respeto, por favor», porque él es consejero personal del presidente de Estados Unidos para asuntos de seguridad. Está como una cabra. Como un cencerro. Como un perro con tres rabos. Pero es mi amigo. Invisible, pero amigo.

—¿Tu agente también es norteamericano?

—No, es catalán y muy español.

—¿De Ciutadans? —consulta, haciéndose el listo.

—No, periquito.

—¿Y qué tareas desempeña?

—O sea, no es agente, agente. Es más bien editor. Bueno, los dos, porque en teoría me busca trabajos. Yo le mando textos para que publique y él me responde: *«Ja te direm coses»*; que viene a significar que si te he visto, no me acuerdo. O sea, el mamón no me publica nada. Y ahora viene con que la culpa es mía y que, como no se me ocurra en ocho meses una novela sobre la Guerra Civil, tipo Almudena Grandes, me manda al carajo.

—Entonces tenemos que ponernos ya.

—¿Ponernos?

Le dejo caer que no necesito su ayuda, pero no se da por aludido. Se lleva la mano a la nuca en señal de concentración y me sugiere una idea. Ya lo tiene, me dice: la historia de unos hermanos gemelos separados por una tragedia… «Porque la relación fraternal siempre da mucho juego. Hermano rico, hermano pobre y esas cosas». «Sí, sí…», le respondo para quitármelo de en medio, pero él insiste aclarando que me lo comenta sin ánimo de lucro y que «sobre ese asunto te podría dar pelos y señales porque yo tengo un hermano mellizo». Ahora resulta que mi amigo invisible tiene familiares.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es que no me has presentado nunca a tu alma gemela?

—Nos separaron al nacer. Es una historia muy dura y no me gusta comentarla con nadie. Pero por ti destaparía las heridas.

—Ya. Muy generoso.

Menuda cruz. Por más que yo intente anticipar por dónde va a salir para frenarle, este amigo invisible siempre ejecuta un recorte y me sobrepasa. Se burla de mí con la técnica de regateo de Iniesta: toquecito a un inesperado espacio muerto una décima de segundo antes de que el contrario alcance a robarle la pelota.

Día doce. Miércoles. Nubes y claros

Me llama Josep para ver si ya me he puesto al tajo y, como no he empezado y me da vergüenza reconocérselo, me sorprendo contándole que he escrito el primer capítulo de una tragedia apasionante basada en la vida de dos hermanos gemelos.

—Estupendo, mándamelo ya mismo. —Y me cuelga.

Pues ahora sí que la hemos armado. A toda leche me pongo al teclado e improviso lo que puedo. Cuando llevo tres folios, mi editor me pone un mensaje de texto preguntando que qué pasa y le tengo que mentir con la excusa de que no me funciona internet pero que el técnico está ya en ello. Por fin termino y se lo hago llegar. Vía fax. Más que nada por darle salida al aparato, pues me causa pena ver cómo se queda obsoleto sin que nadie le ofrezca trabajo. Al poco suena el fijo, que ya es raro, y lo atiendo. Es Josep. «Nada. Olvídate. Ni gemelos, ni prismáticos», me desanima. Reacciono sobre la marcha y le solicito que recapacite. Que recuerde que la crítica especializada también se cebó erróneamente con Dostoievski cuando publicó *Los hermanos Karamazov;* que le recriminaron que la narración omnisciente era un petardo y que se apartaba con excesiva frecuencia de la trama principal para penetrar en la historia de personajes sin trascendencia. Pero el Punget se cierra en banda y me regala un consejo: *vés a pastar fang.* Entonces me aprieto los machos y, en legítima defensa, alego que el enganche narrativo de mi propuesta no reside tanto en la tensión fraternal que él injustamente rechaza, como en el hecho de que la acción se desarrolle en una pequeña aldea de Soria; ya que lo rural suele resultarle siempre al lector muy atractivo. Que se acuerde de Delibes, le indico.

—¿La trama ocurre durante la Guerra Civil? —me interpela.

—No —le respondo.

—¡Pues entonces, olvídate, Juan Carlitos! Además, ya te digo que la gente de hoy día

demanda historias de ciudad. De progreso. El campo ha muerto.

Josep resopla. Yo no cedo. Entonces replica que haga lo que me dé la real gana, pero que el tiempo pasa, y que me tiene que dejar porque tiene en la otra línea a Isabel Allende. Me intereso por saber si la autora va a publicar un nuevo libro. Me dice que la historia de una familia que habita en una aldea remota de la cordillera andina. Le pregunto que si no la ha mandado a ella también al cuerno. Traga aire. Se toma su tiempo. Suspira. Rebufa y me explica que, a Isabelita, si se le antoja escribir el horóscopo chino del mes, se lo publica en cartoné. Que una cosa es ser Allende y otra muy distinta ser Perico el de los palotes. Y me cuelga. Ya ves qué lástima.

Día quince. Sábado. Temperaturas moderadas

Mi hijo me pide el coche porque se ha dejado las llaves de la furgoneta en la cazadora. «¿Y dónde está la cazadora?», le pregunto. «En el almacén de mamá», me responde. Le recomiendo que maneje con cuidado y me contesta que le deje en paz y que conduce bastante mejor que yo. Así se dirige a su padre el mal criado y se las pira. Mi hijo no es que sea mal chico, es que está en una edad difícil. Bueno, desde que nació. La verdad es que yo no conozco a ningún vástago de nadie, tenga los años que tenga, que no esté atravesando un periodo delicado. Cuando no es por una cosa es por otra. Mi heredero se llama Sergio y trabaja en la empresa de distribución de congelados de la que mi mujer es socia fundadora. Al chico le gusta el empleo porque le deja tiempo libre para dedicarse a la música, que es su verdadera pasión. Toca guitarra eléctrica. Arpegios de esos que se te incrustan en el tímpano los domingos por la mañana y te obligan a cuestionarte el momento en que decidiste traerle al mundo. En fin, ya veremos por dónde sale; pero para mí que va a terminar tocando gratis en el Honky Tonk los jueves por la noche. De momento, lo único que tiene claro es que, cuando monte un grupo, lo va a llamar Sergio y los Palitos de Cangrejo.

A mi mujer el hecho de haber tenido que contratar a nuestro hijo en su empresa la saca de quicio. No soporta que Sergio sea el empleado que lleve el ritmo de trabajo más relajado. Y, naturalmente, es a mí a quien le llueven las quejas en la almohada. «Es que el chico esto; es que el chico lo otro; es que hay que ver con el chico». Yo me enciendo, y cuando el holgazán regresa de la colocación, me voy a su cuarto y empiezo a pegarle ladridos. Hasta que consigo tranquilizarme y trato de explicárselo de forma más didáctica: «Hijo mío, tienes que empezar a valorar las cosas un poco. ¿Tú sabes lo que es el dinero?». Me responde que sí, que el dinero es lo que gana mamá y yo saco del cajero». ¿Será capullo? A punto estoy de pegarle un merecido sopapo en pago a su desmedida insolencia, pero valoro los métodos educativos vigentes, según los cuales los progenitores podemos ser acusados de malos tratos y terminar en el penal de Cádiz, y decido contenerme. Hago de tripas corazón y lo intento por una nueva vía más pacífica. «Mira, Sergio, no puedes permitirte privilegios por el mero hecho de ser hijo de la dueña. ¿Me sigues?». Y él pone cara de aburrimiento, me promete que sí y me indica que cierre la puerta, por favor, que se quiere echar un rato. Y que le pida a su hermana pequeña que no corra por el pasillo porque la va a matar a hostias como la coja. Esa es la amable relación que tenemos. Como *Cuéntame*, pero en versión postmoderna. Me abro por evitar que la confrontación pase a mayores, pero el daño moral e irreparable a mi persona ya está hecho. Que yo lo saco del cajero.

Hasta mi heredero piensa que soy un flojo. El panorama no puede ser más desolador.

Tanto a Ana como a mí nos hubiera gustado mucho que nuestro chico se hubiese dedicado a una profesión más ambiciosa. No lo digo con desprecio al ramo de la congelación. Dios me libre. Todas las profesiones, practicadas con honradez, merecen la misma consideración. Pero si Sergio quería dedicarse a repartir croquetas de jamón por los restaurantes, ¿por qué insistió tanto en estudiar relaciones internacionales en el Trinity College de Irlanda? Porque esta también es buena. El niño se empeñó en estudiar fuera de España. Pues que estudie fuera el niño, nos convencimos. Lo mejor para el chiquillo. La educación lo primero. En estudios no se repara en gastos… así que tuvimos que vender nuestra casita en Jaén. El chalecito veraniego en el que pusimos todas nuestras ilusiones y todos nuestros ahorros. Pues nada, Juan Carlos, si se tiene que vender, se vende. Todo por Irlanda, Ana. Y la vendimos. Malamente, la verdad sea dicha, porque hay otro tema que se me había olvidado comentar: somos idiotas. Nos convenció un listo para que se la vendiéramos a él a bajo precio con la milonga de que iba a montar una guardería. Que conocía a mis padres del pueblo y que mejor dejar el terreno en manos de alguien que fuera a darle un empujón al comercio local antes que entregárselo a unos especuladores. Total, que se la medio regalamos y no tardó el tipo ni tres meses en revenderla por el triple para construir un edificio de cuatro plantas. Apartamentos. Menudo canalla. Si no estuviera el pueblo tan alejado de Madrid, que para llegar te tiras seis horas en un autobús de espanto, ya me habría acercado a darle su merecido. Aunque, bueno. Espérate tú que no salgamos algún día de la crisis, pongan AVE hasta Martos y me presente con un calcetín relleno de arena.

En fin, vuelvo a Sergio. Resulta que nos pidió dinero para un pisito en Dublín porque, ya ves tú el señorito, los dormitorios de la universidad no tenían lavadora. Cedimos. No sé cuántas libras para gastos de mantenimiento todos los meses. Le pusimos un giro. Y venga a soltar mosca hasta que, al terminar tercero, nos dio una buena noticia: «El año que viene no vais a tener que gastar ni un euro más en libros». Yo me alegré, levité de satisfacción. Le habrán concedido una beca, me dije, hasta que Ana me pinchó el globo y me hizo aterrizar de bruces.

—Lo que nos trataba de contar la criatura con eso de que no tendremos que comprar libros el próximo año es que ha repetido curso.

—No jodas…

—Ay, qué cortito eres para algunas cosas, Juanqui.

Mira, un desastre. Empezaron a llegarnos todos los meses, con cargo a la visa, doscientos euros de gastos en *the library*. Consultamos en el diccionario *Webster´s New World Thesaurus* (nueva edición completa) y ya vimos que *library* significaba «biblioteca». Nos aliviamos. Por fin el chico estaba hincando los codos. El sosiego duró menos que un petardo en fallas. Fuimos a visitarle en el puente de la Inmaculada y casi nos da un pasmo. Para empezar, en Ryanair sólo faltó que le hiciesen facturar a Ana la cajetilla de tabaco. Antes fumaba Camel, pero ahora le da igual la marca. Le pide al kiosquero que le dé una de las que pone «fumar puede causar impotencia» y sale un cigarrillo arrugado; porque dice que, como eso a ella no le afecta, pues no le entra yuyu. Total, que llegamos y resultó que The Library era el nombre de un *pub*. Le estábamos financiando al angelito las pintas de cerveza negra que se metía entre pecho y espalda todas las tardes. Sólo nos faltaba darle palmaditas en la espalda para sacarle los eructitos al nene. Con esa inclinación intelectual no me extraña que repitiera. Hay que fastidiarse. Seis años se tiró de hijo pródigo, entre pitos y flautas, hasta que pudo graduarse. Viviendo a todo trapo. Venga a

sacarnos dinero por el viejo método de liquidación por derribo: llorarles a tus padres pidiendo liquidez hasta conseguir tumbarlos. La repanocha.

Ana entra en el cuartito de la plancha, que es donde tengo yo montado el despacho profesional, y me pregunta si le he prestado el coche al chico. Asiento y añado un par de comentarios críticos para la reflexión. Ana se queja de que no encuentra las medias negras y aprovecha para sugerirme que no le dé más vueltas a lo de Sergio. Que no sea tan duro con el chico; que ella le nota feliz con su cometido en la empresa y que, al fin y al cabo, eso es lo único que debería preocuparme a mí como padre.

—Si yo estoy de acuerdo —le digo—. Pero, hombre, Ana María de la Encarnación…

Así le digo, porque, cuando me enfado con mi esposa, utilizo su nombre completo.

—Pero hombre, ¿qué?

—Leche, que si tan satisfecha te sientes con el comportamiento del niño, haz el favor de no calentarme a mí la cabeza con que si Sergio esto, con que si Sergio lo de más allá y no me obligues a ladrarle.

—Ah, le ladras por mi culpa, ¿verdad? No tenemos personalidad para tomar decisiones propias.

Y entonces, mientras a mí se me va abriendo la mandíbula poco a poco hasta encasquillarse, ella encuentra los pantis, se da la vuelta y desaparece. Ya no me va a volver a hablar en dos días. Lo sé perfectamente porque ocurre lo mismo cada vez que sale el tema de Sergio a colación. Esta mujer me desconcierta.

—¿Salimos, José Luis? —me pregunta mi amigo invisible, que se persona con ganas de charla.

—No puedo. Tengo que escribir. Toma asiento, si quieres.

Dice que ni hablar y pone como excusa que ya le gustaría, pero que le resulta imposible agacharse. Que últimamente padece de ciática en la pierna derecha y cuando se inclina se le agudiza el dolor. Un pinchazo que le surge a la altura de la cadera y le baja hasta la espinilla. Muy molesto, según relata. El traumatólogo le ha recomendado que pierda peso y le ha puesto una tabla de ejercicios para fortalecer los abdominales. «Se está usted encorvando hacia delante, como la letra C de *Barrio Sésamo* —le ha dicho—, y a consecuencia de su postura errónea, se le ha pinzado un nervio. Tiene que montar en bicicleta. Tiene que nadar».

—¿Nos vamos a echar unos largos a la piscina municipal de La Latina?

—Que no puedo.

Mi amigo invisible tiene que recomponer el esqueleto. Intentar, con el fortalecimiento de la tripa, volver a tirar de su estructura ósea hacia atrás para que el nervio vuelva a circular libre por el conducto del tuétano que le corresponde. No sabía yo que los nervios viajaban por conductos óseos, fíjate tú la ignorancia. Le han mandado tres sesiones de rehabilitación y le han hecho una electromiografía para localizar el lugar en que se produce el cortocircuito que le causa la cojera. Como a la Tía Bastones.

—¿Eso de la electromiografía en qué consiste? —le pregunto para salir de dudas.

—Una carnicería, machote.

—¿Te la hiciste por Sanitas?

—No, a mí me corresponde Asisa por el Ministerio del Interior, pero viene a ser lo mismo. Te tumban en una camilla y te empiezan a pinchar con agujas. A destajo. Como los chinos. Se

conoce que miden la actividad eléctrica en el nervio para determinar en dónde falla. La noche anterior lo consulté en internet, así que fui preparado y le dije al matasanos: «Mire, doctor, perdone mi intromisión en su campo profesional sin estar colegiado, pero me he documentado y estoy convencido de que padezco el síndrome del túnel carpiano. Una miopatía de esas, usted ya me entiende».

—¿Y qué te dijo?

—Que sí, que sí. Que me tumbase boca arriba y me remangase la pernera, por favor. Dice: «Igual siente usted un hormigueo leve», y, acto seguido, me propinó un pinchazo en el muslo que yo creo que iba con recochineo. ¡Mira que les molesta a los doctores que los pacientes accedamos al Google, ¿eh?!

—Hombre, Agenjo, macho, es que a ver si los nueve años que se tira un traumatólogo preparando la especialidad te los vas a fumar tú en una horita frente al ordenador.

A mi amigo invisible le llamo desde siempre por su apellido: Agenjo. Mantengo esa costumbre porque nos conocimos en la infancia, en la época del cole, cuando todos nos llamábamos así: Aramendi, Castaño, Esteban Ciriza, Gil Pato… Bueno, a este último compañero le colocamos un apodo. En realidad se llamaba Yáñez, pero era clavadito al tío de Donald. Recuerdo que un día le pegaron en el recreo un balonazo en sus «partes tímidas» y cayó desplomado en el cemento del patio. Pobre Gil Pato. Por lo visto, mientras nosotros le escuchábamos balbucear palabras inconexas, él observaba una luz blanca sobre la que se proyectó su vida entera en diapositivas. Y se conoce que, claro, como todavía éramos muy jóvenes, la proyección debió de terminar enseguida porque Gil Pato volvió a la vida en un periquete.

—Calla, no menciones desfallecimientos, que me acuerdo del calambre que me pegó el Mengele ese y me pongo de mal humor —suspira mi amigo invisible llevándose la mano a la rodilla—. El tipo me dijo: «Voy a tardar un rato porque he de diferenciar si su proceso es agudo o crónico; si adquirido o heredado y si focal o difuso». «¿Y eso?», le pregunté yo. «Por reducirlo a un diagnóstico que informe del pronóstico». «Ah —le contesté—. Pues ya me quedo más tranquilo». Y volvió a pincharme.

Me entra la risa. No puedo evitarlo.

—Pues no le veo la gracia.

—Es que alucino con tu historia.

—¿Sí? Pensaba que aquí quien sufría de alucinaciones himnopómpicas era yo.

Mi amigo invisible se tumba en el suelo de tarima instalado en mi hogar por Los Fernández, que son muy amables, visítelos, y empieza a hacer ejercicios de estiramiento. Primero boca arriba, con la pierna derecha flexionada hacia el pecho y la rodilla sujeta con las manos. Mantiene la tensión unos veinte segundos y, a continuación, cambia de pierna y repite el ejercicio con la izquierda. Después, se coloca boca abajo y extiende los brazos hacia delante. Los levanta sin mover la cabeza y, al bajarlos, eleva las piernas. Alterna el movimiento en plan tentetieso. Despacio. Otros veinte segundos. Resopla.

Por no verle más hacer el ridículo accedo a salir y almorzamos juntos. Agenjo carece de estómago, pero disfruta como nadie del aroma de los platos. Le llevo a Casa Salvador. Un sitio muy taurino. Donde Pepe. Pido merluza de pincho, la mejor del universo, y el dueño se nos suma a la sobremesa contándonos una anécdota de Belmonte. No te puedes hacer una idea de cómo es

Pepe. Te puede relatar de memoria cualquier momento de la historia del toreo. Tanto si estuvo como si no. Da igual, porque aprendió los pormenores de muchas faenas históricas de boca de su tío Salvador, fundador de la insigne taberna, que en paz descanse.

—Pepe tiene una memoria fotográfica —le comento a Agenjo cuando el dueño se marcha para traer más vino.

—Yo también tengo memoria fotográfica, José Luis. Lo que pasa es que todavía no la he revelado. Ja, ja, ja.

—Mira que eres tonto, chaval.

—Muchas gracias. Los españoles siempre tan corteses con los extranjeros. Sólo te falta decirme que no entiendes cómo sigo teniendo tanto acento después de llevar tantos años ya entre vosotros.

—¿Pero qué dices?

—Que a ver si solicitas una Erasmus, viajas un poquito, aprendes lo que cuesta sobrevivir fuera de tu propio país y se te pasa la arrogancia.

¿Ves lo que te digo de las drogas? En fin. Vuelve Pepe y sirve el caldo de la casa. Un César del Río. Cincuenta por ciento de viura y cincuenta por ciento de garnacha. Con maceración y fermentación en frío. Un vino joven con un punto de acidez que refresca mucho. Y nada caro: tres euros con veinticinco céntimos en la tienda.

—Rico, ¿eh? —apunta, y a continuación toma asiento y se queja de que muchos diestros le deben dinero—. Los matadores no pagan nunca, Juan Carlos —se lamenta—. Es la costumbre. Se presentan en la taberna con un montón de comensales y, cuando terminan el café, en lugar de apoquinar me dan las gracias. A algunos ya les he tenido que decir que no vuelvan. Que no puede ser: temporada tras temporada comiendo de gañote. A uno que sigue vigente en la fiesta le dije: «Mire, maestro, cuando yo voy a la plaza pago mi localidad; así que, cuando usted venga a mi casa, espero que haga lo propio con la consumición». Y el tipo se puso hecho un verraco. Que si le estaba llamando esto, que si le estaba insinuando lo otro. Total, que por no sacar los colores delante de la cuadrilla, extrajo de la chaqueta una chequera y me espetó en plan chulesco: «¿Qué se debe?». «Con las dos botellas de güisqui, trescientos euros», le dije. Firmó un cheque por doscientos cincuenta. «Maestro, que se ha equivocado». «Ah, sí, es verdad, trae para acá, que te hago otro». Lo rompió. El segundo lo firmó por doscientos quince. «Hombre, maestro, que se ha vuelto a equivocar». El tercero lo redujo a ciento ochenta. «¡Pero bueno!». «Mira, Pepe, cóbrate eso, que tengo el día despistado y lo que sea que falte, que al final serán las copas, entiendo que invita la casa». Y por no montar un escándalo y, sabiendo que entre aquella cifra y la posibilidad de no ingresar nada existía una línea demasiado fina, le acepté el talón bancario.

Sin mediar palabra, mi amigo invisible deja la silla, se sienta con las piernas paralelas e inclina el tronco hacia delante, estirando los brazos en dirección a los pies. Aguanta cinco segundos y retorna a la posición inicial. Diez veces. Resulta complejo, no te creas.

—Termina la menestra, Juan Carlos, que te vas a quedar como Manolete —me indica Pepe.

—¿Tan delgado era el maestro? —inquiero dubitativo.

—Sí, además de raro estaba muy escurrido de carnes. Seco. Como la mojama. Cuando le lanzó un derrote el toro en Linares, era un andrajo, sin masa muscular ninguna. No pudo aguantar la embestida. A ver. Si llega a ser otro, igual no la hubiera palmado. Ahora, se equivocaron los médicos al hacerle una transfusión de sangre. Ya advirtió el cirujano de la plaza

que el riñón no lo soportaría, que se esperasen. Pues fue ponérsela y entró inmediatamente en coma. Se le nubló la vista, preguntó por el subalterno y ahí se acabó Manolete.

—Así que era un tío raro, ¿no? Ay, Pepe, cómo se te nota que tú eres más de Dominguín.

—¿Yo de Dominguín?

—Hombre, verde y con asas… Ya me contarás. Si no, de qué va un buen aficionado a hablar así de Manolete.

Vuelve Agenjo a la mesa.

—¿Qué pedimos de postre? —me pregunta en voz baja, como temiendo que Pepe pueda escucharle.

—De postre en esta casa se toma leche frita —sentencia el tabernero como si en efecto hubiese podido oír a mi amigo.

Agenjo y yo nos quedamos a cuadros y Pepe, sin percatarse de nuestra sorpresa, nos explica el proceso. Se calienta leche en un puchero y, antes de que llegue a hervir, añadimos un puñado generoso de azúcar y unas ramas de canela. Se baja la lumbre y, poco a poco, vamos agregando el contenido de una taza en la que previamente hemos mezclado maicena con un chorro de leche fría. Pronto, si removemos con constancia y paciencia para evitar que se formen grumos, en la olla aparece una besamel fina y delicada que nos indica que hemos cumplido nuestro objetivo. Dejamos la masa reposar unas horas para que coja cuerpo y, a continuación, sólo nos queda cortarla en cuadraditos que, una vez rebozados en harina, saltarán alegres al dorarse en el aceite de la sartén. El resultado está de muerte. Aunque la masa nos quede un poco viscosa, no hay que asustarse porque la harina es el pegamento universal de la cocina y evita que se descomponga. Pepe mantiene que la harina es el superglue del cocinero. «Si no fuera por ella —nos confiesa—, al echar un boquerón a la sartén se desmenuzaría entero». A mí me entusiasma que nos revele pequeños trucos caseros; como el de agregarle una cucharadita de azúcar al bloody mary para reducir la acidez del tomate. Mano de santo. Pero a Agenjo todo esto se la sopla. No presta la más mínima atención a ninguno de sus comentarios culinarios. Él, como de costumbre, va a lo suyo. Acaba de volver a tirarse al suelo, que vete tú a saber quién habrá pisado por aquí, y se ha puesto a trabajar los abdominales. En este preciso instante, para que te hagas una idea, se encuentra en posición decúbito supino, flexionando las rodillas y llevándoselas al pecho en espiración. Una, dos… y así otras diez tandas.

—Me han enseñado a hacer la reanimación cardíaca —me suelta embebido en sus pensamientos—. Hay que golpear a la víctima en el pecho al ritmo de *By the Rivers of Babylone*, la canción de Boney M, porque esa melodía reproduce fielmente el traqueteo del corazón.

—Muy interesante —le respondo sin haber prestado atención alguna al desafortunado comentario.

—De nada, primo, a mandar —contesta chulesco sin coscarse de mi sutil indirecta.

Ahora resulta que le da por llamarme primo, como los gitanos. Debe de ser que se le ha contagiado al fin mi afición flamenca. Le llevé una noche a gozar del baile de Farruquito y se quedó prendado. Estaba como loco. «Mira —me indicó con la fascinación de un chiquillo—, cada vez que pega un brinco le saltan gotas de sudor del pelo». «No es sudor, Agenjo —le aclaré yo—. Eso es agua del grifo. Del Canal de Isabel II. Lo de meter la cabeza debajo de la ducha antes de cada actuación es algo que se inventó Joaquín Cortés porque queda mucho más lucido en el escenario. Puro espectáculo que ahora le copian todos». «Ah —me dijo él, volviendo a

señalarme las gotas y añadiendo—: Hay que ver lo que suda Farruquito, ¿eh? Menudo arte».

Agenjo decide incorporarse, pero no retorna a la mesa. Qué va. De pie, a unos metros de distancia, me observa engullir la leche frita, en plan informal, como quien no quiere la cosa; aunque salta a la vista que se trata de una postura bien estudiada. Muchas horas de espejo tiene detrás esta pose. Seguro que él piensa que parece Rafa Nadal esperando a recibir el saque de Djokovic en la final del Open USA, pero la triste realidad es que recuerda al típico vecino barrigudo que baja a echar un partidillo de pádel a la pista de la urbanización después de la siesta. Da pena. Con esas piernas que se le abren en forma de uve a la altura de la rodilla y se le afinan hasta llegar a unos tobillos con formato de palitos de cangrejo. Con esos pies planos. Con esa chepilla incipiente, porque este, de taurino, sólo tiene el morrillo. Ahora, Dios me libre de comentarle nada. Ante todo, respeto. Yo me limito a forzar una sonrisa y Agenjo aprovecha el intercambio de miradas para colocarse la mitad del cuello de su polo hacia arriba. Como por descuido. No es presumido ni nada… Sólo le faltaría anudarse un jersey finito de pico al cuello y rebozarse el pelo con Lavanda Inglesa de Gal y estaría listo para salir a tomarse unos chiquitos por Hondarribia. Menudo veraneante madrileño pijo está hecho el invisible este.

Terminado el almuerzo, me despido de Pepe y salimos a la calle. Ni frío ni calor. Temperatura moderada para dar un paseo.

—Estoy convencido de que a Sergio le hubiese venido mejor quedarse a estudiar en Madrid —digo por iniciar una conversación.

—¿Y eso? —me pregunta Agenjo, ajeno al interés de mis declaraciones.

—Por lo menos los dos primeros años de carrera y luego, si nos hubiera demostrado que le gustaba empollar, pues que hubiera solicitado su traspaso a Dublín y ya veríamos. Pero es que eso de pagarle seis años a todo trapo para que haya terminado repartiendo espinacas Bonduelle a la crema en una Ford Compact… Hombreeee, ya me explicarás tú a mí el negocio. Ya sé que la empresa es de su madre, que la heredará algún día y toda la pesca, pero no nos engañemos, el Máster del Universo se dedica a vender croquetas. Quizás debería de haberme mantenido más firme. «Papá, quiero ir a Dublín». «Pues no vas, Sergio». «¿Por qué?». «Porque lo digo yo y punto». «Menudo facha». «Facha no, Sergio, sentido común. Primero te dejas la piel estudiando en la Complutense, como todo el mundo, y cuando vea yo que sacas seis matrículas de honor, entonces te pides una Fulbright y que te manden a donde quieras».

—Estoy de acuerdo, José Luis: acción, reacción —se incorpora por fin mi amigo al diálogo —. ¿Que no se esfuerza el chico?, palo. ¿Que se esfuerza?, pues zanahoria. El premio hay que concedérselo a quien lo merece. Entonces sí. Entonces saca uno el dinero de debajo de las piedras para financiarle al niño lo que necesite. Como si hay que pagarle un máster en *Jarguar*.

—Querrás decir Harvard, bestia. La universidad donde sacó el máster el Obama.

—Pues en Alabama, José Luis. Si el sitio es lo mismo. En Alabama, o donde quiera estudiar el chico; pero sólo cuando demuestre con hierro, sudor y lágrimas que el Cid cabalga.

—¿Eh?

—Que evidencie que se lo ha ganado.

—Ah.

—En eso estoy contigo. En eso llevas razón.

—Oye, Agenjo, machote, ¿tú no me habías dicho que eras yanqui y que tratabas personalmente con el presidente de Estados Unidos?

—¿Quién, yo? Qué va. Me confundes con el Ross.

—¿Con el Ross? ¿Y ese quién es?

—Buah. Otro medio invisible que anda por ahí enredando.

Me entran ganas de estrangularle. Despacito, eso sí. Hasta que se le salten los ojos como a los tapones de Rondel verde, mi espumoso preferido, aunque no le hago ascos al amarillo tampoco. Pero me contengo. Se conoce que la educación recibida en un colegio de los Sagrados Corazones, con gimnasio y pista de atletismo al aire libre para las competiciones veraniegas, me retienen en mi sitio. Ahora bien, lo que ya no alcanzo a discernir es si me contengo debido al quinto de los mandamientos que Yahvé le pasó a Moisés en una tablet, «No matarás a un semejante porque la vida humana es sagrada», o, sencillamente, sigo la recomendación de Siddharta Gautama a sus discípulos: «No privéis de vida a los animales salvajes que pueblan la Tierra». Sea como fuere, mi amigo está hecho un cernícalo de kilo y tres cuartos.

Día veintiuno. Viernes. Vientos racheados

Josep no me contesta. No dice ni mu. Hace días que he intentado restablecer contacto con mi editor para exponerle mi nueva idea y no he percibido ni un mísero gesto de aproximación por su parte. El de Barcelona calla como la pared trasera del sepulcro de Tutankamón y a mí me empieza a entrar un desasosiego cercano a la sensación de siniestro total. ¿Tan alejado me encuentro de la pauta que marca hoy en día el mundo editorial? Le he dejado en el contestador un nuevo titular, para que pique y, en sana conversación, ofrecerle luego más detalles. Pues nada. ¿Qué le cuesta llamar? ¿Será posible que él, que trabaja en esto, no se dé cuenta de que los creadores necesitamos un punto de apoyo? No pretendo que sea amable conmigo, pero esperaba al menos que fuese profesional y me llamase. Que entendiese que una sola palabra suya bastaría para sanarme… para hacerme sentir vivo frente a la solitaria pantalla del ordenador. Y en estas digresiones me encuentro cuando recibo un telefonazo inesperado. Es Punget. Muy cariñoso.

—¿Qué? Que no se te ocurre nada, ¿no? —me lanza de sopetón.

—¿Cómo que nada? ¿No has escuchado mi propuesta sobre el centro de rehabilitación?

—Sí, a ver, pero…

—Pero ¿a ver qué?

—A ver, que no me encaja.

—¿El qué no te encaja?

—Que no lo veo, tú. A ver, el tema es demasiado vago.

—Pues te lo concreto. Imagínatelo: un centro de rehabilitación con pacientes que entran y salen. Como en el barco del amor, pero lesionados. Una teleserie para Antena 3. Todo tipo de personajes. La fisioterapeuta jovencita a la que le confiesan sus vidas los obreros accidentados. Hay un camionero que le dedica poemas…

Pues que no y que no. Que menudo ladrillo. Que no hay acción. Y se atreve a insinuarme que: «A ver, ¿dónde está el muerto?».

—Cógete cualquier libro de éxito, Juan Carlos —me dice—. Estúdiate el *Millenium* de Larsson. Destripa la trama de *El código Da Vinci*. A la gente le gustan las novelas policíacas.

Así me lo plantea, tal y como te lo cuento. «Y date prisa —me presiona antes de colgar—, no

vaya a ser que el fiambre de la historia seas tú porque tengo encima de la mesa tu contrato y empieza a oler a cadáver. Así que mueve el culo». Con esa cordialidad se expresa mi queridísimo editor. Se permite el lujo de llamarme holgazán. A mí. A un creativo, que somos gente que no paramos ni un segundo de darle al torno. Impresionante.

Arrugo el folio en el que había perfilado la fallida propuesta literaria y lo arrojo a la papelera. Canasta de tres puntos. Si no lo veo, no lo creo. La bola de papel ha dibujado una parábola perfecta. Ha logrado esquivar por décimas de milímetro el borde de la tabla de la plancha, ha rebotado con precisión sobre el espejo marroquí comprado en el mercadillo de Guadarrama y ha entrado limpiamente en el cesto. Triple de libro. ¡Triiiiiiiiple! ¡RA-TA-TA-TA-TÁ! La emulación del estilo narrativo de Andrés Montes me hace recordar que la radio también existe y la enciendo. No hay ningún programa decente. Todo son locutores que van dando paso a una retahíla interminable de anuncios. «Adelgar, Adelgar… Estamos a la vanguardia en el tratamiento de la alopecia masculina y femenina, las arrugas, la flacidez, la celulitis, el *lifting* sin cirugía, la corrección de la forma y el volumen de los labios, la liposucción, la regeneración y la reafirmación de la piel del rostro y del cuerpo». Me entran ganas de deprimirme y vuelvo a apagarla. Pero, contra todo pronóstico, sigue sonando. ¿Fenómenos paranormales? No, es la voz de mi amigo invisible, que se ha presentado una vez más sin llamar a la puerta.

—Hombre, José Carlos, yo no veo el panorama tan negro.

Como viene siendo costumbre, Agenjo me ha leído el pensamiento sin permiso. Sin respetar la privacidad de los mensajes. Y encima en esta ocasión, y sin motivo aparente, le da por llamarme José Carlos.

—No es por agarrarte del chongo —declara—, pero veo que te complicas mucho la existencia. Y me preocupa porque, de este modo tan negativo, nunca vas a alcanzar la felicidad interior.

Resulta que Agenjo se ha hecho intelectual.

—Acompáñame al Thyssen —me sugiere—. Te hará bien contemplar los cuadros de Van Gogh.

—No tengo tiempo para museos —le increpo.

Agenjo me mira con displicencia y menciona que a él la pintura se la refanfinfla, pero que a mí, para recuperar la autoestima, me resultaría muy bueno, tirando a excelente, que aprendiese a valorar los detalles sencillos de la existencia. Igual que el pintor de los Países Bajos.

—Quiero mostrarte cómo el Vincent fue capaz de convertir una birria en obra de arte —me explica—. Porque los girasoles, te pongas como te pongas, son flores que tampoco valen mucho…

Le miro con cara de pocos amigos, invisibles y reales, y él insiste en la bondad terapéutica de las pinceladas del de Holanda.

—Van Gogh a mí me ha enseñado a extraer felicidad de los momentos sutiles de la vida —continúa—. Hazme caso y vámonos: un viaje de cinco paradas en metro puede convertirse en una gran aventura si adoptas la actitud de un gran explorador. Verás que no te miento.

—¿Te importaría dejarme en paz? —le indico mientras abro la ventana con intención de arrojarme por ella al vacío.

—No tengo más que añadir —concluye—. Lo único yo…

—¿Qué? ¿Lo único yo qué?

—Que tienes la historia de tu vida delante de las narices y te empeñas en buscarla en otros sitios.

—Ya, o igual resulta que no encuentro esa historia porque un pelmazo, de cuyo nombre no quiero acordarme, me impide la concentración.

—Tú estás morongas, vivorolas —me reprende—. Tienes un día malo. Pero si ese es tu deseo, este osito de peluche ya se va para su estuche. Te dejo.

—¿De repente tienes prisa?

—Sí, quiero descansar un poco porque mañana temprano tengo una cita importante en la embajada norteamericana.

—Claro, claro, y yo almuerzo con Florentino Pérez. Anda, chalado, no te olvides la medicación.

—De eso despreocúpate, que estoy yo encima, José Carlos.

Día treinta y seis. Sábado. Bajan las temperaturas

A media mañana recibo la fatídica noticia.

—A ver, tú, dice la jefa que es perder el tiempo, Juan Carlos. Que lo dejemos. Entiéndelo, ella se esperaba haber publicado ya a estas alturas dos o tres trabajos tuyos continuando la línea de humor iniciada con *Es complicado nadar en Alaska*. Hemos invertido demasiado en tu primer libro con promoción, firmas, ¡la gaita!, para que ahora nos salgas con proposiciones de un estilo completamente diferente.

—¿Pero qué promoción? —protesto—. Si la entrevista en el *Faro de Vigo* me la hicieron porque soy amigo personal de la jefa de redacción. Y además es el único medio en que sacaron una reseña.

—Hombre, te quejarás de la presentación que tuviste en la Fnac…

—¿En la Fnac? Pero si ahí te pagan a ti por llevar autores, que me lo confesaste.

—Bueno, eso no puedo comentarlo ahora. No es el momento para…

—Ah, que está la jefa delante, ¿no? Y eso te lo sacas tú por fuera, ¿verdad, perro?

—Mira. No te pongas impertinente y lo fastidies todo. Nuestra relación profesional no funciona… y punto. Creíamos que tenías potencial y no ha resultado. A ver, me sabe mal comentarlo de esta forma, pero imaginamos que tu novela de Alaska era el comienzo de una prometedora carrera y resulta que fue el culmen de una breve etapa. Dedícate a otra cosa.

Me quedo callado intentando digerir el torpedo que acaba de lanzarme mi editor, Josep María Punget, a la primera línea de flotación. Creo que me estoy mareando. De hecho, me mareo y apenas puedo sujetar el teléfono.

—¿Estás ahí?

—¡Me cago en todos tus muertos más frescos, Josep! —le respondo.

—¡*Collons* de fraile, Juan Carlos! No me lo pongas todavía más difícil.

—¡Canalla!

—A ver, tú, no te lo tomes a mal, pero esto es una decisión de la Farnés que yo tengo que asumir. El grupo tiene que dar beneficios. Nos presionan los inversores y hemos decidido sanear.

Me recompongo un poco. A duras penas, pero consigo recomponerme.

—Josep —le digo—. ¿Tú estás seguro de que eres mi agente? Porque es que cada vez que hablo contigo me da la impresión de estar charlando con el agente del bando enemigo, ¿sabes?

—¿Eh? Sí, bueno, a ver, tú… —se disculpa sin saber muy bien qué decir—. Mira, yo voy a mediar para que la Farnés aguante hasta el vencimiento, como habíamos quedado… Pero tú ya te puedes poner las pilas porque ya te digo yo que, tal y como está el patio, salvo que nos sorprendas con *La catedral del mar 2*, la cosa va a estar fastidiada. ¿Me sigues? Esta tía no está por la labor… No le caes bien. Si sigues con nosotros es por mí; así que no te queda otra que sorprenderla. ¿No eres tan bueno? Pues sácate un *best seller* de la manga, me lo envías *i ja te direm coses*.

Me cuelga. Me deja planchado y sin raya en medio, como los *jeans*. Se masca la tragedia. Voy en picado hacia el abismo. Una drástica sensación de vértigo que se suma al abatimiento que me invade por tener que empezar a usar gafas. Me acaban de detectar dos dioptrías en el ojo derecho y una y media en el izquierdo. Una debacle. Esto de envejecer se está convirtiendo en una agonía. Te pasas la mitad de la vida queriendo hacerte mayor y la otra mitad soñando con rejuvenecer. La parte de en medio, desgraciadamente, pasa desapercibida. Es increíble a la velocidad de crucero que transcurre la existencia. Todo marcha bien hasta que un buen día te sorprendes interesándote por los pájaros y, de pronto, te das cuenta de que estás acabado. El interés de un ser humano por las aves es directamente proporcional al tiempo de vida que le queda en el planeta. De joven ni siquiera te fijas en los bichos con alas y, si te tropiezas con uno, lo que te pide el cuerpo es meterle un perdigonazo con una escopeta de aire comprimido. De mayor, sin embargo, todas te parecen monas, hasta las urracas. Y empiezas a fijarte. A distinguir que las hembras resultan más feotas y que los machos, en cambio, suelen vestir plumas de colores llamativos. Un detalle que, según diversos ornitólogos consultados por quien les narra esta modesta epopeya, obedece a que, vestidos de gala, los ejemplares masculinos atraen con mayor facilidad a los depredadores consiguiendo salvaguardar a las hembras de la amenaza y perpetuar así la especie. Una explicación muy romántica. Ya ves. Claro que, tampoco voy a negarlo, al parecer existe otra escuela de pensamiento que rebate esta teoría al afirmar que los pájaros con sus vistosos plumajes lo que intentan es atraer, sí, pero no a los depredadores precisamente, sino a las propias hembras, con el mismo fin de perpetuar la especie. Sea como fuere, yo debo de encontrarme en la flor de la vida porque aún no se ha despertado en mí fascinación alguna por gorriones o gaviotas. Al contrario. Tampoco es que ambicione exterminarlos, pero reconozco que alguna patadita que otra le he intentado propinar a una paloma en la plaza de Cibeles.

—¿Te vienes a la alberca?

—Que no, Agenjo. Qué plasta. Eres más pesado que un avión de mármol. Tengo que ir a recoger las gafas.

Me atuso frente al espejo antes de emprender la marcha. ¡Qué pelos! La vida de un hombre podría relatarse a través de la evolución de sus cabellos. Yo venía liso de serie y, contra todo pronóstico, a los veintidós años me surgieron unos cuantos ejemplares en el pecho. Así, por las buenas, un verano me quité la camiseta para darme un chapuzón en la playa de San Juan y… me llevé la sorpresa de que me habían crecido unos pelillos. Como quince o por ahí. Alegría *pal* cuerpo, Macarena. Aá. Después, cumplidos ya los treinta, me empezaron a asomar otros cuantos por las fosas nasales y, cuando se tornaron en mata, me vi obligado a tomar medidas drásticas.

Empecé a podarlos. Primero con un aparato eléctrico especial que, a pesar de lo que rezaba el cartel publicitario del Pryca, pegaba unos tirones de miedo. Luego con la cuchilla, aprovechando el afeitado mañanero por el labio superior, pero me rebanaba la base de las napias y la dejaba llena de cortes molestos. Y, finalmente, con las tijeras de punta redondeada que lleva mi hija al colegio. A los cuarenta el problema se contagió a las orejas. Se me reprodujo en el oído externo la selva del Amazonas, en plan bonsái. Los amigos empezaron a llamarme David el Gnomo. Me compré unas pinzas y un espejo de esos de aumento, de los que enganchas al alicatado de la ducha con una ventosa. Pensé que eso era todo, pero se conoce que el juego de la vida nos lleva de pantalla en pantalla y últimamente he notado que se me empiezan a repoblar las cejas. Dios Santo, ¿cuál será el siguiente paso? ¿Será que llevo camino de transformarme en el hombre Velcro? ¿Se me irá también a poblar de vello la espalda? Espero que no porque, de ser así, me voy a quedar en verano enganchado a la toalla. Ay…

De camino a la óptica, curiosamente paso por delante de un local que se dedica al tema de la depilación masculina. Se llama Ultimátum. Dada mi preocupación actual, me decido a entrar y les pido información, que no es para mí, les explico, sino para un buen amigo que está un poco acomplejado. Su técnica consiste en disparos de luz de muy alta energía contra los folículos. Como la luz es atraída por los colores oscuros, cuanto más contraste haya entre el pelo y la piel, mejor es el resultado. Los vellos negros desaparecen, los rubios tienen una respuesta más leve y los blancos, o sea las canas, ni siquiera son depilables. Así que, me indican, si «su amigo» quiere someterse al tratamiento, debería darse prisa antes de que se le ponga el pelo aún más blanco. Y yo, que pillo al vuelo la indirecta, ofendido, les aclaro que, perdonen, pero que a mí no me están saliendo canas; lo que pasa es que llevo el fútbol tan dentro que hasta el pelo se me está haciendo del Madrid. Me responden que ja, ja y me informan de que para obtener un resultado efectivo tendría que someterme a unas doce sesiones con intervalos de dos semanas. Y que luego podría realizar una sesión de refuerzo cada dos años. Les interesa conocer si la ingle sería una zona a tratar y yo lo niego con severidad al tiempo que explico que la consulta para mi amigo es preventiva para el hipotético caso de que le surgiese un tapiz castellano en la espalda. «¿En la espalda? —me preguntan con incredulidad—. Es para usted, ¿verdad?». «Sí, ¿qué pasa?», reconozco con gallardía mientras ellos, los dos individuos que atienden en el mostrador, me solicitan que tenga a bien alzarme el ropaje para echarle un vistazo a mi espinazo. Lo hago, lo observan y me mandan a cascarla. «Usted tiene menos probabilidades de que le crezca vello en el lomo de que a mí me toque la lotería del Niño», me dice uno de ellos mientras el otro me indica el camino de salida. Protesto, me quejo, alego mi historial de nariz, oído y cejas. Pero se creen que les estoy tomando el pelo (nunca mejor dicho en un lugar más apropiado) y me piden que me pierda. Y además, me recuerdan, el lunes se juega el clásico en el Camp Nou y el guante de oro se va a comer tres chicharros. Así me dicen los culés: al Madrid le quedan setenta y dos horitas para dejar de ser líder. O sea que me voy del dichoso Ultimátum con uno nuevo, aunque en esta ocasión futbolístico. Bueno, bueno. Ya veremos lo que ocurre. Paciencia, hermanos. El último reirá mejor.

En la óptica me clavan por las gafas seiscientos euros. Me hierve la sangre. Resulta que yo encargué, sin saberlo, lentes progresivas. Una señorita me explica que tienen los mismos efectos beneficiosos que las bifocales pero sin esa línea intermedia que resulta tan tediosa. Digo: «Oiga, si yo sólo las necesito para leer; que yo de lejos enfoco como un águila imperial». Y ella,

haciéndose la sueca, insiste en que la transición me va a resultar muy suave y me detalla un ejercicio sencillo para facilitarme la adaptación. Tengo que apuntar con la nariz a un objeto y, de manera automática, los ojos se me ajustarán ofreciéndome una visión carente de borrones. «Ya —le digo—, pero ¿seiscientos euros?». «Es que, además —me explica—, sus lentes son de policarbonato, el material del futuro. Muy finas. Resistentes a los impactos y con máxima protección frente a los rayos UVA y UVB. Y la montura es de Loewe». «Pero bueno, si a mí la montura me da lo mismo», replico. «Ya —me dice—, pero es que como ya se las hemos instalado, pues se la tiene que llevar». Seiscientos euros. Y yo, como soy imbécil, en lugar de darme la vuelta y buscar una farmacia en la que vendan gafas de usar y tirar, saco la tarjeta y pago. Verás cuando se entere Ana. Antes de entregarme el recibo para la firma, la amable señorita me comenta que, si quiero, por sólo veinte euros más me puedo sacar un seguro para reemplazar los cristales en caso de que se arañen. «¿Veinte euros? —pienso—. Por ese dinero me compro yo una cristalería en el rastro». Sin embargo, estampo mi firma, le doy las gracias a la señorita y salgo de la óptica silbando disimuladamente el *Moving* de Macaco. Supongo que por instinto de supervivencia. Lo último es perder la dignidad. Arruinado, sí, pero bien peinado y con orgullo. Que la dependienta crea que para un tipo de mi alcurnia gastar seiscientos euros en unas gafas de presbicia resulta tan insignificante como para ella adquirir dos lonchas de chóped El Pozo en el chino de la esquina. *«Moving, all the people moving, one move for just one dream. Mooooving…».*

Día treinta y ocho. Lunes. Frío y soleado

Veo el Barça-Real Madrid en casa. El clásico. El derbi. Me pongo una cervecita Mahou, bien fría, y brindo por nuestras figuras. Abro una lata de berberechos. Tienen una pinta estupenda. En el minuto diez se viene todo abajo. Nos meten cinco y los berberechos tienen arena. Una hecatombe. Nosotros llegamos solamente a puerta en una ocasión, malamente y casi al final de la segunda parte. Sin comentarios. Cuelo la salsa de los berberechos y la reservo para un dry Martini. No será hoy porque no hay mucho que celebrar. Ay… Me acuerdo de los de Ultimátum, no te creas que no. Pero no me dejo embaucar por los hálitos de la depresión. Todavía queda mucha liga por delante, Juan Carlos, reflexiono. Un mundo queda. Y no lo digo yo, reproduzco palabras textuales del propio Guardiola.

Día treinta y nueve. Martes. Nieve en la sierra

Por fin me pongo. Sin ganas, pero me pongo. Primero las gafas y luego a escribir en el teclado del ordenador: «*No resulta fácil dormir en Sevilla en Semana Santa*, del autor de *Es complicado nadar en Alaska*». Ahí vamos. Pero cuando estoy a punto de teclear la primera letra de la primera palabra del primer párrafo de mi nueva obra maestra, me paraliza la voz de mi amigo invisible, que resuena como un tambor a mi espalda. Ahora no…

—Ahora no —le suplico.

—No te apures —contesta—. Precisamente venía a comentarte que no cuentes conmigo por

un periodo de tiempo bastante extenso.

—¿Y eso? —pregunto sin la mínima intención de conocer la respuesta.

—No veas el lío en el que me he metido. Me ha llamado el papa para que le organice una rueda de prensa y tengo que estar al cien por cien. Ahí sí que no puedo patinar. Si fallo, pongo en tela de juicio dos mil años de historia. Menuda responsabilidad. Tengo que medir mucho lo que dice y considerar todos los detalles. Hasta el vestuario, ¿eh? Ya he sugerido que, en mi modesta opinión, su santidad debería presentarse en chaqueta y corbata para dotarle de mayor seriedad al asunto. Nada de túnicas blancas, que le dan un aspecto informal, casi de rollito ibicenco. En fin, no veas el lío, acuamán. Un agobio sin precedentes. Mira, he estado a punto de decirle a los del Vaticano que no contaran conmigo. Con eso te digo todo.

—Agenjo, machote, ¿te has tomado la medicación?

Día cuarenta y dos. Viernes. Desapacible

Vamos a nadar, pero no a La Latina. Le digo que mejor nos apuntamos a unas clases en el polideportivo de Hortaleza, al lado de la oficina de mi santa. Las instalaciones de la piscina Luis Aragonés están de vicio y al ser municipal los precios resultan muy asequibles. Mi amigo invisible no pone pegas e inicio la búsqueda del bañador. Revuelvo toda la casa y, después de darle tres vueltas de rosca al armario, se me ocurre que igual me lo ha tangado mi hijo. De un tiempo a esta parte a Sergio le da por secuestrar mi ropa, usurpar mi ordenador y sentarse al volante de mi coche. No se corta un pelo. Voy a su cuarto y, en efecto, mi bañador del Carrefour con estampado de palmeras está hecho un gurruño a los pies de su cama. La tela presenta un aspecto acartonado, reseco, con los pliegues endurecidos por haber permanecido al menos un par de semanas en la misma postura. Y huele a moho. No el bañador, sino toda la habitación. Porque esa es otra: el cuarto de la criatura se asemeja al estercolero municipal de Albacete. Y lo digo con conocimiento de causa puesto que yo hice allí vivaque una noche de verano. Tenía dieciséis años, madejas en el pelo y un amigo que respondía al apodo de Alfombrillo. Le llamábamos así porque se pasaba media vida echando la siesta en una estera. Vivíamos la época del humanismo. Habíamos leído ambos a Teilhard de Chardin y nos enteramos de que en Taizé un tal hermano Roger había montado una comunidad inspirada en dicho espíritu. Nos fuimos a dedo a Francia. Con mochilas. Pero antes teníamos que pasar por Albacete porque Alfombrillo se había enamorado y quería visitar a su chica. O sea, que se dio el caso, muy novedoso, de encaminarnos al norte haciendo autostop en dirección sur.

Llegamos al entorno de la ciudad al anochecer. Nos abandonó allí un camionero que seguía ruta hasta Murcia. Venía de Holanda. Había transportado desde Burgos un cargamento de huevos de gallina a Ámsterdam y, según nos contó, los había descargado en un almacén de un polígono industrial y, en el hangar de al lado, había cargado de nuevo el camión con huevos holandeses que tenía que entregar a un mayorista murciano. Las contradicciones de la sociedad global. ¿No sería más sencillo y más barato que los holandeses se comieran sus huevos y los españoles los nuestros? Pues ya ves. Luego tenía que acercarse a Almería, su tierra, a cargar lechugas. De la variedad romana. La buena. «La que sabe a lechuga de verdad», nos dijo. Ahora, por lo visto, ya prácticamente no se encuentran. Cultivan bajo plásticos la de tipo iceberg, una variedad francesa

a medio camino entre la col y la nada, que sabe a agua. En el mundo de los invernaderos le ha pasado a la lechuga lo mismo que a Vicente del Bosque en el Madrid: que no resultó mediática. La variedad iceberg, redondita y tersa, le entra al consumidor por los ojos. La romana se marchita antes y deja los escaparates más deslucidos. Así están las cosas. Del Bosque te consigue un mundial y la lechuga romana te da el sabor a una ensalada, pero no son mediáticos. Todo esto nos contó el camionero, que resultó ser un hombre decente y calvo. También nos recomendó que, antes de hincarle el diente a una rodaja de melón, pinchásemos el tenedor en un limón. Para conjugar los sabores. «Ya veréis la diferencia», nos aseguró consciente de estarnos confiando el mayor de los secretos. Nada que ver. Le da otro aroma. Una cosa exquisita. Nos despedimos del camionero sin pelo y del casete de Joaquín Díaz que, durante todo el trayecto Pinto-Albacete, estuvo reproduciendo adaptaciones de canciones medievales de cuyo machacón recuerdo sólo conservo en la memoria un estribillo: «Cosa grande, cosa grande, cosa grande, grande cosa…».

Como en Albacete ya no eran horas civilizadas para cursarle una visita a la novia alfombrillera, decidimos hacer noche en algún descampado cercano. A oscuras dimos con una loma y en lo alto plantamos los sacos de dormir. Olía a perros. A excrementos y orines de alimañas olía. Al amanecer nos dimos cuenta de las circunstancias: habíamos pernoctado en la cima de la escombrera municipal. Bajamos sorteando latas, mondas de patata y desperdicios, porque entonces las bolsas de basura no se estilaban todavía en la península. En aquellos días se protegían los cubos con papel de periódico y se arrojaba todo lo sobrante al contenedor comunitario. Las únicas que practicaban el reciclaje entonces eran las gaviotas, que representaban el símbolo de la carroña portuaria. Pero vuelvo al cuarto de Sergio. Lo que decía: que el chico no ordena nada. No sabe ni lo que tiene, ni dónde pone las cosas. Cada vez que no encuentra algo le echa la culpa a su hermana pequeña: «¡Martita ya me ha quitado el iPad! ¡La voy a matar!». Monta un pollo, entra en cólera y diez minutos más tarde lo encuentra debajo de una maraña de calzoncillos, jerséis y pantalones de fútbol. «¿Lo ves, hijo, como no te lo había quitado Marta?». «Qué va, si yo lo había dejado en el cajón del escritorio —se excusa—. Seguro que me lo ha quitado y luego lo ha dejado ahí para que no se note». No lleva razón. Yo he hecho la prueba. Hace dos meses le coloqué encima de la mesilla un papel en el que dibujé dos garabatos y una nota en la que ponía: «Sergio es un pazguato». Me dije: cualquier persona en su sano juicio detecta que aquello no es suyo y, o bien pregunta que quién ha sido el gracioso que le ha dejado el aviso, o bien lo tira a la papelera sin más miramientos. Pues ni lo uno, ni lo otro. Ahí sigue la cuartilla. Exactamente en el mismo sitio donde la deposité hace cincuenta y cuatro días. Un desastre. Dentro de unos meses le hacen entrega del piso en el que se ha metido. Con la hipoteca Banesto para vivienda habitual. Sin suelo. Euribor más 0,45. Ha tenido que domiciliar la nómina, los recibos y hacerse un seguro de hogar y vida. Ya ves. Se ha metido hasta el cuello. Pero insiste en que está bien. Mucho mejor que la cuenta naranja. Él sabrá. Lo malo va a venir cuando se mude. No va a tener espacio en un apartamento tan chico para meter toda la morralla que lleva acumulada en la habitación. Verás tú qué sorpresa. Allá él y la chica que haya de aguantarle.

Estoy a punto de salir con el bañador del cuarto de Sergio cuando me llama la atención un cuaderno que hallo entreabierto encima del escritorio. Aunque respeto mucho la intimidad de las personas, reconozco que me tienta la curiosidad y se me pasa por la cabeza la idea de acercarme a echarle un vistazo. Una ojeada rapidilla. Sin malicia. Mi inconsciente colectivo me sugiere que

no lo haga. Me digo: contente, Juan Carlos, para el carro, pero, acto seguido, sin poder evitar la tentación, lo agarro, me siento en la cama y me calzo las gafas de seiscientos euros. Lo primero que descubro es un par de poemas que mi hijo ha compuesto. Lo digo con orgullo de padre: mi heredero es un gran compositor. El Bob Dylan latino. Un monstruo de las galletas. En serio que alucino. Se me saltan las lágrimas. Sergio escribe de vicio. Bucea, igual que Azorín, por el diccionario. Trata temas que parecen banales, como las canciones de Hombres G, pero que, al fin y al cabo, son los verdaderos puntos G que excitan e inquietan a la juventud. Nada especial, pero llevado con elegancia y sencillez. Con naturalidad. Con gracia. Cosas de su edad. Su mundo. Que si me quieres, que si no me quieres. Pero muy bien, ¿eh? Mira:

Suena el reloj.
Son las doce.
Hacen el amor las agujas
al llegar la medianoche.

No me digas que no. Como *La arboleda* de Alberti, pero con más color. Se ha debido de inspirar en las ramas pobladas por los millares de periquitos que inundan nuestro barrio. Se conoce que la gente se los trae de Latinoamérica y al rato se cansa y los suelta. Debe de haber miles de ellos por Moncloa. Dos o tres en cada chopo. Lo comento con Agenjo, que acaba de sentarse a mi lado, y asiente. Él también se ha dado cuenta. Me informa de que acaban de abrir una pajarería en una bocacalle de Princesa donde ya los venden. Los anuncian como pichones de *Melopsittacus undulatus* criados a mano y totalmente *manzos*. *«¿Manzos?»,* le digo. En el cartel pone *manzos* en lugar de mansos, me indica, porque los dueños son ecuatorianos y en Sudamérica se confunden las eses con las zetas. Se conoce que te entregan los periquitos con garantía sanitaria, ya desparasitados, y con el test de *chlamydia* superado. El precio incluye asesoramiento conductual gratuito durante los primeros seis meses de vida. Un chollo. Le agradezco a mi amigo invisible tan detallada información y él tiene a bien señalarme el reloj de pared para hacerme ver la necesidad de salir cuanto antes en dirección a la piscina prometida.

—Por cierto —agrega—. Tengo que pedirte un favor. Ya te avisé de que he de salir en misión especial unos días por un asunto de estado y necesito que me cuides al perro.

—¿Un perro? ¿Desde cuándo los amigos invisibles vienen con perro?

—Bueno, no es mío. Es de un amigo.

—Pues que tu amigo se busque la vida. En esta casa no entran perros. Lo que me faltaba.

—Es que no tengo a nadie más a quien pedirle ayuda.

—Pues que la solicite tu amigo. ¿No es suyo el perro?

—No.

—¿Sí o no? ¿De quién es el perro?

—Mío. El perro es mío. ¿Qué pasa?

—Agenjo, colega, me estás volviendo loco.

—O sea, no es mío en teoría… pero sí es mío en la práctica.

—Vamos, que tienes perro. ¿Pero ese amigo quién es?

—Es un alma compañera.

—Ahora resulta que los amigos invisibles, a su vez, tenéis vuestro propio amigo invisible.

—No, este es bien visible y tiene perro.

—A ver, Agenjo, que me estás volviendo loco. Tú exactamente ¿qué me estás pidiendo?

—Que te quedes con un perro una semana. Nada más.

—La madre que te trajo. Vale, estudio la propuesta —simulo que claudico, siguiéndole la corriente, aunque no pienso aceptar el compromiso. Entre otras cosas, porque a Ana de pequeña le mordió un mastín y les tiene pánico desde entonces. Así que le digo que acepto. Dicen que con este tipo de enfermos es lo mejor. Llevarles la contraria no conduce nada más que a discusiones violentas que pueden alterar todavía en mayor grado su capacidad alucinatoria. ¿Para qué me voy yo a poner a argumentarle que los perros invisibles no necesitan que los cuide nadie? Pues el tío me lee el pensamiento.

—El perro no es invisible y se llama Perpiñán. Hay que darle de comer dos veces al día.

—Que sí, vale, que no te preocupes —le digo para zanjar la conversación más absurda que me he visto obligado a mantener en toda mi historia.

En eso entra Ana en la habitación y me sorprende con el cuaderno de Sergio en las manos. Le explico el hallazgo y se apunta a curiosear conmigo. Agenjo pega un brinco para dejarle sitio en la cama y se me sube a hombros. No veas lo que pesa. Está a punto de ahogarme con el efecto pinza que me hacen sus piernas sobre la nuez y me provoca un leve regüeldo. Ana me pregunta que si quiero un vaso de agua. Le digo que no, que ha sido una falsa alarma porque me repiten las lentejas de anoche y le pego un pellizco a mi amigo invisible en el centro de las posaderas. Donde se hermanan los dos cachetes y si te pinchan te da la risa. Un pellizco con gracia. Y el tipo, por fin, se digna flojear algo la presión de sus muslos y me permite respirar. Ana me pregunta que si estoy pirado. Y le respondo que algo de eso se ha comentado por el barrio, pero que no se preocupe porque yo lo llevo con salero. Con elegancia, como han de llevarse estos menesteres.

—Mira, Ana —le digo—. Fíjate en este poema.

Fue un momento sin porqué.
Un vacío sin su nadie.
Un instante en el que yo,
borracho de sentimientos,
te pregunté:
¿Tú lo sabes?
La respuesta está en el viento.
Deja que la lleve el aire.

Nos entran a los dos muchas ganas de emocionarnos y nos damos un beso. Ninguno conocíamos las virtudes literarias de nuestro chico. Se lo tenía muy calladito el malandrín. Su madre igual sospechaba algo, porque, al fin y al cabo, ella despacha con él todos los días en la colocación, pero mis conversaciones con Sergio últimamente se limitan a monosílabos. Y además a monosílabos atípicos. Por ejemplo, en lugar de «No» me dice «Desconozco». «Sergio, ¿sabes dónde anda tu hermana?». «Desconozco». «Sergio, ¿a qué hora televisan el Madrid-Levante?». «Desconozco». Y en lugar de «Sí», utiliza «Positivo». «¿Vas a necesitar el coche este fin de semana?». «Positivo». Eso es prácticamente todo lo que responde: desconozco y positivo.

Dejamos el cuaderno de nuevo en su sitio. No queremos hurgar más. Mi mujer sale del cuarto con una sonrisa en los labios.

—¿Te apetece que hoy comamos juntos?

—Dabuti.

—No te lo pregunto a ti, idiota, y haz el favor de bajarte de mis hombros, que parezco un costalero en Semana Santa y tú, José Tomás saliendo por la puerta grande de Las Ventas.

—¡Vale! —me grita Ana desde el pasillo—. ¡A las dos en donde Pepe! ¡Reserva tú!

Llegamos mi amigo invisible y yo al polideportivo Luis Aragonés, el mago de Hortaleza, con la sana intención de matricularnos en una clase de natación. Tenemos suerte y quedan plazas libres. Dos exactamente. Las saco y a los pocos segundos me doy cuenta de que he hecho el canelo. Agenjo no es de este mundo y, por ello, está exento de pagar impuestos y entradas en los festejos. Ventajas de la invisibilidad. Menudo chollo. Pero ya es tarde. No se admiten devoluciones. Bueno, sí, me indica la taquillera, pero hay que poner un burofax a la junta de distrito y no sale a cuenta el tiempo que se pierde en el papeleo. Decía que la invisibilidad tiene privilegios, pero he de reconocer que también trae de serie algunos inconvenientes. Por ejemplo: en la piscina las chicas tampoco se fijan en Agenjo. Lo de «tampoco» ha sido una indirecta por mí, por si alguien no lo ha pillado. Ja, ja, ja. Un poco de autocrítica para sortear la existencia nunca está de más. Ay, qué pena. Agenjo está feliz. Como el patito feo el día que descubrió que era un cisne. Se le nota alegre y dispuesto a zambullirse en el agua cuanto antes. Lo sé porque cuando le inunda la dicha se le escapa un tic que le delata. Primero guiña un ojo. El derecho. Una vez. Clic. Y luego dos veces seguidas el izquierdo. Clac, clac.

Damos nuestra primera clase en el turno de nueve a diez menos cuarto. Nos toca un instructor que se parece a Mortadelo pero en formato cachas. No veas qué bien lleva las clases; te corrige postura y todo. Resulta que a crol no se nada como yo creía. Hay que estirar el brazo, meter la punta de los dedos en el agua y arrastrar la mano hacia la cintura. Le digo al Mortadelo: «Macho, estas cosas se anuncian antes, que me he pasado cuarenta añitos acomplejado en la playa de San Juan todos los veranos dando palmetazos». En plan coña, le comento a Agenjo que, aunque la decisión resulte aún un poco precipitada, no descarto presentarme a los próximos Juegos Olímpicos. Y va el incauto y me replica muy serio:

—Pues déjate tú, que precisamente tengo una llamada del Canoe perdida en el móvil y no me extrañaría que la oferta fuera en ese sentido.

Mortadelo resulta ser un individuo muy agradable, a pesar de que me llama señora. Dice que como, a excepción de mi persona, la totalidad de nuestra clase la componen mujeres, prefiere referirse a todo el alumnado en femenino para no perder tiempo en duplicar las instrucciones. «Señoras, volvemos a braza y a media piscina nos sumergimos buceando hasta el bordillo. Señoras, no se me agarren a las corcheras». El pobre está muy mosqueado con la administración municipal, según nos cuenta al finalizar la instrucción. Nunca ha salido de España y su cuñado le ha invitado a ir a Venecia en el puente de la Constitución. Ya ves, Venecia. ¿Podrá existir un destino más idóneo para un tipo que encuentra su máxima satisfacción en el agua? Pues la junta de distrito no le concede el permiso. «Señoras, diez largos a espalda. Señoras, diez largos con aletas y sin utilizar los brazos».

Agenjo y yo descubrimos que lo más peligroso de la natación, aparte de la mariposa, que requiere unos niveles de forma física muy elevados, acontece fuera de la piscina. En el vestuario

cuando sales de la ducha y te tienes que vestir. No veas tú lo que cuesta ponerse los pantalones. Se agarra el algodón a la piel húmeda que parece poliuretano y, como tenemos que estar con una pierna levantada para intentar no encharcar los calcetines con el piso mojado, corremos peligro de resbalarnos y dejarnos la nuca en el perchero. Pero no seré yo quien ponga pegas porque reconozco que nadar me sienta de maravilla. Me encuentro como nuevo a pesar del esfuerzo físico. Tanto que, paseando por las instalaciones del recinto, de pronto me entra un entusiasmo inusitado por el mundo del deporte y le propongo a mi amigo invisible que echemos un tenis.

—¿Se te ha ido la pinza? —me dice—. Te recuerdo que soy invisible. Yo puedo hacer contigo labores de acompañamiento pero no interactuar.

—Ah, es verdad —le respondo—. ¿Ves como cuando te tomas la medicación estás mucho más despierto?

De regreso a casa pasamos por el mercadillo que se instala todos los martes en el aparcamiento del cementerio. Un tipo con melena encanecida, pañuelo azul de pirata en el pelo, gafas de sol, pantalón vaquero y chaleco de felpa de cuadros amarillos y verdes solicita firmas para abolir la venta de *foie gras.* Sujeta una pancarta cuyo lema reza: «No a la crueldad con los animales». Le pregunto que qué hace allí y el individuo me responde que, desde hace un par de semanas, hay un puesto que vende paté casero. «¿De verdad?», exclamo asombrado ya que tradicionalmente lo que se ofrece en este solar son bragas de licra y cajas con veinticuatro destornilladores. «Como lo oye», me responde, señalándome indignado un tenderete. «Muchas gracias por la información», le agradezco. «¿Quiere firmar para que le retiren la licencia?», me solicita alargándome un bolígrafo mordisqueado. «De ninguna de las maneras», le respondo y, muy al contrario, me acerco encantado a felicitar al paisano del *foie gras* por la iniciativa y a comprarle un bloque de hígado. Diecisiete euros. Una ganga. Lo mismo que la latita de berberechos. Le voy a dar una sorpresa a Ana porque todo lo que venga del pato le entusiasma. Para el almuerzo voy a preparar unos huevos fritos, servidos sobre cama de cebolla caramelizada al Pedro Ximénez, y con unas virutas del *foie* ralladas sobre la yema. Verás tú qué exitazo.

Mi santa esposa me recuerda en conversación mantenida desde su iPhone 4S que me había comprometido a reservar mesa en Casa Salvador y que, como ella tiene que hacer recados por el centro, no le da tiempo a volver a casa para la comida. Guardo el *foie* en la nevera en espera de una mejor ocasión y me introduzco en el metro por la boca de Esperanza.

Pepe planta en el centro de la mesa un plato de pisto y una botella de Versum. Cien por cien tempranillo. Diez meses en barrica de roble francés de primer año. Embotellado sin clarificar y con un reposo en botella de seis meses como mínimo. Muestra un color rojo picota de capa alta y ribete violáceo y un aroma intenso a frutas rojas y negras maduras, con un ataque potente y amplio en boca. Un paso con carácter y estructura que nos deja un recuerdo agradable y duradero. Precio en tienda: catorce euros. Le alabo la elección y se sienta con nosotros. Mientras mojamos el huevo con pan, me reitera que él no ha sido nunca seguidor de Dominguín. Ni muchísimo menos. Que le respeta como lidiador y como amigo porque Luis Miguel pasó multitud de noches en su taberna. De vuelta de Chicote, donde se juntaban toreros y actrices a tomar unos cócteles antes de cenar.

—Cada vez que Dominguín se presentaba armaba un taco —nos relata—. Las mujeres clavaban en él sus miradas como embelesadas y los hombres no despegaban la vista de Lucía Bosé. Una belleza. Y un señor torero, oye, que no digo yo que no; pero para mí el más grande de

todos los tiempos ha sido Miguelín. Lo que pasa es que se enfrentó al Cordobés y el Benítez le cerró las puertas en todas las plazas. Natural, el quinto califa era el que mandaba en la fiesta y los empresarios no dudaron en tomar partido. El Cordobés ha tenido grandes detractores que le tildaban de payaso, pero también fue un gran matador. Una vez le dedicó un toro a Antonio Bienvenida y en el brindis le dijo: «Maestro, va por usted, para que vea que yo sé torear». Y le pegó seis capotazos de gloria al morlaco. Canela fina. Derrochó clase en la muleta. Muy lucido por bajo, ceñido al traje de luces y sin ayuda del estoque. Pero el público reaccionó muy fríamente; apenas unos aplausos. Entonces el Cordobés volvió al lugar del brindis y le remató a su padrino: «Sé torear, don Antonio, pero a la gente lo que le gusta es esto». Y se adentró en el albero a esperar de rodillas la embestida. Cuando se le aproximó el toro, le hizo el salto de la rana y el graderío se vino abajo de emoción y palmas. A mí me dijo un día Julio Aparicio: «¿Tú has intentado hacer alguna vez el salto de la rana, Pepe? Porque yo lo he intentado este verano en la playa y casi me parto el lomo». Así me dijo. Manuel Benítez era un atleta, hombre. Fuera de serie. Yo le he visto en apuros en la plaza de Valencia y cuando se le vino encima el segundo de la tarde (cumplidor en varas, noble y con gran clase en el tercio final) pegó un salto de tres metros y pasó por encima del Miura para ponerse a salvo. Un monstruo, te lo digo yo que, fíjate, he sido más de Miguelín.

Ana y yo pedimos unos callos porque aquí los hacen de premio Príncipe de Asturias de las Artes, las Ciencias y la Filantropía. Cuatro horas en el horno y otras dos horitas en la cocina a fuego lento. Mantequilla pura. Se deshacen en la boca. Ana odia la casquería en general y los callos en particular, pero los de Casa Salvador los tolera sin hacerles ascos. Aunque lo que de verdad le encanta del menú es la sardina escabechada. «Ana, mujer, siempre pides lo mismo». «¿Y qué quieres, si es lo que me gusta». Bebemos vino. En mayor abundancia de la aconsejada y hablamos de todo un poco. De los chicos, del trabajo, de lo ágil que me siento después de haberme animado a ir a la piscina. A ella también le han cautivado los poemas de Sergio y coincide conmigo en su crítica literaria.

—Son muy buenos —afirma.

—Creo que se los debería pasar a Josep.

—Juan Carlos, atiéndeme, que tú cuando te tomas dos chatos de más te pones muy entusiasta. ¿Para qué vas a llamar a Punget?

—¿Para qué va a ser? Para que los mueva. Igual los coloca en alguna revista literaria.

—¿Vas a llamar a tu editor sin consultárselo al chico?

—Hombre, por no levantarle falsas expectativas. Mejor darle una sorpresa.

No hay cobertura. Me salgo a la calle. No me lo coge. Estará en la hora del almuerzo. Me vuelvo para dentro y a punto de sentarme me suena el móvil. Es Josep. No logro entender lo que me dice. Se entrecorta. Vuelvo a salir y pierdo la comunicación. Marco de nuevo. Lo coge.

—Agencia Farnés. *Digui?*

—¿Está el señor Punget?

—Le paso con don José María.

—Ah, Juan Carlos, que se ha cortado. Dime, ¿alguna novedad?

—No —le digo—. Es otra cosa… te llamo porque mi hijo mayor, Sergio, ¿le recuerdas?

—Sí, claro…

—Pues resulta que ha escrito unos poemas y, oye, no es porque yo sea su padre, pero tienen

una calidad excepcional y estoy seguro de que te interesará moverlos porque…

—Frena, frena, frena… Es que poesía nosotros no trabajamos. Lo nuestro es ficción.

—Pero es que este material es muy bueno, Josep, y como tú tienes contactos con…

—A ver, entiéndeme, Juan Carlos, que no es un problema de calidad; es un tema de empresa porque la poesía no deja margen.

—Bueno, pero por lo menos me podrás orientar con quién podría…

—A ver, no es mi campo pero… Sé que para estos días por la Barceloneta el Ulises Lima. Sabes quién te digo, ¿no?

—Sí —le respondo, pero qué diantres lo voy a saber.

—Me dicen que va a montar una revista con Simone Darrieux y están buscando material.

—Ya.

—Lo único que ya te anticipo es que odia a Baudelaire. El mexicano este, como sabes, es un visceralista de la onda de Barbara Patterson. De los de la cuerda de García Madero. Te lo comento porque ¿el Sergio en qué corriente está?

—En corriente alterna, no te jode. A doscientos veinte voltios. Pues yo qué sé. En poesía. En eso que rima.

—Ah, ¿que los poemas de tu hijo riman?

—Claro.

—A ver, Juan Carlos, entonces olvídate. No pierdas el tiempo. Ahí sí que yo no puedo ayudarte. Es que eso de la rima está más pasado de moda que el fumar, tú.

—¿Qué me cuentas?

—Lo que oyes. Tú ponte a lo tuyo y déjate de versitos.

—Bueno, gracias de todos modos.

—Nada, a mandar.

Siento como si el meteorito que terminó con la vida de los dinosaurios me hubiese caído a mí encima. Regreso a Casa Salvador cabizbajo. Humillado. Como el toro de Osborne que aparece fotografiado frente a Belmonte en una tarde memorable en Burgos. Como debió de sentirse Miguel Mateo Salcedo, Miguelín, al comprobar que no le colocaban ya más en los carteles. No era para menos. Un torero valiente. Gran conocedor de los toros. Con mucho poder. Gran banderillero. Aguerrido. Rebelde. Un diestro muy completo pero sin hueco en las plazas. Como las poesías de mi hijo. Como yo. Un hombre de letras. De adjetivos vibrantes. De sufijos concatenados. De acentuaciones excelsas… pero sin sitio en las repisas de las librerías.

Ana me pregunta por el resultado de mi conversación con Josep María. Le solicito que lo olvide. Sin comentarios. Tomamos la leche frita en silencio. Apartando con la cuchara la hoja de albahaca. Por fin ella se anima a hablar y se lamenta de que sigan cayendo en picado las ventas de los congelados. «No te quejes —le digo—, que peor lo tienen los de las tahonas». Es así. Conviene poner la desgracia personal en perspectiva. Los panaderos españoles afrontan la triste realidad de que los niños ya no comen bocadillo en el recreo del colegio y por eso venden cada vez menos barras. Se conoce que los chicos prefieren llevar bolsas con porquerías de esas a las que técnicamente hay que denominar *snacks*. Bueno, no creo yo que sean los niños. Serán los padres, que no tienen tiempo ni para hacerles un bocata de salchichón y paran por las mañanas un minuto en la gasolinera, antes de entregarlos en la escuela, a comprar una bolsa de Fritos. Ya te digo. Tanta dieta mediterránea, tanto aceite de oliva y tanto jamón de bellota para terminar en

esto.

Después de despedirnos de Pepe, pasamos por una mesa en la que está sentado Enrique Tenazas con un marchante. Nos invita a una copa. Ana se disculpa porque tiene curro, nos dice adiós y yo me siento con él un rato. Acepto un chupito de pacharán casero elaborado personalmente por el *maître* de la casa. Enrique era un amigo del veraneo en un pueblo de León, Campo de Lomba, pero ahora es un artista conceptual. Lo que se venía llamando hasta hace nada escultor. Pero se conoce que los tiempos cambian. Como decía el otro, en lugar de *«pinícula»* nos obligan ahora a decir *«flim»*. Pues mira tú qué bien, si eso le hace feliz a Tenazas, le llamamos artista conceptual. Tampoco vamos a regañar por una nimiedad. Hace poco se presentó en el almacén de Ana un ingeniero de alimentación. El señor se ganaba la vida armando los castillos de botellas de JB en el Alcampo. Pues en la tarjeta puso ingeniero. Con dos pelotas.

Enrique me relata que se ha hecho director de cine y elogia las mejoras que ha introducido en la profundidad de campo la llegada de la *jay definision*. Me lo suelta así, en inglés, *jay definision*, para causarme más impacto. Por lo visto, las películas que dirige, en lugar de estrenarse en los cines de la Gran Vía, se pasan en una pantalla de plasma en el Reina Sofía. «Pero me las pagan igual o mejor», ríe Tenazas. Momento que aprovecha el marchante para comentar, con orgullo, que Enrique ha construido una macroescultura de treinta metros de altura en madera maciza. Un SI enorme. Una ese y una i. Dos letras que juntas simbolizan la esperanza y con las que recorre desde hace meses el planeta. Acaban de regresar de China. Enrique, muy fino, indica que ha terminado del pato Pekín hasta el culo. Así menciona la parte corporal trasera y añade que, en Shanghái, el equivalente a los restaurantes chinos para nosotros son los restaurantes rusos. Que a un ruso es adonde van los chinos cuando quieren comer barato. No sé si será verdad o se lo habrá inventado, pero el dato mola.

—El objeto del viaje iniciático universal con el SI a cuestas —me comenta— es un documental que estrenaremos en el IVAM de Valencia. Vamos grabando la instalación del monumento en diferentes países.

—La proyección reflejará una ósmosis del comportamiento humano —me especifica su representante.

La instalación pesa doce toneladas y hay que montarla con grúa. En Nueva York contrataron dos docenas de trabajadores, porque allí la mano de obra se conoce que sale muy barata y los oficios están regulados por los sindicatos. El que maneja la grúa no puede tensar la cuerda. El que cementa no puede apuntalar y el que apuntala no puede rematar con arena el asentamiento. En Alemania, por el contrario, lo llevó todo a cabo un solo tipo, muy serio, y con una precisión que parecía el reloj de la Puerta del Sol. Y en España le dieron la contrata a Andamiajes Zapata.

—Te puedes imaginar. —Arquea las cejas el marchante—. Niño, endereza el cable que te llevas el pino. A la derecha. No, a la izquierda. Sube. Baja. Mantenlo ahí, *quillo*, que yo te retiro la furgoneta. ¡Hale, animal! ¡Ole tu madre, has plantado el bicho encima de un Ford Mustang GT cabrio!

Enrique empezó con la pintura, pero se pasó a conceptual tras el fallecimiento de su madre. Su pérdida le afectó mucho. Y menos mal que encontró un motivo para dejar los pinceles, dicho sea de paso, porque el óleo se le daba peor que a mí hacer las camas. Y la acuarela ya no te cuento. En los veranos siempre dibujaba unas birrias tremendas con nombres presuntuosos. Por ejemplo: *Estructura Premutacional IV*, que la tenía colgada en su cuarto, consistía en una

cuartilla con dos líneas a boli Bic naranja, que escribe fino, acompañadas de un borrón acrílico en Bic cristal, que escribe normal. El título no se me olvida.

La pérdida de su madre fue un palo. Se quedó sin la referencia de su vida. Sin el punto de fuga en su perspectiva personal. Para que te hagas una idea del afecto que les unía, la señora Tenazas guardaba todos los catálogos de las exposiciones de su hijo clasificados por orden alfabético. Una carpeta: Barcelona, Benalmádena, Burgos. Otra carpeta: Cádiz, Casablanca, Coria del Río. Y así. En los catálogos, debajo de cada una de las obras de Enrique, anotaba sus reflexiones personales. Enrique tuvo oportunidad de leerlas el mismo día del entierro y, del disgusto, casi se introduce él también en la caja. Si no lo hizo fue solamente porque los de Santa Lucía le cobraban el doble por sepultar dos cuerpos y él ha sido de siempre más agarrado que la manga de un chaleco. De lo contrario, se quita la vida allí mismo. Es que no te puedes ni imaginar los comentarios de la difunta. Demoledores. Al lado de un *collage* la madre había escrito: «Menuda mierda». Al margen de un supuesto retrato de su esposa: «¿A esto le llamas tú colorear, chaval? Pero si se sale el rojo por los bordes…». Y junto a un paisaje urbano: «Ernesto, ¿para qué comprometes el apellido familiar?». La crítica más positiva consistía en un «Bueno: ni fu, ni fa» junto a una marina de agua dulce. La composición estaba un poco fuera de foco, pero, al menos, se intuía que era el embarcadero del embalse de Lomba.

El descubrimiento de tan insospechados documentos tuvo que resultar espeluznante. Un mazazo. Un golpe de gracia. Enrique anduvo un tiempo tan confuso que se dio al limoncello. Luego mejoró una época, pero enseguida cayó en el moscatel de Pantelleria. Y así, pasando por una etapa crítica de total apego al Cynar, un día, por fin, se rehízo y nos confesó que dejaba la pintura y se metía a escultor. Lo primero que se le ocurrió fue reproducir en 3D bodegones de pintores clásicos. Pegó a una tabla un trapo de cocina con un racimo de uvas y dos plátanos. *Naturaleza viva* lo bautizó y, claro, la obra se le marchitó en menos de una semana. Los plátanos marrones y tal, pero él estaba plenamente convencido de haber conseguido darle cuerpo a la pintura de Cézanne. La *summa artis*. A partir de ahí le perdí la pista durante años y no le volví a ver hasta una Noche en Blanco. Coincidimos en la cola de la Biblioteca Nacional. Tenazas iba acompañando a un tal Santiago Torrente. Un tipo con cara de acelga que también era conceptual.

—¡Hombre, Miró, que sorpresa! —le saludé yo en tono adulador para dotarle de emoción al inesperado encuentro. Pero me salió el tiro por la culata. No le gustó nada la comparación.

—¿Miró? No me jodas, ¿eh? Que ese se ha vendido a las multinacionales.

—¿Qué me dices? —repuse yo, extrañadísimo por tamaños insultos.

—Sí, a la Coca-Cola —me aclaró su acompañante.

—¿A la Coca-Cola? No me lo creo —dudé yo, sacando pecho por uno de los máximos representantes mundiales del surrealismo—. Entre otras cosas, porque, como mi mujer es de Mallorca, resulta que Ana es íntima amiga de una sobrina del pintor, la Juncosa, y yo he tenido la suerte de poder saludar al maestro en su estudio en más de una ocasión. Y me consta, porque tiré yo personalmente de la arandela del bote, que Miró era más de Pepsi.

—Acércate al Museo de Esculturas al Aire Libre del puente de Juan Bravo y lo comprobarás tú mismo. Nosotros venimos precisamente de allí.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué habéis visto si se puede saber?

—Que en el pedestal de su *Mere Ubu*, 1975, bronce, han colocado una placa que reza: patrocinado por Coca-Cola. Madrid, 1 de agosto de 2010.

—Enrique, machote —le dije—, que Joan Miró se murió en el ochenta y tres… Eso lo habrá puesto Gallardón para que le sufraguen el mantenimiento del museo. A mí no me parece tan mal.

—A ti no te parecerá mal porque seguramente no tienes sensibilidad para entender lo que significa la pureza en el arte —me soltó de sopetón el Torrente.

—¿Perdón, puede repetir? —repliqué yo lo más cordialmente que pude por dejarle abierta una posibilidad a retractarse de la bordería que me acababa de lanzar sin fundamento.

—Nada, déjalo, que ya se ve que no entiendes.

—¿Y qué es lo que tengo que entender? —Iba a llamarle cara de acelga, pero me reprimió la caballerosidad y la elegancia que un ciudadano español y decente siempre lleva por bandera.

—De arte, tu amigo no entiende de arte —le comentó el lechuguino en plan chuleta a Tenazas, ignorándome. Sin siquiera dignarse dirigirme la mirada. Como si yo no existiera. Y luego remató—: A este seguro que le gusta Chillida.

—Pues claro que me gusta Chillida. ¿Pasa algo?

—¿Lo ves como no tienes ni idea, chico? Chillida es un autor fallido. Sólo ha varado sirenas. En hormigón o en acero corten. Igual me da que me da lo mismo. *Peine de los Vientos I, Peine de los Vientos II, Peine III*… Un impostor.

—Enrique —ya me puse serio—, ¿se puede saber quién es este tarugo que te acompaña?

—No os alteréis, hombre, que no hay motivo. Perdona, Juanqui, creí que ya os conocíais. Es mi colega Santiago Torrente.

—¿Torrente? Hombre, como el de *El día de la bestia*.

—Mira, chaval, no provoques con tu ignorancia —replicó el borde—. Si quieres tirarte el pisto con conocimientos de arte, mejor mencionas a Subirachs o a Palazuelo. Pero no mentes a Chillida porque se te ve el plumero.

Ahí ya me tocó las partes menos tocables el individuo ese. Y ya me encendí. ¿A qué venía tamaña insolencia? Así que contraataqué con un sermón, quizás no tan enjundioso como el de la montaña, pero con los puntos básicos igualmente esclarecidos.

—Yo, Segura —comencé en tono pausado—, en el mundo del arte menciono a quien me sale de la punta del nabo, ¿me sigues? Los menciono a todos, menos a ti, naturalmente, porque resulta que nadie sabemos quién eres tú. Ni tiene pinta de que vayamos nunca a descubrirlo. Gilipollas.

Lo pilló al momento. Le quedó clarísimo. Si es que, como dice siempre Ana, a todo el mundo, incluidos los conceptuales, cuando les explicas bien las cosas…

Como el recuerdo del encuentro con Torrente vuelve a encenderme de nuevo, decido despedirme de Enrique antes de que se me escape lo que pienso sobre la ósmosis humana. No merece la pena. Y hay que reconocer que tiene mérito dedicarte a eso y conseguir que te sufrague el Ministerio de Cultura, la Comunidad de Madrid y la Fundación Salvatierra. Y, espérate tú, que puede que le haya sacado algo a La Caixa. Pues nada, hombre. «Que te vaya muy bien, Enrique», le deseo y salgo a la calle. Sin prisas, voy a darme un paseo por Chueca. Al solecito de la tarde porque, como decía mi otro amigo, Alfombrillo, «Un hombre bien comido y bien bebido, ni Dios mismo sabe el tiempo que puede aguantar sin trabajar».

Tiro por la calle Fuencarral, que desde que la dejaron peatonal está muy apetecible. Cruzo Gran Vía, bajo a Sol y, antes de darme cuenta, estoy en La Latina. Donde el teatro de Lina Morgan. Paso por delante de la piscina y me acuerdo de Agenjo. «Señoras, diez largos a braza. Señoras, diez largos a espalda». Qué raro que hoy no se me haya presentado. Seguramente habrá

sido porque me ha visto con Ana. Es muy egocéntrico y no le gusta compartir mi compañía. Bueno y también sabe que yo no puedo atenderle cuando están otros presentes. De pequeño sí. Entonces era otra cosa. A mis padres les hacía gracia que tuviera un amigo invisible. Pero de adulto no. Imposible. Aunque me consta que no soy el único ser humano que mantiene este tipo de amistades. Escuché otro caso en una entrevista en la radio, en un programa que ponen de madrugada. Llamó un señor mayor que decía que tenía una amiga invisible a la que apodaba cariñosamente la Tía Bastones. Se quejaba de que se encontraba muy solo, sin familia, con una única hija en Argentina, y que la Tía Bastones, debido a los achaques de la edad, ya casi nunca se le presentaba. Porque los amigos serán invisibles, pero envejecen igual que nosotros. Yo, cuando conocí al mío, Agenjo debía de tener seis años. O siete. Pero no muchos más. Y ahora ya le ves: con ciática. Bueno, pues la Tía Bastones, que según este oyente vivía en Ortega y Gasset 72, a dos manzanas de su casa, tardaba en desplazarse de su residencia a la del oyente más de hora y media. Como el Correcaminos, pero a la inversa. Por lo visto, cruzar Conde de Peñalver suponía una hazaña comparable a la de Aníbal cuando atravesó los Alpes. Tardaba cinco semáforos en alcanzar la orilla opuesta. Tres en rojo y dos en verde. Con frenazos de coches en seco e insultos de conductores a la tercera edad. Algo que, ya ves tú, debería estar penalizado; eso de denostar a una señora indefensa, que se ve que no puede. Pero bueno, se conoce que la Bastones había desistido de visitar a su amigo, y el anciano, lo normal, la echaba mucho de menos.

La locutora no debió de escucharle ya que, seguramente, vivía con la única obsesión de que la sacaran de ese horario nocturno tan perro cuanto antes y la colocaran en el matinal de los fines de semana. Así que no fue capaz de valorar las dimensiones del fenómeno paranormal relatado. Le dijo que lo sentía mucho, le dedicó el *Loca* de Shakira y la invisibilidad quedó zanjada. Estuve por llamar y ejercer una protesta formal del tipo: «Pero, oiga, ¿usted de qué va?»; pero opté por el silencio. Para qué perder el tiempo. De sobra sé que la gente sólo atiende a lo que conoce y no demuestra interés especial por amigos invisibles. Ya desde pequeño, los adultos luchan por apartarte de ellos sin remedio. Es lo que hay.

Día cuarenta y tres. Sábado. Frío y soleado

Regreso a Casa Salvador a por las gafas, que me las dejé el otro día. Las saqué para mirar el menú y se debieron de quedar en la mesa. Aunque la temperatura debe de rondar los doce grados, el bullicio de la calle me anima a caminar y continúo andando hasta casa. No veas lo bien que sienta un paseo. Es el mejor ejercicio. Para los pies y para el alma. Observo los escaparates de los comercios y entiendo de golpe mi ciudad. Lo que compra la gente es una fuente de información magnífica para intuir por dónde van los tiros de la actualidad. Mejor que los periódicos. Como estamos ya en vísperas de Navidad, en los árboles de las calles empiezan a colocar las luces. Llego a casa. Martita tiene que hacer un trabajo para el colegio y me pregunta si sé por qué se regalan huevos de chocolate en Pascua.

—Será porque están bien ricos —me sopla al oído mi amigo invisible.

—Están ricos porque son de chocolate, no porque sean huevos, ceporro —le respondo—. Si lo importante fuera el chocolate, podrían haberlo moldeado con la forma de una alcachofa o de una pelota de pimpón, pero resulta que no, que tienen forma de huevos.

—Hombre, habrán elegido los huevos por el tamaño. Los huevos tienen una dimensión muy buena, José Luis. Ni muy grandes, para no atragantarte; ni muy pequeños para que el regalo no resulte una menudencia. No van a hacer balones de fútbol de chocolate para que te los metas en la boca, no te digo.

—Marta, lo que pasa es que los humanos vivimos separados de la naturaleza y ya no sabemos enlazar lo que hacemos con el sentido que tenía cuando alguien empezó a hacerlo —le explico a mi hija pequeña.

—Vale, papá, que sí. Si sabes lo de los huevos, me lo dices, y si no, pues no pasa nada y ya lo miro yo. ¿Vale?

—Yo, José Luis —me recrimina mi amigo invisible—, cuando te pones metafísico también prefiero permanecer al margen. La chiquilla tiene su punto de razón.

—¿Tú has visto alguna vez un nido de pájaros con huevos, Marta?

—Sí. Una vez. En Palau de Santa Eulalia.

—¿Y te acuerdas de en qué época lo viste?

—Pues en verano, porque es cuando fuimos a Palau. ¿No recuerdas que me lo enseñaste tú el día que bajamos a bañarnos al Fluviá?

—Claro que me acuerdo. Entonces, ¿a que nunca has visto un nido de pájaros con huevos en invierno?

—Jopetas, papá, te acabo de decir que sólo he visto uno contigo y que fue el verano ese.

—Vale. Pues ya te advierto yo que ni has visto un nido con huevos en invierno, ni lo verás. Los pájaros ponen solamente huevos en las épocas de calor para que las crías puedan salir adelante. Si los pusieran en enero, se les congelarían los polluelos. ¿Me sigues?

—Yo contigo hasta la muerte, José Luis. A pecho descubierto. Como los gladiadores romanos. Ya lo sabes —interviene el pesado de mi amigo invisible, que podría tener el tacto de mantenerse al margen en una conversación paternofilial de esta trascendencia.

—Bueno, papá, ¿lo sabes o no lo sabes?

—Marta, si te lo acabo de decir. Si las aves no ponen huevos en invierno, ¿por qué narices los iban a poner las gallinas? ¿Qué son las gallinas? ¿Coleópteros? Es lo mismo. Lo que pasa es que estamos acostumbrados a comer huevos todo el año porque las engañan en los criaderos con luces y eso, pero no es lo natural. Lo suyo es que a mediados de otoño las gallinas dejen de poner huevos y no vuelvan a hacerlo hasta la llegada de la primavera. Cuando vuelve el calorcito. Por eso tradicionalmente se festeja la Pascua regalando huevos. Porque el huevo es el producto de temporada en esas fechas. Si la Pascua se celebrase en enero, se regalarían alcachofas. La Pascua es la fiesta de la primavera, el renacer a la vida, cuando los árboles sin hojas vuelven a brotar, ¿comprendes? El huevo es un símbolo de ese milagro que no ha dejado nunca de asombrarnos. El que las gallinas pongan otra vez huevos significa que retorna la vida y por eso se utilizan como ofrenda. Digo yo que, al principio, cuando la gente vivía en el campo, se regalarían huevos normales, del corral de cada uno. Luego, en las ciudades, la cosa empezó a complicarse y a algún artista pastelero se le ocurriría hacerlos de chocolate.

—Vale. Entonces ¿qué pongo en el trabajo, papá?

—Pues lo que te acabo de explicar, hija.

—Que sí, papá. No te he entendido nada, como siempre. Te hago una pregunta y te tiras un rollo de dos horas. ¿No me puedes decir sólo una frase? Lo que me has contado no me cabe en el

espacio del cuaderno para esa respuesta. Ya lo busco yo, ¿eh? Gracias, papá. Muy simpático. Cómo se nota que al único que quieres es a Sergio.

—Oye, oye, que eso no es verdad, Marta.

—¿Ah, no? Y entonces ¿por qué le llevas sólo a él a ver el fútbol?

Me duele mucho la alegación porque me parece del todo injusta. A ella no la habré llevado conmigo al Bernabéu, pero la he llevado a… Bueno, es que yo ignoraba que mi hija fuera entusiasta del deporte. Voy a comunicárselo, pero no me deja tiempo para la defensa. Martita sale del cuarto echando humo. Se conoce que siempre me paso de largo en las respuestas. Pero para darse impulso hay que coger carrerilla, ¿no te parece? Ya me lo advirtió Ana una vez: «Si te pregunta la niña algo sobre los romanos, le respondes sobre los romanos; pero no te remontes a la tercera glaciación». «Pero es que para mí todo está interrelacionado, Ana. Yo lo hago por su bien». «Que sí, Juan Carlos, que eres un plomo, hijo».

Agenjo se marcha. Mañana sale de viaje de negocios. Dice que tiene que volar a la ciudad que tiene el nombre más largo del mundo: ciento sesenta y siete letras. Le solicito alguna pista y me suelta el nombrecito completo: Krungthep Mahanakhon Bovorn Rattanakosin Mahintharayutthaya Mahadilokpop Noparatratchathani Burirom Udomratchanivet Mahasathan Amornpiman Avatansathit Sakkathattiyavisnukarmprasit. Lo que comúnmente se conoce como Bangkok, vamos, la capital de Tailandia. Le pregunto que a qué va y se hace el sueco alegando que tiene que resolver unos asuntillos sin importancia. Le digo que me parece muy oportuno y le despacho. Antes de largarse me explica que ya se encuentra mejor de la pierna y que gracias por preguntar. Me alegro mucho por su mejoría y me molesto bastante por su sarcasmo. Quedamos para nadar la semana que viene. Desaparece. «Cada chango a su mecate». De camino hacia la cocina atravieso el pasillo y encuentro la puerta del cuarto de Sergio entreabierta. Todavía no ha regresado del almacén. Siento como si una fuerza magnética me llamase: «¡Juaaaaan Caaaaarlos!». No puedo evitarlo y me sorprendo una vez más sentado en la cama de mi hijo, con las gafas instaladas y su cuaderno en las manos.

Yo quiero irme más lejos,
más allá de una poesía,
darle la vuelta al espejo.
Y soñar,
que mientras sueño,
esa silueta que es mía
se transforma en sentimiento.

—¡Este chico está enamorado! —me digo—. ¡Anaaaaaa!…

—¡Mamá no ha llegado todavía! —me grita desde su cuarto Martita.

Vas a ver tú como este pájaro haya dejado a alguna compañera del trabajo embarazada. ¡Si es que los congelados tienen mucho peligro! Que las espinacas son afrodisíacas. Que ya se lo he dicho yo a Ana más de una vez: tú te vas y le dejas al chico en el taller solo mucho tiempo y en el despacho hay aire acondicionado y el chaval se aprovecha.

—¿Qué tal te ha ido con Tenazas? —me pregunta Ana, que acaba de llegar a casa.

—Déjate de Tenazas y de alicates, Ana, que tenemos un problema con el chico.

—Este se acuesta hoy caliente. Precisamente de Sergio quería yo hablarte.

Ana me comenta que está muy preocupada por nuestro hijo. Que se nos está torciendo. Ha iniciado el mal camino, y como no hagamos algo pronto por remediarlo, será ya demasiado tarde. Me enciende todas las alarmas. El asunto es muy, pero que muy serio. Le pregunto que si está convencida de lo que me dice. Me lo confirma. Asegura que esas cosas a una madre no se le escapan. La intuición femenina. Que se lo nota en la cara. En todo el cuerpo se le nota. Que ha pegado un cambiazo en los últimos meses. Y me dice que parte de la culpa la tengo yo. Ni siquiera intento defenderme. Aunque la acusación me parece injusta, entiendo que Ana trata de salvar al chico de la mala vida, no de rescatarme a mí de la injusticia, y sumiso le planteo si se le ocurre algo que podamos hacer.

—Pues hablar con él —replica—, que nunca dialogas con él. Yo estoy con Sergio todo el día y a mí me confía sus cosas, pero tú no tienes ningún contacto. Te pasas todo el santo día pegado al ordenador.

Eso ha sido un tiro a quemarropa por cuyo motivo, ahora sí, paso al contraataque.

—¿Qué quieres que le diga a Sergio si cada vez que intento entablar un diálogo lo único que me contesta es positivo y desconozco? —le dejo caer.

—Pues que, en lugar de hacerle preguntitas estúpidas, le hables de lo que tienes que hablarle.

—¿Ah, sí? —le suelto—. ¿Y de qué se supone que tengo que hablarle?

—De sexo y de drogas —me responde—. De las dos cosas que tiene que hablarle un padre a su hijo si no quiere que, por puro desconocimiento, eche su vida a perder. Y yo con Sergio, la verdad, no sé si ya será demasiado tarde. —Y se echa a llorar.

Día cuarenta y seis. Martes. Posibilidad de chubascos

Todavía no he encontrado una ocasión para dialogar con el chico. El fin de semana lo ha pasado fuera y no vuelve hasta mañana. Igual me lo llevo el miércoles al Bernabéu, aunque normalmente pasa de ir conmigo al abono y prefiere ver el partido de pie con su peña. Pero no nos vendría mal tener una conversación de hombre a hombre en el templo que consagró los principios sagrados inculcados por Di Stéfano: ambición, carácter, valentía, entrega, solidaridad con tus compañeros, talento, respeto y lealtad. Los valores imprescindibles para lograr esa fortaleza que nos ha acompañado en toda nuestra historia madridista. Los mismos que tengo que inculcarle yo a Sergio, en una conversación de urgencia, antes de que sea demasiado tarde.

Día cuarenta y siete. Miércoles. Persiste la posibilidad de chubascos

El caso es que, problemas relacionados con el sexo, el alcohol y las drogas aparte, las poesías de mi hijo me han dejado muy pensativo y llevo dándole todo el día vueltas de campana. No sé si comentarle algo cuando hablemos. Ana dice que ni se me ocurra. Que me limite a hablarle de una vez de lo que le tengo que hablar y que no vuelva a hurgarle en sus papeles. Sinceramente creo que lleva razón. No tenemos derecho a infiltrarnos en la intimidad de nuestro hijo. Es como jugar al póquer después de haberle visto las cartas a tu adversario. Dice Ana que, como siga

curioseando en el cuaderno, ella le pasa el taco de postales que conserva de cuando éramos novios para que el chico esté en igualdad de condiciones. Pero es que no es eso. Si ya no es tanto lo de Sergio como lo del amor. Me llama a mí la atención que los humanos tengamos que hablar del amor todo el rato. Porque hablar de amor es una contradicción en sí misma ya que el verdadero amor consiste en escuchar. Y lo digo con conocimiento de causa, ¿eh?, que me pasé dos semanas y media en Taizé donde ya conté, me parece, que Alfombrillo y yo fuimos a dedo. A Alfombrillo le entró un rollo más místico y se pasó las jornadas tocando a la guitarra una adaptación del *Moon Shadow* de Cat Stevens. La letra iba en francés y decía: *«Le partage c'est n'avoir rien»*. O sea, que el amor es compartir y que compartir implica la capacidad de olvidarse de uno mismo y dedicar tu energía a que se sienta más a gusto la persona que tengas a tu lado. «Fíjate en el sexo, si no —decía mi amigo—. Cobra mayor sentido cuando caes en la cuenta de que el verdadero placer reside en hacerle disfrutar a tu pareja. ¿O no?». A mí me aburrió el rollo pseudobudista-cristiano y me sumé a un grupo de italianos que declararon en su tienda de campaña una comuna libertaria. Allí me enamoré de una chica de Módena y luego nos hicimos juntos un viaje en plan mochilero por Grecia. Se llamaba Daniella y cuando sonreía le salían dos hoyuelos en los mofletes. Algo gordita para el gusto de la época, pero muy dulce. De aquella gira conservo algunos escritos que iba anotando en la agenda. Recuerdo que nos alucinaron las iglesias griegas de ración. Templos minúsculos, como para colocarlos de centro de mesa, que se levantaban en las cunetas de las carreteras. Maquetas del tamaño de una caseta de perro que unas veces rememoraban a los muertos en un trágico accidente y otras daban gracias al cielo por haberlos salvado. Recordatorios, todas, de lo mal que estaba el pavimento en Grecia por aquellos años.

Llaman al timbre. Abro la puerta. Es Agenjo, mi amigo invisible. Como estoy embebido en mis pensamientos, no le doy demasiada importancia a este hecho, que me resulta inédito. Mi amigo invisible, que yo recuerde, hasta ahora nunca me había anunciado su presencia. Se presentaba y punto. O sea, yo tampoco sé cómo funciona el mecanismo de la invisibilidad (supongo que se filtrará por las paredes o algo de eso), pero, vamos, me consta que no necesita tocar al telefonillo. Qué raro. Quizás sea una manía nueva. Otra más. En cualquier caso, me lo tomo como un detalle. Una cortesía especial motivada, quizás, por haberle pedido el otro día que no se entrometiera en mi vida familiar. Mira tú qué majo. Tampoco, hasta la fecha, le había visto yo colgar su gabardina en el perchero. Igual soy yo el que delira, pues, acostumbrado a tratar lo irreal con naturalidad, cuando analizo mi relación con Agenjo me chirría el subconsciente. Los amigos invisibles no llevan ropa. Ropa de verdad, me refiero. ¿O sí? Da lo mismo. Le pido que entre, por favor, y me sigue por el pasillo. Oigo que, a medio camino, cierra la puerta del baño. ¿Para qué lo hace? Hoy le encuentro algo rarito. Llegamos a mi despacho. Bueno, si a un ordenador portátil encima de la mesa de la plancha se le puede tildar de oficina.

—No has venido hoy a natación, mano —me increpa, poniendo ese acento mexicano que de vez en cuando le da por imitar. Esas cosas que tiene él.

Encojo los hombros y me vuelve a repetir la frase mientras se tumba sobre la alfombra de nudos gordos a ejecutar abdominales.

—No, es que hoy no tenía yo cuerpo.

—Pues de eso se trata, güey. De que, como no tienes cuerpo, vengas a echarte unos largos a la alberca a ver si ensanchas pecho, te salen hombros de una vez y te dejas de chingaderas.

—Muy gracioso.

—El Mortadelo ha contado hoy una historia increíble, compadre. No veas lo que le pasó ayer en el banco. Dice que le calzaron una boleta de tráfico injusta. Le llegó una carta comunicándole que le pillaron circulando a ciento sesenta kilómetros por hora por la M-40 y, según afirma él, eso resulta imposible de todo punto porque su carro no alcanza tanta velocidad. Dice que no era su bronca, pero que, aun así, se acercó a pagar a Caja Madrid. ¿Qué iba a hacer? Había una cola del demonio. Llevaba allí veinte minutos esperando y le estaban entrando ganas de gritarle al cajero que era un escuincle despreciable. Cuenta que ya le iba a tocar cuando aparece un pibe con una capucha y grita: «¡Esto es un atraco!». Dice: «Mira, yo no sé lo que me pasó. Debí de volverme loco. Estaba tan cabreado con lo de la espera que la pistola me valió madre. En lugar de apantallarme, pegué un paso al frente, me salí de la fila y me enfrenté al atracador». Y nos representó la escena en el bordillo, que ya sabes tú cómo le gusta gesticular al Mortadelo cuando cuenta una historia. Dice que le soltó: «Usted habrá venido a atracar y a mí me la suda si atraca o no, sus motivos tendrá, pero por lo menos se espera a que le toque la vez. Se pone a la cola y espera turno; que los demás llevamos aquí perdida la mañana y usted no se cuela por mis santos cojones».

—¿Qué me dices?

—Lo que te cuento. El atracador se arrugó como frijoles viejos. Se cagó en las aletas de su madre, pero se piró de allí confundido. El director del banco felicitó al Mortadelo y le ofreció un trago de una botella de Terry Centenario que tenía guardada en el mueble metálico. «Pásele no más, don Mortadelo, que esto es puritita salud, agua de la vida. Éntrele sin desconfianza». Cuando ya pasó la tensión, lo que le entró al Mortadelo fue una lipotimia. Al darse cuenta de que había arriesgado la vida de una forma tan idiota, casi se desmaya. Le tuvieron que traer una tila del bar de al lado y vinieron los del Samur y toda la pesca a atenderle. Ladrones del carajo. A la hora de la verdad los machitos siempre resultan fuleros.

—Vaya con el Mortadelo, un héroe de leyenda.

—Y que lo digas. Había hoy un cachondeo de miedo en el agua con el asunto. Todo el mundo le gritábamos: «¡Mortadelo, supersujeto, que me ahogo, venga a rescatarme!». Te has perdido unas risas. Bueno, ¿qué hubo? —musita, sacando algo de hierba de un morral—. Atáscate, ora, que hay lodo. Cosecha catalana.

Me ofrece un porro. ¿Cómooooo? Se suponía que me había prometido que no iba a seguir perjudicando su cerebro con la droga. Si para algo sirve hacerse mayor, digo yo, es precisamente para volverse más consecuente con las decisiones que uno adopta.

—Un gallo de marihuana no va a dañarme el organismo —se excusa, pegando una calada—. Lo único que perjudica al cuerpo son las malas ondas.

—Eres incorregible.

—¿Qué hubo? —insiste.

—Nada. Aquí estoy pensando en qué carajo hago con mi vida.

Mi amigo invisible pega otra calada larga. Carraspea.

—Te ves muy serio. ¿Te paso una Risperidona? A mí, como ves, me funciona de maravilla. Relaja los ánimos. Permite ver las cosas claras. Gracias a esta medicación yo he sido capaz de decirle que no al papa. Lo he visto claro: demasiada sal para este humilde huevo. Le he pasado al Santo Padre el teléfono de Benito Berceruelo, que lleva un estudio de comunicación muy serio.

En la plaza de la Lealtad. Asesoran a todo quisque de importancia. Le he dicho: «Santidad, le dejo en buenas manos porque esos consiguieron que ganara las elecciones del Madrid Ramón Mendoza cuando hasta sus partidarios las daban por perdidas. Así que les pone un llama cuelga y ya se apañan entre ustedes».

Si yo hubiera crecido en el DF, le habría respondido a mi amigo invisible, ya que tanto le gusta imitar el acento mexicano, que deje de jalarme, que clochea. Pero, como resulta que soy castizo, me sale un «Menda, castigas la húmeda más que un purela» y Agenjo se encoge de hombros. Apaga el porro, confiesa que tiene algo de prisa, como siempre, y se larga. Me deja el despacho cargado de humo. Abro la ventana para que entre un poco de aire fresco del patio. Fuera llueve. Oigo un ladrido en el pasillo. Me asomo. Alguien rasca con fuerza la puerta del baño intentando echarla abajo. ¿Será posible? El pendenciero ha cumplido su amenaza. Me ha traído un perro y me lo ha dejado en casa. *Habemus* can. Perpiñán ya habita entre nosotros. Y por espacio de una semana, me temo, según lo estipulado en el contrato verbal contraído hace unos días.

Día cuarenta y ocho. Jueves. Desapacible

Sergio me dice que no quiere ir al partido. Que no le viene bien. Yo sospecho que tiene otro plan; posiblemente verlo en casa de alguno de su pandilla, pero no le insisto puesto que accede a hablar conmigo. Nos sentamos los dos en el salón y entro directo al tema.

—Sergio, ¿tú sabes para qué te he pedido que te quedes?

—Desconozco —me responde.

—Es que tu madre y yo estamos muy preocupados contigo.

—¿Y eso? —exclama sorprendido.

—Mira, hijo, sé que quizás la culpa haya sido mía por no haberte mencionado abiertamente los peligros que acechan esta vida. Sabes a qué me refiero, ¿verdad?

—Desconozco.

—Bueno, hijo, ya sabes que a tu edad hay dos temitas… dos cosas serias que conviene afrontar sin medias tintas.

—Desconozco.

—Leñe, Sergio, pues el sexo, las drogas y el alcohol.

—¿De qué vas, papá? —me espeta molesto—. Además has mencionado tres.

—Mira, no le voy a dar más vueltas. Hijo, tu madre y yo sospechamos que vas demasiado al gimnasio.

—Claro que voy, ¿y qué pasa?

—Qué pasa, qué pasa. Pues pasa.

—¿El qué pasa?

—¿Es que tú no te das cuenta de dónde te estás metiendo?

—Pues no, sinceramente.

—Pues que de ahí estás a un paso de hacerte vegetariano, Sergio, y la juventud es para disfrutarla. ¿No tienes novia? ¿No tienes amigos con los que tomarte unas cervezas? ¿No te apetece fumarte de vez en cuando un canuto para diseñar con otros de tu edad una revolución

que mande de una vez por todas a tomar por saco los cimientos de este mundo burgués que hemos creado los mayores y que no lleva a ninguna parte?

—Papá, ¿tú estás de coña?

—Oye, mocoso, no insultes, ¿eh? Y menos a tu padre.

—Bueno, pues ¿qué quieres?

—Que hagas algo propio de tu edad. Y que no malgastes la vida haciendo gimnasia y bebiendo agua. Que ese es el problema que tienen ahora las chicas, que todos los hombres solteros sois unos muermos.

—Vale. ¿Me puedo ir ya?

—Desconozco —contesto, utilizando su propio lenguaje.

Se produce un silencio molesto y Sergio hace ademán de levantarse.

—¿Me puedo ir ya? Es que yo tengo vida propia, ¿sabes, papá?

Encajo con donaire la impertinencia y continúo la faena.

—Lo que intento hacerte entender, hijo mío, es que tenerle miedo a la vida es natural. A mí me lo explicó de maravilla Curro Romero una tarde en Casa Salvador. Te acuerdas de Pepe, ¿verdad?

—Positivo.

—Bueno, pues Curro Romero, que es un torero con trapío, pero que ha dado muchas espantadas, nos contó que él le tiene al toro el mismo miedo que un taxista. «La única diferencia —nos aclaró—, es que yo, aunque me cague, me pongo delante del bicho y los demás no». ¿Me sigues? ¿Pillas la moraleja?

Sergio me observa altivo, amenazante, mientras se pasea la lengua, jugueteando, una y otra vez por debajo de los labios. Se me hace la luz.

—Oye, machote, ¿tú no te habrás hecho un *piercing?* A ver si te has clavado un cascabel de esos en la boca.

—¿Pero qué dices? Lo que pasa es que me están saliendo las muelas del juicio.

—Bueno, bueno —intento retomar el diálogo en un tono conciliador—. Pero que sepas que a nosotros no nos importa si eres gay o metrosexual o como se diga ahora. Que te queremos lo mismo y no tienes por qué esperar a que yo esté en el lecho de muerte para comunicármelo. Hijo mío, te aceptamos como eres.

—¡Mira, papá, tú dedícate a clavarles espadas a los animales indefensos, si es eso lo que te hace sentirte más gallito, pero a mí déjame en paz!

Lo que me faltaba por oír, el chico me ha salido antitaurino.

—Oye, cuidadito con lo que decimos, machote, que te quito el móvil —le amenazo mientras él se levanta, desaparece por el pasillo y se encierra en el cuarto de un portazo.

Día cincuenta y tres. Martes. Viento y chubascos de nieve

Ana me vuelve a echar en cara que haya aceptado a Perpiñán y me pregunta otra vez que de quién es. Le repito que de un amigo. Me pregunta que de qué amigo. Le digo que de Agenjo. Que ya se lo he dicho. Que de uno que ella no conoce. Me responde que estoy colgado y, antes de marcharse a trabajar, me pide que haga la cama. «¡Pero si ya la he hecho!», protesto. «¿A esto

le llamas tú hacer la cama?». «Pues sí, Ana», le respondo. Es que lo de tener que hacer la cama bien me exaspera. Me parece que una cama tiene varias posibilidades de hacerse, como un chuletón a la brasa. Muy hecha, poco hecha o al punto. Y, a mí, la cama me gusta poco hecha, pero se conoce que mi mujer la prefiere pasadita. ¿Qué le vamos a hacer? Habrá que esmerarse más con el embozo.

—Adiós, ¿eh?

Ana se iba sin despedirse. La alcanzo en la puerta. Se da la vuelta y noto que está alterada.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—¿Que qué pasa? —me responde.

—Que qué pasa, sí —le digo.

—Pues me pasa que ya está bien. Que aquí soy la única que trae el sustento a casa y tú, por lo menos, podrías no ponerle pegas a tareas tan sencillas como hacer una cama. ¿O es que te supone mucho esfuerzo? Vale que no pegues ni palo, Juan Carlos, pero por lo menos no estés de vacaciones, ni me metas un chucho asqueroso en el piso.

Ana María de la Encarnación da un portazo al ascensor y desaparece en línea recta hacia las profundidades del abismo. Yo me quedo observando la lucecita roja que marca el descenso de la cabina: 3, 2, 1, PORTAL. No doy crédito. ¿Que no pego ni palo? ¿Que yo no trabajo? Se encontrará alterada por culpa de los congelados, pero esta vez se ha pasado tres pueblos. ¿Que yo no pego ni palo? ¿Tendré yo la culpa de que Josep no me coloque ni siquiera un mísero artículo en el *Spendin*, la revista de estilo de vida que dan en los hoteles de La Rioja? Mira, se le habrá escapado; lo habrá hecho sin mala intención, lo que tú quieras, pero ya me ha dejado psicológicamente destrozado para todo el día.

—¡Papi, que llegamos tarde!

—¡Ya voy, Martita!

—Se ha meado el Perpiñán. Perpi, bonito. Ven, Perpi. ¡Papáaa!

—¡Que ya voy!

Termino de ahuecar la almohada y llevo a Marta al colegio. Regreso al hogar. Me subo por las paredes. ¿Cómo se atreve a decirme eso mi mujer? ¿No me prometió en el altar que me querría en la salud y en la enfermedad, en el éxito y en la cola del paro? Pues si mantienes una postura, Ana, la tienes que defender hasta el final. En el cielo o en el infierno. Imagínate que Jesucristo en la cruz se hubiera quejado: «Ay, ya no aguanto más estos clavos, que me pinchan un poco». No es eso. Hay que resistir hasta las últimas consecuencias. Hay que ser valiente como el mesías.

—Yo con Jesús me identifico mucho —me confiesa mi amigo invisible conmovido con mi relato de los acontecimientos matutinos.

—No eres el único —le hago saber yo en el vestuario al terminar la clase con Mortadelo, quien, por cierto, me ha ratificado la historia del atraco.

—No, pero es que yo creo en la reencarnación, José Luis —me apunta.

—¿Y? —vuelvo a insistirle para ver si esta vez hilvano el pensamiento.

—Pues que yo algunas veces me sorprendo, como en un acto reflejo, estirando mucho los brazos. ¿No me has visto en la ducha? A veces me da por alargar los brazos y ladear la cabeza dejándola así caída. ¿Me sigues?

No. No quiero seguirle.

—Pues que yo, José Luis… —continúa, bajando la voz para que no le escuche un señor mayor que entra para la clase siguiente porque los viejos vuelven a relajar las defensas y suelen ser también sensibles a este tipo de presencias. Que yo… A veces pienso que tal vez en una vida anterior fui…

—Agenjo, ¡por favor! —le atajo—. ¿Tú de verdad te crees que porque estires los brazos en la ducha vas a haber sido en una vida anterior el Niño Jesús? Tú eres mucho más tonto de lo que me pensaba, machote. Pero muchísimo más tonto.

—No es sólo eso, José Luis. Hay más detalles. —Ya he dicho que no quiero escucharle, pero, como está tan cerca, no me queda más remedio—. Por ejemplo, yo les tengo mucho cariño a las palomas, ya lo sabes. Y en el bordillo de la piscina, me parece obligado confesarlo, a veces… me entran tentaciones como de echarme a caminar sobre las aguas.

Idiota de remate es poco.

Día cincuenta y ocho. Domingo. Riesgo de tormenta

Saco a pasear a Perpiñán por el barrio. Me he echado al bolsillo un par de bolsas del DIA por si arrecian aguas mayores. Yo siempre he sido partidario de recoger los bártulos perrunos. El que tenga bicho que apalanque. Pero de momento no parece necesario. Levanta la pata aquí, allí, y va meando en morse y dejando por todas partes un reguero con su pista. No entiendo cómo le queda orina dentro después de la cantidad que ha soltado en el parqué de casa. Pero el animalillo parece simpático y me da la impresión de que es francés. No lo digo solamente por el nombre, Perpiñán, sino por el acento. Cuando ladra pronuncia «wa», en lugar de «guau», igual que hacía Milú en los álbumes originales de Tintín. Le dejo que tire de la correa y que arrastre mi cuerpo de zombi. Así es como me siento después del cóctel molotov que me ha lanzado mi mujer al corazón. ¿Que yo no trabajo? Si se pensaba que aquello iba a servirme de revulsivo, ha conseguido exactamente el efecto contrario. Yo sí trabajo. Y mucho. Otra cosa muy distinta es que no produzca, Ana María de la Encarnación. Pero eso ya no es culpa mía. Y ahora, gracias a tu sano comentario, ni produzco ni trabajo, porque no me queda ánimo para escribir ni una línea. Mi mujer me ha destrozado el orgullo de varón. Me ha dejado en pelotas. La odio.

Entro al bar de Juli. «¡Eh, que no puedes pasar con perro!». Lo ato a una farola y le digo a Perpiñán que me espere. Que es un minuto. Lo justo para tomarme una cañita que me ayude a sobrellevar las penas y ya regreso. Me decido por un botellín y me lío la manta a la cabeza, dejándome llevar por la autocompasión, y encargo también media ración de anchoas con alegría riojana, el picante ese que les da tanta vida. «Con pan para mojar en el aceite, por favor». Me veo reflejado en el espejo y me doy pena. Soy un fracaso. Un fiasco. Las doce tribus de apenados soy. A lo mejor es verdad que no valgo para escribir y me empeño en ello inútilmente. ¿Qué he conseguido yo? La entrevista con Mark Knopfler que coloqué en el *EPS* ha sido el punto más álgido de mi carrera. La cima. La ascensión a la gloria. Y de esto debe de hacer lo menos quince años. Entonces yo creí ingenuamente que publicar en *El País* supondría el inicio de una brillante trayectoria. Hasta el infinito y más allá. El puerto de Palos desde el que zarpar a descubrir otros mundos aún de mayor prestigio. Que me esperaba el premio Doncel, una columna semanal en el *ABC* o un programa fijo en Telemadrid. Pero va a tener razón Punget. Resultó que el puerto de

partida era en realidad el de llegada. Que lo de Knopfler habría de ser el peldaño más alto que escalara en mi ascenso profesional. Y de ahí otra vez para abajo, Juan Carlos, machote. ¡Qué pena! No me ha ido bien. No. Lo reconozco. Ahora, Ana María de la Encarnación, de ahí a que yo no trabaje…

—Juli —le pido al camarero—. Ponme otro tercio y una de bravas.

Se conoce que la angustia y la piscina me han abierto el apetito. Así es la vida humana. Uno nunca sabe si lo mejor le estará por llegar o si, por el contrario, ya habrá disfrutado de ello. Con esa incógnita nos toca torear todos los días. A los que creen que lo suyo no da para más les llamamos pesimistas. A los que confían en que aún les entren mejores cartas: optimistas. Y a los que, como un servidor, sospechan que la fortuna no les va a sorprender ya pero se obstinan en seguir tirando los dados por si acaso: soplagaitas.

—¿Qué te debo, Juli?

—Diez euros.

No me llega el dinero y me indigno.

—No te apures, Juan Carlos, si eso, ya me lo pagará Ana cuando baje mañana a desayunar.

—No, Ana, no —le digo—. ¡Ana no! ¡Te lo pago yo, ¿entiendes?! Me lo cobras a mí, que es cosa mía.

—Vale, vale, tío. Tranquilo, que hoy estás encendido.

Salgo y de repente me acuerdo de que tenía perro. Perpiñán, harto de esperarme, ha soltado una cagarria de composición más bien viscosa y, ante la imposibilidad de retirarse debido a que la cuerda le amarra a la farola, ha decidido rebozarse bien en ella. Con regodeo. Como los jabalís cuando ven una mancha de aceite. El chapuzón ha provocado daños colaterales también en la correa. No sé por dónde agarrarla. Me desespero. Me entra una rabia imposible de expresar sin audio. Cojo la cadena con dos deditos y me llevo la mano a la nariz. Pasan a mi lado dos extranjeros que se me quedan mirando muy extrañados como si trataran de entender las costumbres de España. Y, de pronto, se me ilumina el horizonte. ¿Que yo no trabajo? Me giro sobre mis pies y entro como un ciclón de nuevo al bar.

—Déjame un papel y un bolígrafo, Juli, hazme el favor.

Sobre la cuartilla que me pasa escribo el texto de mi anuncio: «Se dan clases particulares de inglés. Profesor nativo». Y luego, en vertical, apunto seis veces seguidas mi número de móvil. Recorto con las manos las líneas que separan cada numeración. Le devuelvo el rotulador al Juli y le pido papel celo. Me dice que no tiene, pero me ofrece una chincheta porque ya se ha coscado de mis intenciones. «Gracias». «A mandar. Y por las cañas no te preocupes, que ya me lo pagarás». Recojo a Perpiñán, que huele que apesta, y clavo el anuncio en el arbolillo que hay junto a la boca de metro. ¿Que yo no trabajo? Se va a enterar esta.

Mientras le doy un remojón al perro en la bañera, recapacito y pienso que tal vez me he excedido un poco con lo de profesor nativo. Pero luego me digo: «¿Tú no eres profesor?». Me respondo: «Puedes serlo, que para eso te tiraste varios años estudiando en la escuela de idiomas». «¿Tú no eres nativo?». Digo: «Hombre, nativo de Madrid, pero nativo al fin y al cabo». «Pues eso». Y tras estas agudas deducciones, se conoce que me entra el relax y me quedo más a gusto conmigo mismo. Voy a la cocina y le preparo una tortillita a la francesa a Perpiñán. De dos huevos. No he recibido instrucciones precisas sobre su alimentación, pero, conociendo a Agenjo, no me extrañaría que el perro fuera vegetariano. De hecho, Perpiñán se zampa la tortilla sin

apenas masticar y se relame. El animal goza de un apetito altamente saludable. Con el tema de la alimentación, cuando tienes invitados extranjeros en casa, es mejor tomar precauciones. Servirles alimentos de su país de origen, con los que estén familiarizados, hasta que se vayan haciendo a nuestras costumbres. Estoy convencido de que Perpiñán ha apreciado la *omelette* al estilo de su Galia natal y por ello no le ha hecho ni un asco. Y eso que los huevos eran nacionales. Pascual. De Burgos. Para la cena le voy a preparar una sopita de cebolla. Y le voy a leer *El extranjero* de Camus para que se duerma. *Aujord´hui maman est mort. Peut être hier…*

Terminado el almuerzo, el animal se tumba en mi cama. Le bajo. Se vuelve a subir a la colcha. Le empujo de nuevo y me tumbo yo en diagonal para ocupar todo el espacio y evitar nuevas incursiones. En ese estado, y tras las dos cervezas, concilio el sueño.

Me despierta el móvil. Estoy seguro de que es Ana. Lo agarro y no es. Número desconocido. Contesto. Es una tal Evelin, que ha leído mi anuncio y quiere tomar clases. Me pregunta que cuánto cobro. Vacilo y le digo que quince euros la hora. Al terminar la frase, me doy cuenta de que he puesto el precio demasiado bajo, pero ya es tarde. «¿Cuándo podemos empezar?». «¿Cuándo puedes tú?». «Cuanto antes». Quedamos para esta misma tarde a las cinco en casa y le proporciono mi dirección. Colgamos. Vuelvo a quedarme sopa y suena de nuevo el teléfono. El portátil, como se llamaban antes. Lo cojo. Seguro que es la alumna que se ha arrepentido. Ya me parecía a mí que el pez había picado el anzuelo demasiado pronto. Contesto.

—¿Evelin?

—¿Cómo que Evelin?

Es mi mujer. En efecto, si me hubiera fijado en la pantalla, habría visto su nombre, Ana, escrito en letras blancas sobre el azul del plasma.

—Perdona —le digo—. Esperaba una llamada de trabajo.

A pesar de la sorpresa, Ana se muestra más cariñosa de lo habitual. Me da que tiene remordimientos.

—Ah —responde—. Bueno, cielo, ¿y tú qué tal vas?

¿Cómo que bueno-cielo-y-tú-qué-tal-vas? Habrase visto. ¿Esta mujer de qué va? Me somete a escarnio. Me humilla. Me escalfa los huevos en vinagre ¿y ahora me saluda como si nada?

—Hola, Ana, mi amor —le respondo—. Todo bien.

—Ah, me alegro. Es que me parecía que estabas enfadado o algo porque te he llamado un par de veces y no me lo has cogido.

Ni se me ocurre decirle que estaba reposando porque ya es lo que me faltaba. Miro el móvil: tengo dos llamadas perdidas de ella.

—No estarás mosqueado, Juanqui, ¿no?

—¿Yo? ¿Y por qué iba a estarlo, mujer?

—Por lo que te he dicho esta mañana de que no trabajas.

—Pues, hombre, ya que sacas el tema, me ha molestado un poquillo.

—Pues no le des ninguna importancia, cariño. Lo he soltado sin pensar porque estaba un poco histérica por las prisas. Ya me conoces.

—Ya, Ana, pero conviene pensar lo que se dice porque a mí me ha dejado muy rayado el tema.

—Anda, Juan Carlos, no seas teatrero. Te lo tomas todo a la tremenda, hijo. Cómo sois los hombres de exagerados, Dios mío.

—Pues que sepas que ya tengo trabajo.

—¿Qué me dices?

—Voy a dar clases particulares de inglés.

—¿Tú?

—Sí, yo. ¿Qué pasa, que tampoco te parece que valgo para eso?

—Al revés, Juanqui, tú vales mucho más. Pero no hagas una tontería. A ti no te gusta la docencia y además no tienes necesidad. Concéntrate en escribir, que es lo tuyo. Tarde o temprano darás el pelotazo. Porque tú eres bueno, Juanqui. Muy bueno.

—Ya.

—No seas chiquillo, que te tomas todo de una forma que…

—Ya.

—Mira, cielo, a mí no me importa que sigas escribiendo. Eso tenlo claro. Olvida lo de esta mañana. Todo lo contrario: sabes que lo que haces me encanta. Así que, por mí, no vayas a dar las clases, ¿eh?

—No, Ana, si lo hago por mí. Me va a venir bien. A los dos.

—No, a los dos no. Si tú quieres hacerlo por ti, me parece fenomenal. Pero, cielo, que te quede claro que por mí no lo haces.

—Ya.

—Bueno. —Escucho un timbre en el fondo—. Te dejo, que me vienen a ver los de las *pizzas*. Qué rollo. Me quieren recortar el margen de distribución. Menudo morro, ¡si son de los pocos que se están forrando con la crisis! Como las congeladas salen más baratas, les están comiendo el mercado a los Telepizzas y a todos esos. Pero van de listos. Bueno, ya te contaré. No sabes la suerte que tienes con no tener que ir a una oficina todos los días, hijo. Adiós, un beso.

Me quedo a cuadros. Cuadriculado me quedo. Al final del pasillo Perpiñán rasca la puerta de la calle con la pata. Insistentemente. Ras. Ras. Ras. Otra vez hay que sacarle.

Salgo con el perro sin rumbo fijo. Echo a andar y, para cuando me quiero dar cuenta, estoy en la calle Cartagena. Pasa el tiempo despacio y yo dejo, desganado, que las cuatro patas de mi amigo me marquen un sendero. No tengo prisa. No tengo objetivo en la vida. Me hundo en las aceras de una ciudad que no sabe reconocer el valor de sus héroes. Solamente me detengo un momento en un cajero a sacar cuarenta euros para poder pagarle mi deuda al Juli y, por segunda vez, en las cercanías de un árbol paro a recoger dos cagarrutas en la bolsa del DIA. Aprieto el paso y me identifico con la sustancia hedionda. Soy una cagada. Eso es lo que yo soy: una mierda pinchada en un palo. Un simulacro de escritor engañándose a sí mismo porque yo, Juan Carlos González Ingelmo, jamás en mi vida he sido capaz de engañar a nadie, pero, tristemente, me miento a mí delante del espejo todos los días. Me pasa lo mismo que al planeta Venus, que giro, pero en dirección contraria.

En el parque de las Avenidas nos sorprende el aguacero. Una lluvia de proporciones colosales. La madre de todas las tormentas. En dos minutos Perpiñán y yo estamos calados hasta los huesos. Paramos un taxi.

—Ah, no. Con perro no le cojo.

—¿Cómo que no me coge con perro?

—Son las normativas. Antes teníamos obligación. Se le aplicaba un canon de dos cincuenta por el bicho y listo. Ahora ya no. Si no lo trae usted en jaula, el perro no se monta. Yo perros no

quiero, que dejan pelos y cosas.

—Entonces, ¿qué hago?

—Bueno, ya sabe que el dinero es lo que abre puertas en todos lados; así que si me da diez euros extra le dejo que suba.

—¡Me cago en Chido, Lido y el vampiro Clodomiro!

—¿Cómo dice?

—Nada, nada, perdone. Es la expresión que utiliza en estas circunstancias un amigo americano que tengo. No es nada personal. Está bien, llévenos, por favor.

—Suba, pero cuidadito con el vocabulario, que estamos en España y aquí cagarse está muy feo.

Subo. A disgusto, pero subo. A ver, no me queda alternativa. El taxista lleva puesta Radio Olé. «Al acordarme de Francia, me acuerdo de tu presenciaaaaa, porque de Francia a Francisca va *mu* poca diferenciaaaaa». Perpiñán se acurruca en el asiento, junto a la ventanilla, y limpia el vaho del cristal a lametones. «Sujete usted a la alimaña —me increpa el conductor—, ¿no ve que me está comiendo el utilitario?». Intento bajarle al suelo, pero no cabe. Demasiado perro para un espacio tan limitado entre los asientos. En la salida a la avenida de América agarramos un atasco de tres pares de narices. Los coches permanecen adheridos al asfalto. Como piojos en alquitrán. Tardamos tres discos en reanudar la marcha. Yo observo por el rabillo del ojo el taxímetro con desconfianza. Marca doce euros y aún nos faltan por recorrer las dos terceras partes del trayecto. «Arsa y toma, arsa y toma». Intento entablar un diálogo complaciente con el chófer por quitarle hierro a la tensión que se masca en el ambiente.

—Y, dígame, jefe, ¿qué tal marcha el negocio del taxi?

—Sobre ruedas —me dice con una risita floja.

—¿No nota usted la crisis?

—¿Yo? Si no me he hecho rico todavía, no creo que me vaya a hacer ya. Así que me da igual la recesión. Es verdad que ahora se monta menos personal, pero para judías aún me alcanza.

De nuevo nos atascamos en el túnel que cruza Velázquez. Inmovilizados en la oscuridad. Lo único que no se detiene es la radio. En eso, ¿ves tú?, en lo de la cobertura en los subterráneos sí que se lo ha currado bien el ayuntamiento. «Arsa y toma. Trabili traaaaan». Por fin salimos del agujero: diecisiete euros. Me acuerdo de los mineros chilenos y no quiero ni imaginar lo que tuvieron que padecer encerrados en el abismo durante un tiempo tan prolongado.

—¿Bajo la música? —me pregunta el taxista.

—No, a mí no me molesta.

—¿Es usted entendido?

—Aficionado. Conozco a los que más suenan. A Arcángel, a Poveda, a Mercé y a esos.

—Buá. Entonces no controla usted nada. Lo antiguo, lo de los discos de pizarra, es lo mejor. Hágame caso: después de Caracol no hay nada más.

—¡Wa!

—Ya llegamos, Perpiñán. Tranquilo, que ya llegamos.

—Sí, eso. Usted sujéteme al perro que se me va a comer las tarjetas de publicidad del radioteléfono. Tiene ese bicho más arranque que la Tía Juana. La del Pipa, ya sabe usted a quién me refiero.

Accedemos a la Castellana de un modo ya más fluido, pero como algún desconsiderado ha

dejado el coche en doble fila a la entrada del centro comercial ABC, tardamos una infinidad en girar a la izquierda. Veinte euros. Miro el reloj. ¡Madre mía! Entre pitos y flautas se me ha ido el santo al cielo y ya son casi las tres y media. Tengo que recoger a Martita en el colegio. Le indico que cambiamos de rumbo. Qué desesperación. Menuda mañanita. Llegamos al colegio y le pido que me espere al ralentí. Salgo. Ha dejado de llover. Al menos eso que llevamos ganado. Veo a mi hija, le hago un gesto y se acerca al taxi. Arrancamos de nuevo. En el rostro dulce de Marta, mi tesoro, mi vida entera, mi reina de las galaxias, reconozco los rasgos de mi esposa y me deprimo. «Arsa y toma, arsa y toma». Por fin estamos frente al portal de casa. Treinta y dos euros con sesenta. Le doy los cuarenta y me devuelve una cantidad miserable que no me alcanza para saldar mis cuentas en el bar del Juli. « El que se tenga por grandeeee, que se vaya al cementerio y verá lo que es el mundoooo: es un palmo de terrenoooo».

En el portal encontramos a una chica centroamericana pulsando el telefonillo de nuestro piso. «¿Evelin?», le pregunto. «Sí», me responde. Es mi alumna. Tiene una edad indefinida entre los diecisiete y los treinta y cinco años. *Grosso modo,* porque yo nunca he sido bueno a la hora de calcular la edad. Resalta el pelo teñido a mechas, sobre un rostro de piel trigueña y con labios abultados. Viste una cazadora de imitación de cuero, con flecos en las mangas, y unos pantalones de espumilla ceñidos. Apretadísimos. A reventar. Subimos los tres en el ascensor y yo le explico a mi hija que voy a dar clases de inglés. «Ah», me dice, y marcha a la cocina en busca de una torta de aceite de Inés Rosales.

Evelin y yo nos metemos en mi despacho. Ella se quita la cazadora y se queda con una camiseta de generoso escote que deja a la vista más de la mitad del pecho. Bajo el algodón de la prenda se marcan estrepitosamente dos generosos pezones. Me aclaro la voz y le pregunto si quiere agua. Me dice que no y me excuso un momento para salir a la cocina a por un trago para mí. Por el pasillo veo que Perpiñán se ha subido a la cama. ¡Anda y que le den! Paso de pelearme con el perro. Ya sabemos por Napoleón el mal genio del que pueden hacer gala los franceses. Además es un país que posee la bomba atómica y no puedes echarle un órdago si de verdad no vas a por todas. Es así. Desde lo del 2 de mayo, como no han sabido superarlo, nos miran siempre de soslayo; como si en cualquier momento fuéramos de nuevo a tenderles una emboscada. Pero qué va. Yo no estoy para escaramuzas. Para cortarme las venas estoy yo si no fuese porque me da grima la sangre. Fíjate tú, a mí, que me gustan tanto las corridas. Bebo en la cocina directamente del grifo y me seco con la manga de la camisa. Menudo ejemplo de padre, pienso, mientras le preparo a Marta un Cola Cao. «Con espumita, ¿eh?, papi, que sabes que me gusta así», me solicita. Se lo entrego y regreso al estudio. Al cuarto de la ropa sucia. Evelin me espera curioseando la cesta de la plancha.

—¿Qué nivel de inglés tienes tú?

—Ninguno. Quiero aprender porque no sé nada y me quiero salir de interna y hacerme secretaria internacional.

—Eso está muy bien. ¿Has traído cuaderno?

—Yo no. Como en el anuncio no ponía nada de eso…

Le dejo mi bolígrafo y un taco de folios.

—Pues vamos a empezar —le digo—. Lo primero son los nombres. Vamos a presentarnos. *My name is Juan Carlos. What is your name?*

—¿Cómo?

—Evelin. Cuando te pregunte tu nombre me dices Evelin.

—Ah.

—Vamos a intentarlo otra vez. *My name is Juan Carlos. What is your name?*

—¿Cómo?

—A ver. *What is my name?*

—Es que no sé lo que me dice. Yo lo que quiero es aprender inglés porque no lo sé, ¿comprende?

—Ya. Mira: *«name»* significa «nombre». Si yo te pregunto *«What is your name?»*, tú me dices «Evelin». Y luego yo te respondo «Juan Carlos» cuando tú me preguntes *«What is your name?»*.

—Evelin.

—Espera. Vamos por partes.

Evelin se rasca el canalillo con el bolígrafo y aprovecha el garfio del capuchón para bajarse la camiseta y dejar uno de sus pechos al descubierto. Parece un membrillo. Carnoso. Firme. Tentador. Yo me pongo de los nervios. No sé qué decir; pero ella posa su mano sobre la mía y me la arrastra hasta rozarle el pezón. Me quedo inmóvil un instante observando la sonrisa pícara que me regala mientras repasa mis labios con la estilográfica. Aparto la mano bruscamente y le pido que se marche. Que la clase ha terminado.

—¿A qué hora vuelvo mañana, cariñito? —me pregunta al despedirse en la puerta.

Le digo que no se moleste en regresar. Que ni mañana, ni pasado, ni al otro. Que se acabaron las clases. Llama al ascensor. No hacía falta porque ya estaba en nuestro piso. Mi casa no tiene demasiado trajín y nadie lo había utilizado después de haber subido nosotros. Abre la puerta y, antes de meterse, se agacha y me contonea el trasero.

—¿No quiere que repasemos en otro sitio, *profesorsito*? —me suelta.

Pego un portazo, vuelvo a mis aposentos y me acuesto con Perpiñán. Lo que me faltaba. No consigo dormir. Se conoce que no me caben ya más pesadillas. Permanezco inmovilizado sobre la colcha por horas y, en estado de shock, me encuentra Ana. Durante la cena le digo que ya no voy a dar más clases. Que he tenido una experiencia negativa. Que no me gusta ser profesor. Ella me dice que no sea tonto. Que lo intente de nuevo con otro alumno. Que seguro que lo de ganar un dinero fijo me va a venir bien. Que lo de escribir todo el rato sin conseguir beneficio me está minando. Que está muy preocupada por mí porque «Tú no lo notas, Juanqui, pero los que te queremos vemos que estás mal. Tú estás muy mal y tienes que dar clases para salir del bache. Además, unos ingresos extras nos vendrían de perlas ahora que los proveedores me están apretando las tuercas». Y remata con que, si me quedo en casa para escribir bien está, pero que eso de pasarme el día tumbado a la bartola en la cama está resultando un mal ejemplo para los niños. Ah, y que el puto perro (así le llama al bueno de Perpiñán, faltándole el respeto a un ciudadano extranjero) lo quiere fuera de casa mañana mismo. Me quedo a rayas. Como los cuadernos con tapa azul de espiral que llevaba yo a clase de caligrafía en primaria.

Día sesenta y dos. Jueves. Neblinas matinales

Cuando regreso de dejar a Marta en el cole, ya no está Perpiñán. Ha venido un señor a buscarlo.

Un tipo mexicano, me dice Sergio, que hoy sale tarde a trabajar. Habrá sido Agenjo imitando el dichoso acento, pienso yo, pero no acierto a entender cómo lo ha podido ver mi hijo. Esto de los amigos invisibles constituye un misterio cada vez más insondable. ¿No era mi amigo? ¿No era invisible? Me da la impresión de que me estoy volviendo loco. Tarumba. A ver si el que necesita medicación voy a ser yo. Te digo que va a resultar que soy esquizofrénico, bipolar, y veo fantasmas donde no los hay. Sufro un ataque de ansiedad. Me entra la angustia y doy por hecho que Agenjo no existe, que es una proyección de mi imaginación. Pero, entonces, ¿quién me ha dejado a mí en casa el perro? El puto perro. Así le llamo yo también al pobre Perpiñán, con lo bien que se ha comportado estas dos semanas. Qué bajo has caído, Juan Carlos. Te encuentras francamente necesitado de ayuda psicológica. Me desespero. Bueno, más bien me entran ganas de desesperarme porque lo que estoy es confuso. Llamo a Josep, sin saber muy bien para qué porque no tengo ninguna propuesta literaria que ofrecerle y lo único que acierto es a ponerme a llorar. Ya ves tú la papeleta. Noto que no sabe cómo reaccionar, pero, por vez primera, le sale un lado compasivo y me solicita que no me ofusque. Que el mundo de la literatura y del periodismo es confuso, difícil, pero que hay sitio para mis escritos. Que tenga paciencia. «Hombre —me suelta—, desde luego tú no eres Julio Cortázar, pero en el mundo editorial hay cabida también para autores menores. Si no es en esta agencia, será en otra de menos pelaje». Menudo comentario. Sé que no ha sido su sana intención, pero me deja todavía más jorobado. Saco fuerzas para atreverme a comentárselo y Josep, que ya te digo que le percibo más sensible que nunca, se disculpa.

—No es eso, *collons*, Juan Carlos. Estas crisis son siempre buenas para reflexionar. A ver, a ti lo que te pasa es que te estás quedando un poco, como te diría yo, anquilosado.

—¿De temática? —le pregunto dubitativo.

—De formato. Estamos en el mundo del ebook y tú sigues aferrado al método tradicional. No quieras competir con Javier Sierra. Ese ya está. Apúntate a lo nuevo porque ahí tenemos un vacío terrible y el primero que ponga el pie en la playa se hace con el castillo.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, Random House planea su desembarco en España y, en literatura infantil, tenemos una demanda de títulos del carajo y no hay material. Los niños ya no quieren leer, quieren pinchar en el ordenador y que salgan dibujos, que les canten canciones, que les propongan juegos. Tú tienes una hija pequeña. Conoces sus gustos. ¿Por qué no haces un libro interactivo de temática infantil? Ahí sí que puedo ayudarte, ¿ves tú?

—Pero es que yo de eso de ordenadores no tengo ni pajolera idea.

—*Collons* de fraile, apúntate a un curso. Que los hay.

Día ochenta y cuatro. Viernes. Frío y soleado

He pasado muchos días inactivado e inactivo. Del sofá a la cama. De la cama a la mesa y de la mesa al sofá. Como en el anuncio ese de Ikea. ¿Para qué agravar la situación con alguna reacción nefasta? ¿No dicen que si corres bajo la lluvia te empapas el doble que si permaneces quieto? Hoy Ana se ha despedido de mí con un besito cariñoso en la mejilla que parece haberme reanimado un poco. Consulto por internet los cursos básicos de creatividad por ordenador y me

apunto a uno que se llama «Aplicaciones y Accesibilidad a las Redes». Me parece el más adecuado. Busco un taller que me oriente sobre las posibilidades del universo digital y me proporcione herramientas para componer un cuento interactivo. Como he de esperar una semana a que comiencen las clases, me dedico a tareas domésticas. Ana se muestra entusiasmada con mi cambio de ánimo. Paso la aspiradora. Pongo lavadoras. Tiendo la ropa en la cuerda y plancho las camisas. Preparo comida y cena. Un día pisto con huevo; otro lenguado a la plancha y, el siguiente, croquetas con jamón. Y así, hasta atreverme incluso con postres. Anoche hice flan. Tres huevos enteros y dos yemas. Tres vasos de leche y uno de azúcar. Ralladura de limón y veinte minutos al microondas. Ni baño maría ni gaitas. Hombre, no nos engañemos, la textura no es la misma que el que te sirven en el Burgo de Osma, pero da el pego bastante bien.

Día noventa. Jueves. Nublado. Vientos racheados del sudoeste

Por fin llega el ansiado fin de semana. Curso intensivo. De viernes a domingo. Doscientos cincuenta euros más foto de carné. Ana dice que la inversión compensa. Yo también lo creo. Dejo a Marta en el colegio y me acerco al Centro de Nuevas Profesiones. Es un edificio antiguo de la Gran Vía. Cerca de la plaza de España. De esos con la fachada de granito que tienen encumbrado en la azotea un coloso. El portal conserva aún un letrero de bronce con el nombre de sus antiguos propietarios: Seguros Saturno. El conserje me informa de que la academia esa de donde sale la gente con los ojos verdes está en la planta siete. En el ascensor coincido con el Gran Wyoming, el que presenta *El intermedio*. Le saludo y me sorprendo a mí mismo pidiéndole un autógrafo. Ya ves tú. A mí que los de la tele nunca me han llamado la atención. Pues se lo pido. Muy amable, me cuenta que va a grabar un anuncio de radio a una productora que está en la novena, Santos Creativos, y me planta un garabato en el cuaderno de apuntes que he comprado en la papelería Miñón. Reza así: «Para Juan Carlos, del artista más grande que jamás haya poblado la Tierra. Con humildad, Wyoming». Se lo agradezco y me bajo en mi parada. «Que tengas suerte en la vida, campeón —me dice—, y que los designios de los dioses te sean placenteros». Le agradezco los ánimos y me despido. Esa actitud me infunde valor y entro en la academia en plan guerrero. Hoy me como yo el mundo de un mordisco, oiga. No podemos bajar nunca la guardia, me recuerdo. No podemos permitírnoslo. Hay que estar conquistando parcelas de libertad todos los días. Vamos, Juanqui. ¡Vamoooos!

Mientras espero a que comparezca el profesor, sin venir a cuento, me acuerdo del viaje a Chile. Fui de mochilero a los Andes en la época de universitario. Con Alfombrillo y Tenazas. Lo pasamos de maravilla. ¡Pedazo de país! Tenazas y yo nos echamos cada uno un ligue en la playa de Valparaíso, pero Alfombrillo no mojó en todo el viaje porque, según él mismo sentenciaba, «Follar es de pobres». Yo sospecho que, más bien, estaba descubriendo tardíamente la homosexualidad que se le presentaría en años posteriores. Sin embargo, con Alfombrillo era con quien mejor me llevaba. Tenía la virtud de los hombres silenciosos: saber escuchar y permanecer siempre atento a las necesidades de sus compañeros. Un gran tipo Alfombrillo. Aún le recuerdo con cariño. ¡Lástima que se lo llevara por delante el sida! Siempre caen abatidos los mejores.

Un timbre sordo anuncia el comienzo de la clase. Somos media docena de alumnos. Al más mayor le saco fácilmente quince años. Nadie saluda a nadie. Todo el mundo abre de forma

hermética el manual por la primera página y levanta la vista hacia la profesora. Rubia, espigada y con gafas. Comienza la lección. Se inicia mi nueva vida. Me introduzco alegre y jovial en el mundo de la accesibilidad a los portales de internet.

—Buenos días, señores. Como el curso dura solamente unas horas y el material que tenemos que repasar requeriría de un tiempo más prolongado, si les parece vamos al grano. ¿Cuántos de ustedes tienen experiencia en el campo de la programación?

Levantan la mano todos los alumnos menos yo. Empezamos bien.

—Estupendo. Entonces nos saltamos los prolegómenos.

Conecta su iPad por medio de un cable blanco a la pizarra electrónica y aparece un cuadro esquemático que no hay bicho viviente que lo entienda. Se arranca. Sin contemplaciones. Con bravío. Como lo hiciera el toro Avispado en aquella maldita tarde en Pozoblanco. Y yo, no me preguntes muy bien por qué, comienzo a sentirme un poco Paquirri.

—Aunque procedo, como muchos de vosotros, de las tecnologías Flash y Silver Light, propongo que nos centremos hoy en la WCAG sin focalizar demasiado en el *software.*

Yo tomo notas por si alguno de estos conceptos cayera en el examen.

—En el esquema observamos un metamodelo de apoyo DCU con marcos de trabajo en los que se infiere la accesibilidad. Está basado en el ISO - 13.407 y permite todos los contextos de uso para satisfacer la interacción. ¿Alguna pregunta?

Levanto la mano.

—Por favor, ¿me puede indicar dónde queda el baño?

Con esa disculpa abandono el curso y salgo de nuevo a la Gran Vía. En la acera respiro hondo y miro hacia el firmamento siempre tan azul de mi querida ciudad de Madrid. Me conformo con que el coloso de Seguros Saturno no me arroje en la cabeza el templo de bronce que sujeta en sus manazas de piedra granítica.

Día ciento dos. Martes. Mayormente despejado

Hace bastante tiempo que no disfruto de una buena relación de pareja. Nada grave, pero Ana y yo ya no nos entendemos. Yo mando señales. Me esfuerzo. Hace dos días le dediqué un poema. Ayer saqué la basura. Hoy he establecido diálogo en la sobremesa… Pero ninguno de estos intentos aportados con ilusión al matrimonio consigue jamás producir un avance. Nada. Al revés, Ana se las ingenia para encontrar siempre un hueco por el que colarme un reproche. No digo yo que me odie. Eso tampoco. Pero nuestra relación es como una hoguera sin chispas. Como si hubiésemos sustituido la chimenea de leña por unas llamas de gas ciudad. Avanzamos juntos, en la misma dirección, cerca, pero sin posibilidad de encontrarnos. Como las vías del tren. En paralelo. Guardando siempre las distancias. Sin mezclarnos nunca y especialmente en el lecho… porque la dichosa cama anda siempre o poco hecha o demasiado, pero nunca conseguimos que esté al punto.

—¿Qué te inquieta, Juan Carlos? —me pregunta ella.

—Nada —miento—. Estaba pensando en ideas para el libro.

—No te agobies, ya verás como el curso ese de internet te inspira.

—Seguro.

Le insinúo una caricia, pero ella me aparta la mano con la misma firmeza que yo rechacé a Evelin. Había atesorado la ilusión de que mi esmero de esta noche en la cocina tornaría nuestra conversación en romántica y haríamos el amor. Pero no ha ocurrido. Besugo al horno sobre cama de patatas. Aceite y ajo. Quince minutos y, al sacarlo, un chorretón de vinagre de manzana para matar el sabor a mar. «Ay, Juan Carlos, vamos a dormir, que estoy reventada».

A las tres de la madrugada abro los ojos y, en medio de la oscuridad negra del cuarto, lo veo todo claro. La solución al problema se encuentra oculta en el mismo enunciado del enigma: el problema no tiene solución. Así de sencillo. Así de triste. No es la escritura lo que me falla, sino la propia vida.

Me levanto. Voy a la cocina, abro la nevera y me sirvo un vaso de leche Priégola. Bien fría, que es la única manera en la que yo tolero el zumo de vaca. A temperatura ambiente me provoca el estornudo. Debo de ser alérgico a los mamíferos porque, cuando Ana estaba dando el pecho a nuestros hijos, yo tenía que abandonar la habitación para no empezar con un ataque de asma. Me la bebo de un trago. Me gusta sin edulcorantes ni ingredientes adicionales. Entro al baño y me miro en el espejo. «¿Quién eres?», le pregunto al reflejo. De forma coqueta me atuso el flequillo e intento esbozar una sonrisa, pero mi boca, al otro lado del cristal, no me sigue la mueca. Me siento vacío. O, mejor dicho, incompleto. A mi vida le falta un trozo, como a la maqueta del *Titanic* que fabricaron para la película. Procuro calmarme. «Vamos a dormir, Juanqui, que estoy reventada», imito con ironía el tono agudo de mi esposa. ¿Pero cuándo he sido yo feliz con esta mujer, si de la luna de miel volvimos ya prácticamente divorciados? Dejo la tapa del váter levantada a mala idea y regreso a la cama.

Día ciento tres. Miércoles. Bajan las temperaturas

—¿Cómo que te vas de casa?

—Que me voy, Ana María de la Encarnación. Que nos separamos. Que tú y yo ya no tenemos nada que compartir.

—¿Pero tú te has vuelto majareta o qué te pasa?

La que se monta es de órdago. Parecemos un melodrama italiano. Los niños no paran de llorar. Se ahogan. Hiperventilan. Sergio se encierra en su habitación de un portazo. Martita se me agarra a la pernera del pantalón y me pide entre sollozos que no me vaya. Ana pasa del susto al cabreo y me manda a hacer puñetas. Que me marche, me dice. Que me largue si quiero, pero que ni se me ocurra regresar. Que me den por el culo. Que soy un egoísta. Que solamente pienso en mí. Que todo es Juan Carlos y Juan Carlos. Que la única que trabaja es ella y ahora, por si fuera poco, le salgo con que estoy insatisfecho, pero que la que tendrá que sacar a los niños adelante será ella. Que yo me iré con la Evelin esa, que ya se lo ha contado mi hija. Que todos los hombres somos iguales. Que aquí se ha separado hasta Felipe González. Que me den por el culo y que me den por el culo y que cómo se me ha podido ocurrir hacerle esto. Y luego se encierra en el cuarto con otra patada a la puerta. Desde luego, lo que más está sufriendo con nuestra separación es la carpintería. Desde el pasillo, sin atreverme a entrar, la oigo gemir contra la almohada y se me parte el corazón. A punto estoy de decidirme a tocar con los nudillos cuando aparece mi amigo invisible. Muy oportuno. Sin mediar preámbulos, le mando a tomar por saco.

«¡Vete a tomar por saco!», le grito. Y Martita, que se cree que se lo he dicho a ella, exclama dolida: «¡Encima, papá!», me pega una patada en la espinilla y también se encierra en sus aposentos con un tercer desaire a las jambas que con tanto cariño nos instaló en su momento el ebanista. Yo caigo de rodillas y le pido a Dios que me perdone. Fíjate qué cosas, uno que no es nada de ir al Rocío ni de visitar la parroquia en Pascua de Resurrección. Y mi amigo invisible, intuyendo la magnitud de la tragedia que acecha mis días, estira mucho los brazos, deja caer la cabeza hacia un lado, con la media melenita que tiene colgando, y me susurra:

—Dimas, hoy estarás conmigo en el paraíso.

Entonces ahí, como te puedes imaginar, ya pierdo por completo los papeles y me cago en la madre que le parió a Agenjo. Y, eso, mira tú por dónde, me tranquiliza un poco los ánimos. Me incorporo y, por solidaridad con los encierros familiares, me meto en el cuarto de la plancha e intento cerrar también pegando un portazo. Las previsiones resultan fallidas. La madera contrachapada con lámina de pino tropieza con el cesto plástico de la ropa sucia, rebota y me estampa un mamporro en la sien que me hace caer de espaldas. Fundo a negro.

SEGUNDA PARTE

LA VERDAD

Día ciento cuatro. Jueves. Nublado

Me acerco a Casa Salvador, con una bolsa-maleta de mano que compré en Decathlon y en la que he metido las pertenencias básicas, y me encuentro la taberna cerrada a cal y canto. No abre hasta las ocho. Menudo panorama. Pues nada, hago de tripas corazón y espero tres horas en la acera. Por fin llega Pepe.

—Pareces un novillero —me dice.

—Por el hatillo, ¿no?

Le cuento los pormenores y le solicito un préstamo modesto. Le digo que Josep me tiene que dar pronto un adelanto por mi nuevo libro y que no tardaré en devolvérselo. Doscientos euros. Si pudieran ser trescientos, mejor. Para poder acomodarme un par de días en un hotel hasta que se me ocurra cómo campear la crisis.

—Anda, pasa. Vamos a ver qué encontramos en la caja.

Pepe me da a probar una copa de Ad Libitum Maturana 2008. Presenta en el vaso una gran capa de color. Olor ahumado a chocolate amargo. Poderosa estructura. Largo y elegante. Precio en tienda: ocho euros con cinco céntimos. Se lo agradezco. Nos damos un abrazo y parto con dos billetes de color verde en el bolsillo.

Me instalo en el NH Avenidas, por estar cerca de mis hijos y porque, de lo que hay, me parece la oferta más competitiva. Sin despojarme de la ropa, me tiro en la cama. Con la vista fijada en el horroroso aplique de la pared. Como los búhos, me siento incapaz de girar los ojos. Me he dejado el cargador del teléfono en casa. Primero se apaga la pantalla del móvil y, poco después, caigo yo dormido.

Día ciento cinco. Viernes. Cielos despejados

He decidido arrancarme la vida. Desde que caí en esta postura sólo me he incorporado dos veces para ir al baño. He debido de perder como mínimo cuatro kilos. Estoy como Gandhi de aspecto pero sin las ideas claras que a él le mantenían firme en los principios del ayuno. Creo que tengo fiebre porque mi cuerpo tiembla bajo la manta que me he echado por encima. Sigo con la misma ropa. Me mantengo a base de chupitos de agua del grifo.

Día ciento seis. Sábado. Heladas matinales

Aún me sigo queriendo morir, pero, para minimizar el sufrimiento, he abierto las aceitunas

rellenas del minibar. Me como una de vez en cuando aguantándola lo máximo que puedo en la boca.

Día ciento siete. Domingo. Desapacible y frío

Me zampo de dos bocados la barra de Toblerone. La operación me abre el apetito y, sin mediar apenas descanso, le doy salida al bote de anacardos.

Día ciento ocho. Lunes. Chubascos

Al amanecer descorcho el benjamín de cava. Me encuentro extenuado. Por debajo de la puerta, como cada mañana, me meten la factura que tengo pendiente con la institución. Los doscientos euros se han evaporado. Tengo que salir del hotel. ¿Y adónde voy? Puedo acercarme a casa con la disculpa de tener que recuperar el cargador y ver si Ana me pide que me quede. Pero ¿qué digo? Menuda humillación. Si vuelvo, ha de ser por la puerta grande y con empleo fijo, no a mendigar y encima con deudas. ¿Y cómo le pago yo a Pepe? Espero a que sean las nueve y, desde el teléfono de góndola de la habitación, llamo a Josep a la agencia. Hay que marcar el cero para coger señal.

—Necesito mosca.

—¿Te vas de pesca?

—No, macho, necesito dinero. Que me he separado y estoy sin blanca.

—¿Sin Blanca? ¿Pero tu mujer no se llamaba Ana?

—Muy gracioso, Josep, pero te estoy pidiendo un adelanto.

—¿Un adelanto sin contrato? No me jodas, Juan Carlos, que sabes que no tengo sentido del humor.

—O me das un adelanto o me quito la vida —me sorprendo yo mismo pronunciando la inusitada frase.

Josep protesta, pero con moderación; intuyendo por mi tono que tal vez se me haya ido la olla. Aun así, pone pegas. Que un adelanto sin un borrador de ideas no se lo dan ni a Pérez Reverte. «Imposible de todo punto», intenta excusarse, pero yo noto que está aterrado y le lanzo un órdago. Me pongo serio. Muy serio. Tanto que el eco de mi propia voz me asusta. Le informo de que me encuentro delante del ordenador esperando a que me haga la transferencia. Y que, si en los próximos diez minutos no me ingresa mil euros, en concepto de anticipo de los derechos de autor del manuscrito de la novela que le he de entregar en el plazo señalado por él mismo, me acerco a buscarle a la Ciudad Condal, aunque tenga que ir andando, compro un paraguas en un chino del ensanche y se lo meto por el ano. «Te lo introduzco enterito por el recto —le amenazo — y te lo abro dentro para que te revienten las tripas. Luego, me quito la vida. Pero antes te mato, perro inmisericorde». Así le digo antes de cortar la comunicación en seco. Me tiemblan las piernas y a punto estoy del ataque de nervios. ¿Qué he hecho, Dios mío?

«Ahí me tocó guerrear a mí», me susurra el señor mayor que está detrás de mí guardando fila para que le atienda el conserje del NH. Se conoce que ha escuchado al del mostrador cantar en

voz alta los datos de mi carné de identidad, muy discreto el individuo, mientras realizo el obligado *check out*: «Juan Carlos… González Ingelmo… calle Sierra de Guadarrama 28…». Me giro y el buen señor, sin darme tiempo ni a presentarme, me suelta la historia completa. Ya te digo yo que hay mucha gente sola.

—En el Alto de los Leones, sierra de Guadarrama, luchamos a muerte. Tenía yo catorce o quince años. No más. Pasamos un frío de mil demonios —me aclara—. Los de un lado y otro de la línea del frente nos conocíamos bien. Éramos familia. Cuando cesaban los morteros, se escuchaban siempre gritos. «¡Joséeee!». «¡¿Qué paaaaasa?!». «¡Que la Carola necesita ayuda con las vaaaaacas! ¡Se ha puesto una de paaaarto! ¡Cruuuuuuza!». «¡Vooooy!». Y un soldado saltaba de la trinchera y de pino en pino, de roble en roble y de fresno en fresno, bajaba hasta el valle enemigo a socorrer a la parienta. Durante el descenso del paisano no se producía ningún disparo. A pesar de haberse transformado en un blanco perfecto. Ese tipo de asuntos se respetaban. Una cosa eran los ideales del glorioso alzamiento, la defensa de la civilización cristiana y la salvaguarda de la patria española y otra bien distinta el respeto por las manos que un hombre ha de echar a una mujer para sacar a su familia adelante.

—¿Caballero? ¡Caballero! —reclama mi atención desde el mostrador el conserje—. Con la conferencia interprovincial a Barcelona incluida, que ha marcado cuarenta pasos en el contador, lo suyo asciende a ciento noventa y dos euros.

Le pido al amable anciano que me excuse y me giro para atender el pago de la dolorosa.

—¿En metálico? Estupendo. ¿Quiere usted las vueltas?

—Ya le digo.

No le sienta bien mi respuesta. Sonrío para intentar suavizar la tensión, pero me temo que mi rápida negativa a dejar propina le ha inducido al conserje a pensar que soy un rácano. ¿Tacaño yo? Nada más alejado de la realidad. Vive el cielo que si yo fuera un escritor de prestigio reconocido, como Hemingway, y me estuviera alojando con todos los gastos pagados por la revista *The New Yorker*… ya verías tú si le dejaba o no gratificación… ¡Diez euros le dejaba! ¿Qué digo? ¡Veinte! Pero en estas circunstancias tan apremiantes no puedo permitírmelo. No me lo permite mi instinto de supervivencia. A ver, es que la escasa calderilla que me va a quedar tras apoquinar mi onerosa estancia la voy a necesitar para adquirir unas medianoches de jamón en Viena Capellanes. Entiéndelo, por no presentarme de vuelta en casa sin llevar nada. ¿Comprendes?

—¿Ha estado usted a gusto con nosotros? ¿Alguna queja con el trato?

—Todo bien, todo bien —me apresuro a comentarle.

Tampoco me gustaría que, equivocadamente, pueda deducir este empleado que no me he encontrado a plena satisfacción en las instalaciones de la empresa a la que con tanta diligencia sirve. Las habitaciones del NH Parque de las Avenidas gozan de un estilo cálido y contemporáneo con una decoración en tonos neutros y con elegantes suelos de madera. Recién renovadas, todas ellas incluyen wifi gratis, ventanas insonorizadas y aire acondicionado controlado de manera individual. Y, por lo que se refiere a las vistas, mientras que mi habitación daba al jardín, me consta que las hay que dan a la piscina y que, incluso, cuentan con una Junior Suite que ofrece una perspectiva privilegiada de la plaza de toros de Las Ventas. Mira, me emociono tanto de sólo pensarlo que, sobre la marcha, reculo y cambio de parecer.

—Mejor quédese usted un euro y me devuelve el resto.

El conserje me da las gracias. Recojo la factura por si en algún momento la puedo desgravar como viaje de negocios y, al girarme, el señor mayor me clava la mirada y me pide que alegre la cara.

—Alegre usted esa cara, hombre.

En ese momento, no sé lo que me pasa, pero se me escapan sin querer unas lágrimas. El hombre, que cree que mi llanto está relacionado con la trágica historia de la guerra de España, me suplica: «Paisano, no se ponga usted triste, que ya pasó todo eso». Y yo agacho la mirada porque no tengo valor de explicarle que no pienso en búnkeres ni escopetas, sino en mi adorada esposa. Sólo en Ana, la mujer que he perdido. Y se me derrumba el mundo porque yo, a Ana, lo que quisiera es quererla y que ella me quisiera a mí. Pero no puede ser. Enmendar mi relación matrimonial se me antoja una hazaña más improbable que el retorno de Federico Jiménez Losantos a la cadena COPE.

Como no consigo atajar mis lloros, el anciano, que hace tiempo que ha debido de traspasar los noventa y que, sinceramente, en temas de movilidad necesita más ayuda que un servidor, me acompaña hasta el tresillo del *lobby* y se sienta a mi lado. El conserje se acerca hasta nosotros y me pregunta si puede ofrecerme una tila. Le digo que sí, que muchas gracias, y él me responde que la verdad es que tila no tienen disponible, que como normalmente nadie suele aceptarla, él me lo ha propuesto sólo por cortesía confiando en que yo rechazase la oferta. Pero que, como lo cortés no quita lo valiente, se muestra dispuesto a atender cualquier otra solicitud que esté al alcance de sus manos. Se lo agradezco y aprovecho la saludable relación humana que hemos cultivado para preguntarle si, por casualidad, no tendría un cargador de móvil que me pudiera prestar. Me dice que si es de iPhone 4, que sí. Que del 4S ya no. Le informo de que el mío es un Nokia XpressMusic del 2006 con cámara de fotos de dos megapíxeles. «Ah, entonces va a tener usted suerte», me dice y se ausenta por un rato. El anciano saca del bolsillo de su zamarra una botellita de Font Vella prácticamente terminada y me ofrece que le pegue un traguito. Niego con la cabeza, tres veces consecutivas porque, aunque el agradecimiento es sincero, quedan más babas que agua y, la verdad, pues no apetece. El paisano se encoge de hombros y se arranca con una nueva historia.

—No sé si es usted partícipe de que, al final de la contienda, se promulgó una ley que prohibía blasfemar en público. Buuuf… Estaba el asunto muy penado, pero que muy penado —me aclara—. Y ahora verá usted. Resulta que un día me hicieron una pifia muy fea en plena calle y se me escapó un «¡Me cago en San Anselmo!». La mala suerte quiso que lo escuchase un guardia civil que andaba patrullando la zona y que me impusiera una sanción de una peseta. Ya ve. Entonces era mucho dinero… Bueno, pues pagué con una moneda de dos y resulta que la autoridad competente no tenía cambio. «¿Ahora qué hacemos?», le solté. «Pues se va a tener que venir usted conmigo al cuartelillo», me avino el del tricornio. «¿Al cuartelillo? Perdone, pero yo no tengo por qué ir a ninguna parte. Si eso, se acerca usted y me trae las vueltas». «Yo no le tengo por qué traer a usted nada, caballero, así que me acompañe, por favor». Y ya le dije que ni hablar; que yo era un humilde repartidor de carbonería y no podía perder la mañana en el cuartel porque se me habría ido medio jornal en ello. Total, que tiré por la calle de en medio y solucioné el entuerto de esta guisa: «Mire usted. Como cobra a peseta la blasfemia, pues me cago también en el obispo de Suances y paces».

La anécdota tiene su gracia y trato de reírme para celebrarlo, pero la sonrisa no me sale. Me

encuentro tan debilitado, creo que por la escasez de alimento, que me flojea el alma y me vuelve a aflorar la llantina. Y ya no paro. El paisano desdobla con elegancia un pañuelo que saca del bolsillo de la chaqueta y me lo cede. Yo agradezco los primeros auxilios con un tímido bamboleo de cabeza mientras me enjugo las mejillas y, sin mediar palabra, él aprovecha mi gesto de disculpa para tomarse libertades fraternales y pasarme el brazo por encima del hombro y propinarme un apretón cariñoso. Como de oso. De oso grizzly del parque Yellowstone. De los que aprietan tanto que casi ahogan. «Ánimo, amigo. Ánimo», me dice mientras siento cómo tritura con sus brazos mis gafas de seiscientos euros, que reposaban felices creyéndose a salvo en el bolsillo de mi camisa. Es la gota que termina de rebosar el vaso de mis desgracias. Y arranco a llorar. Como un descosido lloro. Me desinflo. Lloro por mí mismo. Lloro por todos mis compañeros y por mí el primero. Lloro por Ana, por Sergio y por Marta. Lloro por el buenazo del señor que me abraza y por el guardia civil que le impuso la multa; convencido de que él era igualmente un pobre hombre arrastrado por los trágicos acontecimientos. Lloro por mis padres y por todos aquellos a quienes les tronchó la juventud aquella contienda. Por republicanos y nacionales al unísono lloro. Inundo de lágrimas la tapicería de terciopelo ante el asombro del anciano, que se toma mi disgusto a título personal, preocupado por haber perdido la capacidad de narrar historias con humor. Y, pasados unos minutos, lloro también por el juez Garzón; a quien veo retratado en la portada del *ABC* que reposa sobre la mesita del vestíbulo. Ya ves tú. El juez Garzón. Una persona que no conozco de nada. Sólo de verle entrar y salir, en multitud de ocasiones y siempre con la gabardina puesta, de la Audiencia Nacional en los telediarios. Pues por él también lloro. Lo que le sensibiliza a uno el hambre, oye.

Vuelve el conserje con un cajón de madera lleno hasta arriba de cargadores de todo tipo. «Lo que se han ido dejando los clientes durante años. La mayoría son tan antiguos que deben de ir a corriente alterna. Mire a ver si alguno le vale». Doy con el del Nokia sin problemas. Se reconoce al instante por el pincho finito. Se lo agradezco de todo corazón y en el enchufe que hay junto al tresillo pongo a cargar mi móvil. Curioso estoy por saber si me ha entrado algún mensaje.

—Bueno, yo le dejo, que voy a lo mío —me dice el señor mayor, que se incorpora para volver al mostrador a despachar sus asuntos con el conserje.

Les doy las gracias a ambos por haber amado al prójimo como a sí mismos y le pregunto al recepcionista si sería posible, mientras revive mi teléfono, utilizar un ordenador del NH para conectarme a internet. Me dice que pase al *business center*. Que es en la puerta de al lado. Antes le pido un poco de papel celo para hacer un apaño de urgencia a las gafas y me presta un rollo de cinta marrón de embalar, con resistencia al rasgado y recomendada para paquetes de hasta veinte kilogramos. No te quiero ni contar lo chapucero que me queda el apaño con el polipropileno de veintiocho micras y masa adhesiva de caucho natural enrollado a ambas patillas. Al menos puedo leer de cerca. Entro al *business center* y encuentro a un joven trajeado, de Armani aventuraría yo, navegando en la única computadora que detecto. Me saluda con un gesto de los dedos que indica que termina en un segundo. Luego hilvana algunas frases inconexas. Por lo visto, está consultando los precios del crudo. Debe de trabajar para Repsol.

—¿Está al tanto de las incidencias del petróleo? —me pregunta.

—No mucho —respondo.

—Pues debería.

Por fin termina y me cede el asiento. Es un sillón ergonómico con mecanismo de respaldo

sincronizado y brazos regulables en altura, lo que resulta muy confortable. Uno de este tipo tendría que pillar yo para la oficina de mi casa, porque me voy a dejar la espalda en la maldita silla plegable del cuarto de la plancha. Conecto con la web del Banco Sabadell y noto cómo el corazón se me acelera. Tarda en cargar. Se nota que estamos a fin de mes, que es cuando siempre las páginas de banco se ralentizan porque entra todo el mundo cada cinco minutos a ver si le han ingresado ya la nómina. El joven petroquímico, lejos de ausentarse, guarda con parsimonia sus papeles en la cartera y me explica que el mar tiene peajes, como las autopistas, y que al coste por cruzar Suez hay que sumarle la paga extra por atravesar la zona de alto riesgo de la costa de Somalia.

—Ya te digo —comento por meter baza.

Introduzco usuario y contraseña. Mientras la máquina se lo piensa, mi joven acompañante pasa a comentarme que anda metido en el tema de oleoductos. Un rollo. Afirma que la única manera efectiva de transportar crudo desde los yacimientos hasta un puerto de carga es a través de largas cañerías y que las expropiaciones de terreno se hacen inevitables. Que él es abogado y le toca brear con eso. Fastidiar a la gente; pero que no queda otra porque la conducción tiene que ir en línea recta y con una inclinación constante para que circule el oro negro. Que en curva o cuesta arriba no avanza. Así que, si toca que pase por tu finca, el oleoducto pasará por tu finca. Aunque te llames Prado y Colón de Carvajal. Por poner un ejemplo de apellido noble, indica. Y yo, vale, vale, que sí, que sí. Y él venga y venga.

Será posible la plasta que me está endilgando… Pincho con el ratón en «Todas mis cuentas». Me aparece primero el saldo de la 0081-0299-99 terminada en 8056. Positivo. Esa no es. Esa es la cuenta compartida donde ingresa Ana su nómina. Con el índice giro la ruedecita del ratón hacia abajo y aparece la otra, la de mi empresa. La 0081-0299-98 terminada en 8157. Está a nombre de Producciones Alaska, la productora que tengo para producir y que no produce nada. Irónicamente se llama «Cuenta Expansión Negocios», aunque no se ha expandido jamás. Pincho en «Ver saldo» y el corazón me da un vuelco. ¿Qué digo el corazón? El cuerpo entero se me vuelve del revés como un guante de fregar; lo de fuera para dentro y lo de dentro para fuera. Hormigas me recorren la espalda. ¿Qué digo hormigas? ¡Guepardos! ¿Es posible, madre mía? ¡No me lo puedo creer! Por vez primera en muchísimos meses el montante de mi cuenta, en lugar de descender, asciende. El rojo de los números se ha tornado negro y el saldo líquido disponible es ahora de novecientos treinta y siete euros con cincuenta y cuatro céntimos. ¡Josep me ha hecho el ingreso! ¡Viva la virgen de Montserrat! Los mil euros solicitados, menos los sesenta y dos con cuarenta y seis que tenía deudores, reflejan un total de novecientos treinta y siete pericos. Levito de satisfacción sobre la silla. El joven termina de colocar sus documentos, cierra la cartera y abre la puerta del *business center* para salir. Antes de desaparecer para siempre, se gira bajo el dintel y, como el ángel que anunció a María, me sugiere con gravedad que permanezca atento a los acontecimientos futuros. Que se han detectado grandes yacimientos de crudo en toda la franja del África atlántica. Básicamente en el golfo de Guinea, pero también en Canarias. Y que el gobierno del archipiélago no es propenso a explotarlos porque teme que las plataformas marinas le espanten el turismo. Repsol, por su parte, tampoco se atreve a anunciar oficialmente el descubrimiento porque el gobierno de España tiene miedo de que Marruecos reclame la titularidad y no están las relaciones diplomáticas como para introducir un nuevo conflicto. «Usted ya me entiende», me añade y desaparece.

Estas últimas revelaciones me traen a la memoria los comentarios que sobre el mismo asunto y de forma detallada me formuló mi amigo invisible en su momento, y me pregunto cómo diablos se habrá podido enterar Agenjo de todo esto. ¿Compartiré amigo invisible con el de los hidrocarburos? Para evitar más sobresaltos, decido chequear de nuevo el «Desglose de saldo» y confirmo la buena nueva. Mil euros limpios, con gastos de transferencia compartidos, han sido transferidos a las nueve y doce de la mañana desde una cuenta del Santander en Barcelona, por gentileza de la Agencia Literaria Farnés y en concepto de «adelanto derechos de autor». Soy otro. Desde mi cuenta en Gmail le pongo un correo a Goyo Martín, cajero de mi sucursal del Sabadell, para que, por favor, a la máxima celeridad, me pida la Visa Oro. Me levanto y pego un puñetazo sordo de felicidad sobre la mesa. Champán, champán, champáaaan…

Vuelvo a recepción. El anciano ya no está. Me despido del conserje y recojo mis bártulos: el ordenador y la bolsa con ruedas del Decathlon. Justo antes de salir a la calle suena en el vestíbulo el Nokia que he dejado cargando y que estoy a punto de olvidar tras de mí. Menos mal porque, como dice el Duque, sin móvil no hay paraíso. O algo así. Es Pepe, que me llama para interesarse por mí porque se quedó muy preocupado después del encuentro de la otra tarde. Dice que no es por el dinero, sino por lo inusual de que un cliente como yo, al que se le supone una condición social acomodada, tenga que rondar por las tabernas mendigando. Le agradezco su desvelo y le aseguro que no ha de preocuparse. Que las aguas acaban de retornar a su remanso y que yo esta misma tarde, sin falta, me presento en Casa Salvador a cancelar la deuda.

—No sabes cómo me alegro, Juan Carlos, porque te vi más hundido que Miguelín la tarde que supo que ya no habría de figurar nunca más en los carteles.

—Claro, claro… Pues, si eso, ya hablamos, Pepe —respondo yo sin ganas de escuchar relatos taurinos en momentos tan convulsos.

—Espera, Juan Carlos. Escucha esta historia, que te va a interesar.

Para cuando quiero despedirme, ya es demasiado tarde. Pepe aprovecha mi balbuceo y se arranca con tal entusiasmo que resulta imposible colgarle.

—Julio del sesenta y ocho. Torean dos corridas consecutivas los grandes del momento. Primero el Cordobés y, al día siguiente, Miguelín. Salta al ruedo el primer astado para el diestro de Córdoba y el toro no vale. Manso en los caballos y con la cara por las nubes. El segundo tampoco resulta. Desganado en banderillas y deslucido en la muleta. A los corrales. Lo mismo que el tercero. Se cambia la ganadería y sale la de reserva. Tampoco. Anovillados, con ausencia de fuerzas y sosos en la ejecución. Y entonces el apoderado de la plaza le explica a Miguel Mateo Salcedo: «Mira, Miguelín, vamos a sacar tu corrida porque no tenemos más reses y mañana te conseguimos a ti una ganadería nueva». Los toros que saltan al albero resultan gloria bendita. Se dejan mecer a izquierda y a derecha. Entran al trapo y el Cordobés, a base de pundonor y arrojo, les saca un partido extraordinario. Se colocan para recibir la muerte y cuando Manuel Benítez se vuelca sobre el morrillo, como solamente se atreven a hacer aquellos que deciden jugarse de verdad la vida en una plaza, los tendidos se cubren de pañuelos. A Miguelín le llevan los demonios al ver que su enemigo acérrimo protagoniza una tarde vibrante, ganando terreno en cada muletazo, a costa de los animales que le habían tocado a él en suerte. Y en el cuarto toro, vestido con pantalón de tergal y jersey de *sport*, el de Algeciras salta al ruedo, se aproxima al morlaco, que clava las pezuñas banderilleado junto a la barrera, y empieza a pegar gritos al público. «¡No le felicitéis tanto, que los toros son mansos!». «¡Si no valen *na*!».

«¡Mirad!». «¿Lo veis?». «¡No embisten!». La cuadrilla del de Palma del Río le saca a mamporrazos del albero y en el foso le siguen moliendo a guantazos. El Cordobés le grita que ya no va a torear más en lo que le queda de vida. Miguelín se marcha de la plaza, vuelve al día siguiente y también corta seis orejas. Se cree que ha igualado la hazaña. Que ya son pares. Que a él le medirán los empresarios con la misma vara que a su adversario. Cómo se equivoca… A cada plaza que va, el Cordobés deja claro que si contratan al otro él no vuelve. Y todos le hacen el vacío porque el califa, y no Miguelín, es quien garantiza el lleno hasta la bandera en los tendidos.

Le agradezco la anécdota a Pepe y arrastro la valija camino de mi casa preguntándome qué milonga le voy a contar yo a Ana. Por un lado, el acercamiento me reconforta, pues los echo a todos mucho de menos. Por otro, me consume la angustia al pensar que quizás ellos no aceptarán mi regreso. Para asegurarme una mejor acogida, opto por comprar una bandeja de medianoches de jamón. Con siete euros me alcanza sólo para dos. Bueno, pues mejor que nada. Martita seguro que se alegra al verlas. En cuanto a Sergio… Bueno, ese, al fin y al cabo, tanto da lo que opine de los productos de merienda porque tiene ya un pie prácticamente fuera del hogar. En un par de meses le entregan el piso. Ya me contarás tú qué necesidad tiene de abandonarnos para irse a vivir solo. Ni que fuera extranjero. Pues se independiza, yo creo que para no tener que hacer la cama, y se marcha a vivir a los Cotos de Monterrey. Un nombre muy vistoso. Según la promotora, a diez minutos del centro. A diez minutos del centro de la urbanización, digo yo. Ya me contarás: está en el kilómetro cuarenta y ocho de la carretera de Burgos… así que echa tú las cuentas. ¿A qué velocidad tienes que poner el coche y cuántos semáforos tienes que saltarte para recorrer en diez minutos el trayecto? Su madre ya le avisó: «Porque no tienes mi horario, Sergio, que, si no, no te compensaría vivir tan lejos». Pero el chaval se defendió en su línea: «Mamá, con tu horario, no es que no me compensaría vivir tan lejos, es que no me compensaría vivir y punto». Ya ves. Un mensaje muy esperanzador que, como el resto de los de Sergio, contribuye a alcanzar esa armonía familiar que yo ahora idealizo en la distancia. Tintotín to tín… Anda, mira. Parece que mi retoño me lee el pensamiento y me deja una llamada perdida. Marco.

—Sergio, hijo, ¿cómo va todo?

—Fatal, papá. Tienes que volver porque mamá está histérica. No hay quien la aguante. No hace más que llorar. No para de decir que no le agradecemos ninguno de los sacrificios que hace por nosotros y que tú te has ido con una jovencita que has conocido en clase de inglés.

—¿Y Marta está bien?

—Desconozco.

—Bueno, tienes que tener paciencia con tu madre hasta que todo se tranquilice. Tú ya sabes cómo es esto del amor.

—¿Yo?

—Hombre, Sergio, no te hagas el remolón, que sabes perfectamente de qué te hablo.

—Desconozco.

—¿Tú no tienes novia?

—Papá, por favor, que lo de tener novia está más pasado que tomarse una sangría.

—Ah, ¿sí? ¿Y las agujitas del reloj que hacen el amor al llegar la medianoche? Afirmativo, ¿no?

—¡Papá, no me habrás cogido el diario!

—Lo siento, hijo, no te ofendas, pero no hay nada de malo en que un padre le…

—Papá, tú eres un cerdo.

—¡Eh! Escú…

Tu, tu, tu… Me cuelga. Intento llamarle de nuevo, pero ya no se pone. Salta el buzón de voz de Vodafone, que ahora te hacen oferta si escuchas los mensajes. Salvemos los mensajes. Pues sí que empezamos bien el día. Ya se me han quitado las ganas de volver a casa. No vuelvo. Mira que soy idiota: yo solito me las busco. Me siento en un banco a recapacitar y, entre suspiro y suspiro, me como las dos medianoches. Me entran varias llamadas, pero ya sigo a lo mío y no contesto. Los bollitos me abren el apetito y me entra un hambre de espanto. Reviso el móvil a ver qué quiere ahora el chico. Ah, pues no era él. Tengo tres perdidas de Ana y cinco de Martita. Eso es que me necesitan. Hay esperanza. Voy a volver. A Sergio que le den. Lo haré con la disculpa de recuperar el cargador y así tanteo a ver qué pasa. Me atuso un poco el pelo aprovechando el reflejo de mi rostro en la minipantalla del Nokia. No puedo presentarme con mal aspecto. Tengo que regresar altivo y jubiloso, como supo retornar Curro Vázquez a la plaza de su alternativa. Tirando de repertorio. Llenando el coso de aromas toreros y dejando a la facción enemiga con un palmo de narices. Mandando a los Sergios pegapases a por tabaco.

Rrrrr. Me crujen las tripas y se me presenta un terrible dilema: ¿almuerzo al llegar a casa, que sale gratis, o pico algo antes, ya que por fin tengo fondos en la cuenta y las ganancias son para disfrutarlas? «Recapacita, Juan Carlos», me digo. Lo medito y me queda claro. Un dandi no se persona en una vivienda unifamiliar para lanzarse en plancha a atracar la nevera. Ni hablar. Un héroe ha de aparecer despojado de necesidades perentorias. No se ha dibujado nunca al Cid Campeador mientras se zampaba unos macarrones gratinados con queso. Así que decido llegar comido y, con estas sanas intenciones, me introduzco en el bar de Juli y pido el menú del día. Puré de guisantes, escalope milanesa con patatas y helado de coco de la Menorquina. Las patatas presentan un tono verdoso en los bordes. Se lo comento al cocinero, sin ánimo de ofensa, y me contesta que, igual que las lentejas, «Si quieres las tomas y si no, las dejas». Entre plato y plato me entretengo leyendo la prensa deportiva. La chica de la contraportada me recuerda a Evelin, aunque se nota que en esta ilustración hay más de Photoshop que de realidad. Le han dejado a la criatura una cintura de avispa más digna de los videojuegos de Lara Croft que de las mujeres de esta vida. Vamos, que ni Angelina Jolie. En páginas interiores le dedican una entrevista a Cerezo, el presidente del Atleti. Sólo habla de cine.

Levanto la vista del periódico para pegarle un empujón a la cuchara y… ¿a quién te crees que reconozco comiendo en la mesa de al lado? ¡A Mortadelo, macho! Le saludo y me informa de que él, además de instructor de natación, es transportista y que suele hacer recados y mudanzas por esta zona. No tenía ni idea. Se conoce que lo de la piscina no le llega para vivir y, en los días que libra, se saca al volante un sobresueldo. Se viene con la furgo a la explanada de Las Ventas y a lo que salga. Le digo que me alegro mucho de verle y Mortadelo me confirma que igualmente y me pregunta por mi amigo.

—¿Qué amigo? —le increpo.

—El tipo centroamericano ese con el que viene de vez en cuando a la piscina —me esclarece.

¿De quién me habla? No puede ser de Agenjo porque me consta que Mortadelo no puede verle. Igual se cree que el señor mayor del grupo siguiente, un octogenario que es puro hueso y apenas puede avanzar a braza con una pierna, es mi compadre. Le digo que está bien por salir del

paso y seguimos cada uno a lo nuestro. Al rato vuelve a dirigirme la palabra.

—Ahora todo el mundo quiere nadar, pero cuando yo empecé, la inmersión en el agua estaba mal vista.

—Por el gorrito, claro…

—No por el gorro. —Se ríe—. La gente hasta hace poco no se fiaba de las piscinas. Se creía que el agua estaba sucia, con orines y eso, y que les iba a contagiar enfermedades. Ya ves tú cómo cambian los tiempos. Ahora es al revés. Ahora, el agua es la fuente de salud.

—Qué cosas…

—Bueno, a ver cuándo vuelve por las clases. No le he visto esta semana. Y tráigase a su amigo.

—Sí, sí… A ver si podemos el jueves. Estoy con lío, pero deseando volver.

Es la verdad. Echo de menos la natación. Me gusta practicar los ejercicios de espalda, a pesar de que siempre trago agua, porque la disciplina resulta excelente para los problemas de columna. Mortadelo siempre me corrige. Que tengo que bajar bien el codo y empujar el líquido con la palma hasta la cadera, me dice. Y yo le respondo: «Mortadelo, hago lo que puedo». Pero poco a poco me ha ido enseñando a mantener la barbilla erguida, a endurecer la tripa, a estirar bien las piernas. Con Mortadelo he descubierto un mundo nuevo. Un universo de relajación zen como nunca antes había tenido oportunidad de conocer. Cada vez que voy al Luis Aragonés, emerjo renovado de sus aguas.

Ti, ti. Me entra un mensaje de texto al móvil. Es de Josep, que me echa en cara mi mediocridad. Afirma que haber aceptado mi chantaje por debilidad personal ha sido el mayor error profesional de su vida. Que le he metido en un lío con la agencia de tres pares de cojones. Que me vaya preparando porque «cuando hay tramontana en el Empordá, se produce tangana en el delta del Ebro» y termina con la amenaza de que, a más tardar el martes, a primera hora de la mañana, quiere en su despacho algún material publicable con el que salvar su trasero ante la Carme. «¡Y da gracias al cielo de que no haya informado a los Mossos d'Esquadra!».

Juli me trae la cuenta del menú del día, a la que ha añadido la deuda contraída con anterioridad y otra minuta. Alzo las cejas y observo que, como me lo temía, mi profesor de natación ya no está. Se ha marchado sin apoquinar un céntimo e indicándole al Juli que se daba por invitado. «Paga mi alumno», le ha dicho. Tendrá morro.

Pido que añada el cargo a mi deuda y que, si le parece, a partir de ahora le pago el total a fin de mes. Como los clientes pudientes. Juli me dice que por él va bien así y cerramos el trato. Salgo y, como voy preocupado atendiendo a la dichosa maleta, que se le encasquilla una rueda, me tropiezo con un tipo al que no veo. Resulta ser Agenjo. Vaya día de coincidencias, tú.

—No está bien desaparecer y dejar a los amigos en la estacada —me recrimina.

—No te había abandonado a ti —le explico—. Me he abandonado a mí mismo.

—Pues cuando uno toma esa decisión, tiene que tener en cuenta los daños colaterales —me reprocha—. ¿Has vuelto con Ana o qué?

—No.

—Me ha costado mucho encontrarte —suspira.

No estoy para sermones y así se lo hago saber: «No estoy para sermones, Agenjo». Entonces, mi amigo invisible, ignorándome, procede a realizar una tabla de ejercicios sobre el adoquinado de la acera. A cuatro patas. Con rodillas y palmas apoyadas en el suelo, espira y eleva la columna

vertebral hacia arriba hasta vaciar totalmente los pulmones. Inspira y regresa pausadamente a la posición inicial dejando que la columna se aplane. Repite cinco veces.

Le noto triste. Compungido. Se da cuenta de que le estoy examinando. Intenta articular palabra, pero no es capaz. Me agacho para tenderle una mano y, al hacerlo, se me escapa un cuesco descomunal. Debe de ser el puré de guisantes. En mi vida había liberado un Michigan de tal tamaño. Tremendo. Siete en la escala de Richter. Hiroshima y Nagasaki revisitadas al tiempo.

—Veo que has practicado buen sexo. ¿Estuviste con Ana?

—Ya te he dicho que no. Y ¿qué grosería es esa de relacionar el sexo con las flatulencias?

—En algunas culturas eructan después de comer para mostrar que han terminado satisfechos. Los invisibles soltamos una ventosidad al término del acto sexual para mostrar a nuestra pareja que estuvo bien el ejercicio.

—¿Tú mantienes relaciones sexuales?

—Hombre, José Luis, que uno no es de piedra. Tengo mis escarceos con alguna invisible de vez en cuando.

No sé quién de los dos está peor. A pesar de ello me enternezco.

—A ver, ¿qué te pasa, Agenjo?

—Creo que he resuelto el enigma de la muerte de Kennedy.

—No me digas… y qué fue, ¿suicidio?

—No estoy para bromas.

—Pues no entiendo cómo andas tan cabizbajo. Si has resuelto uno de los enigmas más grandes de la historia, ¿no deberías hallarte en estado de regocijo y camino de una rueda de prensa?

—No —me corta de un modo extremadamente seco—. Se me han quitado las ganas de tener ganas de nada.

—¿Y eso por qué?

—Porque sospecho que voy a pagar con mi vida por ello.

Está peor de lo que imaginaba. Sin duda ninguna ha aprovechado mi ausencia para dejar de tomarse con regularidad los antipsicóticos. Voy a reprochárselo, pero, como le noto tan afectado, cambio de estrategia sobre la marcha y simulo interesarme por sus sorprendentes revelaciones.

—¿Y tú cómo te has enterado de lo de…?

Miro alrededor como para cerciorarme de que no hay espías del Mossad acechándonos en las cercanías, le guiño un ojo y espero con resignación su nueva salida de pata de banco.

—Porque mi nombre verdadero es Charles Ross y soy agente del Buró Federal de Investigación de los Estados Unidos. FBI, ¿te suena?

—Sí, Agenjo, sí —le respondo—. Y yo soy Pepón Nieto y trabajo en *Los hombres de Paco.*

—Muy gracioso, José Luis.

—Pues no sé quién tiene más gracia, chato. Hasta ahora yo creía que tú eras mi amigo invisible. Agenjo, un esquizofrénico español y decente. Un tipo entrañable con ataques hebefrénicos, complejo de persecución y distorsión de los pensamientos.

—Es que también soy ese.

—Eres ese… y al mismo tiempo eres Charlie Rivel.

—Charlie Ross.

—Ya.

—Mi nombre de pila es Charles, pero tú puedes llamarme Chuck.

—Hombre, como Chuck Norris.

—Exacto. Como Norris. Chuck es el apelativo cariñoso que usamos en inglés para Carlos.

Por fin se decide a aceptar mi mano y de un tirón se incorpora. Echamos a andar… supongo que en dirección hacia mi casa. Me pregunta si yo sé de dónde provienen los amigos invisibles y me pilla fuera de cacho. Como el toro que se llevó a Juan Belmonte por delante en Barcelona la tarde en que el diestro de Sevilla reinventó el toreo. Me lo contó Pepe, porque su tío Salvador estuvo en la plaza aquel día.

Belmonte vino a poner en entredicho el axioma de Lagartijo: «Te colocas aquí y te quitas tú o te quita el toro». El sevillano sentó cátedra y cambió la fiesta. Él confirmó que «Te colocas aquí y ni te quitas tú, ni te quita el toro… si sabes torear». Para él todos los terrenos del albero pertenecían a un solo dueño: el matador. La tarde de la terrible cogida el maestro estaba enfermo. Diezmado por cinco noches sin conciliar el sueño y, sin embargo, armó un revuelo. Saltó al ruedo, clavó los pies en la arena y, trayéndose al astado más con el espíritu que con los frágiles brazos, le dio cinco verónicas a cámara lenta; dóciles, sin moverse del sitio. Sin duda los mejores pases que se hayan visto formular jamás en un coso. Firme, sereno, cruzado ante quinientos veinte kilos dechados de fiereza y codicia y remisos a embestir al primer cite. Daba miedo ver cómo obligaba al astifino a perseguir su muleta con aire combativo y vibrante. Con acometividad, prontitud y fijeza. Por ello, a ningún aficionado le extrañó que, al rematar con un recorte, el animal le embistiese y le pasara por encima; dejándole empitonado contra la barrera y con el traje de luces hecho jirones. Pero ya daba lo mismo; acababa de probar que el arte de Cúchares tiene más que ver con la danza que con la batalla y que lo único que necesita el cuerpo de un diestro para enfrentarse a una bestia son ocho horas de sueño.

—¿Tú sabes lo que somos los amigos invisibles?

—Un petardo.

—Los amigos invisibles somos almas sin cuerpo. Almas que, en el momento de la reencarnación, somos rechazadas por el donante y nos quedamos fuera. Sin carcasa. La implantación de un alma funciona como el trasplante de riñón y no siempre el cuerpo del paciente la tolera.

Por no discutir le dejo hablar. Además, debo reconocer que su disparatada teoría resulta bastante más fascinante que el lío que tengo yo en la cabeza. El único inconveniente es que, distraído por su relato, pasamos de largo mi portal, Sierra de Guadarrama 28. «Bueno —me digo —, tampoco es cuestión de subir en compañía de un amigo a reconciliarme con la familia». Así que, de momento y sin que sirva de precedente, le dejo seguir hablando y continuamos el paseo como si nada. Me propongo dar vueltas a la manzana hasta que termine su cuento, como los aviones que han de quemar combustible describiendo círculos en el firmamento de Barajas antes de tomar tierra.

—Sobre la reencarnación hay mucho mito —continúa mi amigo invisible—. Que si Buda. Que si según el comportamiento que hayas tenido en vida, te toca reencarnarte en uno u otro animalito. Que si tienes que seguir reencarnándote en sucesivas ocasiones hasta conseguir el karma. ¡Bah! Todo son pamplinas.

—¿Pamplinas?

—Sandeces.

Se me queda grabada la palabra y la repito machaconamente para mis adentros: pamplinas, pamplinas, pamplinas. Caigo en la cuenta de que es un vocablo con una sonoridad especial y al que, sin embargo, le damos muy poca salida. Pamplinas. Decididamente, si algún día me animo a tener gato, le bautizaré con ese nombre. Pamplinas.

—La reencarnación se lleva a cabo siguiendo una fórmula matemática. Y no se mezclan en este proceso a los animales con los vegetales, ni a las personas con los minerales. Cada reino y cada especie se reencarnan en su propio nicho de mercado. Las zanahorias vuelven a ser zanahorias; los cocker spaniel, cocker spaniel; y los humanos, humanos. Las almas se reciclan. Cuando muere un humano, recuperan el alma, le borran el disco duro y la reinstalan en otro cuerpo.

—O sea, que todas las almas son iguales.

—No exactamente. Perdona la burda comparación, pero podría decir que, como en las motos, las hay de distintas marcas.

—De distintas marcas —le repito yo en voz alta, por si cae en la cuenta de la burrada que acaba de decir y se retracta.

—Es un ejemplo, José Luis —protesta—. Quiero decir que cada alma tiene sus tics de comportamiento y que, si alguien viviera cientos de años, podría coscarse de que esos tics se repiten en las sucesivas reencarnaciones. Por ponerte un ejemplo: Juan de Silva, el caballero de la mano en el pecho retratado por El Greco en 1577, y Napoleón Bonaparte compartieron la misma alma.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No, te lo juro.

Me mira muy serio y, en plan pose, coloca su mano derecha sobre el corazón. ¿De qué va? Enseguida se da cuenta de que estoy a punto de dejarle plantado y se disculpa.

—Perdona, perdona…

—No tengo mucho tiempo para idioteces, Agenjo.

—Escúchame, por favor…

—Dos minutos, machote, que me has pillado en muy mal momento.

—Yo he encontrado un truco para detectar reencarnaciones. Basta con fijarse en los fallos del sistema.

—Minuto y medio…

—Cuando el borrado de almas se realiza en las cercanías de un fuerte campo magnético, por ejemplo la sierra de Guadarrama, algunos archivos sueltos de memoria quedan sin eliminar. Como resultado, nacen personas que se identificarán durante toda su vida, y sin razón aparente, con algún episodio del pasado.

—Ya, ya —le digo, simulando que no me interesa—. ¿Te importa que nos sentemos? Es que me aprietan los calcetines y se me está marcando molla en la pantorrilla. No vaya a ser que se me forme un coágulo, me suba al pulmón y me dé una *paralís*.

Hacemos pausa en un banco. Menos mal, porque ni es cuestión de seguir arrastrando la maleta, por muchas ruedas que tenga, ni quiero que el portero me vea pasar diecisiete veces por delante de mi hogar con ella. Así que echo mano del *Marca* que le he robado a Juli en el bar y despojo con sigilo las cagadas secas de paloma que adornan los tablones del asiento. Tardamos unos instantes en acomodarnos y mi amigo retoma enseguida su narración. Va a piñón fijo.

—En la Oficina de arriba lo tienen todo mecanizado. Burocracia pura. Sales de un cuerpo, te borran y te asignan, por el algoritmo de Euclides, el cuerpo de recién nacido en el que debes reencarnarte. Es un sistema aleatorio basado en la pura chorra. Lo mismo te toca viajar a una isla del sur de Tailandia que a una barriada de Caracas. El problema es que el cálculo infinitesimal de nacimientos es incapaz de incorporar a sus previsiones las variaciones coyunturales y, algunas veces, mandan a dos almas a un destino en el que, cuando llegan, se encuentran con que no queda más que un cuerpo disponible. Gemelos de los que sólo prospera uno y casos por el estilo. Así que a la pareja de almas no les queda más remedio que compartir bebé.

—¿Dos almas para un mismo cuerpo? Eso sería como un huevo de dos yemas, ¿no te parece?

—Ocurre más de lo que tú imaginas, José Luis. Los humanos lo llamáis trastorno bipolar.

Me llevo la mano a la boca para sujetarme la mandíbula. Lo convincente de su explicación me ha pillado por sorpresa. A mí, fíjate, que estoy acostumbrado a escucharle todo tipo de chuminadas, me asombra profundamente la coherencia con que desarrolla en esta ocasión su hipótesis.

—También puede ocurrir justo lo contrario, José Luis.

—¿Lo contrario?

—Que el sistema envíe por error sólo un alma a una localización en la que se producen dos alumbramientos.

—Ah. ¿Y qué pasa entonces?

—Se aplica la ley del *calçot*.

—La ley del *calçot* —repito yo bastante incrédulo—. ¿La ley de la cebolla?

—Me tocas la po…

—Muy gracioso —le corto yo, antes de que termine porque esa broma tan burda me saca completamente de la película y además no viene a cuento—. ¿Me estás comparando el alma con una cebolla catalana?

—Pues me la tocas por la mañana —insiste él en la misma grosería.

Me enfado muchísimo. Tanto que doy por zanjada nuestra relación y así se lo hago saber.

—Has abusado de mi confianza. Me has decepcionado profundamente. No quiero volver a saber nada más de ti.

Agenjo capta mi mosqueo y me pide perdón con insistencia. Por favor, que le escuche, que sólo ha sido un comentario desafortunado, pero que se lo había puesto tan en bandeja que no ha podido reprimirse. Que no volverá a ocurrir, pero por Dios que no le deje ahora. Yo adopto una actitud de novio despechado, recolocándome en el banco en diagonal, dándole a él media espalda, y mirando al infinito con indiferencia. Y en esta postura, bastante incómoda por cierto porque me tira mucho la pieza triangular de tela que refuerza la entrepierna, hago como que no le escucho, pero le escucho con tremenda atención porque todo lo que cuenta resulta cuando menos intrigante.

—Disculpa la vulgaridad de utilizar los *calçots* como ejemplo. En realidad, cuando un alma ha de dividirse en dos sufre lo que la ciencia llama un proceso citométrico, pero no quiero abrumarte con tecnicismos, José Luis. Verás, el *calçot* es más bien un tipo de puerro. Un cebollino del que germina un tallo que luego a la plancha y con unas gotas de salsa romesco está para chuparse los dedos. Pero el payés, que es muy sabio, le pega un tajo al bulbo antes de plantarlo para crearle un nuevo ojo y conseguir que por allí le nazca un tallo extra. Un cebollino:

dos puerros. Doble ganancia. ¿Me sigues?

—Mira, no tenía ni idea.

—Pues el alma es como un cebollino que se implanta en el recién nacido. Una planta que, como en la naturaleza, va adoptando distintas morfologías en las distintas personas. En unos crece fuerte y sana, en otros mortecina y enclenque. Eso ya depende de la calidad del bulbo y del abono que le pongan los clientes. O sea, que hay almas descuidadas y las hay que están en forma. Eso es así. Y ya luego, al final de la vida, los de la Oficina siegan el tallo para volver a recuperar el bulbo. El puerro se desintegra con el cuerpo y el cebollino original se reutiliza para germinar en otra vida. Me sigues, ¿no, Rodrigo?

—¿Rodrigo, qué Rodrigo?

—Si me la soplas, te lo digo.

Me giro, pero sólo con la mirada. O sea, el cuerpo sigue en diagonal, marcando aún distancias, pero ladeo los ojos hacia él, como Antonio Banderas en el póster de *El Zorro*. Rezumo odio. Quiero matarle.

—Perdona, perdona. Ya sabes que no tengo medida.

Cuento hasta diez y no funciona. Llego a cincuenta y tampoco. En ciento veinte parece que se me pasa un poco el rencor. Intento retomar el hilo, si es que hay hilo alguno, porque el tipo me ha picado la curiosidad. Pero es la última oportunidad que le doy. Una y no más, santo Tomás.

—¿O sea, que tú eres un cebollino? —le interrogo con desconfianza.

—No, yo soy un simple injerto, José Luis.

—Un injerto…

—Si me dejas, te cuento. —Le dejo. Me encojo de hombros y él prosigue—: Cuando se presenta un alma en solitario y resulta que se produce un doble parto, el protocolo oficial exige que te dividas en dos. Mi caso fue precisamente ese. ¿Entiendes, José Luis?

—Sí, que tienes el corazón *partío*, Agenjo. ¿No serás tú Alejandro Sanz?

—…

Ahora el que se mosquea es él y detecto en su silencio una alta tasa de mal rollo.

—¿Te interesa mi historia o no? Porque si te molesto, cojo y me marcho… —me recrimina.

—No, perdona, hombre —me disculpo—. Claro que me interesa, Agenjo. Me interesa y mucho.

—Pues entonces atiende, ¡coño! A ver si los españoles aprendéis a escuchar un poquito alguna vez; que no hacéis más que hablar unos encima de otros.

Los españoles, me increpa. ¿A qué viene esta generalización ahora? Me da que esta crítica la debe de llevar rumiando un tiempo porque una reflexión social de este calado no le sale a uno así porque sí y de forma aislada. Intento sonsacarle información más precisa sobre el asunto, pero él pasa de mí, se levanta del banco, se aleja unos pasitos y, tal vez con la intención de focalizar de nuevo los conceptos, comienza a realizar una serie de estiramientos. Sin duda sigue la tabla marcada por Pilar Pont Geis, licenciada en pedagogía y educación física y, desde hace cinco años, directora técnica de la Asociación Deportiva Sarriá-San Gervasio. Lo digo porque mi amigo invisible, más que calentar músculos, parece danzar en fino equilibrio sobre el bordillo de la acera. Y al llevar a cabo este peculiar desarrollo del lenguaje corporal, noto que mejora su espontaneidad y libera tensiones internas.

Al rato vuelve a tomar asiento y me advierte que si vuelvo a interrumpirle, me manda

definitivamente al carajo. Yo capto el mensaje al vuelo y, por si las moscas, ni parpadeo. Soy todo oídos. En vista de lo cual, Agenjo procede a relatarme un sorpresivo cúmulo de acontecimientos.

—Yo era un alma…

—Eres todavía un alma —le corrijo.

—No interrumpas, güey.

—Perdón, perdón.

—Yo era un alma y la última vez que me borraron fue el 4 de agosto de 1961. De mis anteriores vidas no recuerdo nada aunque, como te he manifestado en alguna otra ocasión, tengo alguna que otra sospecha. —A modo explicativo extiende ambos brazos en cruz y ladea un poco la cabeza sobre el hombro. Yo trago saliva. Él continúa—: Ahora bien, a partir de la mencionada fecha del 4 de agosto de 1961, mi memoria permanece intacta. Tras el último borrado, se me comunicó que mi próximo objetivo se encontraba en la ciudad de Madison. La capital del estado de Wisconsin, en Estados Unidos. Un lugar muy bello, no sé si lo conoces, a dos horas de Chicago. El hospital está junto a un gran lago y pertenece a una universidad que fue puntera durante la revuelta estudiantil. Además Wisconsin es la patria del queso. Producen seiscientas variedades. Ríete tú de Francia. Así que, como me chifla el cheddar *vintage* de dieciocho años, me coloqué encantado en la fila de la lanzadera de almas. La compañera de delante me comentó que a ella la habían destinado a Honolulú a reencarnarse en un tal Barack Obama. Partía desganada y sin grandes expectativas, pues, según me confesó aquel día, Hawái no había producido ninguna figura de interés desde el rey Kamehameha I. Yo intenté animarla con un «Nunca se sabe» y nos despedimos dando por hecho que jamás volveríamos a reencontrarnos. Qué equivocadas estábamos. Lo haríamos y además intensamente a lo largo de los años venideros.

—No, los años venideros no, Agenjo, porque esos son los años que están por venir. O sea, los que no han venido todavía. Querrás decir los años posteriores a aquel día que mencionas.

—Bueno, Pemán, tampoco es ahora el momento para corregirme mi español, ¿no te parece?

—Hombre, no te lo tomes a pecho, pero pudiendo hablar bien…

—Que sí, leñe. Pero tú me sigues, ¿no?

—¿Que si te sigo? ¡Hasta el infinito y más allá si hace falta!

—Si hiciera. Si hiciera falta, güey —me corrige ahora él en plan revanchista.

—Vete a la mierda.

Agenjo no interpreta mi sutil referencia a los excrementos de un modo positivo y vuelve a ofenderse. Pone mala cara… pero, aun así, continúa. Intuyo que, debido a alguna oculta razón que debo de estar a punto de descifrar, ostenta una verdadera necesidad de desahogo y yo debo de ser el único pringado dispuesto a prestarle atención.

—Total, que llegué al hospital de Madison para hacerme cargo de mi nuevo cliente, un tal Chuck Ross a punto de nacer, y me encontré con un imprevisto. Había otro cuerpo que necesitaba un implante de alma urgente porque una primeriza se acababa de adelantar en mes y medio a las previsiones y, en la Oficina Central, los casos no se contemplan con tanta antelación. Ya me gustaría poder afirmar lo contrario, pero el ritmo que llevan los de arriba es mucho más sureño de lo que la gente se imagina. En el cielo existen dos velocidades: despacio y un poquito más lento. Pero lo del sindicato de los ángeles te lo dejo para otro día. Ahora te desvelaré

simplemente que, siguiendo el protocolo de la reencarnación asistida anteriormente mencionado, realicé la citometría con éxito y me dividí en dos. Mi primer yo ingresó en el cuerpo de Chuck en el momento del alumbramiento y comenzó a provocar el llanto. Dos minutos más tarde el otro yo, que es precisamente quien te habla, se introdujo en un feto con malformación congénita que habría de haberse llamado Dorothy Champlan y… se produjo el rechazo. En el último instante, cuando el ginecólogo me colocó sobre el pecho de mi madre, su cuerpo expiró y yo salí expulsado a ochocientos cincuenta kilómetros por hora contra el tubo de neón del techo. Trescientos treinta grados Kelvin. La espalda frita. Todavía tengo marca. Mira…

Mi amigo invisible se echa hacia atrás el cuello de la camisa para mostrarme el inicio de una tosca quemadura que le baja como una culebra de silicona desde el hombro. Resulta evidente que le entristece recordar tan traumática experiencia y, al cruzarse con los míos, sus ojos comienzan a derretirse un poco; como dos cubitos de hielo recién salidos de la nevera. Para dejar constancia de que me tomo interés por sus problemas, me inclino a observar la cicatriz sin mucha gana. Parece una cuerda de cáñamo pegada con superglue al cuerpo. Un asco. Me pide que la toque y yo paso. Vamos, ni con guantes de látex.

—Me quedé suelto, José Luis —suspira desconsolado—. Flotando en el aire de la habitación 215 del University of Wisconsin Hospital. Absurdo, como un pez globo. Desde lo alto, con un nudo en la garganta, observaba a mi fugaz madre, la señora Champlan, ahogarse en un mar de lágrimas. Y a mi padre, Jeremiah Champlan, que así creo recordar que se llamaba el chico, golpearse la cabeza contra la pared movido por la frustración y la rabia. Yo sentí mucho miedo. Me invadió el pánico.

—Menuda historia…

Le sigo la corriente, no muy convencido todavía de que los acontecimientos que narra sean del todo ciertos, pero consciente de que los comenta con un entusiasmo inusitado y de que, en el peor de los casos, el material tiene un valor literario de alto *standing*.

—Lo debiste de pasar muy mal, ¿verdad? —añado.

—Francamente mal. Esa experiencia no se la recomiendo yo a nadie.

—Yo te creo —le confieso—. Ahora lo único…

—¿Lo único qué? ¿Qué lo único? —me increpa envalentonado—. A ver ahora dónde está el pero.

—No, si no hay peros. Es sólo que… que no entiendo entonces por qué sigues suelto. Lo suyo hubiera sido, siguiendo tu teoría del *calçot*, que una vez expulsado te volvieran a borrar lo poquito que se hubiera grabado en tu disco duro y te mandaran a otro cuerpo. Pero veo que sigues libre y sin dueño, como el globo de gas que se me escapó a mí de niño en el parque de atracciones. Y además, perdóname que sea tan *mijita*, pero si todo eso te pasó en Madison, ya me contarás qué pintas tú por España.

—Es que no tuve más remedio que convertirme en un fugitivo.

—Anda, pero si ahora va a resultar que eres Harrison Ford.

—Lo que soy es un alma incompleta, José Luis. Un pobre injerto fallido. La mitad de un alma se regenera con el tiempo, como los rabos de lagartija, y se convierte en una nueva. Así que, cuando muere el individuo que ocupas, te reciclan como a todas las demás. Pero, si se produce rechazo y no cuajas, te destruyen en la batidora porque incompleta no les sirves para nada; salvo que, como es mi caso, consigas escaparte y permanezcas oculta por los siglos de los

siglos. Amén.

—¿Eso es lo que explica los fantasmas? ¿Almas incompletas fugitivas?

—Claro, por eso somos tan infantiloides. Pero preferimos que nos llamen amigos invisibles, si no es molestia.

Pobre Agenjo. De pronto caigo en la cuenta de su dificultosa existencia y me conmuevo. Mi amigo es un espectro que ha de vagar como un huevo sin cáscara hasta el final de los tiempos. Lo siento mucho, de todo corazón, y así se lo comunico.

—Déjate de pésames, que hay esperanza —me anima con una sonrisa.

—¿Y eso?

—Porque Chuck Ross está a punto de morir.

—¿Chuck Ross?

—La cebolla original.

—¿Tu otro yo? ¿Y su muerte te alegra?

—No. Bueno, sí… Vamos a ver… Es que si le localizo a tiempo y me meto en su cuerpo antes de que estire la pata, podremos fusionarnos y volver a ser de nuevo un alma completa. ¿Te imaginas? Si lo consigo, dejaré de ser por fin un forajido…

—¿Pero tú a este tipo le has visto desde que os separasteis?

—Un montón de veces. Es el dueño de Perpiñán.

—Pues muy bonito, Agenjo, pero falla un pequeño detalle. Si la cosa es tan fácil, ¿por qué no os habéis fusionado antes, cachondo?

—Porque no había sitio. El alma, una vez desarrollado el tallo, rellena todo el cuerpo y no hay hueco para nadie más excepto…

—Excepto…

—Excepto en los instantes que anteceden a la muerte. Con los últimos estertores, el cuerpo da siempre un poco de sí y deja espacio libre. ¿No te has fijado en cómo se les infla la panza a los difuntos?

—¿Me estás diciendo que sabes que tu *alter ego* está a punto de diñarla y tienes que localizarle antes de que fallezca para introducirte en su cuerpo en cuanto la piel te deje margen?

—Exacto. Con la flojera de la muerte, el alma de Ross se desinflará un poco y yo podré añadirme a él sin crear exceso de masa.

—Como se unen dos gotas de agua para formar una más grande.

—Correcto. Pasas palabra.

—Será pasas pantalla…

—Pues como se diga. El caso es que has acertado: he de meterme en el cuerpo de Ross y fundirme con su alma antes de que esta sea expulsada. Si lo consigo, ambos marcharemos unidos a borrado y todo volverá a ser como antes.

—Pues, hale. No sé a qué estás esperando.

—A encontrarle, porque ha desaparecido repentinamente. Creo que le han secuestrado.

Me empiezo a abrumar con tanta información. ¿Por qué me habré tenido que topar con este pájaro justo ahora que regresaba yo tan feliz a mi hogar? Lo que me pide el cuerpo es quitármelo de encima y quedar para otro día; pero no se me ocurre cómo y, en lugar de despedirle, me pongo nervioso. Me agarro una taquicardia y las almorranas, muy sensibles ellas a mis alteraciones de humor, se activan en modo picazón de categoría media, media-alta. «Recobra la

calma, Juan Carlos —me digo—, e intenta poner en perspectiva todo lo escuchado. Trata, como en esos pasatiempos infantiles que traían los tebeos, de enlazar los puntitos para que te salga un dibujo. Intenta elaborar un esquema mental que te permita tomar decisiones acertadas». Y, con este encomiable objetivo de alcanzar el nirvana, opto por las técnicas de relajación que le recomendaron a Ana cuando el embarazo del primero. Solíamos practicarlas ambos al alimón: alzar los brazos en inspiración y dejarlos caer soltando el aire.

—Uno, dos. Uno, dos.

Mi amigo me mira como si el extraterrestre fuera yo.

—Uno, dos. Uno, dos.

No funciona. Los ejercicios relajatorios me ponen todavía más frenético y, encima, me entra la tos. Paro y engancho por un segundo su esquiva mirada.

—Hay que ser idiota… —comento en voz alta.

—Muchas gracias, José Luis —me responde visiblemente ofendido.

—No, perdona —le aclaro—. El idiota soy yo. Es que acabo de caer en la cuenta de que estos ejercicios son los que me recomendaron a mí cuando tuve catarro para echar las flemas.

Agenjo se ríe. Bueno, mira, por lo menos lleva su calvario con humor. Yo sigo sin salir de mi asombro.

—¿De verdad que existe ese tal Ross y que fue él quien me trajo a Perpiñán? O sea, que yo le he conocido… ¿Pero cómo no me habías contado nada antes?

—Coño, porque somos amigos…

—Pues precisamente.

—¿Precisamente qué? Los amigos no estamos para compartir intimidades. Estamos para comentar la Champion. Lo otro son ya relaciones de pareja.

Me muerdo la lengua y guardo un minuto de silencio. Me da la impresión de que Agenjo no ha venido en busca de consejos, sino de apoyo y decido respetar su dolor dedicándole una pausa en plan de duelo. Transcurrido este emotivo instante, me intereso por el paradero de su misterioso amigo.

—Ahí está el problema, José Luis. Ross ha desaparecido y me temo lo peor. La última vez que nos vimos, me confesó que estaba muy grave; que los médicos le habían dado dos meses de vida, a lo sumo tres. También me dijo que creía haber resuelto el enigma de la muerte de Kennedy y que tenía que informar de ello a la Casa Blanca. Que no me preocupase. Pensaba ausentarse una semana y regresar a Madrid para vivir sus últimos días conmigo como pareja de hecho. La idea era realizar la ósmosis en cuanto su espíritu empezase a desinflarse un poco y me dejara sitio. Pero no ha vuelto y sospecho que algo terrible le ha debido de ocurrir. Cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que le han secuestrado. Los que mataron a Kennedy, ya me entiendes. O igual los de la ETA, que él también los mencionaba mucho. A menos que me haya dejado plantado, claro. Porque lo mismo se ha arrepentido antes de dar el paso y no se atreve a confesármelo. Ya sabes que a mucha gente la convivencia le espanta.

Escucho a mi amigo y, por vez primera, intuyo que ese cuerpo etéreo alberga una fragilidad en la que nunca había reparado.

—¿Dejarte plantado? No, hombre, no. ¿Cómo iba a hacer eso? —improviso en un intento de subirle la moral—. Le habrán secuestrado, como bien apuntas, los que estén detrás del asesinato de Kennedy para que no se vaya de la lengua.

—Pues yo tengo que encontrarle. A mí lo de Kennedy me da igual, pero Ross no se puede morir sin mí. Tengo que dar con su paradero, esté donde esté, antes de que le visite la dama de la guadaña y lo reclame la Oficina. Yo no puedo quedarme tirado de nuevo en la calle y sin cuerpo durante toda otra vida. Necesito que me ayudes a buscarle. Te lo ruego. Te lo suplico, ayúdame, güey.

—¿Ayudarte? Pues como pretendas que te preste dinero para el viaje, estás apañado.

—No, lo que necesito es que me acompañes a Estados Unidos.

—Pero, hombre, a Estados Unidos… Así de sopetón, sin planear nada, sin mirar ofertas de hoteles ni saber a cómo está el dólar… —Hago como que protesto para ganar tiempo porque su solicitud me pilla completamente por sorpresa, pero, si he de serte sincero, la posibilidad de coger un avión y alejarme momentáneamente de mi triste realidad se me antoja un sueño. De hecho, no tardo nada en imaginarme el itinerario: Nueva York, las cataratas del Niágara, Boston y Filadelfia, una metrópoli dinámica y próspera que se hizo célebre por ensayar la búsqueda de la felicidad—. No —le digo—. Lo siento mucho, pero yo no puedo moverme de aquí.

—Déjate de excusas —replica—, que lo peor de los viajes es hacer la maleta, y eso tú ya lo tienes resuelto.

A ver, a ver. Vamos a llevarnos bien. Le pido que me conceda una pausa. Que respete mi espacio vital. Mis decisiones. Que me conceda tiempo libre y me deje regresar a casa. Que, si eso, se vaya él marchando primero a Estados Unidos y luego, ya la semana que viene si acaso, con más calma, nos hablamos por Skype e intercambiamos pareceres. Pero el invisible, sabedor de que para mí la amistad representa lo más sagrado, intenta ablandar mi lado frágil con frases sentimentales.

—Tú eres mi hermano del alma, realmente mi amigo, que en todo momento y jornada está siempre conmigo. Es tu corazón una casa de puertas abiertas. Tú eres realmente el más cierto en horas inciertas y no preciso ni decir que sé que no me vas a fallar —sentencia.

Entonces me pongo triste y azul y él aprovecha para confesarme que no me puedo ni imaginar lo afortunado que se siente por gozar de mi lealtad.

—Eres de los pocos —me dice—, si no el único, fíjate lo que te cuento, que ha demostrado fidelidad constante a un invisible. Y créeme que de verdad te lo agradezco. Es más, creo no exagerar, José Luis, si te doy las gracias en nombre de todo el gremio. Sinceramente. —Y va y me abraza—. La realidad es que a la mayoría de mis compañeros los abandonan los humanos en la adolescencia —prosigue—. En cuanto los niños empiezan a pensar en parejitas dejan de hacernos caso. Nosotros los llamamos el síndrome del primo, porque el primer rechazo nos suele venir a raíz de la visita de una primita o un primito algo mayor con quien juegan a los médicos. Te haces una idea del panorama, ¿no? Otra vez a salir al mercado a buscar nuevos clientes, como cuarentones separados en una discoteca. Un rollo porque, alcanzada una cierta edad, ¿a quién le apetece rebajarse al lenguaje de los críos? «Guay, chachi, cómo mola». Venga, hombre, ¡no me jodas! Por eso, José Luis, hay mucho amigo invisible amargado y en paro. Te lo digo yo, que este oficio conlleva una soledad terrible. De espanto. El día que se publiquen los datos…

No sé qué decirle, así que se lo digo.

—Caramba, Agenjo, no sé qué decirte. Tu historia ciertamente me conmueve, pero es que, mira, tienes que comprender que yo también tengo asuntos personales que resolver con premura. Escucha, ¿por qué no armamos para mañana un desayuno de trabajo en mi despacho? Tipo las

once y media. ¿Te parece?

—No puedo esperar a mañana. Ross puede estar en apuros y además podría morir en cualquier momento. Necesito encontrarle ya. ¿Te importa que suba contigo? Ya sabes que no ocupo sitio en el ascensor, y así, mientras tú haces lo que tengas que hacer, yo termino de contarte los detalles… Lo tengo todo pensado. Sólo te pido que me escuches cinco minutos antes de tomar una decisión.

Dudo. No sé muy bien cómo proceder. La intuición me advierte que debería rechazar la gentil oferta y quitármelo de encima cuanto antes, no vaya a ser que me líe, que le veo venir. Ya entiendo que suena un poco ridículo esto de tener que elegir entre matrimonio o amigotes, pero las cosas están como están y, o me centro, o voy a volver a cagarla. Pues la cago, colega. Ya ves tú cómo somos los escritores fracasados, que, al final, puede más la curiosidad que la precaución y me sorprendo solicitándole que tenga la amabilidad de acompañarme a mi domicilio, a condición, eso sí, de que se descalce a la entrada y proceda a desplazarse por el parqué sobre las gamuzas que Ana deja siempre dobladitas en la entrada. ¿Cómo te quedas? Es que, después de estas sorpresivas revelaciones según las cuales mi amigo es al mismo tiempo español invisible y estadounidense de carne y hueso, pues ya como para arriesgarse a que te deje raya en el parqué con las suelas de goma y te añada un problema más al saco de las dificultades conyugales. Total que acepto, al tiempo que me recorre un escalofrío desde el manubrio del esternón hasta el maléolo externo, porque sólo a un descerebrado de mi calibre se le puede ocurrir, después de mi dramática espantada matrimonial, hacer acto de presencia en el hogar maternofilial y con intenciones de reconciliación en compañía de un alma errante y desconsolada. Ya ves tú qué panorama tan idóneo para una reagrupación familiar. En fin, de perdidos al río.

—Es una larga historia. A finales de la década de los ochenta me soplaron que Chuck se encontraba en España —me comenta el invisible, que se ofrece a llevarme la maleta, pero es tontería porque, cuando va a cogerla, como es traslúcido, no agarra el asa. Compruebo que este Agenjo es el de siempre.

—¿Te soplaron?

—Un contacto que tengo en la Oficina de arriba y que me ha salvado el culo un par de veces que estuvieron a punto de dar con mi paradero, pero esa es otra historia. El caso es que le encontré en Barcelona en brazos de una mulata conocida en el gremio del estraperlo internacional como Montse the Rat y por sus paisanos del ensanche como la Moreneta. En aquella época en el puerto paraban los barcos de la sexta flota norteamericana. «¡La *viflota*!», como anunciaban entusiasmadas las prostitutas cuando los veían arribar cargados de marinería con dólares. Y un día, tal y como pronosticó mi garganta profunda, de uno de esos navíos *vifloteros* descendió Ross. Era el oficial encargado de proveer de hachís a toda la tripulación del buque. Las leyes militares del mar resultaban, al menos por aquel entonces, más permisivas que las de tierra y fumar un petardo en cubierta de un portaaviones estadounidense se consideraba más un derecho que un delito. Luego me enteré de que, un par de días antes de recalar en la Ciudad Condal, Charles Ross había formulado el pedido por radio y que, a su llegada, le esperaba la mulata con la mercancía en un chiringuito del barrio chino. Un local apodado el Can Navis. Astuto nombre. Montse la Rata fue la encargada de entregar la hierba y ya, de paso, el marinero aceptó de grado su compañía. Cuando le sorprendí dormido en el regazo de aquella reina del hampa, mi compañero del alma se asombró de verme. Conversamos largo y tendido. De

muchas cosas. De nuestra separación citométrica. De la pobre Dorothy Champlan. De la despenalización del hachís y la maría…

—¿De la marihuana?

—Charles mantenía que la prohibición de los canutos en Estados Unidos respondía a una gran contradicción histórica. Que, sin ir más lejos, George Washington cultivó la «fibra india» en su plantación de Virginia porque le ayudaba a apaciguar sus constantes dolores de muelas. «¡Por el amor de Dios! —se enervaba mi otro yo—. ¡Si nuestra declaración de independencia y nuestro texto constitucional fueron escritos y firmados por los padres de la patria sobre un pliego confeccionado con pasta de cannabis!».

Ajá, claro, claro, le comento, y me sorprendo al comprobar que no está el portero. Bueno, el conserje, porque ahora hay que decirle conserje. Mejor, así me evito explicaciones molestas. Ay, pero el ascensor está detenido en el cuarto… y baja con inquilino. A ver quién es. Se abre la puerta y sale, quién va a ser, pues el solterón redicho que vive en el cuarto.

—¿Qué tal, don Ingelmo? ¿Qué? ¿Venimos del gimnasio?

—No, de pasar unos días en la sierra de Guadarrama —improviso para justificar la presencia de la maleta blanda.

—Huy, pues a mí el campo no me gusta nada porque es un sitio donde, como dijo el otro, se pasean los pollos crudos. ¿Eh? Ji, ji… Buenoooo. Que tenga buen día.

Él mismo se hace las preguntas y se las responde. No me extraña que no encuentre pareja. Agenjo espera a verle atravesar el portal camino del mundanal ruido para atreverse a proseguir su interrumpido relato. Obviamente, no quiere testigos.

—Chuck se tiró algunos años más en la Armada y enseguida se pasó al Buró Federal de Investigación —me suelta según ingresamos en la cabina de ascensor Zener, que aprovecha al máximo el pequeño hueco disponible.

Yo le vuelvo a repetir que ajá y él matiza que, por lo visto, no es un salto profesional tan infrecuente.

—Se hizo agente del FBI y se especializó en la lucha antiterrorista. Por eso, por suerte para mí, poco después del avistamiento en Barcelona empezó a venir con mucha frecuencia a Madrid.

—Ajá…

—Durante sus estancias en la capital se albergaba siempre en la residencia del embajador norteamericano, enfrente de los jesuitas, y desde allí se desplazaba a Vitoria o a Bilbao. Y también a Hendaya. Últimamente, cuando venía, siempre se pasaba primero por el mercado de San Miguel, porque el puesto de salazones de La Casa del Bacalao le volvía loco, y luego me solía buscar para dar juntos un paseo por la calle Serrano. Íbamos al Museo Lázaro Galdiano y a saborear unos pinchos en la terraza José Luis.

—Juan Carlos, leche.

—No, si digo el restaurante. ¿No lo conoces? En frío a Ross le pierde la tapa de anchoas con tomate y queso y, en caliente, el solomillo con *brie* y la delicia de mar.

—¿Y las albóndigas no? —le comento, para que vea que sigo con atención su discurso.

—No, mi amigo no es muy de almóndigas —me responde.

No le corrijo porque entiendo que la Real Academia acepta el término, pero quede constancia de que a mí lo de almóndigas me chirría más que un tren descarrilando en una curva.

—Hablábamos mucho… —continúa Agenjo a lo suyo. Ahora, nunca me quiso comentar sus

misiones. «Alto secreto, güey», me decía con ese acento chicano que les sale a los yanquis cuando hablan español. Tú, José Luis, seguramente conoces más detalles que yo de sus aventuras.

—¿Yo?

—Sí, porque, con mi total desaprobación, que lo sepas, Ross se hacía pasar por mí y se acercaba a visitarte. Le hacía gracia suplantar mi personalidad y no le importaba compartir contigo secretos de estado porque sabía que no les ibas a prestar la mínima atención. Le divertía poder confesarle a alguien la verdad a cara descubierta y sin peligro de filtraciones.

¡Será posible! De pronto me vienen en *flashback* las numerosas ocasiones en que Agenjo se lanzaba a soltarme expresiones mexicanas sin venir a cuento. Y el día en que llamó al timbre y me dejó el despacho cargado de humo. Y cuando trajo a Perpiñán. Y cuando me contó su amistad con los reyes de España. Y, fíjate tú, que cobra también sentido la extraña pregunta formulada por Mortadelo en nuestro encuentro de hoy en el bar de Juli. «¿Cómo está su amigo?». «¿Qué amigo?». «El latinoamericano ese con el que viene usted de vez en cuando a la piscina», como si el Mortadelo hubiera sido capaz de distinguir en medio del agua a un nadador incoloro.

Llegamos al tercer piso. El trayecto, que en la escueta cabina Zener, competencia directa de la Otis Elevator Company, se me ha hecho toda la vida eterno, por vez primera, y sin que sirva de precedente, se me antoja demasiado breve. Noto que estoy nervioso. Tanto que no atino con el interruptor de la luz de la escalera. A oscuras introduzco el llavín en la cerradura de mi puerta y no encaja. ¿Será posible? «Así que el que se fue a Sevilla perdió su silla, ¿no, Anita? —recapacito, mientras articulo un improperio contra mi queridísima esposa en el pasillo comunal —: ¡Me cago en todo, Ana María de la Encarnación!».

El invisible me escucha pronunciar el insulto en voz alta y se asusta. Da la luz y puedo ver su cara de temor recortada sobre el gotelé de la pared que se le transparenta un poco. Intento explicarle la situación, pero me sale un tono tan lánguido que resuena a fracaso y no ayuda a esclarecer los hechos. Saco fuerzas y allá voy de nuevo. Mi mujer, le detallo, ha debido de presentar querella contra mí por abandono de hogar ante el tribunal eclesiástico de la Rota y, por evitar daños colaterales, el abogado de la empresa ha debido de aconsejarle que cambie la cerradura. No hace falta ser empleado de Leroy Merlin para discernir que ha instalado una multipunto. Una de esas fijadas al marco para obstaculizar el apalancamiento. Ah, pues espérate, que va a ser que no. Que parece que sí abre. Se conoce que no había encajado bien la llave por efecto de la temblequera.

—¡Holaaaaa!

Laaaa… laa… la… El eco difumina por el pasillo el final de mi saludo. No hay nadie en casa. Miro el reloj de pared. Claro, si es que sólo son las tres y media. ¿En qué andaría yo pensando? Ana y Sergio trabajan y Martita no ha salido todavía del cole. Termina a las cuatro y cuarto, si es que hoy no tiene ninguna de sus numerosas actividades extraescolares. Bueno, pues casi mejor. Así tengo tiempo de liquidar al invisible antes del encuentro matrimonial en la tercera fase. Estupendo, me digo. Respiro aliviado y, con el pulso ya bastante recobrado, invito a pasar a mi acompañante, quien, por otra parte, ya se ha colado sin permiso y se ha acomodado en la salita. La educación de las almas solitarias va de mal en peor. En fin, arrastro la maleta, cierro la puerta tras de mí y, una vez colocada en el recibidor, cambio de parecer y vuelvo a sacarla al descansillo. Prefiero dejarla fuera. Como medida de precaución para que, cuando se persone

Ana, el bulto le anuncie con antelación mi presencia y le clarifique que no he tenido la desfachatez de reintegrarme al piso sin consultárselo a ella primero. Vamos, una forma sencilla de comunicarle que me hallo en modo negociación.

—Vamos al saloncito, chato, que estaremos más cómodos.

Lo primero que me llama la atención de mi exhogar es que todas las fotos en que aparecía mi persona han sido discretamente eliminadas de la estantería que preside el cuarto en que solíamos hacer vida. Es una Billy blanca de baldas regulables. Con la extensión de altura para esquina del mismo ancho y un par de cestas Skubb. Ikea ha cambiado España más que la transición. En mi casa, en una noche pasamos de la edad del hierro del mueble castellano a la alegría de vivir del diseño escandinavo. Del no poder invitar a nadie porque, hija, perdona, pero no tenemos sillas, a un sin parar de venir amigos y todos con una palabra de admiración hacia el proyecto de jardinería de alféizar que nos costó dieciséis con noventa y nueve. No te exagero: Ikea y las becas Erasmus, si es que existe la justicia, pasarán a la historia como los dos grandes motores del progreso nacional. Ahora, como te digo una cosa, te comento la otra. La librería es maciza y ¡no te imaginas lo que me costó subirla a cuestas por la escalera de servicio! Yo solito, porque mi hijo tuvo fiesta la noche anterior y estaba echado con el estómago un poquito revuelto. ¿Conclusión? Una distensión de hombro, médicamente conocida como bursitis, y dos pellizquitos en las lumbares que todavía se me activan de vez en cuando. ¿Y todo eso para qué? Pues para nada. Como si no hubiera existido. Mis familiares han obviado mi esfuerzo y han tirado a la basura todas mis fotos. Igual que les retiran a algunos malditos el nombre de las calles. Muy bonito. Como si no existiera. Así se agradecen en España los servicios prestados.

Mi amigo invisible se pone cómodo y yo voy a la cocina en busca de algo de picar. Desde allí le escucho canturrear el *I Will Survive* mientras coloco en una bandeja dos botellines de Alhambra y una lata de La Española, una aceituna como ninguna, que está rellena de rica anchoa.

—¡He de reconocer que tuve mucha suerte con Ross! —me grita desde la butaca—. ¡Conozco casos de compañeros fugitivos que han tardado muchas reencarnaciones en dar con su alma nodriza!

—¡Ajá! No, si eso es como todo…

Cuando regreso con la bandeja y le hago el ofrecimiento, Agenjo pasa a comentarme que muchas gracias pero matiza que él no es el amigo de carne y hueso que me dejó el perro y que te estás haciendo un lío, machote, no sé qué te pasa hoy, pero te vas de foco a la mínima como si estuvieras puesto en automático… con lo cual sobra una de las cervezas que tan diligentemente has traído. Y yo, por no darle la satisfacción de reconocerle el fallo, le respondo con orgullo que las dos bebidas refrescantes son para mí y, él, sin darle más importancia al equívoco, me solicita permiso para relatarme el plan que ha elaborado y que, parece ser, requiere de mi participación desinteresada. Adelante, le digo, mientras, convencido de que no existe mayor crimen que el de dejar que una *ultra premium lager* se caliente, agarro por el cuello el primer botellín y le pego un buche en toda regla. Glup, glup, glup. Alhambra Reserva 1925. Su frescor me alegra la garganta. Aaah. Noto cómo me sube el ánimo y me dispongo a proferir una oda de tono elevado y extensión variable a la cebada… cuando Agenjo me corta el rollo y me recuerda que no dispone de mucho tiempo, *thank you very much*, y que, por favor, me esté calladito y permanezca atento un rato. Si fuera posible. Pillo la indirecta y me quedo en posición escucha.

—Aquí hay mucho más tomate del que tú imaginas. Desde el 2009 Chuck pertenece a un

grup…

Mi amigo invisible se calla en seco y escudriña con la mirada las molduras del techo en busca de micrófonos ocultos. Ya te digo yo que allí no hay nada. Son molduras sencillas, de bricolaje casero, fabricadas en poliestileno y colocadas con cola de carpintero por servidor como sorpresa para Ana un día de la madre. Pero el tío erre, que erre. Como si ahora mi casa fuera la sede del Watergate.

—En realidad —vuelve a arrancar tras comprobar que no parece espiarnos nadie—, Chuck es el alto mando de un grupo especial de operaciones que coordina acciones conjuntas del FBI, la CIA y el Pentágono. Un tipo superimportante. Estuvo en Rhinebeck, en la boda de Chelsea, la hija de los Clinton. Con eso te digo todo.

—Perdona, chato, pero no sé de qué me hablas —le comento con sinceridad porque las siglas de esas organizaciones de prestigio, al ser extranjeras, no me impresionan en demasía.

—A ver —intenta aclararme—. Ross dirige un grupo especial, cuyo nombre omito porque no viene al caso que lo conozcas y porque, además, el acrónimo coincide en español con las siglas de una cadena alimentaria de perfil modesto y no quiero cachondeítos…

—No será DIA.

—Pues sí, es DIA, ya está dicho.

—¿Tu amigo trabaja en el DIA? —le digo sin poder contener una risilla floja.

—Sí, ¿qué pasa?

—No, que ahí tienen siempre el atún Isabel a muy buen precioooo… —Se me escapa una carcajada.

—Ja, ja, ja. Muy gracioso. Pues el DIA ese, por si te interesa, es el Department of International Affairs.

—Departamento de Asuntos Internacionales —traduzco en mi mente con soltura—. ¿Y para qué vale eso?

—Para hacer favores encubiertos a gobiernos aliados. ¿Te acuerdas de cuando Marruecos invadió el islote de Perejil?

—Claro —le admito.

—Pues entonces recordarás que el ejecutivo español le pidió ayuda a Colin Powell para resolver el entuerto.

—¿Y?

—¿A quién te crees que le cayó el marroncito de desplazarse a Rabat?

—¿A tu alma gemela?

Agenjo asiente haciéndose el interesante.

—El bueno de Ross tuvo que informar al rey alahuí, de parte de Mr. Bush, de que si no se marchaba de Perejil en veinticuatro horas, Estados Unidos le montaba un referéndum en el Sahara en dos meses y con Jimmy Carter de observador internacional.

—¿Y esos favores los hacen los yanquis en plan ONG? —le pregunto desconfiado.

—Echa tú las cuentas. Los seis miembros de la Real Gendarmería Marroquí desembarcaron en la isla el 20 de julio de 2002.

—¿Y?

—Y la invasión de Irak, que apoyó el presidente Aznar, ocurrió en marzo de 2003. Comido por servido.

Levanto los ojos hacia mi amigo y Agenjo me regala una amplia sonrisa mientras se cepilla los hombros con los dedos. Luego se atusa el flequillo y, en plan chulesco, retoma el argumento. Yo me concentro en las aceitunas.

—La investigación abierta tras el asesinato del presidente John Fitzgerald Kennedy estuvo desde el principio coordinada por ese mismo grupo especial. Precisamente porque el DIA podía centralizar recursos policiales, militares y de espionaje. Un gigantesco despliegue que no consiguió dar un solo fruto en cincuenta años… hasta que mi querida alma gemela consiguió, hace escasamente una semana, resolver el enigma. Él solito. Como Bernardo de Gálvez. Je, je. Lo hizo todo mi otro yo, que, ejem, ya entiendo que está feo acaparar protagonismo, pero en el fondo vengo a ser yo mismo.

En ese preciso instante el cerebro me pega un pellizco. Se supone que los mensajes viajan desde el hipotálamo a través del sistema nervioso a una velocidad de crucero de trescientos veintidós kilómetros por hora, pero en esta ocasión el encargo neuronal rompe la barrera del sonido y mi mano derecha no tarda ni un nanosegundo en cubrirme la boca. ¡Dios bendito! ¿He oído bien a este energúmeno? No puedo disimular mi asombro. Acción, reacción. ¿Tendré delante de mis narices, al alcance de mi mano, la historia más fascinante jamás contada? Coño, coño, coño. Te aseguro que mis pensamientos viajan a más de 4,7 *petaflops* por segundo, superando con creces la velocidad de crucero de la supercomputadora china.

—¡No me jodas que tu amigo ha descubierto quién mató a Kennedy…!

—Eso parece. Y está dispuesto a revelarte a ti todos los detalles.

Me va a dar un soponcio. Organización. Or-ga-ni-za-ción. Me fijo en el botellín verde. Intento echarle mano, pero me resbalo, y se derrama el contenido espumoso sobre la alfombra kilim que compramos en una promoción de Alcampo. Mierda. Menos mal que sólo quedaba un culito. Bueno, en vista de que Agenjo no puede ingerir alimentos, me apodero de la segunda Alhambra y en un movimiento ininterrumpido conecto su cuello de cristal a mi boca. Glup, glup, glup. Y reglup. Me la termino prácticamente en dos sorbos. Aaah… Carácter artesanal. Décadas de tradición. Con un sabor profundo y exquisito para deleite de los amantes del agua de cebada con mayúsculas. Burrrp. Se me escapa un eructito. Pido disculpas. Son los nervios, le trato de explicar a mi asqueado amigo.

—Es una historia interesante, ¿no te parece?

—¿Interesante? Es una historia del copón —le admito—. De esas que te cogen en Plaza y Janés sin pensárselo. Lo que no me cuadra es que tu amigo me quiera dar a mí la exclusiva. ¿A mí y no a Bob Woodward o a Fermín Bocos? No tiene ningún sentido que yo, el pringado de Juan Carlos González Ingelmo, escritor de dudoso talento empadronado en la calle Sierra de Guadarrama 28 de la villa y corte de Madrid, sea el receptor de una de las revelaciones más explosivas que jamás haya escuchado el ser humano.

—Sí tiene sentido —replica Agenjo, que por lo que se ve lee mi pensamiento sin problemas —. Es bastante sencillo. Tú eres mi amigo y yo quiero ayudarte. ¿No necesitabas una historia potente para restregársela al Josep ese?

—Sí, claro —asiento.

—Pues ya la tienes.

Un par de lágrimas emocionadas me saltan de los ojos sin previo aviso, cual palomitas de maíz. ¡Agenjo, cómo te quiero! Siento un inesperado *overbooking* de felicidad que me hace

flaquear las piernas y pierdo agarre en las rodillas. Para evitar el desplome, me dejo caer gentilmente sobre la alfombra turca. Me inunda la dicha y, pleno de júbilo, me pongo a gritar tirado en el suelo. Chillo, vocifero, desahogo la tensión durante un buen rato. Hasta que, finalmente, me recojo en posición de rezo mahometano y me sorprendo a mí mismo entonando, en clave de fa, el *Alejandro* de Lady Gaga: «Alejandrooo. Ale-ale-jandrooo…». Por fin alcanzo el sosiego y, algo abochornado por la escenita que acabo de representar, me decido a incorporarme. Levanto la mirada y, en un tono más bien sumiso, expreso mi agradecimiento más sincero.

—No tengo palabras…

—No hace falta que digas nada —me contesta Ana con voz seca—. Lo único que, cuando termines, llevas los cascos al cubo de reciclaje. ¡Vámonos, niños!

Con sorpresa descubro que los tres miembros de mi adorable familia me observan con menosprecio bajo el dintel de la puerta principal. Deben de pensar que estoy borracho. O que se me ha ido la olla. O ambas posibilidades combinadas. Martita intenta acercarse a darme un abrazo, pero su hermano se lo impide. Mi hija protesta. Patalea. Sergio me clava dos cuchillos con la mirada mientras menea de un lado a otro la cabeza en señal de desaprobación.

—No sé si te has enterado de que mañana es fiesta; así que me llevo a *mis* hijos a pasar el puente con sus abuelos a Matalpino. Tienes tiempo de sobra de recoger la ropa sucia que te dejaste, si es que es a eso a lo que has venido. Ah, y espero que no vuelvas a presentarte por aquí sin avisar… Y ya te advierto que ni se te vaya a ocurrir traer a casa al niño.

—Pero ¿de qué niño hablas? —le inquiero.

—El de la Evelin esa, que seguro que la has dejado embarazada.

Ana se echa a llorar.

—Pero, mamá —ataja Sergio ante el estupor del ánima presente, que, francamente, hubiera preferido no tener que presenciar esta distendida charla familiar—. ¿Cómo va a haber tenido un hijo papá con esa tipa si la ha conocido hace unos días?

—Sí, sí… hace unos días. A saber el tiempo que llevan enganchados esos dos, manteniendo una relación oculta. Tu padre lleva el camino de Cela… y no precisamente en lo literario. Ya le gustaría. Vas a ver tú el lío que os monta vuestro padre con la herencia… Hale, Martita, hija, vámonos.

—¡Ana, espera! —protesto al tiempo que intento incorporarme sin conseguir un éxito completo—. ¡Ana! Que estás muy equivocada. Que no hay nadie más. Que yo sólo te quiero a ti y he venido a rogarte que me perdones.

Se crea un silencio sepulcral en la sala. Martita patea ahora a su hermano en las espinillas aún con mayor intensidad.

—¿Ah, sí? ¿Tanto nos quieres? —me recrimina Ana, limpiándose las lágrimas—. ¿Y desde cuándo es tan importante para ti tu familia?

—Desde siempre —le digo.

—Pues entonces pruébalo. Levanta del suelo y vente a la sierra con nosotros. Con los tuyos, que es con quien debes estar. Mira, estamos dispuestos a escuchar tu propósito de enmienda de camino a la Pedriza.

—¿Eh? —le respondo, sabedor de que «¿eh?» no es precisamente la contestación más adecuada dadas las actuales circunstancias.

—Eh, ¿qué? —me dice ella.

Intento arreglarlo como buenamente puedo, pero, cada vez que abro la boca, la cosa suena peor.

—Es que ir con vosotros ahora, justo ahora, me es imposible, Ana —me excuso—. Es que tengo una cita que no puedo posponer, entiéndelo, mujer —le imploro—. Ana, leche, que no es nada personal, que es un tema de trabajo.

—Sí, sí. Muy bien —me dice—. Mira, mejor recoge tu macuto, Juan Carlos, y al salir dejas la llave en el cuenco de la entrada. O en el bol, como dices tú desde que te has vuelto moderno y comes ensaladas de esas con queso y nueces en el Vips.

—¡Qué cuernos de bol…! Yo sigo diciendo cuenco.

—Lo que sea, pero espero no encontrarte aquí cuando regresemos. Y, antes de irte, quitas la manchita de cerveza de la alfombra con agua y jabón. Y aclaras bien para que la espuma no deje cerco.

Mi mujer tira de la manga a mi hijo y, por el mismo precio, se lleva también a Martita a rastras por el pasillo. Ana murmura algo que no alcanzo a discernir y escucho a mi hijo que responde «Positivo». Se oye un portazo. Me quedo desolado. Más hundido que la placa ventral del caparazón de una tortuga. Agenjo intenta consolarme sin éxito aparente.

—Si tienes que atender a tu familia, yo… —me comenta conmovido por mi situación mientras hace ademán de que se pira.

—Hombre, Agenjo —le respondo agradecido—. La verdad es que si pudiéramos aplazar esto hasta el lunes, yo te lo agradecería en el alma porq…

—Vale, me voy… Ross se muere en paradero desconocido y a mí me dan por saco, pero tú te quedas sin historia —ataja mi amigo invisible.

—Oye, oye, espera… —protesto.

—Aquí no hay aplazamientos ni leches en vinagre. A Chuck Ross le quedan pocos días de vida, si es que no se ha ido ya para el otro barrio. Así que no hay tiempo que perder. Si quieres primicia, tú y yo tenemos que salir para Estados Unidos mañana en el vuelo de las once treinta.

—¿Tú tienes que facturar? ¿Desde cuándo las almas necesitáis viajar en avión?

—Es por acumular puntos —sale por peteneras Agenjo, tratando de hacer una gracia que no cuaja.

Segundo intento de poner un poco de cordura en este maremágnum. Voy.

—Bueno, bueno —repito con intención de ganar tiempo hasta que se me ocurra algo con enjundia—. Bueno, bueno —vuelvo a repetir porque no se me ocurre nada y a punto estoy de tirar la toalla cuando, por fin, me viene un pensamiento—. Agenjo, compañero —le digo—, quiero que sepas que comprendo tus prisas por llegar al destino. Y que el motivo me parece razonable. Me alegro mucho por vosotros. Por los dos, por ti y por Ross. De verdad, de corazón. Pero no veo que necesites mi compañía para nada. Así que dame un abrazo y te puedes ir en paz.

—No me puedo ir de fantasma —me ataja mi amigo invisible, dejándome de palo—. Necesito viajar en un cuerpo.

—Venga, venga… Tú no necesitas un cuerpo para nada. Puedes viajar volando sin motor como siempre has hecho. Te vas por tu cuenta, libre, de autónomo, y así te ahorras el billete porque ya te garantizo yo que, en estas fechas, aunque pilles turista, va a ser difícil que te baje de seiscientos boniatos. Temporada alta y, además, como lo tienes que sacar por internet y no te

puedes fiar de nadie, tendrás que sumarle los cuarenta y cinco euros del seguro Global Assistance para cancelaciones y pérdidas de equipaje. Un espanto.

—Sí, en vuelo libre… —me interrumpe Agenjo con una mueca en la que intuyo que piensa que me estoy pasando de listo—. No creas que no me gustaría, José Luis. Pero te recuerdo que se ha producido un pequeño contratiempo. Ross ha desaparecido y para encontrarlo necesito un cuerpo.

—Leñe, Agenjo, tampoco seas tú agorero. Seguro que habrá salido de juerga o lo que sea y se habrá distraído. ¿No dices que en el puerto de Barcelona se iba con la Rata esa? Pues lo mismo habrá hecho en Wisconsin, hombre. Que la gente no cambia de costumbres. Este habrá salido de pobre para meterse a limosnero. Te digo yo, hazme caso, que si vuelves a echar un vistazo te lo encuentras en el sofá de su casa mirando un *reality*.

—Ojalá, pero no es así. Esta misma mañana me he acercado a su domicilio en Virginia en un pispás y no está. Ha desaparecido sin dejar traza. Y lo peor de todo es que no voy a poder encontrarle a menos que consiga hacerme pasar por humano y contactar con quien creo que puede darme pistas sobre su paradero.

—¿Tú sabes quién le ha secuestrado?

—Digamos que, antes de marcharse, Ross intuyó el peligro y me dejó un cuaderno con instrucciones para localizarle en caso de que los acontecimientos se torcieran.

—Bueno, pues saca el cuadernito y te pones a hacer llamadas.

—No puedo porque soy un fantasma y no tengo agarre en las yemas de los dedos.

—Entonces, si eso, tú me indicas el número y yo marco.

—A ver, que necesito seguir las pistas que me ha dejado en el cuaderno para desvelar quién puede haberle secuestrado. No me sirve que llames tú por teléfono. Tengo que presentarme *in situ* y en un cuerpo.

—Y dale. Que yo te puedo acompañar… y tú me chivas lo que sea.

—No, tengo que ser yo porque la investigación ha de desarrollarse en inglés —me recalca—. Y tú no lo hablas.

—Eh, eh, eh —protesto—. Que yo sí hablo. *Hello, my name is John Charles.*

—Bueno —me dice—. Lo hablas, pero de aquella manera.

—Lo hablo bien —puntualizo.

—A ver, ¿cómo se dice está lloviendo?

—*It´s lloving* —le suelto en plan coña.

—¿Lo ves? Con ese nivel de idioma no vamos a ninguna parte.

—Ya —prosigo, alegando nuevas razones para mi defensa—. ¿Y tú desde cuándo eres bilingüe?

—Hombre, yo de nacimiento. Te recuerdo que mi madre era norteamericana.

—Vamos, no me jodas. Pero si me acabas de contar que estuviste en el cuerpo del bebé tres minutos y enseguida hubo rechazo.

—Ya, pero el idioma se coge de golpe todo al principio.

—¿Pero qué me estás contando, si los niños tardan en hablar más de un año?

—En hablar sí, tío, pero el conocimiento intrínseco del idioma viene de serie con el cuerpo. *Don´t you believe me?*

—¿Qué?

—*Do you rather I speak in English so you can believe me?*

—Que vale, que te creo —me rindo, con ganas de que me deje de una vez en paz.

—Pues ya lo sabes —interrumpe Agenjo, con tono desesperado—. No te hagas el remolón y contéstame a lo que te estoy pidiendo, José Luis. Es cuestión de vida o muerte. No puedes negarte. No te lo perdonarías nunca. Sería como denegar auxilio a un accidentado en la carretera. Y te recuerdo que ese delito está muy penalizado en el nuevo código civil. Te podrían caer hasta tres años, machote.

Necesito tranquilizarme. Reflexionar. Llegado el punto en que nos encontramos, me siento incapaz de discernir qué cuernos me está solicitando mi amigo. ¿Que me vaya con él? Ya le he dicho que sí. Que bueno. Que de perdidos al río. Entonces, ¿por qué insiste? Obviamente, quiere algo más. ¿O no será que se está burlando de mí sin piedad ninguna? Busco, sin hallarlas, cámaras de televisión ocultas. A ver si van a ser los de *Inocente, inocente*, que andan grabando un especial para Tele 5. Me acerco a la ventana y entre los viandantes no distingo a Iturriaga. En fin… arrinconado, me decido a coger finalmente el toro por los cuernos. Así que con determinación, le encaro frente a chiqueros y le lanzo el capote del modo más elegante que consigo. Sin perder la compostura.

—¡¿Se puede saber de qué pollas estamos hablando aquí exactamente, cagoentodo?! —grito en un nivel de cincuenta decibelios con picos de sonido que llegan a setenta.

—De nada del otro mundo.

—Ah, ¿no? ¿Y de qué mundo provienes tú entonces, bonito?

—Bueno, José Luis, entiéndeme. Quiero decir que no hablamos de nada raro. Que sólo se trata de… De que me prestes unos días tu cuerpo.

—Ah, ¿sólo es eso? —recalco irónico.

—Solamente —me confirma Agenjo.

—Bueno, bueno. Entonces, siendo así, ya me quedo más tranquilo… Haber empezado por ahí, hombre.

—¿Ves qué fácil, José Luis?

—Quítate tú *pa* ponerme yo.

—Correcto. Tú me dejas tu pelliza y viajamos juntitos mañana a Estados Unidos.

—A buscar al agente del Carrefour.

—Del DIA.

—Como si es del Lidl, pero que vamos, para centrarnos, que tú vas de mí y yo voy de invisible.

—Eso es. Y una vez alcanzado el sacrosanto objetivo con éxito, Chuck y yo te damos las gracias por los servicios prestados, yo me salgo de tu carcasa para meterme en la de mi amigo americano, tú reingresas en tu *body* y final feliz para todos.

—No, si me encanta la idea. Mira qué maravilla de plan se te ha ocurrido para mí. Mejor que unas vacaciones en Benicasim, oye. Fíjate que estoy por hacerlo todos los años. Es que no me puedo imaginar nada mejor. Y, óyeme, ¿no preferirás, ya que viajas tú de humano, que te saque billete en primera? Porque ya puestos… Pues ¿sabes lo que te digo? Que ni hablar. Que conmigo no cuentes. Es que alucino, chaval.

—Pero ¿qué pegas le ves?

—Ninguna, no te fastidia. Y si no sale bien y luego no puedo recuperar mi cuerpo, ¿qué?

¿Quieres que te resuma la trama sin riesgo de hacer un *spoiler*? Pues mira, aquí el menda se queda para el resto de su existencia de amigo invisible fugitivo vagando por las calles de San Francisco o de Kansas City o de donde diantres estés pensando llevarme. Y yo paso.

—A ver, majete. ¿Podemos mantener la calma? —me solicita—. Porque aquí la víctima soy yo. Vamos, me parece.

Tengo que reconocer que en eso anda acertado y reculo con prudencia.

—Mira, Agenjo, ya te he dicho que si necesitas que viaje contigo a Nueva York, voy. Me viene francamente mal porque en el favorcito se me van a ir los mil euros del adelanto de Josep, pero no obstante te acompaño. —Agenjo me pega un abrazo, con tanto impulso que me atraviesa y se pasa de largo dos cuartos. En cuanto vuelve le aclaro la situación—: Te acompaño, Agenjo, sí. —Me aclaro la voz—. Ahora bien, yo voy solito en mi cuerpo y tú al lado de invisible. Como ha sido toda la santa vida. Luego, cuando encontremos a Ross, vosotros os juntáis, entráis, salís o lo que os dé la real gana, pero a mí me dejáis en paz.

—No —me dice mientras me guiña cómplice primero el ojo derecho, clic, y luego dos veces el izquierdo, clac, clac—. Tú te sales y me dejas entrar a mí. Tampoco le veo el agobio. Es temporal. Solamente unos días, hasta que encontremos a Ross.

Me siento utilizado. Me parece que Agenjo abusa de nuestra amistad invisible para obligarme a hacer algo que desborda los límites de lo admisible. Y así se lo hago saber con una mueca de desaprobación que no deja lugar a dudas, pero, oye, no te vayas a creer que se da por aludido. No. Qué va. Todo lo contrario. Sin percatarse de mi disgusto, sigue a lo suyo y termina de relatarme los pormenores de su maquiavélico proyecto. Así. Sin más. Obviando las mínimas precauciones que ha de tomar cualquier alma con dos dedos de frente. Me refiero a que lo hace sin tacto. Sin pararse a pensar que uno pueda resultar aprensivo a abandonar, aunque sea a tiempo parcial, su propia envoltura.

—Lo que te propongo resulta más sencillo de lo que te pueda parecer —me aclara Agenjo—. En cuanto me des luz verde, te propino un golpe seco. Bueno, te lo propinas tú mismo porque yo no puedo, José Luis. Lo mejor sería que te lo dieses aquí. —Mi amigo invisible me señala un punto debajo de su oreja y me indica que un impacto en el hueso temporal ocasiona un desmayo inmediato. Lo soñado para estos casos.

—¿Me sugieres que me autolesione, machote?

—No exageres tanto, que no te vas a hacer daño; solamente vas a perder el conocimiento.

—¿Y con algún objetivo concreto o por pasar el rato?

—Para que se pinche el alma.

—Para que se pinche el alma —repito yo como un pasmarote.

—Joder, José Luis, si te lo he explicado antes. Alma y piel están ajustadas a presión, como la cámara y el neumático de una rueda. La pérdida de conciencia hace, por entendernos, que el alma pierda algo de aire. Lo suficiente para que pueda salir del cuerpo si sabe cómo escabullirse. No te va a resultar difícil. Es cuestión de ir probando hasta que atines… No te preocupes, que desde fuera yo te iré guiando para evitar que te atranques.

—Que me atranque… —exclamo alucinado.

—Bueno… es que es parecido al parto. Tienes que saber cómo encoger los hombros y colocarte de costado para pasar por el embudo porque, de lo contrario, no sales. Las caderas te hacen tope.

—¡Venga ya! —le espeto incrédulo—. No me digas que las almas entráis y salís de los cuerpos por el…

Agenjo agacha la frente en señal de resignación. Gesto fúnebre que se encarga de subrayar colocando sus manos entrelazadas a la altura de la cintura.

—Es lo peor del proceso —me indica—. Tengo que reconocerlo.

Joéee.… Me da la impresión de que estoy a punto de meterme donde no debería. Activo todas las defensas.

—Y si hago lo que me pides, que ya te adelanto en primicia que no pienso, ¿luego qué? —inquiero con desconfianza.

—¿Luego qué de qué?

—Lo del regreso.

—Pues lo mismo. Una vez estemos delante de Ross, le damos a tu cuerpo otro golpecito para dejarle inconsciente. Yo salgo, tú te metes… y listo.

—¿Así de fácil?

—Así de sencillo.

—Y pretendes que te diga que sí por amor al arte. Por salvar tu pellejo transparente. Ámbar o verde.

—No, por salvar el tuyo, José Luis —me corrige mi amigo invisible quisquilloso—. Piénsalo bien. Cuando regreses a España podrás escribir el mayor *best seller* de la historia: la resolución del asesinato del presidente Kennedy. ¿Quién sale aquí ganando? Podrías encumbrarte a la cima de los escritores consagrados y, de paso, recuperar también a toda tu familia.

Ya estoy en el lío. De un momento a otro voy a quedarme sin cuerpo y a realizar el viaje de Colón pero en plan astral, flotando en la cabina de Iberia, tu destino más cerca. Trago saliva. Ay, madre. Presiento que voy a deprimirme y, sin embargo, la congoja se torna de pronto en un subidón de adrenalina ante la venturosa perspectiva de desentramar el oscuro secreto que se cierne sobre los acontecimientos de Dallas. De hecho, al cerrar los ojos puedo ver mi apellido destacado en los titulares de las portadas de los principales diarios. El *Frankfurter Allgemeine, Il Corriere della Sera, La Verdad de Murcia* y todos esos. Eso sí, en algunos de ellos, sobre todo en los escandinavos, mal deletreado. Han puesto Inglemo en vez de Ingelmo. También puedo visualizar la firma multitudinaria de ejemplares que me organiza la editorial Espasa en la feria del libro. En plan autor estrella. Atendido en la caseta, a pleno confort, venga de Coca-Cola *light* y panchitos para picar, y firmando con un bolígrafo bañado en oro que me regala gentilmente la librería. Como a Vizcaíno Casas cuando estampaba su rúbrica en esos libros en los que resucitaba Franco al tercer día. Literatura que él aseguraba que pertenecía al género de humor; pero que se notaba que le habría encantado que hubiera correspondido al del ensayo. Imagino ya esa mañana gloriosa de domingo primaveral firmando ejemplares de *Kennedy: la solución de un enigma* en el Retiro y empiezo a disfrutarla. Voy a tener delante de la caseta de La Casa del Libro una cola de admiradores, bueno, más bien de admiradoras, porque el sesenta y seis por ciento de los humanos que leen son chicas, más larga que la que tuvo Antonio Gala el año que publicó *La pasión turca*. Y aquella daba la vuelta al parque. Ay, que me entra el vértigo.

Reabro los ojos y me fijo en el reloj de la pared. A lo tonto, a lo tonto, han pasado tres horas y media desde que llegamos al piso. Necesito comer algo antes de enfrentarme a lo que se avecina; por prestarle a Agenjo el cuerpo en condiciones. Sano y bien alimentado. Así que

descuelgo el fijo, ese teléfono móvil que, como les comentó Martita hace unos años a mis padres, yo he atado a la pared con un cable, y llamo al bar de abajo. Me responde el Juli muy atento y le encargo unos corazones de alcachofa rebozados y rehogados en aceite, de oliva virgen, ¿eh, chato?, y con ajo. Y también una de anchoas a la bermeana para llevar. Y de postre uno de esos helados de limón que vienen embutidos en la piel de la propia fruta. De la Menorquina. Y otro igual pero de coco. Se acabó la miseria, me digo. Ya no hay motivo para el ahorro. Así, a lo bruto, calculo que, en cuanto le pase la propuesta de mi relato a Josep, mi editor me va a transferir por lo menos otros dos mil euros. Y eso tirando por lo bajo. En plan conservador. Que yo sé que hay autores que han llegado incluso a cobrar mayor cuantía en adelantos. Claro que, también es verdad, ya estamos hablando de palabras mayores: Robespierre, Agatha Christie, Espido Freire y gente de primer nivel.

El Juli, al aparato, me responde que sí, que sí, que de acuerdo, que vale, que ha tomado nota y que, en cuanto pueda, porque tiene bastante lío ahora con la porra del fútbol, me prepara otro puré de guisantes y otra milanesa con patatas, porque es lo único que sirven hoy de cocina y que, como las lentejas, si quieres las tomas y si no, pues las dejas. Ah, y que hoy tiene la limusina averiada así que me pase a por ello en unos veinte o veinticinco minutos. Yo noto un poco de ironía en sus declaraciones, pero, como el hambre aprieta, así quedamos. Al menos no pone pegas con los helados.

Aprovecho el tiempo de espera para estirar un poco la musculatura.

—Quiero traspasarte el cuerpo en buen estado —le indico a mi amigo invisible—. Te lo presto, pero ya me lo puedes cuidar, ¿eh?

Agenjo me asegura que lo dé por hecho; que después de tanto tiempo sin montarse en uno va a estar como cuando te compras el primer coche, quitándole cada motita de polvo con un trapo y sacándole brillo con cera. Y a continuación añade que va a aprovechar la pausa de mi pitanza para ir a echar otro vistazo rápido por América. Un vuelapluma para hacer un chequeo completo de todos los hospitales de USA, tipo escáner visual y a velocidad de la luz, no vaya a ser que se encuentre a Ross ingresado en alguna urgencia. Y que, de ser así, se ahorraría él la crisis de ansiedad que le tiene consumido y podría apartar de mí este cáliz. Lo del cáliz, que lo dice él y no yo, me asusta un poco y, cuando voy a pedirle aclaraciones por la utilización del término específico, mi amigo se coloca en postura lanzamiento Superman, hace pfff… y desaparece a través del doble tabique que nos aísla del patio. Bueno, pues yo a lo mío. A los preparativos fisicopsicológicos de la aventura. Arqueo los hombros hacia atrás para contrarrestar la curvatura natural de mi espalda, pasando de letra ce a letra de; meto barriga, tiro de abdominales y estiro con suavidad el cuello. La barbilla apunta hacia el ombligo. Eso siempre. Alargo los brazos hacia el cielo, con los hombros caídos y los codos algo flexionados, y, lentamente, vértebra a vértebra, voy plegando el tronco a lo largo de las piernas hasta que mis dedos tocan la punta de mis pies. Bueno, hasta que mis dedos intentan llegar a la punta de los pies, porque se quedan a dos palmos. Yo de flexibilidad, creo que ya he tenido oportunidad de reconocerlo en alguna otra ocasión, voy más o menos como Pinocho.

Respiro hondo y, ya en espiración, vuelvo a alzarme con parsimonia. Vértebra a vértebra, soplo a soplo y así, lentamente, me voy haciendo a la idea del nuevo formato etéreo que estoy a punto de adoptar. ¿Y si se levanta una ráfaga de viento y me lleva a la estratosfera y no puedo regresar? ¿Y si alguien pasa cerca de mí la aspiradora y termino absorbido en la bolsa de las

pelusas sin posibilidades de escape? ¿Y si me caigo de espaldas y atravieso el suelo, el humus, la arcilla, el limo, la arena, la grava, la roca madre y termino cocinado en las llamas del magma, hervido y lanzado en plan géiser por uno de los cráteres del parque Yellowstone, desintegrado, transformado en vapor de alma con probabilidad cero de volver a unificar mis partículas de nuevo? «Tranquilo, Juan Carlos —me digo—, que Agenjo lleva muchos años dando tumbos y nunca le ha pasado ninguna de esas desgracias. Que se sepa, claro», añado. Ay… Soplo y resoplo. Otra vez brazos extendidos hacia el neón del techo.

Intento cambiar de actitud y concentrarme en los aspectos positivos del cambio. Como volar, por ejemplo, que de siempre me ha apetecido mucho. Planear y eso. Acrobacias aéreas, en fin… Vértebra a vértebra. Soplo a soplo. Rodillas aparejadas. Los pies con talones unidos y puntas abiertas en uve. Y así, a base de repeticiones, vértebra a vértebra, soplo a soplo, entro sin percatarme en un mantra que me mantiene distraído mucho más tiempo del que yo calculaba que iba a dedicarle a esto.

Me saca de mi ensimismamiento la llamada del Juli, que si bajo o no bajo a por el pedido, que él tiene que cerrar. Le digo que ya voy, que me aguante cinco minutos. Me dice que me concede cuatro y que, si no me persono pero ya, se las pira. Así lo hago y, doce minutos más tarde, me encuentro de nuevo en el salón de mi vivienda. Esta vez proveído de viandas. Corto con un cuchillo de sierra el filete milanesa y le hinco también el diente arbitrariamente a las patatas fritas. Regresa Agenjo con aspecto cansado y las botas hasta arriba de barro. Se ha debido de recorrer las Montañas Rocosas de punta a punta. Me saluda con un gesto escueto y se deja caer a lo largo en el sofá. Alega que está agotado, que le pica la garganta y que quiere echarse un poco. Al principio me inquieto al ver que no se descalza y coloca sus zapatones sobre el reposabrazos de polipiel del tresillo, pero enseguida recuerdo que quien me visita es un alma, descarriada pero alma, y que, en consecuencia, no puede dejar cercos de humedades ni manchas de tierra en el mueble más selecto de la casa. Así que, aliviado con estos sencillos pero alegres pensamientos, termino de cenar en espera de que el Indiana Jones este se decida a relatarme los pormenores de sus recientes pesquisas.

—Mataría por un Vita Coco —se lamenta de pronto Agenjo, triste por no poseer esófago.

Pobre. Le aclaro que no me extraña su desazón después de haberse pasado la mañana entera yendo y viniendo de un continente a otro. Que debe de tener un *jet lag* de caballo. Me intereso entonces por la velocidad de crucero que alcanzan los amigos invisibles en viaje transoceánico, por irme documentando yo también sobre las prestaciones que me esperan, y Agenjo me responde que, cogiendo carrerilla, puedes adelantar a una nave espacial y que, una vez entrado en órbita, en un mismo día te ves dieciséis puestas de sol seguidas. Añade que la sensación de flotación es parecida a la de cualquier ave, con la única diferencia de que a las almas, al igual que a los colibrís, la Oficina les ha concedido el don de volar de espaldas. Muy instructivo.

—Ni rastro de Ross —musita al rato con un punto de amargura—. Deberíamos ponernos en marcha cuanto antes.

—Tampoco hay que ser tan cagaprisas —le atajo yo—. Que de aquí al aeropuerto en taxi son veinte minutos. Veinticinco máximo, si pillamos atasco.

No se digna responderme. En silencio, observa cómo me termino la milanesa sin atragantarme, lo cual tiene especial mérito debido a la ingente cantidad de gordo que entrevera el trozo de carne. De hecho, había bastante más nervio que músculo en el filete, pero, mira tú, como

el empanado lo oculta todo… Paso al helado directamente porque con el puré de guisantes sí que no puedo. No quiero arriesgarme a sufrir las descargas de aire embolsado experimentadas con antelación en la calle. Especialmente ahora que voy a ser todo espíritu y el turbo me puede sacar de órbita.

—¿Por qué no vas a pillar la agenda? —me sugiere mi amigo. Me encojo de hombros—. La agenda de Ross —me aclara—. Me dijo que la ocultó con una nota unipersonal en el cajón de tu oficina.

¿En el cajón de mi oficina? Pero si mi oficina es el cuartito de la plancha y no tengo ni secreter. ¿Qué cajones? Ay, espera… los del sofá cama. Corro, casi vuelo, pasillo adelante y, en el tramo final, me dejo caer de rodillas y me deslizo, como Guti cuando celebra un golazo, hasta tocar con la yema de los dedos el sillón donde reposa la cesta de la ropa. Abro el cajón. Nada, las sábanas limpias que utilizamos en caso de que se presente una visita. Y una manta extra. Y dos fundas de almohada. Y, a ver, ¿esto qué es? Un paquete, acurrucado en la esquina, y con mi nombre escrito en letras negras sobre el papel de estraza. El corazón me palpita como una patata frita. Ya ves tú qué triste rima me viene al cerebro en un momento tan dramático. Pelo el envoltorio a toda prisa mientras regreso al salón y aparece en mis manos un cuaderno de espiral con tapas desgastadas y un sobre que se me cae y aterriza a los pies de Agenjo. Mi amigo arquea las cejas.

—¿Qué te decía, chato?

Me agacho a recoger la carta. Es la primera misiva que recibo en años que no proviene del banco. El sobre está abierto, así que no necesito abrecartas. Extraigo un folio, más bien holandesa, o como se llame ese tamaño en inglés; pero vamos, que obedece a las medidas estándar norteamericanas para cuartillas que vienen a ser un poco más pequeñas que las adoptadas oficialmente por la Unión Europea. El texto ha sido escrito en castellano y mecanografiado a doble espacio. Así, calculando por encima, la experiencia es un grado, unas doscientas cincuenta palabras. Lo que viene a ser una columna en el *S Moda*. Procedo a leerlo en voz alta:

> Mi nombre es Charles Ross. Deletreo el apellido. Erre de «Resuenen con alegría los cánticos de mi tierra». O de «Olelé, olalá, San Martín se las come, Artigas se las da». Ese de «Son, son, son, para que tú lo bailes». Y una segunda ese de «Si tú me dices ven, lo dejo todo». Ross.

José Carlos, güey, si encuentras esta agenda, presumo que es porque Agenjo te ha dado *istruziones* precisas para que así lo hagas y eso significa que posiblemente yo me halle en estos momentos en grave peligro; ya que me propongo realizar acciones arriesgadas. Las claves para saber hacia dónde me dirijo están todas apuntadas en estas páginas y es por ello por lo que me decido a dejarlas a buen recaudo, contigo, pues, si a mí me agarrasen las fuerzas del mal, Dios no lo quiera, podrían servirle a mi socio para encontrarme e intentar mi rescate. Así que ya estás tardando en hacérsela llegar.

Soy consciente de que Agenjo te ha mencionado el tema y quiero que sepas que he llegado con él a un acuerdo de caballeros. Le he prometido que si tú nos ayudas a hacer la fusión por ósmosis antes de mi fallecimiento, acontecimiento que según mi médico de cabecera, la doctora iraní Seragim Kemp, no está demasiado lejano, no me importará hacerte partícipe de todos mis hallazgos para que alcances con su publicación la celebridad mundial que, a juicio de mi buen amigo, tanto mereces y que, al parecer, la vida te niega.

Ahora bien, como ignoro lo que habrá ocurrido con mi persona y el tiempo transcurrido hasta que estas anotaciones caigan en tus manos, también te pido que, en caso de que ya sea demasiado tarde, o le *haigas* perdido la pista a Agenjo, o él no te *haiga* comunicado nada referente a mis pesquisas, o simplemente tú *haigas* denegado la oferta de ayudarle en la búsqueda de quien suscribe, que por favor, por lo que más quieras, guardes sigilo sobre esta agenda y en secreto se la entregues al cocinero asturiano José Andrés, en la localidad de Bethesda, Maryland, Estados Unidos. Menciónale que te envía el Cuervo y él sabrá qué hacer, pues reconocerá a través de ese nombre a un contacto que yo tengo infiltrado como un sin techo en el comedor de caridad que él atiende en la ciudad monumental de Washington.

Y en caso de que fuera esta última posibilidad que apunto la que *haiga* de llevarse a cabo, sugiero entonces que aproveches la ocasión que ha de brindarte el contacto personal con tan prestigioso restaurador para reservar mesa en el restaurante Jaleo, local aclimatado sito en el número 480 de la calle 7 NW del propio D.C., porque está muy complicado pillar mesa. Y, ya puestos a recomendar, que pidas gazpacho al estilo de Algeciras, receta de Patricia, su señora, y berenjenas a la miel.

Y, ya sin dilación, me parece justo y necesario utilizar este conducto para agradecerte de antemano el favor prestado por cuidar unos días de mi perro. Si llegamos a coincidir de nuevo, te brindaré las necesarias explicaciones y, de lo contrario, me complace asegurarte, José Carlos, que por Perpiñán no debes preocuparte ya que en esta ocasión, antes de partir, le he dejado también en buenas manos.

Si estás con Agenjo, puedes pasarle la agenda para que comience a descifrar mis apuntes. Observarás que están en clave. Es simplemente una medida de seguridad, una precaución necesaria que he tomado y que espero que comprendas. Pero, si no estuviera Agenjo presente y hubieras encontrado la agenda solamente como fruto de la casualidad, por favor te pido que no la abras y que se la *haigas* llegar a la máxima brevedad a la persona anteriormente indicada.

Suyo afectísimo, que lo es por la presente,

Agente especial Ross

Posdata: Si en algún momento sospechas que esta agenda pudiera caer en manos del enemigo, te pido que la destruyas a la máxima brevedad y simplemente memorices este mensaje: OBAMA, SERPIENTE NEGRA.

—¿Obama una serpiente negra? —recapacito en voz alta. Uy, uy, uy, a ver si el Ross este va a resultar que es racista…—. Qué mala pinta tiene todo, Agenjo —le comento a mi amigo.

Día ciento nueve. Martes. Temperaturas agradables

—¿En cuclillas? —le reitero incrédulo.

—Sí, en cuclillas —me insiste. Es la mejor postura para que salga el alma sin enganchones. A ver, solamente hay dos momentos en que el cuerpo pierde todas sus dobleces: durante el estornudo o cuando alcanza el orgasmo. Ahí se estiran hasta las patas de gallo. Ahora, en reposo, lo que se dice al ralentí, lo más parecido a un cuerpo perfectamente alineado es la postura en cuclillas. Como las mujeres han parido de siempre. Como los humanos han ido al baño desde tiempos ancestrales. Como espera el personal al autobús en la mayoría de países del globo.

Vale, vale, pues me coloco en cuclillas. Cara a la pared y no muy separado para que, cuando pierda el conocimiento, caiga hacia delante, la cabeza me haga tope en el muro y no pierda la milagrosa postura. Agenjo me señala, alargando exageradamente la nariz, el martillo que he sustraído hace un rato de la caja de herramientas y que yace en el suelo junto a mí. Hale, me indica. Y yo, que veo que esto no tiene marcha atrás, agarro el mango, acerco el hierro al huequito que queda bajo la oreja, cuento tres y me propino una percusión que me manda inmediatamente al mundo de los sueños.

Es alucinante, pero lo noto. Perfectamente. El efecto es exactamente idéntico al descrito por mi amigo invisible. Percibo cómo me desinflo y me despego de la cara interna de mi piel, que ya no parece pertenecerme y, de pronto, se me antoja un abrigo que me sofoca y del que quiero desprenderme. Está todo negro. Oigo, pero no veo nada. También siento. Primero flojera y luego unos tironcitos en las piernas. Me muevo. Más bien me mueven. Alguien me arrastra no sé hacia dónde. Bueno, hacia abajo. ¡Ay!, siento una fuerte presión en los tobillos y cómo me giran bruscamente para ponerme de lado. Anda, claro, debe de ser la maniobra de Agenjo para evitar que las caderas me hagan tope. Entonces… Uh, uh, me temo que me voy a ir por el embudo. ¡Flum! Ya estoy fuera. La luz del techo me ciega. Intento taparme los ojos con las manos, pero calculo mal, la distancia y me paso de largo. Se me quedan detrás de la nuca. Me tumbo en el parqué y poco a poco la silueta de mi amigo, risueño como jamás antes lo había observado, se va quedando enfocada.

—Todo un éxito, José Luis —me dice. Y se zambulle por la entrepierna de mi cuerpo inerte que, a los pocos segundos, comienza a recobrar vida.

Madre mía, qué raro es esto. Todavía no ha comenzado el viaje y ya me arrepiento de haber hecho reserva.

Agenjo se incorpora y se pone mi zamarra. Luego agarra la agenda de Ross y se la mete en el bolsillo. A continuación, comienza a dar saltitos, a estirar los brazos, a contarse los dedos.

—¿Qué, es de tu talla? —le pregunto irónico.

—Me queda como un guante, machote. Mejor imposible —reconoce y a continuación se casca las falanges.

—¡Eso no! —le digo—. Recuerda que lo tienes en *leasing*, machote. Que ese cuerpo sigue siendo mío y no quiero ninguna avería. A ver si ahora te vas a hacer un tatuaje o alguna soplapollez que no hayamos pactado.

—Vale, vale —me tranquiliza el invisible—. Cálmate, que no voy a hacer nada que no te mole. Ahora, que lo sepas, que eso de que cascarse las falanges crea artrosis es una leyenda urbana.

—A mí me da igual que sea leyenda. Lo que pasa es que me da grima.

—Ah, bueno, eso ya…

En las tres horas que quedan hasta que salimos hacia el aeropuerto, Agenjo revisa la maleta. Mete y saca cosas sin mi consentimiento. Estudia la agenda. Anota pensamientos sueltos en una hoja de papel. Va al baño dos veces. Me manga el paquete de tabaco y se fuma dos casi seguidos. Se hace unas tostadas y les unta doble capa de mantequilla.

—Tío, el colesterol…

—Hombre, entiende que es el primer día. Un poco de paciencia hasta que se me pase el entusiasmo.

Intenta hacer el *check in* por internet pero, como las medidas de seguridad para viajar a Estados Unidos se han vuelto muy estrictas, no le dejan. Me pide que descanse, que ya se encarga él de todo. Yo intento cerrar los ojos, pero no consigo que me entre el sueño. Me quedo un rato entre Pinto y Valdemoro y, cuando consigo abrirlos otra vez del todo, veo que extrae mi visa de la cartera. ¿Y eso? ¡Menudo morro! Se está bajando un ebook de Amazon. El de Chaves Nogales. *El maestro Juan Martínez que estaba allí*.

—Para el viaje —me explica—. Es que de siempre he querido leerlo.

Llegamos a la terminal 1 del aeropuerto de Barajas, porque resulta que ha sacado billete en Continental. Dieciocho euros de carrera y encima le da dos euros de propina al taxista. O sea, le entrega un billete de veinte y le dice que se quede con las vueltas.

—¿Pero desde cuándo se deja propina en los taxis? —me lamento yo, haciendo hincapié además en que el dinero es mío.

—Es que en América es costumbre —me responde fanfarrón.

—Será posible… —le recrimino realmente enfadado—. ¿Pero desde cuándo eres tú estadounidense? Pero si tú eres más de Madrid que la zarzuela…

Facturamos en el vuelo de Continental 063 directo a Nueva York (aunque en realidad aterriza en el aeropuerto de Newark, estado de Nueva Jersey) y una señorita de uniforme le pregunta a mi amigo si es residente en Estados Unidos. Agenjo contesta que negativo y entonces ella le solicita el pasaporte. «Espere aquí un momento, que vamos a consultar sus datos, señor Ingelmo», le indica. Al rato regresa y prosigue con el interrogatorio. «Señor Ingelmo, ¿quién le ha preparado las maletas?». Agenjo contesta que ha empacado él mismo. Pero ella insiste.

—Durante el tiempo que ha permanecido en el aeropuerto, ¿ha recibido alguna mercancía o paquete de algún extraño o algún desconocido le ha hecho entrega de algún aparato electrónico?

—No.

—Estupendo, entonces ya está. Si es tan amable, me sube las maletas, de una en una, a esta

balanza para comprobar el peso. Gracias. A ver… Diecinueve kilos… y veintidós. Está correcto. Muy bien. Dos bultos va a facturar, ¿verdad?

—No, son tres.

¿Tres maletas?, me asusto. ¿Pero este tío está loco? ¿Es que no ve que ya no es como antes; que ahora hasta los auriculares vienen con recargo? Hay que ver con la alegría que se gasta el dinero cuando no es de uno…

Ha cogido las dos Samsonite que nos regalaron los padres de Ana por nuestra boda y a lo que ya no he prestado atención es a con qué las habrá llenado. Lo que le he pedido es que lleve también la mía para cuando hagamos el cambio tener yo muda. De ahí las tres. Pero la pequeña no tiene por qué facturarla.

—¿Tres maletas? —le digo—. Pero si la bolsa del Decathlon la puedes llevar como equipaje de mano.

Pero él no se inmuta y coloca mi valija sobre la balanza. Once kilos doscientos. La asistente de tierra le comunica la buena nueva.

—Pues van a ser cuarenta euros. ¿Lo abonará en efectivo o con tarjeta?

—¿Pero qué diceeee? —protesta Agenjo con una bordería que nos sorprende al unísono a la azafata, a mi y a una supervisora que pega un respingo en el cubículo de al lado—. ¿Desde cuándo tengo que pagar por tres maletas en vuelo internacional? Tengo tarjeta preferente.

¿De qué va este? A ver si me va a dejar mal a mí con la gente, que luego él se reencarna con su parejita en América, pero el que se vuelve a apechugar con los daños colaterales soy yo.

—Verá, señor Ingelmo —le informa la azafata—, es que desde septiembre, siguiendo normas de aviación civil, en vuelos intercontinentales se autoriza a viajar solamente con dos bultos en bodega y cualquier equipaje extra ha de pagarse aparte.

Ves, lo que te decía. La muerte anunciada. ¡Cuarenta euros! Pero Agenjo se empecina y, desdeñoso, como con aires de superioridad, extrae de mi cartera una tarjeta que no reconozco. A ver… Pone OnePass. Debe de ser la tarjeta de puntos de la aerolínea. Y ¿de dónde la habrá sacado si yo soy de Oneworld? Se la entrega a la chica.

—Para meterle los puntos, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Estaba en la agenda de Ross. —Me guiña sus ojos cómplice mi amigo mientras la asistente de tierra teclea en el ordenador—. Supongo que nos la habrá dejado porque, como sabe que yo no tengo, así le cargo a él los puntos. Este Chuck está en todo

—Pues ya lo podrías haber dicho antes —le respondo con cierto mosqueo—. Si es verdad que viajaba tanto, seguro que podríamos haber sacado el billete gratis con sus Avios.

—Anda, pues no me deja —se lamenta la azafata.

—¿Pero cómo que no le dejaaaa? —increpa mi amigo en una actitud altiva que no me gusta un pelo. No entiendo qué diantres le está pasando porque te juro que nunca en la vida le había visto tan arrogante. Tan gallito. Igual es que lo de meterse en mi cuerpo le ha venido grande. No sé.

—Lo siento, pero me lo rechaza el sistema, caballero. Ah… Ya veo. Resulta que ha efectuado la reserva con un nombre distinto al que figura en la tarjeta y por eso el ordenador no lo reconoce. El billete viene como…

—Juan Carlos González Ingelmo…

—Sí, pero… la OnePass está a nombre de un tal Charles Ross. No puede ser.

—¿Pero cómo que no puede ser? El señor Ross tiene en esta aerolínea trato preferente porque la ha cogido cien mil veces.

—Ya, pero usted no puede acumular puntos en la tarjeta de otro cliente.

—Porque usted lo diga.

Y dale con los malos modales. ¿Pero a este qué mosca le ha picado? La supervisora le dirige unas miraditas asesinas de espanto.

—Agenjo, machote, córtate un pelo, que me estás representando —le susurro desesperado. Pero me ignora.

—A mí, lo único que se me ocurre —intenta mediar la empleada de Continental— es facilitarle un número de fax al que puede remitir fotocopia de la tarjeta de embarque y de la tarjeta OnePass y ver si le admiten la demanda…

—Vamos, tío —le reprocho yo—. Déjate de puntos, que para lo que los va a poder utilizar el pobre de Ross…

—Bueno, bueno —arranca Agenjo, acercándose aún más al mostrador—. Pues lo de los puntos ya veremos… pero, en cualquier caso, la tarjeta OnePass me da derecho a facturar tres maletas porque es platino.

—Pues no, no le da. Ya le he dicho que han cambiado las normas y que ahora en vuelos transatlánticos se admiten sólo dos.

Pero Ingelmo, o sea Agenjo, no se rinde y se pone hecho un energúmeno con la bella señorita. Que cómo es posible que tal y que cómo puede resultar que pascual. Que no hay derecho y que a ver por qué eso tiene que ser de ese modo.

—Pues es lo que hay —comenta la azafata, encogiéndose de hombros.

Yo también le insisto. Lleva la mía como equipaje de mano y vámonos, que luego hay mucha cola en seguridad. Pues nada. A pesar de mi solicitud, coloca la tercera maleta sobre la cinta en espera de que la azafata la facture y la señorita, que no está dispuesta, se levanta de su asiento, la recoge y la vuelve a poner en tierra.

—O me la abona o la lleva usted en la mano —le repite de nuevo.

—Pues va a ser que no se la pago y me la va a facturar usted por mis santos huevos porque tengo tarjeta OnePass. ¿Vale?

Mi amigo vuelve a colocar el equipaje de malos modos en la balanza. Pesa lo mismo: once kilos doscientos. Menuda vergüenza me está haciendo pasar. Por favor que no me reconozca nadie en la terminal 1 de Barajas. A ver cómo explico yo si me encuentro a alguien conocido que mi cuerpo está poseído por un espíritu maligno. Ay, señor…

Pasamos unos segundos muy tensos en espera de acontecimientos. Agenjo en postura chulesca y desafiante, yo descorazonado, mi equipaje depositado en la balanza del mostrador, y la azafata en su asiento pensativa y risueña. Transcurren otros pocos segundos y, al fin, los acontecimientos esperados se producen; aunque no exactamente en la dirección anticipada. Se levanta la señorita, se alisa la falda y le propina tal patada de tacón a mi maleta que le revienta la cremallera y la lanza al espacio. La bolsa hace un *looping* en pleno vuelo y, debido al efecto piñata, mis pertenencias caen al vacío y quedan esparcidas por el piso. Aquí los vaqueros de espumilla, allí los calzoncillos, en medio de la sala el bote de champú del NH y, junto a mis pies, el retrato de la boda de mis padres con el marco espanzurrado y el cristal hecho migas. Cago en

la mar, que eso da más mala suerte que cuando te sale en el tarot la carta del mono boca abajo… Ahora, lo que más me llama la atención, es una cajita de preservativos Trustex con lubricación extra que aterriza dulcemente a escasos metros de la balanza. Mira tú el Agenjo lo que se ha comprado en la farmacia del aeropuerto. Y decía que iba a por juanolas para la tos. Además se conoce que se ha documentado porque esta marca de condones tiene un diseño simple que evita confusiones al colocarlos. Lo sé porque recalcaba el detalle un estudio del Telva que aseguraba que el treinta por ciento de los hombres se los ponen del revés.

—¿Y eso? —inquiero exigiéndole explicaciones sobre los presumibles planes que tiene concebidos con mi cuerpo. Pero Agenjo me silencia porque no es el momento. Mi amigo se ha quedado lívido y más cortado que un muerto. Creo que por fin se ha dado cuenta de lo ridículo de su actitud y se siente abochornado. Asistente de tierra: 2 - Agenjo: 0. La azafata retoma su asiento y continúa el trámite como si nada. La supervisora la felicita.

—¿Lleva equipaje de mano? —vuelve a preguntarle la azafata.

—La bolsa esa —responde dócil mi amigo.

—Bien, pues le coloca esta pegatina roja que muestra que ha pasado el control de seguridad. Que tenga buen viaje, señor Ingelmo.

Mi cuerpo alarga la mano para recoger la tarjeta de embarque y a punto están mis pies humanos de comenzar la andadura feliz hacia las puertas de embarque, cuando Ingelmo pega un grito ahogado y se vuelve hacia la azafata. Otra vez no, por favor.

—¡Oiga usted! —le suelta en plan amenaza.

La grácil señorita, que no sabe a qué vienen de nuevo esos modales, consigue esta vez a duras penas mantener la compostura y se inclina hacia él con una sonrisa forzada.

—Sí, ¿alguna otra cosita?

—Nos ha fastidiado: que me ha asignado usted el asiento 41D.

—¿Y?

—Que me conozco este aparato mejor que a mi padre.

Agenjo se vuelve hacia mí, como para buscar complicidad en su argumento, y me dice que si no le ha echado carreras diez mil veces a uno de estos, no le ha echado ninguna. Y añade que se trata de un B767-300ER, con una capacidad de doscientos cuarenta y un asientos y turboventiladores General Electric, que suele alcanzar una velocidad de crucero de ochocientos cincuenta y tres kilómetros por hora. Pero este detalle, lejos de darle credibilidad a mi amigo, consigue que la gente que nos rodea piense que ha perdido la chaveta por estarle hablando al aire. Agenjo se cosca de la metedura de pata y retorna a la conversación con la azafata.

—Yo sé perfectamente que el asiento 41D está en la última fila, señorita, y que además no se puede reclinar. Pegado a la puerta del aseo, motivo por el cual me voy a pasar toda la travesía oliendo a orines. ¿Me lo puede cambiar?

La azafata, que duda si matarlo allí mismo o hacerle el encargo a un amigo que regenta un gimnasio, se le queda mirando muy seria y le responde que lo siente en el alma pero que era la última plaza que quedaba. Y acto seguido añade, esta vez me parece que ya sí quizás un poco insolente, que si quería elegir asiento que hubiera venido a facturar antes. A lo que Agenjo, muy sentido, le responde:

—¿Antes? ¡Pero si el vuelo sale a las diez y diez, señorita, y yo me he personado en la terminal a las siete cincuenta!

—¡Huy! —exclama—. Pues mucho más tempranito hay que presentarse, señor. Si ha viajado tanto con nosotros, debería saber que a los estadounidenses les encanta madrugar.

Agenjo se pone rojo. Pero no de vergüenza, que sería lo suyo, sino de ira. Se le infla una vena en la frente de una manera en que a mí jamás antes me había pasado. A ver si le va a dar un ictus y me va a dejar la movilidad averiada…

—A usted lo que le pasa… —le suelta mi amigo visible a la chica con desdén, apretando los dientes y con el labio inferior en temblequera—. Lo que le pasa a usted, señora o señorita, es que necesita un buen orgasmo.

¿He oído bien? ¿Será posible? A Agenjo le va a caer una bronca monumental y espérate tú que no le diga yo que se olvide de favores y me devuelva el cuerpo. Vamos a ver, por favor, que yo en la vida le he faltado el respeto a nadie. Y mucho menos a una dama.

—No se preocupe —le responde la sobrecargo al cabo de un momento de pensarse la respuesta adecuada—. No se preocupe, señor Ingelmo, que ese orgasmo lo acabo de alcanzar precisamente al patearle su maleta.

Sin comentarios. Pasamos en silencio la seguridad (yo me meto dos veces por el arco para saciar la curiosidad de comprobar si las almas pitan, pero no) y por fin embarcamos. El vuelo tiene una duración de ocho horas y treinta y cinco minutos. *Non stop*. No nos hablamos. Agenjo lee y relee pensativo la agenda de Ross embutido en su asiento y yo viajo flotando en el pasillo, agarrado como puedo a la manilla del portaequipajes, para no salirme del aparato en una pérdida brusca de altura. En estado espectral revolotear resulta fácil; lo complicado es quedarse quieto.

Llegamos a la hora convenida. Momento en que mi compi, por fin, reconoce que se le fue la pinza y promete que no volverá a repetirse. Yo acepto sus explicaciones y a punto estoy de recobrar la confianza en Agenjo, cuando me confía que ha metido en mi destrozada maleta cinco sobres de doscientos gramos de paletilla de bellota. Jamón y Punto, de Cerezo desde 1962. Los pilló en el último minuto, en la *duty free* mientras yo miraba perfumes, porque dice que nos viene muy bien para la misión por si tuviéramos que comprar intereses. Que en Estados Unidos el ibérico es moneda de cambio. No lo niego, pero, si nos fiamos del ticket, está el sobre a once cuarenta y seis euros. Y ya te puedes imaginar tú quién ha efectuado el desembolso, ¿verdad? Porque al agente Ross, la tarjeta para que le carguemos los puntos sí, pero la de crédito no se le ha ocurrido dejárnosla. En fin, le solicito que no tire los resguardos porque en la próxima declaración de hacienda voy a intentar desgravarlo como dietas. A ver si cuela.

La felicidad dura poco. Un guardia de fronteras le pregunta a mi amigo ahora visible que si lleva algo que declarar. Yo lo hubiera negado, pero el tonto del espíritu que habita temporalmente mi piel va y se lo confirma. «Traigo jamón», confiesa, y el agente nos quita las lonchas y la ilusión de una tacada.

—Es que tampoco tengo experiencia en pasar aduanas —se disculpa conmigo Agenjo, hablando bajito—. Y a mí nadie me había advertido…

—Ojalá que el jamón sirva para educar el paladar de los tarugos del Homeland Security —le susurro yo resignado—. Porque mira que son brutos los tipos estos, ¿eh?

—¿Tan terribles te parecen? —me pregunta, sorprendido por esta repentina animosidad mía contra el cuerpo estadounidense de fronteras.

—Hombre —le confirmo—. ¿No te acuerdas de cuando detuvieron a Canales?

Quién no se va a acordar si salió en todas las noticias. Yo se lo escuché no sé si a Ana Pastor

o a Susanna Griso. El bailaor flamenco estaba de tránsito. Volaba del D.F. mexicano a Venecia, para asistir al festival de cine italiano, y terminó protagonizando una película de miedo en Nueva York. Pasó la noche en el calabozo del JFK, incomunicado, con grilletes y atado a una cadena como los presos de las viñetas de Forges. Le acusaron de no tener visado. Antonio alegó que *er* no tenía *intensió* de quedarse, que estaba allí de tránsito; tan sólo para cambiar de avión. Pues lo mismo les dio, que les dio lo mismo. Le condujeron a una sala donde gemían al unísono un rastafari y un hindú atados a la pata de una mesa. Le esposaron y le desnudaron; a pesar de que Canales les manifestó que él era muy friolero y susceptible a las bajas temperaturas. Le requisaron cuatrocientos dólares y las gafas de Armani. Y, para rematar la faena, cuando al bailaor de Sevilla, por los nervios, se le saltaron las lágrimas, una mujer policía le pegó una bofetada al tiempo que exclamaba: «Ahora ya tienes motivos para llorar». O sea, al estilo de lo de Boabdil el Chico: llora como mujer lo que no has sabido defender como un hombre. Un tema muy farragoso se mire como se mire. Además, tras el cachete le trasladaron a un sótano. Le encajaron en los tobillos unas pulseras de hierro y le encadenaron al resto de los detenidos. Humanos unidos de América. Si se movía uno, se desplazaban los demás. Como los remeros de las galeras romanas. A derecha. A izquierda. Hacia delante. Hacia atrás. Todas las posiciones. Como el *joystick*. Dicen que Canales pasó la noche más amarga de su vida. Diecisiete horas durante las cuales, para el consulado español en la ciudad de Nueva York (abierto en días laborables de lunes a viernes, de ocho y media a dos horas), permaneció oficialmente desaparecido. Cuando por fin le comunicaron que iban a proceder a deportarle a México, pudo contactar con los servicios consulares, que trataron de atenderle con total diligencia aunque no dudaron en sugerirle que, para evitar excesivas demoras, la próxima vez solicitase cita previa. Comprendido lo cual, le devolvieron al D.F. y Canales se perdió la premier de Venecia.

—Que profunda emocioooón, recordar el ayeeer… cuando todo en Venecia me hablaba de tiiii… Una góndola vaaa…

El incauto de mi amigo se pone a cantar.

—Oye, oye, oyeee… —Me cabreo y le corto por lo sano—. A ver, Agenjo, menos coñas, que estamos hablando de Canales. ¡Por favor! Un artista de primera nacional tratado como si fuera un delincuente. Como un indeseable. La humillación más grande a la que pueda someterse a un ser humano. La vejación más absoluta. Y encima los policías chulitos, ¿eh?, porque cuando se dirigían verbalmente a él, me parece que esto salió en el telediario de Ana Blanco, se llevaban siempre la mano a la pistola. Así que ojito con los de fronteras.

Antes de salir a la calle pasamos por consigna.

—También estaba en la agenda de Ross. Pegada con celo —me explica mientras me muestra una llave pequeña, como la del buzón de mi portal.

Abre una taquilla y saca una mochila verde. Impidiendo que yo pueda echar un vistazo, descorre la cremallera y examina su contenido. Yo le observo cómo sonríe satisfecho y la vuelve a poner en su sitio. Tras cerrar, se introduce la llave en el bolsillo del pantalón. En el compartimento chiquitito que hay para las monedas.

—Aquí se queda —me dice—. Cuando recuperes tu cuerpo, no te olvides de pasarte por aquí y hacerte con el macuto. Lo que hay dentro es para ti.

Y, sin mediar más conversación, abandonamos las instalaciones aeroportuarias.

Pillamos un taxi a Manhattan. Cuarenta dólares / tarifa plana. Tiramos por la autopista I-678

Norte y, nada más desviarnos por la Grand Central Parkway, aparece al fondo, recortada en el horizonte, la silueta de la ciudad de los rascacielos. Mira, no tengo palabras. Me quedo extasiado. Obnubilado me quedo. Perplejo. Como la primera vez que vi *Twin Peaks*. Tanto me priva la visión que con el pasmo me relajo. Me dejo llevar por la emoción y, sin darme cuenta, me salgo del coche amarillo por la rendija abierta de la ventanilla trasera. Mira, si en el último segundo no reacciono y me ensarto con fuerza en la antena de la radio, todavía sigo flotando yo por encima del estadio del US Open de tenis rogándole a la Virgen de los Dolores que no me engulla una gaviota. Animales que, por cierto, en esta zona del mundo deben de ingerir esteroides porque vienen en tamaño extralargo. Yo me fiaba del logotipo del PP, pajaritos amigables, pero vistos tan de cerca… déjate tú.

Nos apeamos en la esquina de la 42 con Lexington y va el inútil de Agenjo y esta vez se baja sin entregarle propina al conductor. Precisamente en Manhattan, que lo suyo es dejar un veinte por ciento… O sea, le da propina al taxista de Madrid, que no se estila, y se la niega al de Nueva York, que no te lo perdona. No veas cómo me pone el tipo. A mí, a Juan Carlos González Ingelmo, porque no sabe que mi cuerpo lo ocupa otra alma y que no soy yo el culpable del desacierto. Le llamo la atención a mi amigo, porque a él puede que se la refanfinfle, pero lo que está en juego es mi imagen, y al fin le suelta dos dólares. *«Okay, okay»*, recula el taxista mostrando las palmas de las manos en señal de que haya paz. Pero, eso sí, el tipo no mueve un dedo por ayudarle a sacar los tres bultos del portaequipajes. Abre el maletero y que se las apañe solito Agenjo. Y es precisamente en ese instante donde, por vez primera, me reconforta genuinamente la idea de haberme vuelto invisible y no poder echarle una mano a mi cuerpo levantando peso. Un gustazo. Yo me limito a darle instrucciones para que flexione algo mis rodillas al tirar del asa, con ánimo de que active los abdominales y no me dañe la espalda. Esto de ser alma es parecido a lo de ser cura, que das consejos sin necesidad de practicarlos. Ya ves, ellos pontifican sobre el matrimonio, pero se evitan estar casados. «Con cuidado, Agenjo, sin prisas». Fíjate que me parece que va a compensar la excursión.

—¿Listo?

—Vamos.

Qué maravilla. Hace un día de sol espléndido. ¡Viva el calentamiento global! Viajar a Nueva York en formato turista invisible mola. No sabría cómo explicártelo, pero después de haber visto el edificio de la Chrysler tantas veces en el cine, estar de pronto parado frente a él… Me entra un subidón de espanto. Me invade la felicidad. Henchido estoy de gloria… y noto que mis pies flotan por encima del suelo y que mi cuerpo se expande como le acontecía en la serie al increíble Hulk, pero sin que se me salten, como al hombre verde, los botones de la camisa. Obviamente, porque no llevo tejidos encima. Así que aprovecho y estiro los brazos. Y pongo la espalda recta. Y compruebo que empieza a rebajarse ostensiblemente el ritmo de mis palpitaciones. De pum-pum-pum paso a pum-pum y luego a unos pum… pum… cada vez más espaciados; hasta alcanzar un pulso sosegado y parsimonioso, como el de los cinco corazones que bombean la lombriz de tierra. Se conoce que por fin mi organismo ha hecho el reajuste de sólido a etéreo. Me siento más ágil que nunca. Ligero. Como Gasol cuando le quitan las tobilleras de plomo con que entrena en Los Ángeles saltando bajo los aros. Como Gene Cernan, el último astronauta que anduvo sobre la superficie de la Luna, cuando retornó a nuestro planeta y pudo despejarse de los ciento veintisiete kilos que suman escafandra e indumentaria. Gene Cernan, ya ves tú qué

desgracia. Un hombre que estuvo en la Luna y del que no se acuerda nadie. Que sí que estuve, que sí que estuve. Ya, Cernan, ya. Que sí, que sí…

—¿Qué hablas tú de la Luna? —me pregunta curioso mi amigo.

—Nada. Cosas mías.

La sensación de alivio que experimento es inconmensurable. Como la que debió de sentir Frodo Bolsón cuando arrojó al abismo de Mordor el anillo único. Y subo. Y me elevo. Estoy volando. Planeo y mi amigo se va haciendo cada vez más pequeñito allá abajo, hasta convertirse en un pixel más de la ciudad. *Volaaaare,* oh, oh… En vuelo rasante, casi pegado a la fachada alcanzo los trescientos veinte metros que coronan esta maravilla del *art déco* en ladrillo visto. Rodeo la aguja del pico y desciendo por la cresta de acero que, según la leyenda urbana, fue construida con tapacubos de la factoría automovilística del propio Walter P. Chrysler. Las vistas son inmejorables. Como en las fotos de Margaret Bourke-White. Me detengo un momento a la altura de las gárgolas y allí descubro que, aunque me haya desprendido del envoltorio, no he perdido la dignidad y sigo siendo español y decente, porque me entran ganas de echarme una siesta… Así que me tumbo. A lo largo de uno de estos dragones, aguiluchos, o lo que sean y me pego un bañito de sol sin peligro de pillar un cáncer linfático. No, si al final, van a ser todo ventajas.

Toc, toc. Primero bajito y luego más insistentes. Toc, toc, toc. Me incorporo y me veo a mí mismo con el rostro pegado al cristal de una de las ventanas triangulares de la cresta del rascacielos. Hablamos de la terraza que está en el piso sesenta y uno. Tengo la nariz aplanada contra el vidrio, pero me reconozco. ¿Cómo he subido yo hasta ahí? Toc, toc, toc. No paro de dar golpecitos con los nudillos. Pero ¿para qué? Para llamar la atención, supongo. ¿De quién? Ay… espera, que no soy yo, que es Agenjo. ¿Queeeé? Que llevo una hora y media dormido y que ya me vale; que si estamos a Rolex o a setas. Me desperezo. Agenjo me señala con el dedo hacia abajo y me indica que quedamos en la acera en unos minutos y yo, obediente, me dejo caer al vacío sin miedo, como los valientes que practican parapente en El Escorial.

Nos reencontramos en el portal y mi amigo me comunica que hemos de tirar para el hotel para dilucidar cuanto antes los pasos venideros a seguir. Le digo que muy bien y, siempre mirando hacia arriba, le sigo hasta Park Avenue. ¿Nos iremos a albergar en el Plaza? Menudo lujo. Pues no. Pasamos de largo Park, Madison, la Quinta, la Sexta… la Undécima y no nos caemos al río Hudson de milagro. Justo antes de tocar agua, Agenjo avista un cartelito con una H mayúscula y una estrellita minúscula y me dice que es aquí. ¿Y para eso hemos pagado un taxi? ¿Para que nos deje a dos kilómetros de nuestro destino?

—Es que necesitamos extremar las precauciones —me dice—. Por si nos siguen. Hale, hemos llegado. *Home sweet home.*

Menuda mierda de hostal. De esos que tienen moqueta repleta de ácaros en el suelo del baño. Con eso te lo digo todo. Huele a rancio que espanta, pero Agenjo dice que se trata tan sólo de un leve problema de humedad.

—Al menos es barato —se justifica el invisible, buscando mi complacencia.

—A mí me da igual —le digo—. Yo no voy a tocar las sábanas.

Nos tiramos los dos en la cama tamaño *king,* o sea grandota, grandota, aunque yo, como acabo de adelantarle, me mantengo a una distancia prudencial de dos centímetros sobre la superficie de la colcha. Ya intuyo que las bacterias y las chinches no le pueden atacar a mi

gaseosa constitución, pero el asquito me obliga a adoptar precauciones.

Agenjo saca la agenda de Ross del bolsillo de su zamarra y la abre por la primera página.

—Presta atención, porque estamos en un lío de tres pares de narices. Yo he repasado las indicaciones de mi *alter ego* ya tres veces y no entiendo ni la mitad. No se me ocurre por dónde empezar a buscarle. A ver si tú me puedes echar un cable.

Yo no digo nada porque noto que me estoy volviendo a quedar dormido, pero no se lo comento para que no se ofenda. Empieza a leer las anotaciones de Ross en voz alta y sus palabras se me van y se me vienen hasta que, finalmente, se me van del todo.

—Muchas gracias por escucharme —es lo primero que me echa en cara cuando despabilo.

Tiene la televisión puesta, la CNN, y se nota mucho barullo en el estudio que, como siempre, tiene colgado el letrerito de *breaking news*. Para estos canales de veinticuatro horas cualquier cosa es primicia.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Están enterrando a Michael Jackson —me responde conmocionado.

—Qué pena de hombre. Era un genio. —Me incorporo en la cama.

—Ahora dicen que si el médico se pasó al administrarle calmantes. No sé. No está nada claro.

Suena el teléfono. Lo coge mi cuerpo serrano y responde en inglés que de acuerdo, que puede subir.

—¿Quién sube?

—The Crow. El jamón ha hecho efecto.

—The Crow? —inquiero con una única interrogación al final porque en inglés las preguntas solamente llevan un signo—. Como si yo supiera quién es el Crow ese, Agenjo.

—El Cuervo, leñe —me salta—. ¿No te acuerdas de la carta de Ross?

—¿El mendigo de Washington?

—El subalterno de Ross en el DIA. Está igual o más preocupado que nosotros por su desaparición. Dirige la búsqueda en Manhattan. Lo único que he podido sacarle es que Chuck llegó de Madrid en el vuelo previsto, cogió un taxi en la Terminal One con dirección a la *city,* y ya no regresó al aeropuerto para realizar el *transit* a Washington D.C.

Suena la puerta. Toc, toc. Dos golpes secos. Agenjo se levanta y me amenaza:

—Tú estate quietecito, no la vayas a cagar.

—Pero si no puede verme —protesto.

—No lo sabemos —me esclarece—. Eso depende de la sensibilidad y de las ganas de creer en amigos invisibles que tenga cada uno. Tú me veías y yo te veo.

Se repiten los golpecitos de nudillos en la puerta: toc, toc.

—¿Qué queréis? —susurra Agenjo misterioso a través del agujero de la cerradura.

—Ibérico de bellota —responde una voz cascada al otro lado.

Se conoce que estos han acordado una contraseña a mis espaldas. Muy bonito, ya veo que yo no pinto nada. Agenjo se vuelve hacia mí petulante y me guiña el ojo derecho. Una vez. Clic. Y a continuación intenta guiñarme dos veces seguidas el izquierdo, pero no le sale. Cl… cl…

—Caramba, ¿pero qué pasa aquí? —protesta perplejo.

—¿Qué va a pasar? —argumento—. Que yo no he podido guiñar el ojo izquierdo en mi vida. Igual que tampoco sé silbar para dentro.

—¡Anda mi madre! —vuelve a lamentarse—. Pues voy a tener que ponerme a practicar hasta que me salga porque estos guiñitos son parte irrenunciable de mi personalidad. Marca de la casa.

—Oye, pues mira —le animo—. Ojalá que tengas éxito y así me devuelves el cuerpo con una mejora porque yo, la verdad, de habilidades de ese tipo ando escaso.

—¿Mueves las orejas?

—No, qué va.

—¿Te tocas la nariz con la punta de la lengua?

—Tampoco.

—Pero tío… —Agenjo se desespera.

Toc, toc, toc, toc. Se produce un redoble de tambores impaciente en el entrepaño superior de la puerta. Mi amigo invisible reacciona con premura ante los acontecimientos y procede a girar el pestillo y tirar del picaporte. Bajo la imposta aparece un hombre inmenso, superlativo, las doce tribus de grasa en persona. Más que un cuervo parece un cachalote. No he visto un humano más gordo en mi vida. Para que te hagas una idea, su rostro lo componen tres caras superpuestas. La primera obedece al canon normal, con ojillos de topo, nariz chata, tipo los tres cerditos, y una boca con escasa dentadura. El semblante descrito se incrusta en un amasijo de carne del tamaño de una sandía y aún por debajo, en el tercer nivel, presenta unos carrillos que le rebosan en plan blandiblú y le caen hasta los hombros. Por tener, presenta pliegues hasta en la nuca; fenómeno este que yo no había observado nunca, oye. Su cabezota la encumbra un gorrito enano de felpa verde por detrás del cual chorrea a borbotones una melena aceitosa de deslabazados rizos, en tono gris aluminio, que recuerda al tradicional estropajo de lavar los platos. No alcanzo a ver su cuerpo entero porque la inmensidad de su barriga sobrepasa los lindes del vano de la puerta, pero puedo precisarte que viste un chándal de los Washington Redskins y calza botas de baloncesto rojas, abiertas y sin cordones. Los dedos de su mano derecha, que semejan un muestrario de morcillas, sujetan con firmeza el mando de un bastón terminado en tres patitas, como los que te prestan en los centros de rehabilitación, mientras que los dedos de la izquierda, más sucios aún que los anteriores si cabe, agarran una bolsa de basura del tamaño de un fardo cuartelero. Respira a buches, como los peces, y… ¡huele que apesta!

¿Y ha tenido que contactar Agenjo precisamente con este orangután?, me interrogo, decepcionado por la visita, a sabiendas de que estoy juzgando a una persona exclusivamente por su aspecto externo, sin saber si domina tres o cuatro idiomas, incluido un dialecto nativo del Yucatán próximo a la extinción, o si se ha jugado alguna vez la vida ayudando a extinguir un incendio en una plataforma petrolífera en la que consiguió salvar la vida de cuarenta y tres inocentes. Pero los prejuicios me superan en este instante de mi existencia y no me encuentro con ganas de darle una oportunidad al pollo. ¿No habría sido mucho mejor que Agenjo hubiera seleccionado como interlocutor válido a José Andrés, el cocinero, a quien también menciona Ross en su misiva? Al menos nuestro contacto se habría personado con unas latas de *sardines in escabeche sauce, by* José Andrés Food, una bolsa de *pa de pagés rustic toast* y una botellita de gran reserva *sherry vinegar*. Ay, si yo tendría voz y voto, como dicen los vascos, el Cuervo no habría sido el enlace de mi elección. Pero, como donde hay patrón no manda marinero, habrá que resignarse.

Agenjo y el apestoso se saludan en plan ruso, tres besitos, mua mua y requetemuá, y el invisible le invita a pasar. El tipo se adentra con cautela. Avanza dos pasos y enseguida se

detiene a coger aire, porque se ahoga. Una vez posicionado en la estancia, procede a supervisarla palmo a palmo con la mirada. En modo escáner. No sé cuántas veces pasa sus ojillos negros por delante de mí, como mínimo un par; pero lo cierto es que nunca llega a detenerse. Me traspasa. Me ignora. O sea, que no me percibe. Je, je. Cómo mola.

Agenjo cierra la puerta y echa el candado. Empuja la silla del escritorio hasta el lugar que ocupa el monte de manteca y le ofrece asiento. El Cuervo rechaza la sugerencia, entre otras cosas, porque en tan reducido espacio no entran sus tremendas posaderas. Mi amigo entonces le ofrece la cama, que consiste en un generoso colchón *king size* con base tapizada, pero el orondo invitado también declina y, en su lugar, extiende la mano boca arriba. ¡Ah, sí! Agenjo se da un golpecito en la cabeza como insinuando que le falla la memoria y extrae de debajo de la camisa un sobre envasado al vacío idéntico a los que nos requisaron en la aduana. Será perro… Con el propio jersey de licra limpia el sudor acumulado en el plástico del envoltorio y le hace entrega de la preciada mercancía al Cuervo. Este observa el fino paquete con aprobación, lo huele (aunque ya te digo yo que con el envasado al vacío no hay manera de percibir olor ninguno) y lo introduce satisfecho en su zurrón. Entonces sí que, contra todo pronóstico, toma asiento. Se comban las patas y los travesaños. Chirrían los largueros y el peinazo del respaldo. Pobre silla, con tanto sobrepeso, los pernos de las ruedas están a punto de estallar.

Ambos se estudian con detenimiento unos instantes y, pasado el obligado examen facial, deciden acercar sus rostros e intercambiarse frases en tono confidencial. Tan bajito que no me cosco de nada. Necesito acercarme si no quiero perderme las primicias. Pues nada, eso está hecho. Me impulso para colocarme en plan dron encima de ellos… pero utilizo demasiada energía y me paso de largo. Llego al techo y me chupa la rejilla del aire acondicionado. ¡Sssup! Me cago en todo lo que se menea… A velocidad de vértigo asciendo por un tubo de aluminio rugoso, dando tumbos contra sus abombadas paredes, y recorro cientos de metros de cañería hasta ser expulsado por una lúgubre chimenea al patio. Recapacito. Tiro hacia arriba, sobrevuelo el tejado rematado con láminas de asfalto y gránulo, e inicio el descenso escudriñando la fachada en busca de la ventana que corresponde a nuestra habitación. Esta no va a ser porque el cuarto está vacío. Y esta tampoco porque hay a un vejete encasquillado con un pie dentro y otro fuera de la bañera. Te apuesto lo que quieras a que se le ha olvidado si entraba o si salía. Por fin doy con la abertura que buscaba y me aproximo al cristal. En efecto, ahí están los dos, dale que te pego, en animada conversación. Pero sigo siendo incapaz de escuchar nada. Me temo que voy a necesitar aparato. Recientemente me he hecho una prueba y he perdido un cuarenta por ciento de audición en el oído izquierdo. Por culpa de la radio, porque en esa oreja he llevado siempre pegado el transistor para escuchar los partidos de liga. A un volumen se conoce que demasiado alto y se ha resentido el hueso, el cartílago, o lo que sea que transmite la velocidad del sonido. Me ha informado el otorrino de que ahora los aparatos son muy pequeños y que no me preocupe porque prácticamente no se notan. Que de lo único que tengo que preocuparme es de no quitármelo y echarlo al bolsillo de la camisa porque no me puedo ni imaginar la cantidad de clientes que le vienen con el cuento de que el audífono ha pasado por la lavadora. Lavado, enjuague y centrifugado. Los tres programas. Y que son tres mil euros y no hay seguro que cubra esa desgracia. Yo, de encargarlo, tengo también pensado comprarme un micrófono barato en la calle Barquillo y llevarlo siempre en la mano, como si estuviera retransmitiendo en directo para Onda Cero, porque así, cuando quiera disimular mi deficiencia, me puedo llevar la mano a la

oreja al tiempo que pronuncio en voz alta: «De acuerdo, Alsina, recibido».

Forcejeo con la ventana. Intento subir el cristal sin hacer ruido para que no se cosque de mi presencia el falso *homeless*, con la idea de acercarme a ellos con sigilo. A ver. Como es una tronera construida al gusto anglosajón, tipo guillotina, empujo el cerco hacia arriba pero, al ser yo invisible, no me sujetan las manos al tirador y mi maniobra resulta inútil. Eso sí, sudar sudo. Se conoce que en estado gaseoso la condensación sigue siendo posible. Pues mira, bueno es saberlo, porque en verano me vendrá de maravilla practicar el efecto botijo.

Pasa un rato y, gracias a Dios, se percata Agenjo de que me encuentro en la calle. Alucina al verme a la intemperie pero modera su reacción, supongo que para no proporcionarle explicaciones al otro. Muy de agradecer porque yo, desde luego, no podría aguantar otra sesioncita escuchando lo de que si las almas son cebollinos que borran y asignan por el algoritmo de Euclides al cuerpo de un recién nacido. De pronto pierdo a Agenjo. ¿Qué pasa? No consigo ver nada. No me fastidies que me he quedado ciego. Noooo… Lo que me faltaba: una retinopatía diabética. Si ya me lo veía venir yo desde que me empezaron a hacer falta las gafas. Tiene que estar relacionado con esa necesidad de ingerir dulce que me apremia de vez en cuando. Y con lo de tener que visitar el baño con frecuencia. Y con lo de mear en morse. A chorritos. Que lo mío va a ser algo grave, le predije yo a Ana. Pero mi mujer que no. Que no, chico, que todo lo que a ti te pasa es de la edad. Lo normal. ¿Lo normal? Pues ahora no puedo ver más que ladrillos. ¿Ladrillos? Anda, pero si esto es la fachada. Se conoce que he debido de perder un poco de altura. Aleteo ligeramente con las manos y gano un metro hasta el dintel. Agenjo vuelve a aparecer en el cuadro de visión. Menos mal. «El médico dice que padeces de hipocondría», me explicó Ana. «¿Lo ves?, —le contesté yo—. Y tú insistiendo en que no tenía nada…». Aprovecho que el Cuervo no puede verme y le solicito por gestos a mi querido amigo que se aproxime a la ventana y me abra; pero él bambolea la cabeza en señal de reproche. A ver, a ver, amiguito, que no son momentos para regañinas. Que no hay por qué sacar enseñanza de todo en la vida, caramba. ¿Eh? Ah, por fin le comprendo. Que no hace falta que venga a abrirme porque puedo filtrarme por el muro sin más. Vaya, qué despiste. Pues hale, me doy un impulsito y, esta vez sí, calculo divinamente y me quedo situado en flotación sobre mis interlocutores. Esto de calcular las distancias de desplazamiento en las almas se asemeja bastante a la elección de los palos en el golf. Si quieres llegar lejos, un golpe vigoroso; si quieres quedarte cerquita, un leve toque de péndulo.

—No te creas que no —termina de comunicarle el pordiosero a mi grato amigo.

—Ya. Pero, entonces, ¿en qué consistió la investigación? —se interesa Agenjo, en una tentativa de sonsacarle información privilegiada al sin techo.

—Verás. Durante muchos años, antes de que nos hiciésemos cargo nosotros, los del grupo especial estuvieron analizando infinidad de pistas que les llevaron a recorrer el planeta entero. A pesar de ello, en el 2007, Ross y yo tuvimos que repasar la supuesta trama cubana; la teoría de la conspiración soviética; la *vendetta* de la Mafia desde sus cuarteles sicilianos; las conexiones de Lee Harvey Oswald con la CIA… Corea del Norte, Libia e Israel fueron países que nos tocó rastrear a fondo personalmente.

—Lo sé, lo sé —indica mi amigo—. Porque Ross me trajo de Alepo una de esas fuentes de cerámica con bombillas de colores. Pero, claro, se la tuvo que volver a llevar, porque a ver dónde la metía yo…

—Nosotros lo tuvimos mucho más difícil que nuestros predecesores. Al principio los del DIA, aunque no consiguieran resultados, podían al menos llevar a cabo las pesquisas con normalidad. Los sospechosos estaban con vida y cualquier interrogado recordaba con exactitud dónde estuvo el día en que mataron a Kennedy.

—Anda, claro, igual que me acuerdo yo de dónde me encontraba la tarde en que le pegaron el botellazo a Juanito, el del Madrid —le susurro a mi amigo en una exposición que él, sin embargo, juzga desafortunada.

—Nosotros en el 2007 ya no tuvimos esa suerte —continúa el Cuervo—. Han pasado más de… ¿cuántos? ¿Cincuenta años desde la elección del irlandés a la Casa Blanca? Ross se desesperaba porque ahora la respuesta era: «Huy, lo siento, pero es que yo cuando mataron al presidente aún no había nacido». Una investigación muy jodida porque, además, las organizaciones que supuestamente ordenaron apretar el gatillo ya ni existían, *dude*.

Lo de *dude* no sé cómo traducirlo. Lo fácil sería interpretarlo como tronco, pero es que no significa exactamente lo mismo. Lo aclaro porque se me ha olvidado comentarte que la conversación entre Agenjo y el andrajoso se produce en un perfecto inglés que yo, por evitar molestias, transcribo encantado al insigne idioma de Calderón de la Barca. Aunque eso sí, no me responsabilizo si se me cuela algún gazapo porque lo de cambiar de una lengua a otra es un sinvivir que no le recomiendo yo profesionalmente a nadie.

—¿Desde cuándo estabais Chuck y tú en esto?

—Ross heredó el caso en febrero de 2007 y ya en septiembre de 2008 vimos claro que nos hallábamos en un callejón sin salida. Tu amigo se convenció de que Oswald había actuado en solitario y que, aunque no hubiera acontecido así, no existía posibilidad alguna de comprobarlo. Se lo notificó al presidente Bush y este acordó darle carpetazo definitivo al asunto. «Muy bien, señor Ross —le ordenó—. Centrémonos, pues, en Irak y dejemos tranquilos a los fantasmas del pasado». Pero en enero de 2009 Barack Obama volvió a llamarle a capítulo. Que quería que reabriera el expediente. Pero presidente que si esto, pero presidente que si lo otro, que mire usted señor presidente. Nada. Que el caso se reabre y punto pelota. Nos pidió que le dedicáramos seis meses. «Seis meses más y si no encuentras nada, Ross, pues lo cierras».

—¿Seis meses solamente? ¿Qué sentido tenía aquello?

—«Porque es el tiempo de vida que le queda a Ted y se lo debo», le explicó el nuevo inquilino de la Casa Blanca.

—¿A TED? ¿Al de las charlas esas de internet?

—No, hombre. A Ted Kennedy, al hermano del difunto presidente.

—Ah.

—El senador de Massachusetts estaba muy enfermo y, al parecer, le había confesado a Obama que no le gustaría marcharse de este mundo sin conocer la verdad sobre el asesinato de su hermano. «Se lo debo, Ross. Le debo a Ted mi nominación y con este favor es como quiero pagarle. Dedícale seis meses más a la investigación. Un último intento. Sé que has desentrañado otros casos complicados con éxito. Confío en ti. Deja todo lo demás y dedícale seis meses en exclusiva. Sin limitaciones de personal o de presupuesto. Es todo lo que te pido». Y, como según me relató mi ahora misteriosamente desaparecido compañero de fatigas, Obama le notara un brillo de duda en sus ojos, le pidió que le acompañara al jardín de la Casa Blanca y durante el paseo se lo fue ganando. «Chuck —dijo Ross que le explicó Obama—, yo soy demasiado joven

para recordar a Kennedy. Nací el mismo año en que él juraba el cargo. Pero crecí escuchando historias sobre JFK de labios de mi madre. Historias de esperanza, posibilidad y entendimiento. Todavía puedo verme alucinado frente al televisor cuando los astronautas del Apolo regresaron de una aventura en la que el presidente católico les había embarcado. Echando la vista atrás, creo que mi profunda convicción en una América de posibilidades infinitas me viene, en parte, de momentos como aquel. Y en eso no estoy solo. Para millones de americanos y para millones de personas de todo el planeta, su vida y su presidencia resultaron una fuente continuada de inspiración. Nos solicitó a todos que saltásemos por encima de las barreras de nuestra fe, de nuestra raza o de nuestro estado de ánimo. Que viviésemos de acuerdo a nuestros ideales y no pusiéramos lindes a nuestras aspiraciones. El testamento de Kennedy es sólido y, aunque su presidencia alcanzase solamente un millar de días, ha dejado un legado que perdurará a lo largo de los siglos. Mira, Ross, en un momento en el que Jim Crow dividió a esta nación, JFK supo adivinar que nuestro pueblo no alcanzaría la libertad hasta que todos y cada uno de sus ciudadanos pudieran considerarse libres. A él le debemos el comienzo del movimiento que ha hecho posible que yo ocupe hoy este despacho. Para Kennedy no existía reto que América no pudiera afrontar con éxito. Ni fronteras que los estadounidenses no se atreviesen a cruzar. Su célebre frase, "No te preguntes lo que América puede hacer por ti, sino lo que tú puedes hacer por América", supuso una lección magistral que hoy continúa vigente en cada uno de nosotros».

Mientras escucho el relato del Cuervo se me saltan un par de lágrimas. En parte porque me emociona la honda sensibilidad con que le habló Barack Hussein Obama a Charles Ross y, en parte, porque el olor ácido que desprende el guarro del agente secreto disfrazado de vagabundo me está abrasando las pupilas. Le hago a Agenjo gestos con los dedos hacia abajo, como de ducha, para que le solicite a su confidente que se pegue una. Que se desinfecte, aunque sólo sea con un baño de alivio. Pero Agenjo ha decidido pasar de mí y simplemente se limita a fulminarme con la mirada.

—¿Tienes hambre? —le interpela a nuestro huésped.

—Podría pegar un bocado —le responde el nauseabundo.

—Pues bajamos y seguimos en un garito. ¿Conoces algún bareto por aquí cerca?

—Hay un Taco Bell en la esquina.

—Vale, por mí lo que sea.

¿Un Taco Bell? Venga, no me fastidies, Agenjo. A ver qué le vas a meter tú a mi estómago… Que no te digo que vayas ahora de *gourmet*, pero que tampoco es cuestión de provocarme una cagalera. Que de sobra deberías saber que a mí el picante no me va. Que la guindilla sólo para las angulas y lo que se dice un puntito. A ver, a ver, protesto. A ver, a ver, que tú eres capaz de meterte un chile de esos de campana. De los que pican al entrar y repican al salir.

Se adelanta en bajar las escaleras el Cuervo y Agenjo le pide que le aguarde un momentillo en el *lobby*, que él va a aprovechar para cambiarse de ropa. Mientras escucho el golpeteo de sus patas de elefante alejarse peldaños abajo, pum, pum, pum, le comento a mi amigo que me ha parecido bastante enriquecedora la historia.

—O sea que Chuck aceptó el reto de Obama.

—Sí —me responde Agenjo, haciendo equilibrios para no caerse al tratar de embutirse los calcetines—. Aceptó el reto y retomó la investigación. Y, según me relató a mí, antes de abandonar la Casa Blanca el presidente Obama le dejó caer una pregunta: «Señor Ross, ¿no nos

hemos visto antes?». Y entonces Chuck, con total naturalidad, repuso que sí; pero que mucho antes. «En la lanzadera —le dijo—. Cuando usted salía para Hawái sin demasiadas ilusiones. ¿Se acuerda?». Y me dijo que por lo visto Barack se le quedó mirando pensativo, pero que no se atrevió a comentarle nada.

—Un momento —interrumpo yo su narrativa en vista de que algo me chirría—. ¿Cómo es posible que Ross se acordase de su conversación con el alma de Obama? No me cuadra. ¿No se supone que os borran la memoria?

—Sí, pero yo me encargué de recordárselo —me responde mi amigo ya con ambos calcetines en su sitio—. Le puse al corriente de todo cuando coincidimos en casa de Montse la Rata, en Barcelona. Él decidió creerme y desde aquel día llevamos planeando nuestro reencuentro definitivo.

Me llama la atención lo de no tener apetito. Acostumbrado a tres comidas diarias y a picar entre horas, me parece que lo de no poder ingerir alimentos va a ser lo que peor voy a llevar en este estado fantasmagórico. Me muero por masticar algo. Aunque fueran unas pipas Facundo, que no mantienen pero entretienen; pero me temo que va a ser que no. ¿Quién me lo iba a decir? Al venir hacia aquí hemos pasado por delante de un escaparate con una bandeja de ostras frescas sobre cama de hielo picado y ni me he inmutado. La verdad es que no me reconozco.

Bajamos al bullicio callejero y echamos a andar tras el gordo camino del Taco Bell. Llegamos. Mis acompañantes realizan su pedido y yo tomo asiento para reservar mesa. No funciona. Se me sienta una señora encima y tengo que escurrir el bulto. Da igual. Hay sitio de sobra porque los americanos almuerzan temprano y a estas horas sólo pasan por el establecimiento algunos turistas sueltos.

—Bajo el mando de Charles Ross analizamos de nuevo todas y cada una de las ochocientas mil cartas y telegramas de condolencia que se recibieron en los dos meses que siguieron al asesinato —continúa su relato el Cuervo delante de un burrito tan extralargo que buenamente podría alimentar a tres familias—. Ya sabes por las series de televisión que los criminales suelen esconderse entre el dolor de las víctimas y, por este motivo, albergamos la esperanza de encontrar algún indicio entre aquellas notas. Pero, si lo había, no supimos hallarlo y, en mayo, transcurridos los seis meses del plazo, el jefe decidió hacérselo saber al presidente. Pedimos cita por ir los dos, ya que yo me moría de ganas por conocer a Michelle, ¡qué mujer, oye!, pero la apretada agenda de Obama retrasó una y otra vez el encuentro. Ross llegó a confesarme su sospecha de que el *commander-in-chief* posponía la cita para no tener que comunicarle el fracaso a Ted Kennedy, quien, por cierto, ya besaba el final de sus días.

Agenjo escucha con diligencia las palabras del soplón que, aunque interesantes, no te lo voy a negar, de momento no han ofrecido ninguna clave para que podamos empezar a buscar al pobre Ross, quien, en estos momentos, no quiero ni pensar cómo lo estará pasando. Lo mismo le tienen en un sótano-almacén con varias dependencias de pladur perfectamente aprovechables o liminables, encadenado a un somier, mientras un carnicero serbio derrama cera ardiente sobre sus pezones. O igual le están confeccionando unas botas de cemento Portland para arrojarle al fondo del lago Ontario. Ay… Cada pensamiento que se me ocurre resulta peor que el anterior. Trago saliva e intento quitarme estas horribles ideas de la cabeza concentrándome en la conversación que se produce delante de mis narices y, justo ahora, van y hacen una pausa. A ver… El Cuervo le pega un sorbo descomunal a la pajita y deja tieso el vaso de litro y medio de *diet* Pepsi que

tiene delante. Los hielos pasan en tiempo real del marrón al transparente. Eructa y, a continuación, se levanta, con dificultad pero se levanta, y se desplaza hasta la fuente de las sodas para hacerse un relleno. Avanza como los caracoles, sigiloso y dejando rastro. Mientras, Agenjo aprovecha para mosdiquear uno de los cuatro tacos que le han entrado en la ración. Nachos *crunch cool* habanero. Vas a ver tú como el pimiento cubano me sienta como un tiro. Mira que le he pedido por favor que me consulte acerca del menú, que yo conozco perfectamente lo que le conviene a mi aparato digestivo y lo que le provoca rechazo. Que el picante me produce acidez. Que tengo reflujo. Que no quiero volver a pillar el *Helicobacter pylori* ese porque te genera mal aliento. Y él que sí, que sí, que no te preocupes, José Luis, que yo voy a comer solamente lo que tú me digas. ¿Lo que yo le diga? ¿Tú te has pedido una *cheese quedasilla*? Pues él tampoco. Vuelve el Cuervo resoplando. Los diez metros de la mesa a la Pepsi-Cola y los otros diez de vuelta le han sentado como me sentaría a mí la maratón de Boston. Buufff, parece desinflarse al tomar asiento. Burrrrp. Le mete un nuevo chupito prolongado al refresco que resuena a eructo invertido. ¡Qué asco, por favor! A ver si aprendemos a comer con modales y comida decente. ¡Viva España!

—Obama recibió por fin a Ross a principios del mes de junio —retoma la conversación—. Le dijo que a Ted le quedaban pocas semanas de vida. Ocho. Doce a lo sumo. «Inténtalo mientras él viva, y después, cerramos el caso». Pero no pudo ser. El senador murió en agosto y a Ross se le encomendó un nuevo caso en el DIA. Adiós, Kennedy, adiós. Lo que ocurre es que algunas veces, aunque tú abandones las investigaciones, las investigaciones no te abandonan a ti.

—¿Qué quieres decir? —se interesa mi amigo arqueando profundamente las cejas.

—Bueno, yo sospecho que el jefe se picó y siguió investigando por su cuenta sin revelárnoslo a nadie. Y que descubrió algo.

—¿Dijo de qué se trataba?

—Yo sabía que era algo importante, pero él no quiso compartir detalles. Le pedí que me participara algún dato, pero se cerró en banda y, como Ross era el mandamás, tuve que aguantarme. Ajo y agua. Le expliqué que éramos compañeros, que estábamos en el mismo barco, pero me pidió que tuviera paciencia y confiara en él y que, mientras tanto, me internase en una clínica de adelgazamiento porque el camuflaje se me había ido de las manos.

—¿No soltó prenda de nada?

—Lo único que conseguí sonsacarle fueron tres palabras. Tres míseros vocablos que me pidió que te transmitiera en caso de que le perdiéramos la pista.

—¿Obama, serpiente negra? —se adelanta Agenjo con perspicacia.

—¡Qué coño de serpientes negras! —protesta el Cuervo exigiendo que no se le interrumpa en medio de declaraciones tan cruciales.

—Tres putos vocablos. Eso es todo. Imagínate el marrón que nos ha caído en el DIA, con el jefe extraviado y ninguna clave de qué le haya podido ocurrir. Igual está en el caribe de Nicaragua explotando una identidad falsa.

—¿No habéis investigado la pista que te dejó?

—¿Qué pista? —responde el Cuervo haciéndose el inocente.

—Leñe, las tres palabritas que has mencionado.

—Ah, no. Me dejó muy claro que no quería que moviéramos ficha; como si no le apeteciera que nosotros también averiguásemos lo que él ya había descubierto. Muy raro. Las palabras, me

dijo, eran un mensaje en clave sólo para su amigo español. Que tú ya sabrías qué hacer con ellas. Ya ves. Para mí, sin ánimo de hablar mal de un compañero, que el Ross chocheaba un poco. La enfermedad terminal esa, ya sabes. Creo que le estaba afectando al encéfalo. Aparte de que, sin alto mando en la oficina, llevamos unos días con un lío de espanto, que nos ponen reuniones hasta las tantas, y, la verdad sea dicha, no he tenido ni un minuto para ponerme con el tema. Yo soy un humilde funcionario. Respondo ante la autoridad y tampoco quiero dejar a Ross con el culo al aire desvelando que seguía en lo de Kennedy sin permiso. Eso sería un desacato. Una falta muy grave. Podría valerle el puesto a tu amiguito. No sé, pero todo me hace pensar que Chuck se ha metido en un lío del siete y medio. Espero que no nos arrastre a los demás.

Menudo pájaro, el Cuervo este. Desaparece su compañero de fatigas en extrañas circunstancias y el asqueroso ni se preocupa en analizar el geroglífico de tres palabras que le ha dejado en prenda. Agenjo se impacienta.

—¿Puedo saber exactamente el mensaje que te encargó que me comunicaras?

El Cuervo extiende el brazo sobre la mesa con la palma de la mano hacia arriba. Qué bellaco. Agenjo entiende la indirecta. Se pone en pie y, para mi sorpresa, se mete los dedos por la trasera del pantalón y hurga como para subirse el calzoncillo, un Punto Blanco de cintura clásica de los que aceptan lavado a máquina hasta cuarenta grados, pero, en su lugar, extrae un nuevo sobre de embutido. Esta vez es chorizo. De Pamplona. Del de los puntitos; pero vamos, que igualmente sano, sabroso y digestivo. La presa olisquea la susodicha ofrenda y, con extraordinario mimo, la deposita en su bolsa de los desperdicios. Luego, como el ogro Golón que se come a los niños como si fueran turrón, se zampa de un bocado lo que quedaba del burrito y se chupa, uno a uno, los cinco dedos de ambas manos. ¡Qué asco, Dios mío! Rematada la faena, agarra la bolsa de basura, se levanta e, inclinándose a tope sobre la oreja izquierda de Agenjo, le suelta tres palabras enigmáticas: Woodstock. Puente. Acacia. Y coge y, dándose por invitado y sin mediar despedidas cariñosas, se las pira.

Día ciento diez. Miércoles. Supuestamente soleado

Atardece cuando en autocar de línea arribamos al pueblo de Woodstock, dos horas y media de trayecto en dirección norte desde Manhattan, y nos albergamos en la posada del Oso. Estoy entusiasmado porque nos han dicho que, con suerte, podemos tropezarnos por la calle con Bob Dylan. Te resumo. Resulta que Agenjo comprobó anoche en Google Maps que las misteriosas coordenadas que figuran en la primera página de la agenda de Ross, junto a la leyenda «Avistamiento», coinciden exactamente con un punto sobre el río que atraviesa el apacible pueblo de los *hippies*. «¡Woodstock y el puente!», gritó con tanto entusiasmo que me lanzó contra la pared del soplido. Te digo yo que esto de permanecer todo el día en estado gaseoso, con la constante amenaza de que te lleve la tramontana o que te atrape el portero con la aspiradora, no está hecho para mí. Un sinvivir. No sé lo que daría por recuperar mi cuerpecito, con sus durezas en la planta de los pies y su tabique nasal desviado porque, como en casa, a pesar de las imperfecciones, te aseguro yo que no se está en ningún sitio. Aparte de que ni te puedes imaginar lo extraño que me resulta eso de verme a mí mismo, o sea, a mi cuerpo, en posturas y actitudes en las que no me reconozco. Pero, como he aceptado el reto por el bien de mi compañero y, con

suerte, por el mío primero (en caso de que Ross llegase a cumplir su promesa de revelarme la resolución del enigma de la muerte de John Kennedy y Punget me la publicara), pues me resigno y amén.

—¡El puente! —repitió enloquecido una y otra vez Agenjo—. Ya sólo nos falta acercarnos a ver si encontramos la acacia.

Total, que yo estuve de acuerdo en que convenía investigar la cosa y, en cuanto hemos amanecido esta mañana pronto (es decir, a mediodía, por causa del inevitable *jet lag*), hemos depositado nuestros *personal belongings* en la consigna del hostal y nos hemos puesto en marcha hacia las montañas que apunta el agente en el mapa. No sabemos qué tipo de avistamiento nos aguarda en Woodstock, pero albergamos la esperanza de toparnos con lo mismo con que se topó Ross y confiamos en que sea esa pista la que nos conduzca a la victoria final. O sea, a dar con su paradero.

Con esa perspectiva nos plantamos en la sierra. El pueblo descansa en la falda de una montaña y resulta francamente pintoresco. Enseguida comprobamos que en sus calles todavía quedan algunos *hippies* de los sesenta. Bueno, de los sesenta para arriba porque todos lucen ya el pelo blanco. En la isleta que se forma en el cruce de las dos principales arterias, un grupito baila al son de los tambores. *Hare rama, hare rama*… Hay tiendas de camisetas, de comida orgánica, de material esotérico. Todo como muy espiritual y muy pacífico. Agenjo se deja llevar por el buen karma que reina en el ambiente y cena un sándwich de huevo duro con mayonesa. Ya ves tú qué triste. Si al menos la mayonesa fuera casera… pero no, es Hellmann´s. Que ya aprovecho para comentarte que esto es algo que no se entiende de los yanquis porque no cuesta nada hacerla en el momento y la diferencia es abismal. Cascas un huevo, tu chorrito de limón, una pizca de sal y vas añadiendo aceite de oliva mientras clavas en el fondo del vaso la batidora. Pues hijo, yo creo que, si se la das a probar así a estos, ni la catan. Aquí no les toques su mayonesa de bote. Son costumbres diversas que hay que respetar, oye. También les extraña a ellos, tan de huerta y mercadillo dominical que son, que nosotros tomemos espárragos de lata.

Mientras mi amigo devora su emparedado, yo me divierto escrudiñando la decoración del local. Sobre la puerta del baño hay un letrero que indica: «Lávate las manos y reza tus oraciones, porque Jesús y los gérmenes están en todas partes». Ahora que le veo sentado, me da la impresión de que el exinvisible ha ganado peso. Me está poniendo el cuerpo fofo, el tío. Se lo indico a modo preventivo y me responde que para nada. Que alucino. Pero yo nunca he tenido reborde de tripa sobre el cinturón, como las madalenas sobre el papel, y mi amigo claramente está echando barriga.

—No me fastidies, machote, que a estas edades luego es muy difícil perder grasa. Y además el sobrepeso machaca las rodillas.

Pues él que no y que no y que si no veo que se está merendando un huevo. «Ahora —le digo —. Un huevo ahora, pero la fritanga que te has metido en Nueva York no te la quita nadie».

Damos un paseo por estirar las piernas y, de camino a la posada, decidimos acostarnos pronto. En parte, porque en Woodstock no debe de haber nada que hacer a partir de las ocho y, en parte, para poder reponer fuerzas y empezar las pesquisas a primera hora de la mañana. Con este propósito de la enmienda llegamos al albergue y nos encontramos con la sorpresa de que en la plaza comercial contigua hay más ambiente que un jueves por la noche en Malasaña. Una larga fila aguarda para entrar en el Bearsville Theater. Se conoce que hay concierto. Miramos el

cartel. Actúa una tal Buffy Sainte-Marie.

—¿Tú la conoces? —le pregunto a mi amigo.

—Sí —me responde—. Es la india que cantaba *Universal Soldier*.

Yo me quedo como estaba. A ver, es natural. Quitando a Joan Báez, que cantaba en español, a mí de cantautores el único que me suena es Luis Eduardo Aute.

—Pues tipo Joan Báez —me aclara Agenjo—, pero en nativa canadiense.

Pues sí que debe de ser conocida, sí, porque hay una cola de miedo aguardando en la entrada.

—Mira quién está ahí —me susurra Agenjo, apuntándome hacia el principio de la fila sutilmente con la nariz.

—¿Quién? —le interpelo sin mirar siquiera.

—¿No le reconoces? —me deja caer con voz de intriga.

Miro y me parece reconocerle, pero no sé de qué. Es una de esas personas cuyo rostro te suena un montón, pero no sabes si es de verle en un anuncio de la tele, o si es el dependiente de la papelería de tu barrio, o si se trata de un amigo del cole estropeado con los años o qué.

—No le pongo nombre —me resigno a comentarle.

—Sí, hombre —me anima Agenjo a seguir intentándolo—. ¡El del vals!

—¡El del vals! —Siento un clic en mi cerebro—. Claro, madre. ¡José Vélez! «*Voulez vous dancer avec moi*, quieres que bailemos un vaaaaals…». Pues no la habré cantado yo veces en las excursiones.

—Que no, leñe —me arranca de la incursión nostálgica mi amigo—. Qué Vélez, ni qué Vélez. Ese es Robbie Robertson, el de The Band.

—¿Pero no decías que era el del vals? —protesto confundido.

—El de *El último vals*, el concierto que rodó Scorsese.

—Pues vaya…

—Leche, y ese parece Bob.

—¿Bob Dylan? —pregunto yo pegando un respingo.

—No, hombre. Bob Esponja, el de los dibujos animados. ¿No ves qué pinta me lleva con esos pantalones a cuadros?

—Anda, chaval… Bueno, ¿qué? ¿Nos vamos a la cama? —le sugiero.

No parece que mi amigo tenga demasiadas ganas de acostarse. Al contrario, me suplica que nos acerquemos a una esquina de la plaza donde arde una generosa hoguera. Junto al fuego, un puñado ecléctico de individuos practican ejercicios de estiramiento. Dirige el coro un chino vestido con una camiseta sin mangas en la que pone Champion de France y una visera de tenis vuelta del revés. Agenjo alude a que igual es una buena oportunidad para desentumecer su musculatura y yo le espoleo porque, como acabo de señalar, le conviene desprenderse de un par de kilitos. Total, que se anima y se arrima al grupo.

Yo quedo fascinado con la intensidad y el llamativo color de las llamas y me da por preguntarme si los invisibles resultaremos ignífugos. Por comprobarlo, me voy acercando con cierta precaución a los troncos incandescentes. Pasito a paso, hasta comprobar que, a pesar de la proximidad, no siento ninguna sensación de calor. Deduzco por tanto que, presumiblemente, las almas no pueden quemarse. Así que, como los inconscientes que practican *balconing* en Ibiza, pego un brinco alegre y me poso sobre las brasas. Chump. ¡La madre que me trajo al mundo! ¡Aaaaaaah! Me abraso. Me derrito como la bruja de *El mago de Oz*. Me evaporo descompuesto

en millones de moléculas dispersas, que queman a cual más fuerte, y termino hecho un charco en las tejas de un pajar. ¡Aaaaah! Me entra pánico. Hiperventilo… pero al cabo de un rato consigo recomponerme. Vuelvo a ser un alma. Churruscada, pero alma. Un torrezno espiritual plagado de cicatrices. Y entonces recuerdo la marca en la espalda que me mostró Agenjo cuando me comentó su rechazo del bebé de Madison y su encuentro con el tubo de neón. Hace falta ser idiota. En fin, ya pasó. Menos mal. Suspiro aliviado y examino daños. No creo yo que estas ampollas salgan a relucir cuando recupere el cuerpo. Quedarán ocultas por la piel. Vamos, eso espero, porque si no voy a parecer un mantel de lunares. Tipo restaurante italiano. El resto de la fisonomía parece que funciona a plena satisfacción. Bueno, espérate tú, que los labios se me han quedado fundidos, el uno contra el otro, dejándome la boca en forma de pico de pato. Opto por la solución del lobo de los tres cerditos e inflo al máximo los carrillos. Después soplo para descargar de golpe todo el aire y conseguir desbloquear el tapón. Plufff… Vuelve la movilidad a mis labios y de nuevo soy el mismo de antes. Planeo desde el tejado a la plaza, apartándome lo máximo que puedo del amenazante fuego, y busco a mi amigo entre el grupo de atletas. Ah, ahí le tienes. Dialogando con el chino.

—Yo no chino, yo *coleano* —le corrige el instructor mientras le ayuda a colocarse en una postura que el resto de los participantes adopta con naturalidad.

—Ah —se excusa Agenjo.

—Cuando pega *boxeadol*, *siemple* línea *reta* de muñeca, codo y hombro. *Siemple boxeadol* pega línea *reta*. ¿Sí? —le explica, flexionándole y estirándole el brazo con tanta intensidad que parece que le va a arrancar la mano de cuajo. Cuidado, tú, Kunfú, a ver si me lo vas a dislocar—. Si no línea *reta*, no pega fuerte. No posible. Línea *reta* sí pega. Postura boxeo no para bonito, postura boxeo para pega. ¿Sí?

—Sí, sí… —afirma Agenjo, en un tono que no inspira mucha confianza.

—*Siemple* tres puntos en línea. Igual que tirador escopeta. *Siemple* tres puntos y junta línea: ojo, mirilla y diana. Si junta tres puntos, *dispala* y sí. Uno punto fuera y no mata. ¿Sí?

—Que sí, que sí…

—*Siemple, siemple*.

Afortunadamente, un tipo de largas barbas reclama la atención del maestro. Una ocasión propicia para la fuga que aprovecha mi amigo para marcarse un discreto mutis por el foro. Bueno, igual ha perdido dos gramos.

Día ciento once. Jueves. Noche estrellada

Alquilamos una moto, con sidecar, que es tontería. En un momento de despiste Agenjo no se cosca de que yo puedo ir planeando a su lado. Se lo comento cuando está a punto de pagar y, muy orgulloso él, por no reconocerme el lapsus, me intenta convencer de que era el mismo precio con sidecar que sin él y que, ya puestos, le hacía ilusión pillar la Harley con todos sus complementos. Por no discutir, ya que me he vuelto muy pasota y además pienso pasarle todos los gastos del viaje a mi editor en la partida de documentación para el *best seller*, monto en el carrito de la Segunda Guerra Mundial y agarramos la carretera 28. Al rato, mi conductor gira a la izquierda en la 28-A y aparca a unos doscientos metros de la confluencia. Aquí es, me dice, y se

cambia de ropa tras el vehículo. Vadeador, chaleco y botas con suela de fieltro para evitar resbalones. Un disfraz de pescador de truchas para pasar desapercibido. Cuando termina de montar la caña, nos encaminamos al río. El Esopus trae bastante agua. Nos metemos. La temperatura es buena y la corriente nos cubre hasta la cadera. Avanzamos hasta un puente de cinco arcos.

—¿El puente? —le pregunto.

—Creo que sí, me notifica.

A la sombra de la obra de ingeniería damos con una represa. Un mapache que bebía en la orilla opuesta se pierde temeroso entre los matorrales. Agenjo comienza los primeros lances con mosca ahogada a la entrada de la poza. En la primera embestida saca un chum, una birria de pez, y yo, tras felicitarle con cierta ironía, me adentro aguas arriba para inspeccionar mejor la tabla, consciente de que la buena pesca busca cobijo en las rocas. En la lejanía, descubro la silueta de otro puente. Es una antigua construcción de hierro, seguramente perteneciente a algún viejo ferrocarril. Parece abandonado. ¿Será ese el puente? Pues a lo mejor, porque a la entrada, ¿sabes tú lo que veo? Efectivamente: una acacia. Un árbol de unos treinta metros de altura plagado de nidos. Y en la corteza una hendidura que descubre una oquedad en el tronco donde podría ocultarse con facilidad una persona. ¿Sería desde allí desde donde hizo Ross su misterioso avistamiento? Decido acercarme. Se trata de un puente sencillo, con pilares de hierro anclados sobre hormigón al cauce, que apenas conserva las traviesas de madera en las que reposan sus oxidadas vías. Ideal para rodar una película de aventuras infantiles del estilo *Stand by Me*. Agenjo llega a mi encuentro y también observa con curiosidad la estructura.

—Shhhh —me indica—. ¿Has escuchado?

Lo he oído. Son voces.

—Son voces —le susurro bajito—. Parece que alguien se acerca.

Agenjo me indica con el dedo que suba a mirar y yo, obediente a la vez que curioso, aleteo un poco y, aunque no es necesario dado mi estado de invisibilidad actual, me cobijo en el hueco de la acacia por tomar precauciones. ¡Ay, madre! Casi me caigo de culo y no me levanto. Precisamente están aquí escondidos. Son dos. Noto como si se me erizase el pelo, puesto que no tengo, y salgo con el alma en polvorosa.

Mi amigo invisible me hace aspavientos y me vuelve a ordenar que vuelva. Que regrese in-me-dia-ta-men-te. Creo leer en sus labios ese bonito refrán que comienza con las palabras cobarde y gallina y remata con este adjetivo multiuso: capitán de la sardinas. Alegaciones muy feas cuando te estás refiriendo a uno de tus mejores amigos. A punto estoy de echárselo en cara cuando interpreto en su gesto la amenaza de que, como no siga sus instrucciones, no me devuelve el pellejo, y me entra un cague bastante superior al de toparme con los dos personajes ocultos. Madre del amor hermoso, Juancarlitos. En qué hora te dejaste embaucar por este inepto y te metiste en estos líos.

Me impulso hacia arriba y me dejo caer sobre la encina planeando en círculo, como las águilas. Me poso en una rama baja y, con disimulo, enfoco mi mirada hacia la abertura de la corteza. Mientras, Agenjo vadea con sigilo la corriente hasta alcanzar la orilla opuesta. Extremando precauciones, le veo ascender la loma que culmina en el puente y tumbarse en las traviesas. Desde allí puede contemplar en panavisión la misma imagen que yo observo en primer plano.

Un tipo al que no puedo distinguir porque me da la espalda, dialoga con un hombre de mediana edad, tez negra, más bien mulato, que gimotea. Todo irá bien, Michael, le consuela. ¿Michael? ¡Que me lleven todos los demonios! Este Michael sollozante no es otro que el mismísimo Michael Jackson. El cantante de Thriller… Killer… Chiller… El mismo artista cuyo entierro habíamos seguido Agenjo y yo hacía dos noches por televisión, junto a otros setecientos cincuenta millones de expectadores. «¡Y el tío está vivo!», exclamo intentando darme pellizquitos para comprobar que no alucino, hasta que me percato de la imposibilidad de mi misión. ¿Estaré alucinando? No puede ser. Recapacita, Juan Carlos, piensa. No te ofusques porque a ti todos los japoneses te parecen Fujimori e igualmente eres capaz de confundir cualquier negro de piel clara con Michael Jackson. Piensa.

A partir de aquí todo transcurre de forma muy rápida. Los individuos se despiden y el tal Michael sale de la acacia, se adentra hacia el bosque y desaparece. Dudo si seguirle, pero Agenjo me indica que persiga mejor al otro individuo, quien, con las facciones ocultas por la capucha de una sudadera, emprende carrera en dirección a donde mi amigo se encuentra encubierto. Por un segundo me temo lo peor, pero pasa de largo sin percatarse de su presencia. Me acerco a Agenjo y me dice que le ha podido reconocer.

—¡Era Joaquin Phoenix! —me confirma excitado.

—¿El actor? ¿Estás seguro?

—Plenamente convencido. Era Joaquin Phoenix, José Luis. Con gafas de sol oscuras, pelo largo, barba y bigote; pero era el Phoenix. Lo hubiera reconocido aunque se hubiese puesto una máscara de neopreno.

No hace falta ser el cuchillo más afilado en el cajón de los cubiertos para deducir que aquí hay gato encerrado. Encerrado y panza arriba. Te lo digo yo porque el otoño pasado leí en el *¡Hola!*, o en el *20 Minutos*, ahora no te sabría precisar, que Phoenix había anunciado en un *late show* su retirada definitiva del cine para dedicarse por completo a la música. Sí, sí. ¡A la música! Pues no veo que lleve guitarra y tampoco tiene mucha pinta de que el chavalote venga de ensayar. Agenjo, que por lo visto comparte mis deducciones, decide activar el dispositivo de emergencia, o sea a mí, y me ordena seguirle y no regresar a la posada del Oso hasta que tenga informaciones sustanciosas que compartir.

Por abreviar mis pesquisas, alcanzo a agarrar la capota del coche de Phoenix cuando este ya arranca y viajo dando vaivenes hasta Nueva York tragando durante todo el trayecto el humo del tubo de escape. El sacrificio merece la pena porque, por un lado, memorizo la matrícula y, por otro, escucho con nitidez la conversación que el actor mantiene por el manos libres. Así es como descubro que Phoenix en realidad no se ha retirado. El muy pillín planea interpretar en secreto un papel para el falso documental *I'm Still Here,* del director Casey Affleck. Va sobre la vida de un actor que se retira porque quiere dedicarse a la música y al final fracasa. Su interlocutor telefónico, que resulta ser el propio Affleck, le reitera la importancia de que la audiencia crea que lo que ocurre en la película es real. Joaquin dice que lo sabe y que no hay problema. Ah, y añade el director algo endiosado antes de colgar: «Aunque aún no hayamos empezado a rodar ya me han comunicado que lo han aceptado en Venecia».

Paramos en una gasolinera. A repostar combustible y a vaciar el pajarito. Aprovecho la ocasión para sacudirme la carbonilla del tubo. Ahí vuelve. Cuidado, tú, que arranca, no se me vaya a escapar. Bajamos por el Taconic y atiende una nueva llamada. Por un par de pistas, como

por ejemplo el saludo de «Hola, Libby, hermanita», deduzco que se trata de su hermana. Por evitar interferencias, me introduzco en el coche a través del sistema de refrigeración, me recuesto en el asiento del copiloto y, desde ahí, permanezco a la escucha.

—Me vuelvo a casa porque en ese sitio viven como putos indios, tía —le dice Joaquin a su hermana—. Ahí manda un pavo nativo que medirá por lo menos dos metros y que tiene una anchura de hombros propia de un jugador de la NFL. Yo se lo pregunté extrañado al doctor y me dijo que los indios que comen bisonte salen muy grandes porque la carne de búfalo americano tiene mucha proteína. Que cuando llegó Hernán Cortés a México, el conquistador era un enano en comparación con los indígenas que le escoltaban. Pero que, como los que pintaban los cuadros eran españoles, pues que hacían trampa. Se dibujaban a ellos aumentados y a los de las Américas empequeñecidos. Y yo le dije que, vale, que los indios serían muy altos pero que su vida me resultaba un petardo. Además, el pavo mandarín, que no le llamo así porque sea chino, tía, sino porque es el que manda, habla una lengua extraña que yo me he negado a aprender en rotundo.

—…

—El sitio está que te cagas, no me malinterpretes. O sea, al principio decepciona un poco por la humedad y la claustrofobia que provocan las cuevas de la entrada; pero en cuanto te sacan al valle interior, que se oculta entre barrancos inaccesibles, alucinas de la muerte. No te puedes hacer idea de lo grande que es aquello. Y lo llamativo que resulta. Todo plagado de tiendas. Tiendas de las de los indios, no de las de ir de compras; que allí no se compra nada. Todo va en trueque.

—…

—No te digo yo que sea un sitio como para quedarte a vivir, Libby. No, eso sinceramente yo no lo creo. De hecho, ya ves que me he salido. Pero si lo alquilaran para fines de semana se forrarían. No te puedes hacer una idea de la cantidad de niñatos ricos de Wall Street que pagarían millones por pegarse allí un *jacuzzi* a la luz de la luna. Se entera Donald Trump que existe el sitio ese y ya está tardando en montarte un casino, dos campos de golf y una torre de cuarenta y ocho alturas con su nombre en letras doradas.

—…

—Que no, Libby, tonta…

—…

—Que ya te digo que sí, que entiendo que a él le guste porque el sitio es ideal; lo que ocurre es que lo llevan los indios a su estilo y yo paso. Así como lo oyes. Paso a tope de corretear todo el día descalzo por la pradera. Paso de tener que comunicarme con el espíritu del Hermano Lobo. Paso de aprender un idioma que sabes que no va a tener salida en ningún otro sitio. Porque, si por lo menos fuera chino, que es el idioma del futuro, pues tiene un pase. Haces el esfuerzo en Duolingo. Pero ¿el idioma a'kaka? Yo les he dejado muy claro desde el principio que personalmente paso.

—…

—¿Eh?

—…

—Al tercer día, tía. Pasados tres días yo ya tenía claro que me había equivocado y que me quería marchar. Han sido unos meses de calvario.

—…

—Sí, claro, a River le ha sentado como una patada en la entrepierna.

¿A River? ¿Se refiere a su hermano River? ¿Otro que está vivito y coleando como Michael Jackson? ¿Pero esto qué es? ¿Con qué secreto de ultratumba ha dado el bueno de Ross? Sigo escuchando.

—…

—Así se lo he dicho. «No me malinterpretes, hermano, porque si he venido aquí era por estar contigo —le dije—. Pero no puedo. Perdona que te lo diga, pero me cuesta trabajo reconocerte en este sitio. Tan fuertote. Tan rural. Tan cazador. ¿Tú no eras un vegetariano recalcitrante de esos que no probaban ni el pescado, ni los huevos, ni la leche?».

—¿Y qué te contestó? —le pregunto yo con gran interés como si pudiera escucharme; pero se conoce que, por suerte, mi interrogación coincide con la cuestión que le formula también su hermana al otro lado del auricular y, acto seguido, parece que me responde.

—«Pero, Joaquin —va y me contesta River—, si lo sigo siendo». Y yo le respondí alucinado: «¿Lo sigues siendo, hermano? Entonces, ¿qué haces masticando carne de bisonte todo el día?». Y me sale con que la proteína de bisonte es vegetariana. No te digo. Y se quedó tan ancho.

—…

—¿Eh? Eso mismo le dije yo, ¿vegetariana?

—…

—«Es un concepto filosófico, hermano —me dice—. Si te quedaras con nosotros un tiempo terminarías por comprenderlo». Pero me he dado el piro. He tomado las de Villadiego. Me han pedido que les haga un recadito en el exterior y, en cuanto termine, agur Ben-Hur.

Entramos a la ciudad por la carretera de circunvalación, la Henry Hudson Parkway, y tomamos la salida de la calle 95. Aparca el coche a la altura del número 286 y sale. Yo aguardo un instante para reponer fuerzas y, cuando me dispongo a seguirle, ha desaparecido de mi vista. Ni rastro de Joaquin Phoenix. Cago en la mar, a ver qué explicaciones le doy yo ahora a mi jefe. Vuelo alicaído hacia Woodstock.

Día ciento doce. Viernes. Áreas de niebla y nubes bajas

Hemos regresado a Manhattan. Anoche, lejos de regañarme, Agenjo se excitó sobremanera con todas mis declaraciones sobre lo acontecido en el automóvil de Phoenix y me invitó a cenar en un café llamado Oriole 9. Yo le agradecí el detalle, pero le indiqué a su vez que, como él bien conocía de primera mano, lo mío no era catar alimentos y él entonces me reveló, con un cariño especial con el que le quedé profundamente reconocido, que no lo había hecho por el menú, al que tampoco le ponía pegas, sino porque el logotipo del mencionado local tenía los colores rojigualdos de la enseña nacional y pensaba que, de alguna manera, al verlos, yo podría sentirme como en casa. Ya ves tú el detallazo. De él podrían aprender los políticos. Si es que a los emigrantes, con poquito que alguien nos hiciese un guiño cariñoso, nos tendrían ganado el voto.

De vuelta en la posada, mi amigo corroboró que la esquina de la calle 95 Oeste y la avenida West End figuraba también anotada en la agenda de Ross y decidió olvidarse momentáneamente de Michael Jackson y regresar al punto donde yo perdí conexión con el actor. Bueno, no sin

antes enviarme a mí en labores de sobrevuelo por toda la zona del río Esopus. Una operación jaula de cien millas cuadradas alrededor de la acacia hueca que no obtuvo resultado satisfactorio alguno. Ni Michael Jackson, ni cueva, ni entrada secreta, ni nada de nada. Lo único a destacar de la peinada, quizás, el encuentro con una cría de águila calva que se empeñó en juguetear conmigo, como un gato con un ratoncillo, y me dio unos diez minutos de espanto. No veas tú qué susto, macho. Ese pico. Esas uñas, que aunque sepas que no te pueden desgarrar por tu carácter traslúcido, te infartan lo mismo. Yo me acordé de la suegra del Banderas en *Los pájaros* de Hitchcock porque, aunque ya sabías tú que los bichos eran de goma, te atemorizaban un montonazo.

En metro desde la estación de autobús (la línea 1, 2, 3 resulta de lo más conveniente), llegamos a la calle 95 y descendemos hasta el punto donde yo le perdí la pista a Joaquin.

—Aquí fue —le indico.

—*Okay* —me responde Agenjo, cotejando la agenda de Ross—. Coinciden las coordenadas con las anotaciones del cuaderno, 95 W 286 AWWA, a excepción de las mayúsculas finales a las que no les encuentro el sentido. Tenemos que entrar en ese palacete como sea.

El edificio de la calle 95 es una casita minúscula de construcción parecida a la de los chalés que te encuentras en una estación de esquí suiza. La fachada es de ladrillo rojo y la puerta de madera está pintada de verde. Tiene tres pisos. En la primera planta hay dos ventanas enrejadas con macetas de crisantemos en sendos poyetes. En la segunda hay otras dos ventanas de igual tamaño y un ventanuco sobre el vano de la puerta, que seguramente corresponde al cuarto de baño. Y la tercera es abuhardillada y su fachada está revocada en color crema.

La vivienda unifamiliar limita al sur con un rascacielos. Es una edificación de quince alturas con entrada a la vuelta de la esquina, por el número 710 de la avenida West End. El portal es amplio y lo regenta un hombre mayor, de raza negra y pelo cano afeitado casi al límite de la calvicie, que viste un elegante uniforme azul con bandas amarillas.

—Buenos días —le dice Agenjo.

—Buenos días, ¿le puedo ayudar en algo? —le responde el portero.

—No, no, gracias —disimula mi amigo—. Estoy esperando a alguien y haciendo un poco de tiempo.

—Ah, bien —se da por enterado el conserje, que sale hasta la acera para dar instrucciones de aparcamiento a una furgoneta. Se trata de una Isuzu de color blanco, con la bandera norteamericana dibujada en un costado y matrícula de Nueva York terminada en JY. De su interior descienden dos trabajadores, ambos con mono azul, cargados con herramientas. Abren la parte trasera y queda a la vista un motor de compresión de grandes dimensiones que va conectado a una manguera negra de goma. Uno de ellos, de aspecto latino, descorre una trampilla de hierro situada junto a la fachada y por ella desciende con un cubo, una escoba y un palo largo terminado en una escobilla de pelos. El otro empleado le pasa la manga, activa el compresor y cierra la parte trasera del camión con una malla de acero con el fin de facilitar su ventilación. Me da la impresión de que ambos realizan su trabajo a conciencia y con esmero. Y para que así conste, por si algún directivo de esta compañía llegara a leer mi historia, que nunca se sabe quién es quién y donde se gana el pluriempleo cada uno, dejo constancia aquí del nombre de la empresa: Controled Combustion Co. Inc. Con residencia fiscal en el barrio de El Bronx, en la avenida de Washington 2377. Y con código postal de Nueva York 10458.

Agenjo, tras pensárselo un rato, se lo deja de pensar y llama al timbre de la casita. Ni caso. Espera un poco y vuelve a apretar su índice contra el pulsador. Tampoco. Tercer intento y nada de nada. Por hacer tiempo, nos vamos a dar un paseo por un parque cercano que bordea el río Hudson, muy agradable. Nos sentamos en un banco que está dedicado a la memoria de un tal Gerdu. Se conoce que el ayuntamiento deja a la gente poner plaquitas en memoria de sus seres queridos a cambio de un donativo para la conservación del parque. Una iniciativa municipal excelente. Ya me gustaría poder ponerle a mi padre un letrero en el Retiro. Nicasio González. Retomamos la misión y timbramos de nuevo sin resultado alguno. Entonces es cuando Agenjo se desespera y le pone un WhatsApp al Cuervo solicitándole ayuda. *Help, I need somebody. Help. Not just anybody. Help. You know I need someone.* ¿Todavía le quedan sobres de embutido?

A mediodía repetimos la operación, pero resulta vano el esfuerzo. Inútil. Nadie se digna abrir la minúscula puerta. Otro paseíto y, ya bien entrada la tarde, pegamos un último timbrazo. Diiiiing doooong. No contesta ni el tato. A punto estamos de abandonar nuestras pesquisas cuando hace acto de presencia el agente harapiento. En plan sutil se aproxima a Agenjo mirando para otro lado y simula como que choca con él sin querer; momento en que se produce el intercambio. Mi examigo invisible le pasa un paquete de lomo embuchado España, el sabor de lo auténtico, que el indigente agarra con una mano mientras le entrega con la otra un sobre bolsa amarillo, acolchado y con solapa engomada. Asumo que la operación ha salido a pedir de boca, pero, de pronto, el Cuervo examina el regalito recibido y frena en seco. Indignado, vuelve sobre sus pasos y se enfrenta a mi amigo. Le suelta una retahíla de insultos que no alcanzo a escuchar con la calidad suficiente para asegurar una traducción simultánea correcta. Me acerco un poco y ya discierno que le echa en cara que le ha endilgado embutido de cerdo blanco y que si se ha creído que él es no se qué y que realiza algo sobre su padre y no se qué sobre su madre, a la que asocia con una profesión muy fea. Agenjo se defiende o más bien lo intenta, porque al final veo que se disculpa y echa mano de la cartera. La abre y le entrega… ¡Pero, tío, no me jodas! ¡Doscientos dólares! ¡Que son todos mis ahorros, machote! Con intención de abortar la operación me abalanzo sobre mi amigo para propinarle un puñetazo que lo deje noqueado. El objetivo no puede ser más claro: se trata de provocarle un desvanecimiento corporal, que a su vez inicie un aflojamiento de espíritu, con el fin de extraer de mi pellejo su invisible persona y reintroducirme yo. Lo siento en el alma, nunca mejor dicho, pero no me queda otro remedio que retomar el control de mi esqueleto en vista de que este pazguato no sabe cómo conducirse en formato humano. ¡Doscientos dólares! Venga hombre… Trato de seguir los consejos del maestro coreano: siempre, siempre, tres puntos para pega boxeo. Alineo hombro, codo, y muñeca y le propino un gancho a Agenjo como para sacarle las muelas. Lo único es que, lamentablemente, le atravieso y, no sé si es con ayuda de la fuerza centrífuga o la centrípeta, me propulso hacia arriba y termino colgado de un cable de la luz al lado de un par de zapatillas de deportes que deben de llevar meses ahí con los cordones enredados. Ay, ji, ji, que las chispas me hacen cosquillas. Ay, leñe, para, tú, que me da la risa. Ay, ji, ji, ay… Y así, sin poder controlar la flojera que me producen los voltios, me tiro un buen rato hasta que encuentro fuerzas para separarme de la corriente y dejarme caer de nuevo a la acera. El Cuervo se ha sentado en el bordillo de la cuneta y ha sacado un letrero en el que manifiesta que es veterano de la guerra de Irak —*«Homeless Vet - Support Your Troops»*— y un cartón en el que pide donativos: «*Need Cash for Alcohol Research*».

—Eres un canalla, que lo sepas —le recrimino, enfurruñado, a mi amigo.

—Calla, chaval —me desprecia Agenjo, haciéndome el vacío—. Calla, que creo que hemos dado con algo.

Mi amigo repasa los papeles que ha extraído del misterioso sobre apaisado y yo dirijo momentáneamente mi mirada hacia el agente de policía, corrupto diría yo a juzgar por las propinas que se cobra de mi amigo, y observo con sorpresa cómo una señora de mediana edad y buen ver, que tira con firmeza de la correa de un perrito, se agacha y le introduce un donativo de un dólar en el vasito de plástico que el Cuervo ha colocado junto a sus pancartas. ¡Menudo morro tiene el infiltrado este!

Agenjo me hace una seña para que me acerque y, dándole la espalda al apestoso para que no note que le habla al aire, me señala en los documentos algunos párrafos referentes a la cédula de habitabilidad del chalecito que tenemos delante. Omitiendo algunos detalles que no viene al caso mencionar ahora debido a su complejidad técnica, despierta mi curiosidad el hecho de que la titularidad actual de la finca sea propiedad de la Gran Nación Sepasco.

—¿Qué es eso de la Nación Sepasco? —le pregunto sorprendido, porque yo había escuchado mencionar a la firme y feliz república del Perú, pero nunca a la nación esa.

—La Gran Nación Sepasco tiene su residencia habitual en una reserva india en la isla de Long Island —se arranca voluntariamente el Cuervo—. Un lugar muy conveniente si se viene a Nueva York con poco dinero. Alquilan cuartos por veinticinco dólares la noche, lo cual, comparado con el precio de un hotel convencional, que te clava trescientos, pues sale muy a cuenta.

Creo que Agenjo y yo, por un instante y sin que sirva de precedente, pensamos exactamente lo mismo: muy agradecidos por el consejo, pero ya nos lo podría haber contado antes.

—Se accede a la reserva por la autopista 495, la Long Island Expressway —continúa el confidente en voz alta y sin mirarnos—. Hay que tomar la salida 68 y continuar recto dos millas. Girar a la izquierda a la altura de un supermercado latino y tirar otra milla hasta Eleonor Street. Allí se vira a la derecha y aparece una calle repleta de comercios. Es ahí mismo. ¿Quiere que le lleve?

Me pongo en alerta naranja, tirando a roja, porque este tío seguro que nos quiere volver a sacar pasta. Es un *phishing*. Es un *spam*. Es un cabrito. Pero a Agenjo, que divisa la palabra «Sepasco» escrita en la agenda de Ross, el corazón le da un respingo y acepta la oferta.

—Si pudiera usted acercarme, señor Cuervo, me haría un gran favor.

El Cuervo entonces se incorpora, recoge los cartones y se mete en el bolsillo las ganancias. Echa una ojeada a ambos lados de la calle y, como al parecer comprueba que no hay moros en la costa, se lleva con parsimonia dos dedos a la boca y pega un silbido de espanto. Fiuiii… fuiii… Sólo le falta gritar: ¡el afiladooor! Agenjo y yo nos miramos desconcertados sin saber muy bien a qué viene aquel despliegue sonoro, pero, casi al instante, podemos comprobar sus efectos.

De la alcantarilla salen los dos trabajadores que se introdujeron por ella temprano en la mañana. ¿Todavía siguen ahí? El de aspecto latino le pasa cuidadosamente sus utensilios (el cubo, la escoba y el palo largo terminado en una escobilla de pelos) a su compañero y este los introduce en la parte trasera de la furgoneta cuya malla acaba de levantar. Luego el latino procede a cerrar con precisión la trampilla de la acera y a recoger la manga. El Cuervo le hace a Agenjo un gesto para que le siga hacia la Isuzu de la Control Combustion Company.

—¿Pero y esto? —le suelta algo mosqueado mi amigo exinvisible al agente con olor a estercolero.

—Precauciones. Te estamos siguiendo. Tenemos que hacerlo. No pongas esa cara. ¿Qué más te da? Todos queremos encontrar a Ross, ¿no? Además, así de paso te protegemos.

¿Todos queremos encontrar a Ross? Quizás. Lo que cada vez tengo menos claro es que Ross quiera que «todos» le encontremos. Vamos a tener que ser mi amigo y yo a partir de ahora los que extrememos la prudencia.

De un salto sube el vagabundo a la trasera de la furgoneta. Pues va a estar más ágil de lo que aparentaba. A ver si resulta que todo es interpretación y debajo del disfraz se esconde un 007 que quita el hipo. Agenjo le sigue, con mayor dificultad para subir, pero le sigue, y a continuación me cuelo yo. El segundo empleado, que de cerca resulta tener una expresión graciosa, con una nariz grande y los rizos del pelo muy apretados, cierra herméticamente la compuerta. El motor se pone en marcha y arrancamos. Supongo que vamos hacia Long Island, si es que no se trata de una encerrona y acaban de secuestrarnos los mismos que hicieron desaparecer a Ross.

Por el camino el Cuervo, al que en secreto hemos colgado el cariñoso apodo de Roquefort debido a que nos tiene medio anestesiados con su tufo, consigue tranquilizarnos.

—En cuanto supe que se dirigían hacia aquí esta mañana, les pedí a unos compañeros del FBI que iniciaran tareas de vigilancia por su cuenta. En días alternos y de ocho a seis. Para no levantar sospechas en el DIA.

—Ajá —responde Agenjo.

—Yo, por mi propia cuenta, nada más conocer la dirección exacta a la que intentas acceder, pedí examinar la cédula original de la que te he proporcionado fotocopia. Descubrí que la casa es de los indios y, mientras echabas un paseíto, decidí celebrar un encuentro amistoso, tú ya me entiendes, con el venerable anciano que dirige la reserva. Le dejé caer que sospechábamos que su tribu tenía algo que ver con la desaparición de Kennedy y que el chalecito ese podría ser una tapadera de algo muy, pero que muy feo, y el tipo, negando la insinuación rotundamente con la cabeza, me dijo que agua.

—¿Cómo que agua?

—No sé, eso es lo que el viejo me soltó. Debe de ser el modo indio de mandarte a freír espárragos. A punto estuve de aplicarle un interrogatorio más fino, en plan *waterboarding* y así, o de amenazarle con mandarle a Guantánamo y sólo con billete de ida, pero ¿qué quieres que te diga?, al final el tipo me dio lástima y justo me llamaste pidiendo ayuda. Igual tú tienes más suerte, pero, vamos, ¿qué quieres que te diga? ¿Unos indios de Long Island relacionados con la desaparición del presidente Kennedy porque tienen un chalecito…? Te digo yo que al Ross se le ha ido la chaveta.

—¿Habéis averiguado algo sobre el chalé en el DIA? —le corta Agenjo, que no está dispuesto a admitir ninguna palabra que ponga en duda la profesionalidad de su media naranja.

—Sí, pero por mi cuenta, que ya te he contado que el DIA no está para investigar paridas. Hemos mirado todo lo que hay que mirar y no hay nada raro. Es un pisito de fin de semana. Igual un picadero, yo qué sé. Los sepasco se refieren a él con el apodo de la cabañita de Manhattan.

Cabaña o cabañita es la traducción libre que hago yo de la palabra *cottage*, que es la que utiliza el Cuervo tras lanzar al viento un cuesco, nada discreto, por cierto. ¡Qué repugnancia de ser, madre mía! ¿Cómo es posible, por favor? Agenjo me intenta convencer de que ese tipo de

efectos especiales constituyen una parte importante del disfraz, pero no. De eso nada. El Cuervo es un cerdo y punto. En chándal o de uniforme: un cerdo. A ver, que yo he conocido a pobres muy elegantes porque la miseria no está reñida con los buenos modales. Por favor…

—La cabaña les fue entregada en donación por una nativa de su tribu que desposó con un súbdito norteamericano de origen latino —continúa el agente metido a bohemio—. Me juró el anciano, por el gran Manitú, que el nombre de la susodicha señora en su lengua nativa correspondía con el de Aka ´Tunga (Gacela de nombre y Satisfecha de apellido), pero que en su pasaporte estadounidense figuraba como Margaret Theresa Gutiérrez de Enterría. Y que una vez fallecida la indígena, dejó en el testamento la finca a la Nación Sepasco. Afirmó también, y que si esto no era verdad, dijo, que le salieran plumas en la cabeza a la gran Águila Calva, que desde 1956 la casita se encontraba deshabitada y ellos solamente la utilizaban para reuniones ocasionales con otras naciones o, esporádicamente, como *bed and breakfast* cuando algún miembro de la tribu debía comparecer ante la ONU para reclamar algún derecho. Situación que, me puntualizó con datos y recortes de prensa, parecía ocurrir cada vez con mayor frecuencia.

Aquí hace el Cuervo un aparte para explicar que, a su modesto entender, gracias al crecimiento experimentado en la conciencia ecológica (y en esto afirma que el documental de Al Gore sobre el calentamiento global ha sido definitivo), están progresando mucho últimamente los programas de recuperación de los cauces naturales de los ríos promovidos por nativos americanos. Y que una tribu de Oregón acaba de conseguir el visto bueno para dinamitar las represas que impiden la migración natural de los salmónidos, porque los pobres no llegan a desovar corriente arriba, y que otra tribu en Nueva York recibe ayudas del Banco Mundial para retirar del fondo del río Hudson los metales pesados arrojados por la fábrica de General Electric en Albany.

—Ah, también me confirmó —prosigue el Cuervo con la parte interesante del relato, como dejándolo caer—, que el marido de Aka'Tunga era primo carnal del padre de Ritchie Valens.

«¡Dios, el de *La Bamba*!», exclamo para mis adentros mientras empiezo a atar cabos. Otro famoso muerto en trágicas circunstancias y relacionado con los hechos que investigamos. Es el cuarto en mi cuenta, después de Michael Jackson, River Phoenix y John Kennedy. Agenjo y yo nos cruzamos una mirada cómplice.

—Al parecer, el matrimonio falleció poco antes de que triunfase el sobrino. Ya ves, un pimpollo que contaba diecisiete años cuando le llegó el éxito abrumador.

A mí no hace falta que me explique la historia. Me la conozco. Ritchie Valens perdió la vida en un sonado accidente de avioneta junto a Buddy Holly y Big Bopper. La prensa tituló así el trágico suceso: «El día en que murió la música». Una tragedia a la que puso melodía Don McLean en su célebre canción *American Pie*. «*The day the music dieee…*».

—¿Y cómo murió la india?

—¿Qué india? —pregunta, confuso, el falso sin techo.

—El matrimonio, los Gutiérrez de Enterría esos —aclara mi amigo—. Porque si su sobrino murió con diecisiete, ellos no debían tampoco de ser muy mayores…

—Hombre, ahí te he visto muy avispado —le guiña un ojo el Cuervo.

Agenjo intenta devolverle el guiño y lo consigue con el derecho, clic, pero cuando va a efectuar su famoso doble guiño con el izquierdo se vuelve a atrancar. Cl… cl… Es cuestión de práctica.

—No, no eran muy mayores cuando los asesinaron.

—¿Los asesinaron? ¿Quién?

Esto empieza a ponerse francamente interesante. A punto estaba de filtrarme a la cabina con los conductores para evitar la claustrofobia de este voluntario encierro en la trasera de carga de la furgoneta, pero, definitivamente, decido quedarme un rato más.

—Hemos revisado el caso concienzudamente. Él tenía cincuenta y cuatro años y ella cincuenta y dos. Aparecieron degollados en el dormitorio. Les robaron todo. Les vaciaron por completo la caja de caudales donde custodiaban valiosísimas joyas familiares. Cuando los sepasco heredaron la casa, la vivienda estaba pelada. Y así la mantuvieron durante décadas hasta que por fin se decidieron, hace un par de años, a acercarse al Ikea de Paramus. Al final optaron, siempre según el informe que me ha facilitado un compañero de la CIA, por lámparas de pie tipo Aläng, sofás cama Ektorp con fundas de tela lavable y una mesa Stornäs para diez comensales. La cocina y los baños los dejaron como estaban a excepción de un microondas, de 59 x 46 x 42, que colocaron para calentar el café. De esta última adquisición se arrepintieron enseguida, puesto que ni los sepasco toman café, ni para la escasa habitabilidad de aquella residencia tenían necesidad de haber comprado un microondas empotrable, metalizado y con función de dorado automático.

—Ajá. Lo que…

Agenjo se dispone a añadir un pensamiento más elaborado tras la interjección, pero la furgoneta se detiene de forma brusca y el chirrido agudo de los frenos se lo impide. Tras un breve silencio, escuchamos los pasos del narizotas que se aproxima rodeando el vehículo. La puerta corrediza se levanta y la luz del atardecer nos quema en los ojos.

—Aquí te quedas. Deseo que te vaya bien, pero, vamos, ya te puedo anticipar que lo que no hayamos olido nosotros es porque no echa humo.

—*Okay*, gracias de todos modos. No me seguiréis, ¿no? Podrías echar toda mi investigación a perder.

—No, ya no son horas de seguir a nadie. Pero cualquier presa que levantes, no dudes en comunicármela —se despide seco el pajarraco.

Descendemos junto a un enorme cartel de madera con una corona de plumas grabada a fuego y coloreada. Un texto nos da la bienvenida: *«Welcome to the Sepasco Reservation»*. El operario con rasgos hispanos echa el cerrojo a la Isuzu, regresa a la cabina y arrancan. Vemos cómo la furgoneta se hace cada vez más pequeña calle abajo, hasta perderse definitivamente en una curva. Que te den, Roquefort.

—A ver cómo nos las arreglamos aquí. —Se pasa la mano por la frente, un pelo agobiado, Agenjo.

—Pues diciendo *How* —le indico yo levantando el antebrazo derecho con la palma de la mano extendida.

—*How* tu madre —me responde mi amigo, en un tono que se me antoja displicente.

Echamos a andar hacia lo que parece un centro de acogida a media altura de la calle y aprovecho para fijarme mejor en el letrero. Además de la corona de plumas tiene dibujada también una enorme pipa de la paz y, en la parte de abajo, aparece una frase entrecomillada atribuida a un tal Ala Roja que reza: «Un sepasco ha de ser como un lobo solitario y permanecer siempre al acecho, siempre, siempre, al acecho».

En la calle Eleonor, por la que avanzamos con cautela, habrá, qué te digo yo, una media docena de comercios o por ahí. Y todos anuncian que no te cobran IVA: *«Sell Untaxed»*. También hay varias tiendas de artesanía y recuerdos, entre los que destaca la típica red de cuerda que imita una tela de araña y que tradicionalmente los nativos colocan sobre las cunas de sus bebés para atrapar las pesadillas. Y, al fondo del todo, una gasolinera donde venden cigarrillos a un coste mucho más barato que en terreno federal.

En la fachada de una casa modesta, una placa nos recuerda que, durante la guerra de Independencia de Estados Unidos, los sepasco tuvieron aquí un poblado conocido como Yehęwakwá´tha´.

—¿Cómo se pronunciará eso? —le pido ayuda lingüística a mi amigo, a sabiendas de que a él se le dan mejor los idiomas.

—No sé —me responde—. ¿Chewbacca?

—No, Han Solo, ¿no te fastidia?

Al final, Agenjo, con todo lo que presume el tipo de ser norteamericano de nacimiento, va a estar menos enterado de su propia historia que yo. Aunque no le culpo. Es normal que uno, siendo periodista puntero, se haya empapado de conocimientos diversos, como sabiamente hizo tras su coronación la reina de Inglaterra, porque nunca sabes con qué asunto ni individuo te tocará lidiar al día siguiente.

—¿Por qué será tan pobre esta gente? —deja caer mi amigo, sin esperanza de que yo le proporcione una respuesta. Ay, amigo, qué equivocadito estás. Te voy a sorprender.

—La gente suele achacarlo a problemas de alcoholismo —le respondo con un dogmatismo que le impresiona—. Que si los indios no pueden beber, que si les falta el cromosoma del licor como a los chinos. Y no te digo yo que no tengan esa desventaja, Agenjo, pero el problema de fondo no reside ahí. Tampoco en la corrupción; que si les dan licencias de juego para contentarles y que si se lo gastan todo en el casino. No. Ni tampoco en la altísima tasa de fracaso escolar; que si abandonan los estudios por falta de incentivos y se meten en la espiral de violencia de las bandas juveniles.

—Hombre, todo eso pasa… —se defiende mi amigo, un poco avergonzado del baño de conocimientos que le estoy pegando y como para que se vea que él también está puesto en la materia.

—Pasa —le acepto el guante—, pero todo eso son síntomas, no el motivo de la enfermedad. Como tampoco lo es el hecho, nada despreciable, de que tengan que recorrer distancias enormes desde la reserva hasta sus lugares de trabajo; ni la triste realidad de tener que vivir en un polvoriento erial, que no es plato de buen gusto para nadie.

—Ajá —me indica ya más comedido Agenjo, empezando a resignarse a la realidad de que quizás yo vaya a aportar algún dato.

—La pobreza de las reservas reside en que los indios no conocen la propiedad privada y, en el centro mundial del capitalismo, Estados Unidos, siempre juegan con desventaja.

—¿Y eso? —me pregunta mi amigo, ahora sí, francamente interesado.

—Porque eso supone que no pueden tener el título de propiedad del terreno en que asientan su casa. Es terreno comunitario, así que no te extrañes de ver un montón de *roulottes* y casas sobre ruedas.

—No sé qué va a tener de malo el terreno comunitario…

—Pues que sin título de propiedad no te da ni Dios un crédito y, sin crédito en este país, ya me dirás tú cómo se puede prosperar.

O bien porque no asimila el concepto, o bien porque llegamos a la casa de acogida, Agenjo omite cualquier comentario al respecto y se dirige al señor mayor que fuma un puro en una mecedora.

—Buenas —le saluda—. Soy periodista y necesitaría entrevistarme con el venerable consejo de ancianos para un reportaje a todo color, tres dobles páginas, en el *National Geographic*.

Menuda bola le ha metido.

—No hacemos declaraciones para el *National Geographic*, pero muchas gracias de todos modos.

La hemos cagado. ¿Ahora qué?

—¿Y para prensa extranjera? —le interroga de nuevo mi amigo.

—¿Qué tipo de prensa extranjera? —exige una puntualización quien parece un miembro destacado de la tribu.

—*Mundo Obrero* —le responde Agenjo sin parpadear.

¿Mundo Obrero? ¿La revista del Partido Comunista de España? Pero este amigo está de los nervios…

—Para *Mundo Obrero* sí hablamos. Aguarde un instante, por favor.

Me quedo pasmado. No te puedes hacer una idea de lo patidifuso que me quedo. La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida. El anciano deja el puro en un amplio cenicero de cristal que tiene en la mesita contigua, alza su cuerpo con la agilidad de una gacela y desaparece por una puertecilla entreabierta detrás del mostrador.

Al rato vuelve con buenas noticias.

—Mañana al amanecer. Son veinticinco dólares por cuarto. ¿Quieren dos o son pareja de hecho?

¿Dos? ¿Es que el anciano me ha visto? Le hago un tímido saludo con la mano para comprobar si es cierto y va el tipo y, sin inmutarse, me lo devuelve con una cortesía que yo pensaba que ya se había perdido definitivamente en este mundo.

—Una está bien —le responde Agenjo sonrojado.

Desembolsa el dinero y pasamos la noche en una habitación modesta de la segunda planta. No tengo quejas, con la excepción, quizás, de que como Nueva York es un hormiguero en el que se aprovecha el espacio hasta el milímetro y la gente vive hacinada en cuatro metros cuadrados, el retrete de nuestro cuarto consiste en la taza más pequeña que jamás he visto y, al intentar subir la tapa, choca con el final de la cisterna y rebota para abajo. Vamos, que no se queda levantada. Así que mi pobre cuerpo ha tenido que orinar inclinado y con una mano sujetando la susodicha, con lo difícil que resulta en esta postura mantener la puntería. Ah, y antes de que algún listo se adelante a comentar que por qué no se ha sentado Agenjo para evitar el trastorno, ya paso a comunicar que la tapa es de material blando, excesivamente flexible, y que, cuando asientas en ella tus posaderas, procede a dar pellizco.

Día ciento trece. Sábado. Radiación UV baja

En un tipi, una tienda cónica construida con piel de búfalo, nos recibe a las seis y cuarto de la mañana —menudas horitas para una entrevista de trabajo— el sacrosanto consejo. La estancia resulta ser mucho más amplia por dentro de lo que uno podría imaginarse al contemplarla desde el exterior. No está en medio de una gran pradera, como en la película de *Bailando con lobos*, sino en mitad del aparcamiento de un Walmart. Un guerrero sepasco, que viste mocasines de piel, pantalón de piel con flecos y una camiseta del Barça, ya empezamos mal, vigila a la entrada que nadie trate de alterar el trascendental encuentro.

En el centro del círculo arde una hoguera rodeada de piedras. La abertura central del techo, donde confluyen los palos que sirven de armadura, hace las veces de chimenea. Un jovencito con poca pinta de indígena, la verdad, y vestido de Gap, tonos tierra y jerseicito fino de cuello redondo, que es lo que se lleva esta temporada, introduce de vez en cuando un cazo en un caldero lleno de agua que reposa frente al fuego y arroja un chorro sobre los guijarros calientes. Fssss, se convierte el líquido en vapor nada más hacer contacto con ellos.

—Es la prueba, señor Agenjo, de que todos los objetos tienen alma. Incluso las piedras. Nosotros con el agua solamente las animamos a que se materialicen. Fsss. Ahí la tiene: el alma de las rocas —le dice el nativo que conocimos anoche y que resulta que es el que lleva los mandos en la reserva.

A mi amigo le han invitado a sentarse en el suelo, en primera fila, junto a los miembros más veteranos del consejo. Para mi sorpresa, yo que siempre he sido de madera, Agenjo consigue cruzar las piernas con dignidad y sin quejarse. No lo entiendo, porque el cuerpo sigue siendo el mismo, pero me alegra saber que tengo más posibilidades de estiramiento de las que yo me imaginaba. Tal vez sea que yo no he puesto suficiente empeño. Como medida cautelar, según recupere mi pelliza, me propongo matricularme en una academia de pilates. Una vez a la semana para empezar y luego, ya si eso, pasar a dos días alternos.

En la segunda fila se sitúan los líderes activos de la comunidad, más jóvenes y animosos que los de la primera y, detrás de ellos, en tercera fila, ya prácticamente entresuelo, nos situamos las almas. Estoy yo, por supuesto, dos espíritus de coyote, uno de búfalo, tres de serpiente cascabel y el alma de un tal Eternal Blossom que, aunque en español no suene especialmente delicado, Capullo Eterno, en su idioma original el nombre tiene un tinte muy romántico. Capullo resulta ser un tipo muy chisposo y enseguida hacemos buenas migas. Tiene uno de esos físicos agraciados que no puedes dejar de admirar. Ojos de gato, labios carnosos, orejas delicadas y unos rasgos suaves, casi femeninos, que le dotan de un atractivo especial. A mí, salvando las distancias, me recuerda un poco al protagonista de *El coche fantástico* o, si prefieres, por no tirar tanto para atrás, a Zac Efron, el de *High School Musical*.

El caso es que Capullo me explica que la mitología nativa funciona de manera distinta a la nuestra. Tienen su propio paraíso, gestionado en plan cooperativa, y la administración de sus almas no depende en absoluto de la Oficina. Aparte del estatuto de autonomía, la mayor diferencia radica en que ellos no se reciclan. Se les muere el cliente y ya se quedan de alma para el resto de sus vidas. Eso sí, tienen conexión wifi con la tierra y van y vienen libremente de su mundo celestial al nuestro. A veces, porque les solicita consejo algún pariente; otras, porque se les antoja necesario manifestarse y llamarle la atención a algún indio descarriado.

—¡Un sinvivir! —me reconoce el Capullo, que admite que se pasa la eternidad entera de recaditos.

Por fin se arranca el jefe de la tribu, o sea, de la nación, y se presenta oficialmente a nosotros como T´nga Ukka, el Compañero del Viento. Bendice a todos los mortales presentes y les desea buen día, buena suerte y que nunca les robe nadie el alma. Hace pausa para un carraspeo, apunta que se regocija con nuestra presencia y, a continuación, con rostro severo, indica que lo que va a manifestar no es una propuesta de debate sino un hecho consumado.

—Lo de Ikea —dice—, desde mi punto de vista, es un mero engaño del rostro pálido. Porque, si bien es cierto que pagas menos de lo habitual por el sofá cama, también es verdad que luego te tienes que tirar la tarde del sábado montándolo y te quedas sin ver el partido. Y, encima, en cuanto culminas la faena siempre caes en la cuenta de que te sobra una pieza. Vuelves sobre el manual y, con estupor, compruebas que te has dejado sin poner el tornillo-pinza A-7Z y no te queda más remedio que volver a desmantelarlo todo otra vez.

El resto del consejo asiente y varios dejan constancia de que, en otras materias quizás no, pero en asuntos de montaje y desmontaje se consideran expertos porque su nación está constituida por nómadas que llevan muchos siglos plantando y desmantelando tiendas.

—Un sepasco está pendiente siempre de que le encaje cada palo en su sitio y de todo ese engorro —explica el jefe—. Somos una tribu puntera. Por algo llevamos mandando a medio mundo PDF desde el siglo IX.

—¿PDF desde el siglo IX? —le pregunto yo a Capullo.

—Pong´ Dah Forkta, Pieles de Búfalo en nuestro idioma nativo —me descifra mi nueva alma amiga.

—Ah, leñe.

Agenjo se levanta y todo indica que va a tomar la palabra… pero no. Lo que realmente parece es que se encuentra mal. Está dolorido. Con gesto de sufrimiento se lleva una mano a la rodilla y otra a la pantorrilla de la pierna contraria. Da saltitos. Deja caer el tronco hacia delante, se agarra un pie y tira con fuerza hacia dentro del empeine. Se conoce que sufre calambres. Ya me parecía a mí que lo de sentarse con las piernas cruzadas era demasiado prodigioso para mi cuerpo… El muy cuco se estaba haciendo el bravucón. Menos mal que el joven que atiende el caldero se cosca del problema postural y le pasa a mi amigo un taburete bajito, como los que usan los limpiabotas. Agenjo se lo agradece de todo corazón y procede a sentarse como le enseñaron en su casa. La tribu entera aguarda a que abra la boca y, él, que se percata de la atención despertada, por fin hilvana unas frases corteses en estos términos:

—Gracias por su amistosa acogida en nombre de toda la redacción de *Mundo Obrero* y también de la revista de Asisa, de la que soy colaborador ocasional. Mi primera pregunta es sencilla pero directa: ustedes no estarán ocultando a gente famosa, supuestamente fallecida, en el chalecito sito en las confluencias de la calle 95 Oeste y la avenida de West End, ¿verdad?

Se producen murmullos, carraspeos y un silencio tan intenso que se podría haber untado en una tostada. El jefe echa mano al cuchillo que lleva atado al cinto, pasa el índice por encima del filo como para advertirnos de que semejante utensilio podría filetear a cualquiera en un pispás y, finalmente, prorrumpe en una enorme carcajada.

—Ja, ja… ¡Qué cosas tienen los periodistas! Ja, ja…

Los de la primera y segunda fila le siguen la corriente y también se mondan, aunque un poquito forzados. Los de la tercera, que al ser almas ya estamos más de vuelta de todo, nos quedamos simplemente expectantes.

—Puede usted comunicarle a los miembros de su partido que de todo eso que usted menciona no hay nada de nada. Habladurías. Dígales que yo, personalmente, les garantizo por el gran Manitú y por la hermana Águila Calva que no tenemos conocimiento de ninguna guarida escondida en las montañas Catskills, en un lugar indeterminado que, por poner un ejemplo, podríamos situar entre las poblaciones de Saugerties y Woodstock.

¡Las montañas Catskills!, recapacito dejando de acariciar de golpe el alma de una cobaya. ¡Se refiere a la sierra de Woodstock, donde nos topamos con Phoenix y Michael Jackson! Este tipo sabe más de lo que reconoce, menciono para mis adentros. Estate ojo avizor, Juan Carlos. Al loro, guate, que aquí hay tomate.

—Fíjese usted que nosotros —continúa sus amplias explicaciones el jefe indio—, y esto lo va a entender usted a la perfección perteneciendo al Partido Comunista, los indios somos muy de cooperativa. La Gran Nación Sepasco ha sido tradicionalmente comunal y en sus costumbres no cabe para nada la posibilidad de construir vivienda fija. Nada de guaridas ni de asentamientos permanentes. De hecho, el espíritu de las tormentas ya nos hubiera castigado por eso de lo que usted, por desconocimiento, no digo yo tampoco que por mala voluntad, nos acusa, porque el guerrero sepasco ha de fluir por los caminos del mismo modo que la sangre está obligada a fluir por las venas.

Agenjo no se resigna a respuestas vagas y, con la garra de un reportero nato, que tal vez le contagia el hecho de estar en mi cuerpo serrano, acorrala a su interrogado.

—No se lo tome usted como ofensa, pero hay quien insinúa que la Nación Sepasco podría estar colaborando con algún otro tipo de organización no necesariamente relacionada con la cultura propia de su pueblo. Por ejemplo, el lugar en el que nos encontramos ahora. ¿Esto qué es? ¿Es reserva?

—No, es crianza. No te fastidia.

Touché. Agenjo se queda de piedra ante la cortante respuesta de su interlocutor. Está claro que el jefe no va a entrar por el camino de las insinuaciones. O mi amigo cambia pronto de estrategia o le veo hirviendo en un caldero de cobre. Ah, no, espera, ¿qué digo?, perdona. Lo del caldero era en las películas de Tarzán. Aquí era lo de pelarte la cabellera. Pues peor me lo pones.

Pero Agenjo, sin embargo, no se amilana y empuja de nuevo al venerable anciano contra las cuerdas.

—¿Conoce usted personalmente a Michael Jackson? —le suelta sin cortarse un pelo.

—No, no le conozco.

—¿Y a Joaquin Phoenix?

—Tampoco.

—¿Está su tribu implicada en el asesinato de Kennedy?

—Lo que nos faltaba por oír.

Se escuchan rumores entre los presentes que no me producen tranquilidad alguna. Alerta naranja con posibilidades de bandera roja. El jefe clava en Agenjo una mirada severa.

—¿Ahora resulta, señor Ingelmo, que han encontrado flechas en Dallas en el lugar del atentado?

—No, no —trata de excusarse mi amigo torpemente—. Lo que quería preguntarle es si sabe usted por casualidad quién pudo matar a Kennedy.

—¿Lee Harvey Oswald tal vez?

—Me refiero a si conoce quién pudo dar la orden.

—No, por supuesto que no. No tengo ni pajolera idea; aunque no niego que me gustaría saberlo. ¿Tiene usted alguna pista?

—No. ¿Le suena de algo un tal Ross?

—¿Ross? —repite intrigado—. ¿Con erre de rodilla al principio?

—Correcto —puntualiza mi amigo.

—Sí, ros es un gorro de fieltro. Lo sé por los crucigramas. Me gusta hacerlos porque me entretienen mucho —afirma rotundo el nativo.

—Está bien, olvídelo. Pero dígame, ¿conoce al Cuervo?

—Un tequila estupendo.

—No, en serio. ¿Le conoce?

—Al cuervo sí.

—¿De qué le conoce?

—De verle posarse en las ramas. Un pájaro muy inteligente. Con frecuencia nos picotea las bolsas de basura.

Muy gracioso. El astuto sepasco sale del paso de las cuestiones más complejas con una sencillez apabullante, pero Agenjo no se da por vencido y se dispone a volver con renovadas fuerzas al ataque cuando…

—Che, che, che… —Alza la mano otro anciano que se encuentra en cuclillas a la derecha del jefe—. Muchas gracias a todos por su presencia. Queda cerrado el turno de preguntas y ahora pasamos directamente a las celebraciones.

El segundo de T´nga Ukka le deja con preguntas importantes en los labios a mi amigo, pero, como no hay mucho más que él pueda hacer para sonsacarle información, baja la cabeza en señal de aprobación y calla resignado. El jefe entonces se levanta, acerca un manojo de finas hierbas al fuego y nos da a todos la bendición con el humo, al tiempo que recita una oración cuyo contenido no capto. Si quieres que te sea sincero, a mí me suena a que os den, que os den, con el rabo de la sartén, pero ya comprendo que no puede ser. Son coincidencias fonéticas de los idiomas, como cuando en la canción de *Hotel California* parece que dicen «un chinito pecando». Lo único que puedo confirmar es que concluye con la palabra que mencionó el Cuervo en su relato: ¡agua! Exactamente como suena en castellano: agua. Y, acto seguido, el resto de los sepasco presentes le responden al unísono con idéntico vocablo: ¡agua!

—¿Cómo que agua? —le interpelo yo sorprendido a Capullo Eterno.

—Porque en nuestra lengua madre —me responde el alma mensajera con la que he trabado reciente amistad— agua es el símbolo del equilibrio cósmico. Agua es una palabra con la que expresamos buenos deseos.

—Ah, pues en España la usamos para quitar la sed.

Supuestamente la asamblea ha quedado disuelta, pero de allí no se mueve nadie. Agenjo y yo intercambiamos una mirada preocupada. ¿Qué está pasando? El Compañero del Viento le susurra algo a uno de sus compinches y este sale de la tienda observándonos de reojo. Seguramente va a buscar refuerzos para trocearnos en dados para sopa minestrone, pienso yo. En buena hora se le ocurrió a mi amiguito soltar la trola del *Mundo Obrero*. Podría haber utilizado *Todo Novias*, *Solo Moto* o un medio menos comprometido políticamente… pero ya es tarde. Y lo malo es que a mí me divisan los nativos perfectamente. Sin problemas. Lo de ser un espíritu aquí no te vale para

nada. No tengo escapatoria ninguna. Si les diera la gana, me podrían meter en una botella, como al genio, y dejarme taponado por los siglos de los siglos. Amén. Al rato vuelve a entrar el mismo individuo que salió a cumplir la orden de ejecución, pero esta vez regresa acompañado por el guerrero con camiseta de Messi. A juzgar por la temblequera que se le percibe en las piernas, Agenjo da muestras de inquietud. Yo lo único que le pido a Dios, si pudiera ser, es que el nativo culé no se entere de que somos del Real Madrid. Si me pregunta por Ramos, *io non lo conosco.*

—Aquí se lo dejo, jefe, y cualquier otra cosita no dude en ponerme una llamada perdida —le indica el guerrero a su líder mientras le entrega un manojo de llaves.

El anciano sepasco bendice el manojo con el poco humo que aún sale de la alfalfa chamuscada y se lo pasa a mi amigo. Agenjo lo coge y no puede evitar fijarse en el llavero: una cuerda de pastelería de la que cuelga un trozo de cartón con la siguiente inscripción escrita con un rotulador de punta de aguja: «Esta tribu es un desastre, pero tiene mucho arte».

—Dispone de la bendición de mi pueblo para acercarse a la cabaña de Manhattan cuando quiera y comprobar que no tenemos nada que ocultar —le comunica T´nga Ukka—. Puede ir usted solo o acompañado. Con nosotros o por su cuenta. Mañana, tarde o noche. Y puede hurgar cuanto quiera. Como si se quiere usted quedar a pasar la noche con su alma compañera —le notifica—. A nosotros igual nos da que nos da lo mismo.

—Muchas gracias —se sincera Agenjo, profundamente conmovido por el gesto de buena amistad expresado por los sepasco hacia razas y pueblos extranjeros.

—Lo único que le pido, eso sí —aclara el líder tribal—, es que si utiliza la nevera la vuelva a dejar desenchufada y con la puerta entreabierta.

—De acuerdo.

—Y si prende la cocina de gas, no se le vaya a olvidar cerrar luego la espita.

—Por supuesto.

—Ah, y si toma fotos, por favor, sin *flash.*

—Cuente su majestad con ello —añado yo, haciendo una reverencia y entrando a formar parte de la conversación, movido por el hecho de que el venerable anciano haya tenido el detallazo de incluirme en su invitación.

—Entonces, agua —concluye.

—Agua —le respondemos Agenjo y yo sincronizados. Bueno, entiéndeme, no sincronizados del todo, pero casi, casi. O sea, en plan agua-gua.

El jefe hace ademán de retirarse y, antes de cruzar la PDF que realiza las funciones de puerta en el tipi, se vuelve hacia nosotros y nos hace una modesta solicitud:

—Cuando comprueben que no ocultamos nada, por favor, déjenos de una vez en paz. Y pídale a su amiguito, la Gran Masa Blanca, que se olvide de nosotros. Que su gente va a coger una pulmonía a base de pasar tanto tiempo en las alcantarillas.

¡Qué tipo! Ni agua ni leches. Tocado y hundido. Se conoce que sabía perfectamente que somos agentes infiltrados. Bueno, pues nada, a lo tonto hemos conseguido pasarnos a revisar el piso. Por pura formalidad; para comprobar que, como cree también el Cuervo, todo está en orden y empezar a olfatear otras pistas. Agenjo parece decepcionado. No me extraña. No sabemos nada de Ross y el reloj sigue su marcha: tictac, tictac… Tras aceptar el llavero y las condiciones contractuales, decidimos que lo suyo es pirarnos cuanto antes. Pero el líder de los sepasco, que no se ha movido del sitio, le ofrece a mi amigo quedarse un rato y compartir con él una pipa de la paz. Agenjo, ante mi sorpresa, acepta de grado, pero a condición de que le deje montarla.

—*Be my guest* —le responde T´nga Ukka en un inglés impecable que a mí me recuerda a una escena de *La Bella y la Bestia*. *«Be our guest, be our guest. Put our service to the test. Tie your napkin ´round your neck, cherieeeee…»*.

Agenjo aprovecha la oportunidad para introducir en la cazoleta de cerámica una hierba doble cero, puritita vida, mano, que por lo visto le ha pasado el Cuervo sin que yo me haya percatado en absoluto. Para mí que ese fue el verdadero motivo del desembolso de los doscientos dólares… Está visto que en esta misión yo no pinto un comino. No sé ni para qué me he molestado en venir. Así, como te lo digo, lo pienso. En fin, orgullos heridos al margen, me acerco a indagar pormenores y en efecto, por lo bajito, Agenjo confirma mis sospechas. Me sopla que los federales les confiscaron el cannabis a los Zeta en el paso fronterizo de Nuevo Laredo y que los del DIA se hicieron con un pedido interno.

—Y a ti el Cuervo te ha sacado la pasta —le arrincono, francamente preocupado por la rapidez con que nos estamos cepillando el presupuesto del viaje.

—Descuida. Son gastos de producción justificados.

Mientras el venerable anciano sepasco y Agenjo se fuman tranquilamente el gallo, risita va, risita viene, Capullo Eterno me invita a hacer una visita rápida a su residencia eterna y yo acepto encantado; más que nada porque se me pase el disgusto. Montados en las almas de dos gigantescos lobos esteparios, salimos al trote por el espacio sideral, y mi acompañante, que me va señalando lugares, recomendándome sitios en plan Yelp, mostrándome recovecos que muy pocas ánimas conocen, me pone al día de cómo funciona la cosa.

—La causa de las enfermedades, como usted bien sabe, consiste en que en algunas ocasiones, por arte de magia, el alma se escapa del cuerpo y es reemplazada por un espíritu dañino. Por ello es necesario que el hechicero entre en trance, para que su propia alma pueda salir del cuerpo y se ponga a buscar al alma perdida del paciente. Cuando la encuentra, le muestra el camino de retorno, expulsa al espíritu y le devuelve la salud al enfermo.

—Anda —exclamo yo, cayendo en la cuenta—. ¿Por eso el jefe ha pedido en su bendición que a nadie le roben el alma?

—Es algo desgraciadamente muy común. A mí personalmente me robaron dos veces. Y la última vez me pasé varios meses en una cubitera de hielo. —Le miro con los ojos como platos—. Ay —suspira—. ¿No la conoce? Es una técnica bien común. Usted habrá comprobado que podemos derretirnos, ¿verdad?

—Sí —le respondo afirmativamente.

—Pues mientras somos charcos se nos puede congelar y ya no tenemos escapatoria.

—Caramba, no lo sabía. Gracias por compartir la información.

—¿Lo desconocía?

—Sí —me disculpo—. Es que soy nuevo en el gremio. Llevo poco tiempo y todavía no…

—Ah, pues tome nota. Agosto es un mes especialmente peligroso para nosotras porque los espíritus del mal vagan con la boca abierta y muertos de hambre.

Nos desplazamos en círculos alrededor del Polo Norte y pasamos junto a la Osa Mayor. Una estampa preciosa. Como un *christmas* de Ferrándiz. Como una lámina de Emilio Freixas. Una maravilla. El paisaje me retrotrae a mi adolescencia, a las clases escolares de latín con el Choto, y recito en mi cabeza de memoria las citas que le dedicó Homero en la *Odisea* al famoso carro.

—Ahí tiene usted a la osa madre seguida de sus tres cachorros —me señala Eternal Blossom —. Alioth, Mizar y Alkaid.

Nos encontramos a unos ciento veinticuatro años luz del Sol, con lo cual la temperatura resulta muy agradable, ya que aún no se perciben por estos pagos los efectos del calentamiento global. Los lobos cabalgan a un ritmo constante y no me resulta nada molesto el bamboleo que sufrimos sobre sus lomos. Al contrario, actúa como un mantra que me sume en un estado de ánimo excelente para la contemplación. Capullo no puede mostrarse más amable conmigo y me explica cosas tan interesantes como que en otoño, la época de caza, las hojas de los árboles se tiñen de rojo en las praderas porque les llueve la sangre de la Osa Mayor, que es asaeteada en esa temporada por las flechas de los espíritus cazadores.

—Muy interesante —le comento agradecido.

Al cabo de un rato, ponemos rumbo nor-noroeste y mi acompañante, para gran sorpresa mía, se afloja el chaleco dejando aflorar dos pechos de tamaño modesto, lima-limón, pero bien torneados. Yo le observo con perplejidad y Capullo, bueno, por lo visto debería llamarle Capulla, se apercibe de mi asombro, y sin mediar palabra ni explicación alguna, se suelta con parsimonia la melena, ladea la cabeza y, yo diría que insinuante, fíjate, espolea cual amazona con fuerza su cabalgadura.

—¡Yujuuuui…!

Su lobo responde como un muelle a los pinchazos que recibe en las ancas, sale escopetado como un misil supersónico y la silueta combinada de ambos se pierde en el infinito. Entro en pánico. En barrena. No me puedo ni creer que esta capulla me haya dejado perdido en el espacio para siempre. Mucho me temo que no voy a volver a toparme con otro ser vivo jamás de los jamases, salvo que pase una nave espacial y me coja haciendo autostop.

No me quedan más opciones que apretarme los machos y azuzar yo también con decisión al animal que me porta. La bestia suelta un aullido terrible, que retumba en la inmensa acumulación de gases y polvo cósmico que nos rodea, y pega tal respingo que noto cómo se me adhiere el cerebro a la nuca al despegar. Allá vamos, con todas nuestras partículas en el límite de propagación. Como a los corredores de fórmula uno, se me pone la carretera en cuña y voy pasando los planetas de dos en dos.

Al fin diviso a la prófuga. Para gran consuelo de mi transparente persona, el alma indígena se ha detenido tres años luz más adelante y me aguarda. A trompicones, cayéndome ahora hacia un lado, ahora hacia el otro de mi montura, por fin logro darle alcance.

—¡Capullo! —le grito jadeante—. Bromitas las justas.

El alma indígena, que se ha despojado por completo de su indumentaria, me sonríe y descubro, ya sin tapujos, que lo que tengo delante de mí no es un indio tabajara, sino más bien una versión traslúcida de Norma Duval. La hermanita india de la película de *Los hermanos Marx en el Oeste*. La *María de los guardias* de Carlos Mejía Godoy y los de Palacagüina. Una belleza.

—Claro que soy mujer —me suelta, descifrando la incógnita que proyecta mi mirada—. En inglés los capullos no tienen género; así que no me eche la culpa porque ha sido usted quien me ha juzgado por mi apariencia. Y tampoco me censure por ocultar mi feminidad. Puro mecanismo de defensa. En vida terminé harta de que los guerreros se refirieran a mí llamándome «chica, eh, chica», y de tener que recordarles todo el rato que la chica tenía un nombre. Eternal Blossom. No ha sido fácil ser mujer en la tribu y… no se crea que resulta sencillo tampoco serlo en el firmamento. Queda mucho tramo de lucha por recorrer hasta romper el techo de cristal. La de las mujeres es la auténtica revolución pendiente. A ver si se enteran los hombres de una vez de que no somos el sexo débil. Yo puedo cabalgar y disparar un rifle y, lo que resulta aún más llamativo, soy capaz de realizar ambas operaciones al unísono. Vamos, que sé cómo defenderme.

Yo, que aún no he conseguido salir de mi asombro ante el despliegue de hermosura que contemplan mis ojos, para disimular mi descoloque, me hago el moderno y le digo que sí, que faltaría más, que lo comprendo todo y, luego, por miedo a meter la pata con algún comentario machista sobre su descomunal fisonomía, retomo la conversación que interrumpimos en el momento de su espantada.

—Así que roban almas, ¿no? —dejo caer.

—Con mucha frecuencia, desgraciadamente —responde, volviendo a cerrarse el chaleco, lo cual me alivia pues, como me recordó Agenjo en su momento, a las almas también nos mueven apetitos primarios.

—¿Y si no encuentran al alma secuestrada qué pasa? ¿Muere el cuerpo hueco?

—Ja, ja… —se ríe, dejando entrever que le falta un diente. Por lo visto, he dicho algo gracioso.

—No, en serio —insisto.

—Cuando el curandero no consigue dar con el paradero del alma robada, sacrifica un animal para quitarle la suya y entregársela al paciente. Es la ceremonia del Truku. ¿No ha visto nunca ninguna?

—No —reconozco.

—Ah, pues si tiene oportunidad, no se la pierda. Mola mucho. ¿Hasta cuándo se quedan?

—Nos marchamos hoy mismo.

—Ah, entonces no les va a dar tiempo. Lo decía porque justo el miércoles van a sacrificar una marmota para rellenar una niña que lleva dos meses vacía.

—Ya, pues sí, una verdadera pena.

Pasamos por las Pléyades, mis estrellas preferidas, las que avistamos en Madrid al comienzo de la primavera.

—Vaya usted con cuidado —me advierte Capulla—, porque aquí explotó una supernova hace algo más de mil años. A mí no me pilló, gracias le sean concedidas al gran Manitú, pero en las almas de mi barrio hizo destrozos inmensos. Hay una junto a mi tienda a la que le faltan dos dedos por culpa de aquello.

Aminoramos algo la marcha y seguimos al paso por Tauro y Orión hasta desembocar en Leo.

—¿Aquello es el Sol? —le señalo.

—Huy, más quisiera el Sol —me corrige—. Eso es Régulo, el corazón del león. Doscientas cuarenta veces más luminoso.

—¡Caramba! —exclamo alucinado.

Paramos un minuto por Casiopea con intención de hacernos un *selfie*, pero ninguno llevamos móvil. Una pena, le comento y ella baja los párpados en señal de modestia y vuelve a arrancarse al galope.

Por fin llegamos a su ciudad celestial. Bueno, más que ciudad, ciudad, es polígono. O sea, tipo ciudad norteamericana, de esas en las que no hay un centro y está todo muy esparcido.

—Ahí la tiene —me indica mi guía turística—. Mi Ciudad Esmeralda.

—Muy bonita —le aseguro con sinceridad fingida.

No puedo evitarlo, pero es que a este tipo de urbe yo no le pillo el punto. Sin aceras, sin transporte público, con coches formando atascos en horas punta. Porque aquí las almas humanas llevan una vida muy parecida a la que sufren muchos desgraciados en la Tierra. Lo único, eso sí, es que ni envejecen ni tienen que soportar dolencias. Una existencia plácida, placentera, apacible, podría decirse, pero un estilo de vida, quizás, para mi gusto, demasiado monótono. Y es, a propósito de este último punto, donde yo me planteo, sin atreverme a comentárselo a mi atractiva acompañante, si a la larga esto de la muerte compensa.

Tras dar un garbeo por el casco histórico, Capulla me presenta a sus tatarabuelos, unos ancianitos de diminuta estatura a los que, al sorprender a su queridísima nieta paseando en compañía de un alma pálida, casi les da un ictus. En vista de la tensión creada por las confusiones iniciales y, como no hay tensión que el humor no suavice, tiro de tradición hispana e hilvano un surtido de chistes para intentar ganarme al enemigo. El que más gusta es el de «Doctor, ¿qué me recomienda para los dientes amarillos? Hombre, pues yo le recomendaría una corbatita marrón». Reconfortados por las sonrisas, me preguntan que de dónde soy, por el acento y, al enterarse de que provengo de España, ambos me relatan que tuvieron la fortuna de conocer personalmente a Hernando de Soto. Yo les reclamo detalles y es el tatarabuelo quien me indica que de las diversas visitas de los conquistadores a su ciudad natal de Colomaki no recuerda muchas anécdotas, aparte de que les asaetearon a flechazos en los pantanos de Georgia y los hicieron retroceder a Florida en más de una ocasión. Ah, bueno, sí, me dice, y que les robaron unos marranos pies negros que, en barbacoa, estaban para chuparse los dedos.

—De Soto se creía que íbamos a por él y de eso nada —matiza llevándose el índice al entrecejo—, le atacábamos con la intención de arrebatarle los marranos.

—Eran flacuchos pero estaban para chuparse los dedos. Mi primo se hizo con un cerdo de esos y lo cocinamos a la brasa, abierto en mariposa —ratifica la anciana—. Una delicia.

Eternal Blossom sugiere que es hora de regresar, no vaya a ser que nos echen en falta. Accedo y se conoce que Capulla coge un atajo porque en menos de tres segundos estamos de vuelta en el tipi.

Le agradezco a mi acompañante el *tour* galáctico y me despido con un ofrecimiento sincero de mi parte para que visite Madrid. Me encantaría presentarle a Pepe y que pudiera comprobar en Casa Salvador las delicias del secreto ibérico. Me agradece el detalle y, antes de que pueda darle un beso de despedida, se desvanece en el aire. ¡Fium!, y ya no está. Tras su marcha, compruebo que los fumadores se hayan sumidos en una paz duradera. Vamos, que la pipa esta pacifica pero

a base de bien.

—Agenjo, despierta, machote —le musito al oído, intentando reanimarle.

—Vete a tomar por saco ya de una vez —me responde en plan despectivo.

Analiza la situación. ¿Puedes creerte las cosas tan feas que me dice el que se supone que es mi mejor amigo? Ya ves tú qué falta de respeto y qué manera de herirle a uno profundamente los sentimientos, sin necesidad ninguna además. Pues nada. Paciencia, Juan Carlos, me digo, y me siento a esperar.

Aún tarda un buen rato en despejarse y, cuando por fin se incorpora, me pide disculpas, avergonzado. Demasiado tarde. Yo me hago el duro y no se las acepto. Y entonces, ¿cómo te crees que reacciona? Otra vez muy cariñoso. Me comunica que se la sopla el estado de humor en el que yo me encuentre. Que hemos venido a cumplir una misión trascendental y no hay tiempo para ñoñerías. Ah, y que mueva el trasero rapiditoo porque tenemos que personarnos *ipso facto* a registrar el chalé.

—Hale, pues vámonos —le indico resignado.

Como ninguno de los dos estamos familiarizados con las líneas locales de autobuses, Agenjo decide parar un taxi y ejecuta la faena en plan torero. El vehículo que frena no va pintado de amarillo, como los que salen en las películas de Woody Allen, sino de un color verde pistacho.

—Amarillo no posible —nos informa el conductor, que resulta ser haitiano—. Amarillo sólo derecho taxis de Manhattan y sólo hasta calle 125. Calles más arriba *il faut* que buscar otro *couleur*. Verde, *blanche*, *noir*… ¿Sí?

—Sí, sí, agua —asiente mi amigo.

Para no levantar sospechas, le hemos pedido que nos deje tres portales más arriba de nuestro destino y el haitiano cumple fielmente las instrucciones. Frente al número 91 nos bajamos.

—Gracias y agua —se despide Agenjo, empeñado en practicar idiomas con el conductor, sin caer en la cuenta de que en Puerto Príncipe lo que hablan es francés y no la lengua de los sepasco.

—*Pas de quoi* —le responde el chófer con una enorme sonrisa, tras aceptar de buen grado la propina.

Por no dar toda la vuelta, mete un poquito el morro en dirección prohibida y hace un giro en U que le sitúa en dirección contraria. El semáforo se pone en verde y, con la ventanilla bajada, se despide definitivamente de Agenjo.

—*A bientôt!*

En el carril opuesto de la avenida un coche patrulla de color blanco, con bandas azules y el lema CPR (Cortesía, Profesionalidad y Respeto), enciende de golpe la sirena y un puñado de luces de feria nos iluminan intermitentemente las caras. La cagamos, tía María, me digo, paralizado por el efecto sorpresa. El vehículo policial atraviesa en diagonal la West End y le corta el paso en seco al alegre conductor del taxi color pistacho. Vemos descender a un agente con andares de Clint Eastwood y, por el gesto de horror que pone el haitiano, está a punto de caerle una multa de aquí te espero.

—¿Lo estás viendo? —me susurra al oído mi amigo.

—Sí, qué mala suerte —le confirmo.

—No, leches. Ahí, en la acera.

Me vuelvo y observo que se aproxima hacia nosotros en bicicleta un individuo bajito y con

cara de chino. Del manillar cuelga una bolsa de plástico de color *beige* rellena de bultos. Al pasar por nuestro lado establecemos contacto visual y el tipo inclina la cabeza en señal de saludo. Sigue de largo, da la vuelta en la West End y allí se apea y encadena su velocípedo a una farola. Pilla la bolsa y se dirige caminando hacia el portal del rascacielos.

—Esa es la forma de entrar —murmura el supuesto amigo que ocupa mi cuerpo.

Y yo, aunque no tengo idea de a qué se refiere, pero conocedor de que en este mundo hay mucho Fujimori suelto, le comento a mi excitado compadre que el individuo que tanto llama su atención, aunque tenga aspecto de asiático, posiblemente hable castellano.

—¡¿Entiende español?! —le grita Agenjo al repartidor cuando este tiene ya un pie en el portal del número 710.

El chino se gira y asiente.

—¿Pues cómo no?

Agenjo corre hacia él, le saluda y ambos entablan una breve conversación. Me acerco, pero no en exceso porque de la bolsita de plástico sale un vapor picante que me hace saltar las alarmas. ¿Guasacaca? El sospechoso confiesa que es oriundo de Matagalpa, en Nicaragua. Y que se ha tenido que venir porque allí viven del café, que es de primera clase, pero que, como Londres les marca el precio, les han hundido en la miseria. Que antes más o menos. Al tran, tran. Poquito a poco. Pero que desde que Estados Unidos ha reabierto las relaciones comerciales con Vietnam, el café de los asiáticos sale a céntimos la arroba y no hay manera de competir. También informa de que en ese preciso instante procede a entregar un pedido de comida tailandesa que le han encargado en el apartamento 4-O. Sopa picante de pollo y empanadillas hervidas con gambas. Y que trabaja en un restaurante sito en el 2534 de la cercana avenida de Broadway. Agenjo agradece la información y toma nota de todo ello en la agenda de Ross. Con un lápiz Ticonderoga del número 2, mina HB, por si llegara a retractarse y quisiera proceder a borrarlo.

—Sígueme —me pide repentinamente Agenjo.

—Pero ¿y el registro del chalé?

—El chalé puede esperar. Me da la impresión de que los indios están limpios y, si no, ¿por qué nos habrían dejado las llaves? Ese rascacielos parece tener más espacio para ocultar desaparecidos que la vivienda unifamiliar. Para mí que va a ser en ese portal donde perdiste al Phoenix. ¿No te parece?

¿Ahora me pide mi opinión? A mí no me parece nada y, si me pareciese, a él le iba a importar medio rábano lo que a mí me pareciera porque ya me ha demostrado con creces en esta excursión que yo aquí importo menos que un fuego fatuo. Pero, por conservar las formas, le expreso que sí, que me parece, y le sigo aleteando calle arriba hasta la avenida de Broadway.

En pocos minutos localizamos el restaurante donde trabaja el nica. Se llama Long Grain y tiene un cartel en el escaparate que dice *«Now Soliciting»*. Entramos y descubrimos, con sorpresa, que en realidad no se trata de un tailandés auténtico. Es más bien un japo en el que sirven también algunos platos del imperio de Siam. Agenjo habla con la chica que atiende, una jovencita flacucha y con el rostro plagado de granos, seguramente una estudiante de la Universidad de Columbia, que queda bastante cerca, que curra allí a tiempo parcial para costearse parte del gasto inmenso que suponen los estudios superiores en este país. Sesenta mil al año. ¿Tú te crees que es normal? ¿Quién puede con eso? Se conoce que a Estados Unidos le encanta dejar cosas en el cielo, porque ha puesto al hombre en la Luna y los precios de las

universidades por las nubes.

—Veo que necesitan repartidores —le comenta Agenjo a la chica, que, en efecto, resulta ser estudiante de segundo año en antropología según confiesa y que no debe de tener dinero para que le vea un médico el acné. Porque esa es otra: el seguro médico. Ochocientos dólares al mes y con prima deducible; o sea, que los primeros tres mil pavos los pagas de tu bolsillo.

La camarera le pasa un formulario, mi amigo lo rellena y, sin mediar más entrevistas, le confirma que está fichado y que se incorpora ya mismo.

Los cuatro primeros repartos corresponden a direcciones en las que no estamos interesados, las más en Harlem. Agenjo pedalea en la bicicleta con más miedo que vergüenza porque le pasan los vehículos, especialmente los taxis amarillos, rozándole los tobillos. Así que, cuando se le cruza un coche de bomberos con las sirenas a todo volumen y más luces que una discoteca, no me extraña que me diga que hasta aquí hemos llegado y que, a partir de ahora, seguimos caminando por la acera. Él empuja la bicicleta, que le sirve para llevar colgada del manillar la bolsa del pedido, y yo viajo en plan abejorro sobrevolando la calle.

Después de varios paseos largos, a la quinta va la vencida, recibe un pedido para el 710 de la West End. Le encargan dos raciones de sopa miso. Eso es todo. Agenjo, disimulando su emoción, le comenta al cliente por teléfono que para acercar los pedidos a domicilio hay que efectuar un gasto superior a los diez dólares. El humano al otro lado de la línea se lo piensa un rato y al final accede. Además del pedido original, solicita un Hokkigai de almeja roja, media de rollos Ohyama y dos tés Honeydew. Agenjo, que ya se ha hecho más o menos con el menú, se atreve a comentarle que el Honeydew resulta demasiado dulce y le aconseja que mejor se decante por un Taro de almendras con sésamo. El otro le aclara que él conoce a la perfección lo que les gusta y que, por favor, no se meta donde nadie le ha llamado. Así de claro se lo dice a Agenjo, que sólo ha intentado tratar al prójimo como a sí mismo sugiriendo el plato del día. Pero, como el cliente siempre tiene la razón y como Agenjo quiere acceder al edificio de la West End, en alma y cuerpo, porque en alma sólo ya podría haber accedido yo sin esperar a que nos llegase un pedido, mi amigo cierra la boca y toma nota de la empalagosa bebida que le solicitan. Aun a sabiendas de que al cliente no le va a gustar.

—Que le den —le tranquilizo yo.

—Tampoco es eso, José Luis —me corrige—. El trabajo, te guste o no, tiene uno que desempeñarlo siempre lo mejor que pueda.

Cuando accedemos al portal, son las siete menos cuarto de la tarde. Hora de cenar en los Estados Unidos. La entrega de comida es en el 7-C. Abre un señor de mediana edad, con rasgos árabes, y detrás aparece la que debe de ser su mujer, con el velo puesto y toda la pesca. Mi amigo aprovecha para insinuarles que busca un piso de alquiler y que si saben de alguno libre en el edificio. Le contestan que ni idea, pero que le consulte al portero. Simulando curiosidad les pregunta que si todos los apartamentos son iguales. Ellos dicen que más o menos. Que los hay de una y de dos habitaciones. Que los de una tienen la cocina integrada en el salón y, los de dos, cocina independiente. Todos tienen un baño y ventanas a la calle. Los hay que asoman a la 95, a la West End y a la 94.

—¿Y a Broadway no da ninguno? —pregunta Agenjo inocente.

—No —le responden.

Entonces, le comento yo enlazando pensamientos al vuelo, ¿de qué apartamentos son las

ventanas que dan a la parte de atrás?

—Eso, ¿cómo se accede a los apartamentos de la parte trasera? —les repite mi amigo mis palabras, consciente de que no me han podido escuchar.

Le miran como si les hubiese hablado en japonés y le preguntan que a qué parte de atrás se refiere. Agenjo les explica que, como ellos ya saben, el edificio está compuesto por dos polígonos con forma de goma de borrar, Milán nata 612, y pregunta que cómo se accede a los apartamentos del edificio contiguo. Que si hay otra escalera que no ha visto al entrar al portal.

—No, otra escalera no hay. Se entrará por otra calle porque en el edificio no hay más puertas que las que usted ve. Ocho por piso y pasillo.

Me filtro un momentito por el muro y salgo al exterior para comprobarlo. Sí, en efecto. Tienen más razón que un santo. Cuatro apartamentos de una ventana en los extremos y otros cuatro más amplios en el centro con dos aberturas cada uno. Es obvio que el edificio adyacente no pertenece a la misma vivienda. Me introduzco en él y planeo por un apartamento medio derruido. Lleno de polvo y con señales de goteras. En una de las habitaciones el colchón presenta unos cercos de espanto. Salgo despavorido. Quita, quita, a ver si voy a pillar chinches. Yo no valgo para inspecciones técnicas.

Agenjo agradece la información proporcionada por la pareja y también la generosa propina, que asciende a un diecisiete por ciento de la cantidad que aparece en el recibo. Tres dólares con setenta y cinco centavos. Un pequeño ingreso para contrarrestar los gastos. Algo es algo, que le dijo la pulga al galgo.

Una vez abajo, mi amigo le consulta al portero. Coñe, ¿pero no te lo he dicho ya yo que el edificio está deshabitado y en los colchones abundan los famosos *bed bugs*? Pues se ve que de mí no se fía y se lo tiene que preguntar al portero.

—Al parecer, lleva mucho tiempo abandonado —le comunica el conserje—. Lo tiene sin utilizar una inmobiliaria, posiblemente la de Donald Trump, por pura especulación del suelo.

—¿Y sabe usted si alguna vez estuvieron las dos torres unidas?

—Creo que sí. A mí lo que me han transmitido los vecinos, aunque no le puedo dar fe, es que antiguamente estuvieron unidos pero que hace años sellaron la entrada. Y tapiaron las ventanas. Fíjese desde fuera cómo todas las ventanas han sido cerradas a cal y canto con ladrillo.

Salimos a la calle y Agenjo rodea el edificio para observar con detenimiento la torre condenada. En efecto, los vanos de las ventanas están sellados con maderas.

—Aquí le perdiste tú la pista a Joaquin Phoenix y por la conversación con su hermana sabemos que los indios están relacionados con el escondrijo de Woodstock. Aquí hay gato encerrado. ¿No puedes entrar a inspeccionarlo?

—Igual por el día con luz, ahora paso. Además, ¿no te he dicho que ya he entrado y no hay nada?

—Mira que eres cobarde, José Luis.

Regresamos al restaurante Long Grain y Agenjo comunica al encargado que renuncia a su ocupación, mientras este le increpa por haber desaparecido sin avisar y haberle dejado un montón de pedidos sin repartir. Una vez hechas las cuentas que, por cierto, le salen a mi amigo a pagar, Agenjo devuelve la camiseta de repartidor y la llave del candado de la bici. Luego se sienta en una mesa y pide un Pad Thai de pollo. Cuando el encargado se lo trae, de mala gana, Agenjo muy chulito le exige un poco más de salsa de soja, de la baja en contenido sódico.

Menuda actitud. La fama que me está criando este pollo… Otro sitio al que no voy a poder regresar cuando recupere mi identidad.

En cuanto llegamos a la casita de la calle 95 Oeste, después de la cena, procedemos a registrarla minuciosamente. Milímetro a milímetro, pero sin encontrar nada de consideración, salvo una mancha de humedad en la pared interior del armario empotrado del dormitorio principal.

—Posiblemente provocada por un reventón de la tubería del lavabo del aseo contiguo —le informo a Agenjo.

—Ya —me responde él, sin prestarme demasiada atención.

Por hacerle un favor al Compañero del Viento, mi amigo tiene el detalle de utilizar el teléfono de línea fija del piso para dar aviso al seguro. Pilla el número en la póliza que yace encima de la nevera y que indica tratarse de Allianz. Es un 1-800, gratuito, pero en la correduría salta un contestador automático que notifica que solamente cogen avisos de lunes a jueves y de nueve a dos. Así que deja grabado el siniestro y me apunta que le recuerde, por favor, que no se nos vaya a olvidar mañana, cuando les devolvamos las llaves a los sepasco, comunicarles que hemos llamado para que estén ellos al tanto.

En el piso superior del chalecito, al intentar apoyarme y atravesar por mero descuido un panel de pladur, localizo una caja fuerte detrás de un falso muro. Parece lo suficientemente grande como para que se pueda uno poner de pie dentro. Me meto y compruebo con sorpresa que contiene en su interior tres docenas de lingotes de oro y numerosos fajos de billetes de quinientos dólares, de curso legal, por un montante total de un millón doscientos cincuenta mil. Jopé. Además localizo un joyero con piezas de valor entre las que destacan, al menos ese es mi gusto personal, una gargantilla de platino y diamantes y un alfiler de corbata, de oro y zafiros, que lleva las iniciales AGE; por lo que sospecho que han podido pertenecer al licenciado, ¿Ángel? ¿Álvaro?, ¿Antonio?, Gutiérrez de Enterría. Un dato que estoy deseando cotejar con el material fotográfico sobre la familia que el Cuervo nos ha mostrado en el archivo secreto que le ha pasado la CIA.

Le comunico el valioso hallazgo a mi amigo y Agenjo se pone de los nervios.

—¡Me cago en todo! —me dice y sale a la calle hecho un basilisco. Tira 95 arriba. Yo le sigo. Se mete en el bar, se enzarza con el encargado, no sé qué dicen pero se dan la mano. ¿Qué hace este? Vuelve a salir, pero esta vez con un llavín en las manos. ¿El candado? Sí, le ha debido de alquilar la bicicleta. Es la misma de antes y por eso la encontramos en el mismo sitio. Atada a una farola junto a una puerta de garaje en la que alguien ha escrito con espray: «Abajo las drogas. Abajo las putas. Atentamente: los del sótano».

Dos horas más tarde nos encontramos de nuevo en la calle Eleonor, frente al letrero que anuncia que un guerrero sepasco ha de permanecer siempre alerta como un lobo. Entramos en el centro de acogida y nos topamos con T´nga Ukka que, al escuchar los argumentos de Agenjo, se hace el indio.

—Si de verdad no tienen nada que ver en este embrollo, entonces tienen fantasmas en la casa —le espeta mi amigo visible—. Y, en Nueva York, eso son malas noticias. Sepa usted que según la legislación vigente en este estado de la Unión, queda radicalmente prohibido vender una casa encantada sin notificárselo a los compradores. Si algún día necesitan deshacerse de la vivienda para conseguir liquidez, lo van a tener crudo.

—Me toma usted el pelo, señor…

—Me puede llamar Agenjo.

—¿Me toma usted el pelo, Aj?

—No. No se lo tomo, Ukka. La Corte Suprema del Estado sentenció en 1991 que la presencia de fantasmas puede alterar el valor del inmueble y, por tanto, ha de figurar en las condiciones del contrato. Consulte con sus abogados de bienes raíces si no me cree.

El jefe de la tribu le agradece a mi amigo la información legal de la que, según afirma, no era consciente en absoluto, y promete que la cotejará, aunque sólo sea por mera curiosidad. Al tiempo, insiste en que para él y su nación el hallazgo mencionado constituye una enorme sorpresa porque siempre habían dado por hecho que la fortuna de los Enterría había desaparecido en el atraco. Pero que, añade con sarcasmo, mira tú qué bien. Y que, puesto que el misterioso tesoro ha aparecido entre los muros de una finca propiedad de los sepasco, entiende que el dinero les pertenece y debe pasar a engrosar las arcas de su Gran Nación. Que se lo agradece en nombre del Hermano Venado, espíritu protector de almas nobles, porque la pasta les viene de perlas, ya que mantener el precio de la habitación en la reserva a veinticinco dólares la noche, una cantidad simbólica, ya ve usted, cada vez les costaba más. Que perdían dinero. Y que, además, por culpa de lo irrisorio de aquellos precios, les venía mucho mochilero, mucho vegetariano y mucha gente de esa. Y sentencia:

—Aprovechando que ahora vamos a disponer de dinero en metálico para gastos, ¿a usted, señor Aj, no le podría encargar yo dos bolsas del tabaco ese que nos fumamos esta mañana en la pipa?

—Me temo que no va a ser posible, jefe.

—Pues me parece una verdadera pena, fíjese. Agua.

El Cuervo, al que mi amigo ha tenido la delicadeza de poner al tanto de los acontecimientos antes de hacernos el Tour de Francia, aguarda impaciente en la puerta del *pied-à-terre* de los sepasco en Nueva York, con la grata compañía de un grupo de antidisturbios.

—Hombre, el equipo A, como en la tele. ¿Me sacas una foto con ellos?

—No vas a salir, idiota —me intenta quitar la ilusión mi compañero de andanzas.

—Si te pones tú con ellos, listo, sí que salgo. ¿O es que te has olvidado ya de que el cuerpo que llevas es prestado? Zasca. Toma palo.

Agenjo saluda al vagabundo, que, por cierto, en esta ocasión se ha dejado el disfraz en casa. Trae puesto un traje gris perla con rayitas, una camisa azul y una corbata roja. La presión de la barriga le ha hecho saltar un par de botones y entre la tela aparecen al aire trozos de carne y pelillos. Tiene un ombligo *outie*, hacia fuera, en plan timbre; lo cual me llama la atención porque la mayoría de los humanos solemos tener un *innie*, hacia dentro en plan desagüe. El del agente parece el pitorro que tienen los globos para inflarlos. Pero, en fin, prefiero no dar ideas. A pesar del cambio de vestimenta, las zapatillas de deporte rojas, sin embargo, se las ha dejado puestas. Suda como viene siendo habitual, pero ha tenido el detalle de ducharse o, al menos, de mojarse el pelo como los bailaores flamencos antes de salir al tablao. No es que el Cuervo huela de pronto a Nenuco, tampoco es eso, pero la pestilencia que le venía caracterizando hasta la fecha, gracias a Dios, se ha evaporado.

Agenjo solicita hacerse el retrato con el equipo A. El Cuervo le dice que sin problema y le saca dos o tres con el móvil. ¡Bien! A continuación busca el llavín, abre la puerta y los deja pasar

a todos.

El experto del comando en cajas fuertes la examina con detenimiento, pega el oído a sus paredes con un fonendoscopio y va probando distintas combinaciones. A la media hora y después de varios «ya casi lo tengo, ya casi lo tengo», el comandante le dice que se aparte y otros dos miembros proceden a abrirla con el viejo truco del trinitrotolueno. ¡Pum! Una explosión casi sorda, controlada, cuyo eco terminan de absorber las cortinas de las ventanas con tanta abnegación que estoy convencido de que pasa desapercibida en la calle.

—Bien, bien —se congratula el Cuervo satisfecho.

Le agradece el descubrimiento a mi amigo y, en otro orden de cosas, le filtra que ha estado revisando los archivos sobre el asesinato del matrimonio Gutiérrez de Enterría.

—Sabemos que él era un empresario mexicano de ascendencia vasca. Muy euskaldún. Vino al mundo en el Distrito Federal y, nada más nacer, su madre posó sus tiernos piececillos sobre un puñado de arena traída de Galdakao para que lo primero que pisara fuera tierra de Euskadi. De su esposa, la indígena Gacela Satisfecha, se conserva escaso material de archivo. Se sabe que era criolla, de padre norteamericano, posiblemente de Florida, y de madre india sepasco, y poco más.

Lo interesante de verdad, según le descifra a mi amigo el agente del DIA mientras intenta remeterse la camisa por el apretado cinto, lo ha encontrado en un resumen de artículos de prensa fechado en marzo de 1956. En él aparecían dos fotografías de la casita de la calle 95 Oeste. Una con el matrimonio tumbado en la cama sobre un charco de sangre y con los cuellos sajados. Y otra con un detalle de la caja fuerte, abierta, y sin ningún contenido en su interior. «Se lo llevaron todo —rezaba el editorial—. No les dejaron ni la propia vida». Y luego la crónica: «Nueva York, Tallahassee, Veracruz, Galdakao y la Gran Nación Sepasco guardan hoy un luto riguroso por la irreparable pérdida de tan nobles benefactores».

—¡La caja fuerte aparece vacía, hermano! ¿Te diste cuenta del detalle? —le reitera el Cuervo a mi amigo.

A mí, que hasta entonces he tratado de mantener la calma, ahí es cuando el corazón me pega un brinco. Mucha agua, mucha agua, pero nos encontramos ante un montaje de proporciones descomunales. Ante una inmensa trola. Ante la madre de todas las mentiras. ¿O no? Repasemos. Mintieron los Gutiérrez de Enterría en marzo de 1956 y nos volvió a mentir el jefe supremo de la tribu en junio de 2010, primero al Cuervo (aunque dado su aspecto de hoy apetece más llamarle el Mirlo) y luego a nosotros. Pero ¿por qué? ¿Qué necesidad tenía de hacerlo? ¿Existirá tal vez alguna relación, como empiezo a sospechar, entre la supuesta desaparición por asesinato de los Enterría y la consecutiva y casi inmediata de su sobrino Ritchie Valens? ¿Eran los miembros de la reserva india de la Gran Nación Sepasco los que regían los designios de la guarida oculta en el misterioso valle de las montañas Catskills? Demasiadas coincidencias, ninguna conclusión y, lo peor de todo, la vida a Ross sigue escapándosele, donde quiera que se encuentre, y no podemos estar seguros de llegar a tiempo para que mi amigo realice con él la citomatosis esa, o como se llame cuando mezclan el nucléolo de uno con el citoplasma del otro.

El vagabundo metido a oficinista nota que Agenjo entra en un estado de frustración profundo y se preocupa.

—Yo creo que si te ve un doctor, machote, te diagnostica DDD.

—¿DDD?

—Desorden por deficiencia de dopamina. Te vendría bien tomar pastillas de metilfenidato en

dosis bajas.

Agenjo me mira de reojo con cara extrañada. No le gusta lo que le cuenta el Cuervo, precisamente a él, que nunca ha sido amigo de seguir las medicaciones.

—No te preocupes —intenta consolarle el del DIA—. No creo que lo tuyo se trate de un tema psiquiátrico, sino de la ausencia de un compuesto químico que suele venir de serie en el nacimiento, pero que, en tu caso, por lo que sea, se echa en falta.

—¡Chuck! —Arquea las cejas mi amigo—. No me digas más. La dopamina esa que me falta es Ross.

El Cuervo, que no entiende nada, se queda de piedra y responde:

—Ah, pues mira, igual sí que va a ser un tema psiquiátrico.

Terminada la inspección y metidas las joyas y el dinero en bolsas de congelar, los antidisturbios se lo llevan todo, incluido el llavín que nos ha proporcionado el bueno de T´nga Ukka. Precintan la entrada al chalé con cinta amarilla en la que está inscrito con letras negras «No pasar, policía, no pasar», y nos dejan en la puñetera calle. Muchas gracias. Muy amables. De nada, muy buenas noches.

Por algún motivo que no me he parado a recapacitar, hemos salido de la casa por la puerta de atrás y nos encontramos, mi amigo y yo, en un pequeño patio. Agenjo se fuma un cigarrillo. A mí también me entran unas ganas irrefrenables, pero, como no puedo, le pido que me eche el humo. Aaaah…

—¿Tú te habías fijado antes en este patio?

—No tenía ni idea de que estaba aquí.

El último antidisturbio cierra la cancela que conecta con la calle 95. Ahora sí que estamos de nuevo completamente solos. Agenjo consulta el reloj: son las doce en punto. Medianoche. Hacen el amor las agujas… Me acuerdo de los versos de mi hijo. Y de Martita. Y echo de menos a Ana y a mi familia entera. Daría mi cuerpo por recuperarlos. Si lo tuviera, claro.

Día ciento catorce. Domingo. Precipitaciones

—Pues nos va a tocar dormir aquí —se resigna Agenjo, observando minuciosamente el suelo de ladrillo.

—¿A la intemperie? ¡No me fastidies! —me quejo yo, asustado—. Sabes que me aterra la posibilidad de que me lleve un aire mientras duermo.

—Ya, pues es lo que hay —replica mi amigo, intransigente.

—Vamos a volver a la pensión, tío —le suplico.

—No —insiste.

—Pero si tenemos el cuarto pagado…

—Que no.

Lo que hay que aguantar, madre mía. Pues nada. Me resigno y tomo asiento en el borde de una maceta grande de hormigón en la que vive una triste y despeluchada palmera. Más que por buscar la comodidad, por evitar mancharme el trasero con los restos de aceite de coche que salpican el pavimento. Obviamente, este es un espacio destinado a garaje, lo cual, en una ciudad como Manhattan, supone todo un lujo. Aparcar en Nueva York es un horror y no porque haya

excesivos coches, no te creas, que la mayoría son taxis y los habitantes de esta urbe utilizan masivamente el transporte público. El calvario está en que todas las calles tienen cartelitos que prohíben dejar el vehículo determinados días y a determinadas horas. En la acera de la derecha no puedes estacionar de lunes a viernes entre las dos y las seis de la tarde; en la otra orilla está prohibido entre las seis de la tarde y las doce. En la calle de al lado sólo dejan miércoles y viernes, y en la contigua hasta las ocho de la mañana nada más. Un lío tal que es imposible dejar el coche sin tener que cambiarlo de sitio cada tres horas. Y las multas que te casca la autoridad como infrinjas la ley te cuestan más que el propio automóvil; así que lo de poseer un garaje a los sepasco les tiene que saber a gloria bendita.

Agenjo no hace otra cosa que observar y observar la fachada del rascacielos que linda con el chalecito. El patio resume a la perfección esos contrastes que te encuentras también en otras grandes urbes como Hong Kong, donde al lado de un templo minúsculo crece un coloso de hierro y cristal. El rascacielos consta de dos módulos. Dos poliedros con caras rectangulares unidos por una chimenea ancha de ladrillo que debe de albergar los ascensores. En toda la pared no se abre al exterior ninguna ventana.

—¿Tú no crees que tiene que haber una entrada camuflada?

—¿Quieres que me meta? —le pregunto sin ningunas ganas de llevar a cabo mi sugerencia.

—Pues sería muy bonito —me contesta, dejándome con el culo al aire.

En buenas horas has abierto la boca, Juan Carlitos. Allá voy. Planeo contra el muro y lo traspaso. Está todo más oscuro que la panza de un burro. Encima detecto mucha humedad. A ver si voy a pillar reuma y luego no se me quita a tiempo y me meto en mi cuerpo con moho y la cagamos. Quita, quita. Me salgo.

—¿Qué?

—Nada. Está todo abandonado y no hay luz.

Agenjo no parece muy convencido de mi profesionalidad como *boy scout* y se aproxima al armatoste inmenso del aire acondicionado que está pegado a la fachada. Una especie de mueble metálico, de unos tres metros de altura, que muestra en el centro un inmenso ventilador oxidado. De la parte superior sale una gruesa cañería que se incrusta en el edificio a la altura del primer piso.

—Por el interior de ese tubo podría descender en tobogán una persona —reflexiona mi amigo en voz alta.

—¿Quieres que me meta? —me sorprendo yo, volviendo a ofrecerle mis servicios en plan pelota.

—Ya estás tardando —me indica.

Joé. Otra vez voy. Me filtro a la tubería y subo hasta arriba. Nada. De verdad que no veo nada. Sinceramente, no lo digo ni por cobardía ni con intención de abandonar la misión encomendada. Es que aquello es un canuto hueco y punto. Un tubo que desemboca en una zona diáfana y, por lo poco que puedo distinguir, sin los remates propios de una construcción acabada. Antes de regresar examino la chapa de la cañería. No presenta ningún resquicio, ninguna abertura, ningún punto de soldadura que pueda aventurar una posible puerta. Nada.

—¿Nada? —me insiste Agenjo mientras le pega un par de patadas a la caja metálica dejándose casi el dedo gordo en el intento.

—¿Estás bien? —le interpelo.

—¡Me cago en san pitopato! —refunfuña, pegando brinquitos a la pata coja.

Cuando se recupera de los daños colaterales, trata de empujar la estructura hacia los lados, posiblemente con la esperanza de que el armatoste vaya a deslizarse y deje un hueco en el ladrillo como la entrada a la cueva de Alí Babá. ¿Está loco? Pues sí, sí que lo está. Hace tal esfuerzo que el espinazo le pega un chasquido y le salta la anilla de la tercera lumbar. No veas tú el dolor…

—Llama al 911 y diles que has visto entrar a un comando de Al Qaeda en el edificio para que lo vuelen por los aires y nos faciliten la entrada —me suplica entre sollozos.

Como podrás comprender, no le hago caso. Al contrario, consigo devolverle a la normalidad con argumentos sólidos.

—No me digas que hemos llegado hasta aquí para cederles la gloria del descubrimiento a los del Homeland Security. Si hay cueva, el hallazgo lo firmas tú y lo publico yo, machote. Y haz el favor de dejar de darle aviso de todo al Cuervo, que me da en la nariz que al Ross no le va a hacer ninguna gracia.

Agenjo dice que vale. Que el agente andrajoso tampoco es santo de su devoción y que, además, se le ha acabado el pedido de charcutería que trajo oculto en el ropaje. Se lleva la mano a la espalda e intenta andar unos pasitos. Aunque con dificultad, se mueve. Avanza unos metros y, creo yo que, por matar el tiempo, abre la cancela y se asoma a la calle 95. Nadie la transita a estas horas. Bueno, realmente casi nadie la transita a ninguna hora. A punto está de volver a cerrar el portón metálico, cuando descubre en la acera la presencia de algo que le llama la atención. Me pega un silbido y me persono junto a él. Me lo señala. Se trata de una boca de incendios. Uno de esos hidrantes metálicos pintados de rojo. Andamos hasta él y mi amigo lo escudriña con detenimiento. En la parte superior tiene forjada la inscripción «Valve 5¼». Debajo: «KENNEDY - ELMIRA NY». En el centro: «AWWA». Y por fin, casi a la altura del suelo: «200CWP». El corazón se me sale por la boca. ¿Kennedy? ¿Será posible? Pego los ojos al artilugio que parece un hombrecillo de brazos cortos con un casco de bombero. A la altura de su supuesta barbilla presenta una rosca enorme remachada por diez tuercas. Es una arandela que ancla la tapa a la tubería y que recuerda a la esfera de un reloj. O, mejor dicho, ¡al disco giratorio de los antiguos teléfonos de pasta negra! Agenjo presiona una de las tuercas y esta cede un poco y se hunde medio centímetro en la arandela. Prueba con otra y lo mismo.

—¡Son botones! ¡Ceden todas! —me grita al oído emocionado.

Pasada la primera euforia, necesitamos descifrar el código. Si damos con la clave, es posible que mi amigo por una vez en la vida esté en lo cierto y que el muro de ladrillo se descorra ante nuestra vista.

—Prueba con Kennedy —se me ocurre.

Agenjo consulta mi Nokia, porque el muy perro también está tirando de mi teléfono en el viaje; que vas a ver tú la cuenta de Movistar que me va a llegar.

—¿Ahora me vas a leer los mensajes? Son privados y cotillear está legalmente penado.

—No, voy a ver la correspondencia de las letras del alfabeto con los números del teclado telefónico.

—Ah —suspiro aliviado.

—La K es el 5. La E es el 3. La N el 6…

Los tres siguientes se repiten y, por último, la y griega del final de Kennedy corresponde a un

9. Marca: 536-63-39. Nada. No funciona. Prueba a continuación con sepasco. 737-27-26. Tampoco. Gutiérrez de Enterría. Nada. Michael Jackson. Qué va. Esopus. Menos todavía. Agenjo se encoleriza y empieza a introducir códigos sin conexión aparente con el objetivo. Ábrete Sésamo. Abracadabra. Libertad sin ira. Búfalo Bill. Pero aquello no arranca ni para atrás.

Una oficial de policía surge como de la nada. Ha debido de doblar la esquina de la avenida y se nos empotra. Bueno, a Agenjo, porque a mí no me nota.

—¿Qué, oiga, algún problema? —Mi amigo le responde que oiga, o sea él, no tiene ningún problema—. Pues alterar el funcionamiento de una boca de incendios se considera delito en el estado de Nueva York, así que le recomiendo que, si no tiene otra cosa mejor que hacer, ahueque el ala.

Nos metemos otra vez en el patio a resguardo de la autoridad competente.

—¿Te has fijado en que la boca de incendios parece haber sido reparada hace poco? —le digo sin pensar que mi comentario pueda despertar su interés.

—¿Y eso? —me deja él caer, simulando no prestarme demasiada atención.

—Porque algunas tuercas han sido recientemente apretadas —me explico.

En cuanto desaparece la agente de policía volvemos a salir. Esta vez Agenjo a la carrera. Revisa los bordes de los botones que parecen más rozados. Concretamente son dos: el 2 y el 9. Entonces soy yo el que cae en la cuenta. ¿Cómo se me había podido pasar por alto este detalle? El número 2 corresponde a las letras A, B y C. El botón del 9 a W, X y Z. Vuelvo a mirar la inscripción del hidrante. «KENNEDY - ELMIRA. NY. AWWA. 200CWP». Tiemblo de emoción: acabo de dar con la clave.

Recuerdo el lema de la Gran Nación Sepasco. AGUA. El vocablo que significa paz, unificación, respeto. La palabra que el venerable consejo de ancianos repetía una y otra vez en sus alocuciones y que yo, tonto de mí, había identificado con el nombre español del H2O. Craso error de traducción simultánea. A veces el manejar dos idiomas te puede inducir a la metedura de pata en un tercero. El equilibrio espiritual en la lengua de los sepasco se pronuncia igual que el líquido esencial para la supervivencia en español… pero se escribe de forma diferente. Y aparece deletreado de forma nítida en la inscripción de la boca de incendios: AWWA.

—AWWA es lo que viene en la agenda de Ross junto a la dirección de la casa —cae en la cuenta con emoción mi amigo.

—¿Y ahora lo dices, mentecato? ¡Prueba el código 2992! —le ordeno casi en plan marcial.

Contra todo pronóstico, en lugar de mandarme a freír gárgaras, accede a mi propuesta y lo marca. ¡Funciona! Un mecanismo parece activarse en el interior del hidrante e, inmediatamente, escuchamos un chasquido seco bajo nuestros pies, como si hubiese saltado el cerrojo de alguna trampilla en el subsuelo. Corremos escopetados hacia el patio y, absortos, observamos cómo se descorre el enorme aparato del aire acondicionado en el muro.

—Con que no había nada ahí dentro, ¿eh? —señala con sarcasmo mi amigo la abertura descomunal que se abre en la pared.

—Oye, Agenjo, no te pases… que el código lo he descifrado yo.

—Sí, sí, perdona. Son los nervios —recula con sabiduría.

Ante nuestros ojos aparece la entrada a un túnel por el que podría circular sin problemas un camión de reparto. Me siento como *Los Goonies*. Agenjo da marcha atrás y cierra la cancela de la calle, con intención de evitar que la oficial de policía que patrulla el barrio pueda compartir

nuestro descubrimiento, y juntos nos dirigimos con cautela hacia el hueco. Soy un alma en vilo.

—Espera —me frena de pronto el inquilino de mi cuerpo.

—¿Qué pasa? —pregunto yo sorprendido.

—Parece la boca del lobo. Me da mala espina. Quizás no deberíamos entrar sin alguien que nos cubra las espaldas.

—¿Quieres solicitar refuerzos? No me fastidies. ¿Pero a quién vamos a confiarle tamaño secreto?

—Tal vez al Cuervo.

—Sí, hombre, para nada. Olvídate. Esta primicia es mía. Me la debes, machote, por el desgaste que le estás haciendo a mi pellejo, que, desde que tú lo calzas, ha envejecido por lo menos diez años. —Agenjo me mira pensativo, pero no se pronuncia. Yo insisto—: A ver cómo va a conseguir nuestro nauseabundo detective una autorización judicial y el apoyo del SWAT *team* sin que se produzcan filtraciones a la prensa. Imposible. Te digo yo que, como no actuemos con extrema precaución, tenemos en dos minutos aquí a Charlie Rose con las cámaras del *Good Morning America*. Un mínimo descuido, Agenjo, y nos aparecen todos en cabalgata: Anderson Cooper, Oprah Winfrey y Rachel Maddow.

—Te veo muy puesto en televisión norteamericana —replica puntilloso.

—Es lo que tiene YouTube y sufrir de insomnio, hijo. Y como ponen los vídeos subtitulados…

—Ajá —me suelta sin poner demasiado interés en lo que narro y vuelve a sumirse en una reflexión profunda. Yo a lo mío.

—Déjate de dar aviso, que ya veo que Stephen Colbert nos dedica el *show* íntegro.

—Oye, Colbert… —Sale Agenjo de su ensimismamiento al escuchar el nombre del humorista—. Qué chascarrillos más ingeniosos se le ocurren a ese, ¿verdad?

—La verdad es que yo no pillo ni la mitad, porque son juegos de palabras en inglés, pero, vamos, que veo que el público se monda de risa.

—Ay… Creo que vas a tener razón con lo de la prensa, José Luis —reconoce por fin mi amigo para gran tranquilidad de mi persona—. Además, ahora que lo pienso, el de la NBC, ¿cómo se llama?, ah, sí, Jimmy Fallon, ese es de cerca de Woodstock y seguro que le encantaría tirarse el pisto con la noticia. Bueno, pues vamos solitos.

—Vamos —repito yo envalentonado.

Agenjo me guiña un ojo… ¡y luego el otro dos veces! El mamón lo ha conseguido. Luego se interesa en saber si estoy listo para lo que venga y yo le respondo que sí. Entonces me solicita que sellemos nuestra amistad chocando esos cinco, pero cuando ya nuestras palmas van camino de encontrarse, rectifica. Se conoce que le sale su lado infantiloide y, en su lugar, terminamos entonando el «mai sei for yuti».

Terminada esta *haka* de iniciación, entramos al hueco. Mi amigo visible echa mano de mi móvil e ilumina partes de lo que parece ser un muelle de carga vacío. Tras avanzar unos metros, en la pared opuesta detectamos una portezuela metálica señalizada por una luz tenue de emergencia. Escuchamos un ruido seco y nos volteamos alarmados. ¡Ya están aquíííí…! Es el aparato de aire acondicionado, que vuelve a su sitio cerrándonos la retirada. ¡Uf! Ahora sí que no hay vuelta atrás. Agenjo se santigua y ese gesto interpretado por mi fisonomía, fíjate, me choca una barbaridad porque yo de siempre he sido muy agnóstico. Agenjo abre con sigilo la

puertecilla y, olvidándose de mí por completo, me da con ella en las narices. Menos mal que ahora tengo poca densidad y traspaso el hierro. Ofendido, pero lo traspaso.

—Madre del amor hermoso…

Delante de nosotros se dibuja un pasillo infinito, iluminado por tubos verdosos de neón. Como el túnel de la mina de los siete enanitos. Clavadito. Total, que seguimos adelante y, de pronto, escuchamos pasos. Vienen del fondo. Del centro de la Tierra vienen. Nos paramos. Agenjo apaga la linterna y yo me pego, cobarde, al techo de la galería como una lapa. A pesar de ello, sigue habiendo luz suficiente para delatar nuestra presencia. Quienquiera que sea… ¡ahí viene! La silueta se aproxima. Aguanto la respiración. Tanto tiempo que me resulta extraño lo que duro hasta que, por fin, caigo en la cuenta de que los espíritus no necesitamos aguantarla. Yo no respiro. No me hace falta. Todos los días se aprende algo. ¿Ves?

Desde la bóveda observo cómo el individuo se acerca hacia nosotros. Viene justo del lado contrario al que yo pensaba; o sea, que va a sorprender a mi amigo por la espalda.

—Agenjoooo… —bisbiseo, intentando prevenir a mi amigo, pero no me escucha.

El tipo está a punto de dar alcance a mi antiguo cuerpo cuando, justo al pasar por debajo de mí, extrañamente se detiene y mira hacia arriba. ¿Me ha pillado? Desde luego, si se trata de un guerrero sepasco, me ha podido detectar sin problemas. Le saludo poniendo cara de inocente. Igual si le digo que soy amigo de Capulla me conmuta la pena. Alarga la mano hacia mí. ¿Qué hace? Ah, parece que no busca estrangularme, sino deshacerse de una molesta tela de araña que cuelga a mi lado. Veo a decenas de crías peludas trepar hilo arriba para ponerse a resguardo. Con tantas patas no sé cómo no se tropiezan. Pasado el primer susto, aprovecho que la luz de neón alcanza de lleno el rostro del misterioso personaje para fijarme en sus rasgos y quedo boquiabierto. No caben dudas. Se trata de River Phoenix, sólo que con más arrugas y menos pelo. ¡River Phoenix! El prota de *Stand by Me*, la película que dirigió en el ochenta y seis Rob Reiner. Mi preferida. Tomó el título de la famosa canción de Ben E. King, cuya melodía suena sobre los créditos. «*So darling, darling, stand by me, oh, stand by me…*».

Oye, oye. Muy mal el Phoenix este. Aprovecha que me relajo con los recuerdos y que no puedo alertar a mi amigo para propinarle un golpe seco en el occipucio. Agenjo, que no se lo esperaba, cae al suelo como un plomo a consecuencia del impacto. Se desmaya y veo cómo River le sujeta por los pies y comienza a arrastrarle túnel abajo. La cosa se ha puesto fea, pero que muy fea. No se me ocurre cómo reaccionar, aparte de observar la escena temblando desde mi escondrijo en la techumbre. ¿Y si al actor le diera por introducir mi cuerpo en una trituradora para hacerlo desaparecer convertido en puré como si fuera un gremlin? Coñe, coñe, piensa rápido, Juan Carlos, que en ello te puede ir la vida.

—¡Se ha debido de soltar el velcro! —caigo de pronto en la cuenta.

Agenjo no estará en condiciones de defender mi honor, pero yo tal vez sí. Con el desvanecimiento, a mi amigo ha tenido que desinflársele un poco el alma. Recuerdo que las flojeras desactivan el efecto velcro que aúna con firmeza pellejo y espíritu… así que, ahora o nunca, me digo. Bajo en picado del artesonado y me sitúo en plan colibrí sobre mi carcasa. Espero a que Phoenix se tome un respiro y me deje quietecito y, entonces, introduzco mi mano por el hueco de las posaderas y agarro con fuerza al invisible. Obvio mencionar la parte que me sirve de asidero; pero baste decir que la anatomía masculina me viene de perlas en estos momentos de apuro y le doy mil gracias al creador por habernos ideado a los hombres con

mango.

Pego un tirón fuerte y mi amigo sale enterito.

—¡¿Pero qué haces, tú estás loco?! —me recrimina bastante atontado porque se conoce que el porrazo ha sido tan contundente que, además de la anatomía, ha debido de afectar también de lleno a las moléculas libres que componen lo etéreo.

Yo no presto atención a sus quejas, debido a que el objetivo prioritario ahora mismo es salvar mi osamenta. Sin ella, ni él ni yo tenemos escapatoria. Así que, sin el menor remordimiento, le dejo echo un gurruño a un lado y me introduzco en mis pertenencias. Enseguida, y siguiendo la propiedad de los gases, comienzo a expandirme hasta ocupar por completo el recipiente que me contiene. El operativo ha resultado todo un éxito. *Mission accomplished!* Y el enemigo se ha evaporado. Ni rastro de Phoenix. Alegre, comienzo a celebrarlo con un sutil movimiento de pies a ritmo caribeño. Un, dos. Un, dos, pausa. Pero Agenjo, que no aprecia otra salsa que no sea el kétchup, no está para chachachás y, tumbado en la cuneta del túnel, me hace saber que se caga en mis muertos más frescos. Muy bonito. Pues lo siento mucho, pero es demasiado tarde para recular. Otra vez me encuentro yo al mando de mis destinos carnales. Como debe ser. ¡Yujuuuu! Y voy a luchar por defenderme. Un, dos. Un, dos, pausa.

Lo primero que se me ocurre es volver a hacerme el dormido y, en cuanto River regrese, incorporarme y atacarle por sorpresa. Luego, maniatarle y someterle a un interrogatorio en tercer grado, y sacarle varias fotos con el Nokia. En el peor de los casos, si no canta lo de Kennedy, sólo con la primicia de haber encontrado al actor con vida me puedo asegurar un puesto de comentarista con Ana Rosa en las mañanas de Tele 5. Y es precisamente esta estrategia, tal y como te la acabo de definir, la que llevo a cabo. Phoenix regresa con una carretilla, se detiene junto a mis piernas y se agacha a observar su presa con detenimiento. En cuanto veo por el rabillo del ojo que está en cuclillas, tiro de abdominales (de los dos que me quedan medio activos) y alzo mi torso con las manos levantadas en plan amenazador hacia su aterrorizado rostro. ¡Aaaah! Mi súbita incorporación le pilla, como me temía, completamente desprevenido y da un brinquito hacia atrás. Le tengo a tiro. Ahora sólo resta poner en práctica los sabios consejos del Kunfú woodstockiano: hombro, codo y muñeca, alineados *siemple, siemple*.

Animado porque el ilustre apellido de la estrella de cine, Phoenix, encaja a la perfección con el de los legionarios que aparecen en Astérix, me dispongo a endilgarle un puñetazo de proporciones similares al que le propinara Obélix al prefecto Lucilius Flordelotus, en las últimas páginas de *La vuelta a la Galia*. Línea *reta*, *siemple*, *siemple*, repito para mis adentros. Si pone muñeca, codo y hombro en línea, boxeador sí pega. Así que allá voy. Le doy cuerda a mi musculatura y, antes de que el hombro me haga tope, la dejo en libertad. Oigo un clic, como el que escucha el cazador al liberar la tensión de su arco, y noto cómo mis ligamentos se desenrollan a velocidad de vértigo. El puño cerrado sale disparado hacia delante, arrastrando un brazo que se propone adoptar la *longilinealidad* de una flecha en el momento de impactar el mentón de mi adversario. *Siemple, siemple*.

Algo falla. A punto estoy de machacarle las muelas a River, cuando observo, como si los acontecimientos se produjeran a cámara lenta, que el canalla atrapa con su mano izquierda un ladrillo del suelo. Me temo lo peor y sólo me cabe esperar que la pieza de construcción sea del tipo hueco; de las utilizadas en tabiques que no requieren soportar excesiva carga y que, por tanto, tenga perforaciones en el canto para suavizar la colisión. Pero, por desgracia, los últimos

fotogramas de la muestra cerámica que analiza mi cérvix cerebral me confirman lo contrario. Por su buen acabado y sus dimensiones exactas, deduzco rápidamente que se trata de un ladrillo macizo, extrusionado o prensado para compactar la arcilla. Y encima antiestético; de esos que llevan puntitos negros. Ay… Antes de que pueda analizar más datos, siento un cachiporrazo sensacional que me deja más seco que el lagarto de la catedral de Jaén.

Día ciento quince. Lunes. Calor agobiante

Despierto maniatado, encima de un jergón de paja, en una estancia rupestre, bastante amplia, que se me antoja horadada en una montaña. Ni rastro de Agenjo. Me froto los párpados y observo que la escasa iluminación del lugar proviene de un fuego encendido en una chimenea. A su calor, un hombre que lee una revista, presumiblemente el *Rolling Stone*, me da la espalda.

Celebro volver a ser cien por cien humano, en alma y cuerpo, pero misteriosamente no me encuentro a gusto. Me siento muy incómodo en mi propia envoltura. Como apretado. Me tira de sisa. Me queda corto de mangas. La barriga es demasiado estrecha. Tanto que me da la impresión de que voy a reventar el ombligo. ¿Habrá cogido mi alma sobrepeso? Me suena raro que las almas podamos engordar, sobre todo cuando no comemos y, en mi caso, no he podido hacer más ejercicio. No sé. Es una sensación, ¿cómo te la describiría yo? Como cuando te tomas un cocido maragato en Castrillo de Polvazares. De esos que colocas la cuchara en el plato y se queda vertical. No termino de encontrarme. Estoy prieto. Como si llevara tres semanas sin ir al baño. Pero si la culpa no es mía, ¿es posible que quien haya encogido sea mi esqueleto? No, no es posible, me digo intentando serenarme. A menos que lo haya metido mi amigo en la lavadora… ¡Venga, hombre, no pienses estupideces! Los cuerpos ni encogen, ni se planchan, ni destiñen, Juan Carlos. Entonces ¿qué sucede? Oigo ronquidos. El guardián que lee junto a la chimenea se ha debido de quedar roque. Brrr… Ah, pues no, porque el tío pasa página a la revista. Entonces ¿de dónde proceden esos ronquidos? Brrr… Guardo silencio. Me concentro. Escucho con suma atención. No es posible. Vuelvo a callarme. Vuelvo a concentrarme. Vuelvo a escuchar con suma atención. Yo juraría que el que ronca soy yo. A ver… ¡Que sí, que soy yo el que está roncando! Vamos a mantener la calma, Juan Carlos, recapacito. Sí, sí, vamos a mantener la calma, pero yo estoy roncando despierto y me entra un mal rollo de espanto. A lo mejor, reflexiono, el proceso de recuperar el cuerpo lleva un tiempo y parte de mi alma aún no se ha adaptado. Sufre *jet lag*. ¡Despierta!, me digo, y me autoproporciono un cachete con el fin de estimularme.

—Hombre, tío, que me has despertado —se queja la voz de mi amigo invisible.

Caigo en la cuenta.

—Agenjo, no me jorobes que…

—Sí —me reconoce él sin reparos—. Cuando te propinó River Phoenix el ladrillazo aproveché que se había aflojado el velcro para meterme también yo. Un poquito estrechos, pero cabemos los dos.

—¡¿Pero estás loco?! ¡Sal de mí inmediatamente, que me vas a dar de sí los dedos!

—¡¿Que me salga yo?! Vamos… ¡Agradece que no te haya estrangulado! Que me salga… ¡No me calientes, José Luis, que buena la has montado poniendo en peligro la misión!

—¡¿En peligro yo?! A ver si va a resultar que ahora soy yo el que nos ha metido en este lío…

—¡Pues sí!

—¡Venga, hombre! Si no te tenía que haber dejado libre en el túnel… Te tenía que haber metido por el trasero de un perro para que te fusionaras con el alma de un chucho y te reencarnaras de callejero por los siglos de los siglos. ¡Eso es lo que tendría que haber hecho!

Intento deslizar mi brazo espiritual fuera del brazo carnal que hace las veces de guante para, una vez liberado y desde la cavidad torácica, pasarlo por encima del hombro y llegarle hasta la nuez. Me importa un bledo la amistad pasada. Mi corazón ya sólo alberga rencor y me apremia la necesidad de troncharle la tráquea y poner fin a esta locura. Lo único que deseo es deshacerme de una vez por todas de este Gusiluz que me saca de mis casillas. Si tuviera aerored a mano, me tomaba el bote entero para deshacerme de él de una ventosidad. Señor, señor, qué cruz. Le voy a estrujar el cuello hasta dejarle inconsciente y luego me voy a poner en modo contracciones hasta que mi organismo lo expulse. Me da igual por el orificio que salga. Pero que se vaya. Váyase, señor Agenjo.

—¿Qué intentas hacer, alelado?

No alcanzo. No me gira a la contra la muñeca. Se conoce que el pringado se ha situado justo detrás de mí, como si estuviésemos jugando a los trenecitos, puuu, puuuu, y la articulación no encuentra sitio suficiente para doblar hacia atrás. Mi plan de ataque se ve reducido a engancharle con la punta de dos dedos los pelillos de la nuca y tirar con fuerza de ellos.

—¡Que me sueltes, pringado! —me exige mi examigo invisible.

Yo hago caso omiso a sus súplicas y él, para defenderse, me empieza a propinar unos pellizquitos en el trasero que me desarman.

—¡Eh, eh, eh…! ¡Para! ¿Pero tú estás loco? —le grito.

—Ah, buenos días. Veo que ya se ha despertado —comenta el personaje de la esquina, dejando a un lado el magazine.

—Déjame hablar a mí —me ordena Agenjo tajante, como si el cuerpo fuera suyo—. ¿No ves que tú hablas inglés con acento?

—¿Y qué? —le reprocho yo con el mismo tono de voz para no llamar la atención de nuestro guardián—. Tener acento en una lengua no es nada malo. Al revés, es síntoma de inteligencia porque indica que, al menos, hablas otra.

Le dejo aplatanado con mi elucubración intelectual. Demasiado nivel para su cerebro de trucha. Y en espera estoy de que reconozca mi superioridad intelectual, me pida disculpas y me deje liderar las conversaciones, cuando el hombre que nos acaba de dar los buenos días se acerca a nuestro lecho. ¡Jesús, María y José! Casi salgo expulsado de un estornudo. Menudo sobresalto. El secuestrador no es otro que el mismísimo Elvis Presley. Igualito que en las fotos, pero con las patillas blancas.

El de Graceland, muy amable, nos desata y nos ofrece una sopa caliente de jengibre y zanahoria. Yo me adelanto a aceptarla en inglés, para darle a Agenjo en los morros y demostrarle de este modo que puedo manejarme con soltura en el lenguaje de los Simpson. Pero se conoce que en vez de *soup*, pronuncio *soap*, y Elvis nos trae una pastilla de jabón de glicerina. Excelente, por cierto, para calmar las irritaciones de piel, el comezón y las rojeces. Ajengo me propina un nuevo pellizco, me susurra que permanezca calladito y se excusa ante nuestro captor por el equívoco.

—¿Quiere la sopa con picatostes? —pregunta Elvis.

—Pues sí, mejor. Para hacer barquitos, si no le supone mucha molestia.

Mientras pegamos los primeros sorbos, qué bien sienta volver a comer, Presley desenfunda una vieja guitarra y nos interpreta tres éxitos encadenados. Creo que se arranca con el *You´ll Never Walk Alone*, aunque no estoy seguro del todo porque hay varios temas en su discografía que me resultan similares y siempre los confundo, y termina, aquí no me equivoco, con el *Take My Hand, Precious Lord*. Lo que me llama la atención es que en el tema central, que resulta ser *In the Ghetto*, le cuesta bastante coger el tono y se va de vareta. Lo que son los mitos, oye.

Apenas terminamos el refrigerio, aparece Ritchie Valens y, como a mí a estas alturas de la película ya no me sorprende nada, ni le doy importancia. Levanto un poco una ceja y sigo a lo mío. Agenjo, sin embargo, le saluda efusivamente. Bueno, le dice «*How are you doing?*» y esas cosas. Yo, para acompañarle, de vez en cuando meneo el brazo como el muñeco de un ventrilocuo. Es que durante la sopa hemos llegado a un acuerdo de dos cláusulas. Primera: que habla Agenjo y gesticulo yo. A ver, no voy a pasarme las horas inerte, sin hacer nada, como un pasmarote. Segunda: que Agenjo se compromete a sacar tripa para evitar aprisionarme contra los glúteos.

Valens se suma enseguida al canto y nos invita a participar. Agenjo le contesta que *all right* y todos, como si nos conociésemos de la facultad de periodismo, interpretamos primero *La Bamba* y luego el *We Belong Together*. Agenjo y yo hacemos los coros porque así se nota menos que somos dos voces. Y la cosa queda muy apañada, si no tenemos en cuenta que en la segunda canción, en lugar de la letra original, yo pronuncio *guachi, guachi*.

La experiencia resulta tan amena que, por un instante, se me olvida la incomodidad que me proporciona mi amigo y disfruto de la fenomenal acogida que nos brindan artistas de tan reconocido prestigio. Fíjate que el de Memphis, incluso, tiene el detalle de comentarnos, no sé si por Agenjo, por mí o por la combinación de ambos, que tengo una voz muy aterciopelada. Yo, Juan Carlos González Ingelmo, una voz aterciopelada. Qué pena, oye, no haber podido grabar estas explosivas declaraciones en vídeo para enseñárselas a mi regreso a Ana. Con que yo cantaba mal, ¿eh, Ana María de la Encarnación? Anda, pregúntale a Elvis Presley, a ver qué te dice.

—¿Alguno de ustedes me podría informar de dónde nos encontramos? —solicita súbitamente Agenjo explicaciones sobre nuestro cautiverio, cansado de tanto recital.

—Se encuentra usted bajo las montañas Catskills de Nueva York, señor Gonzáles —responde el de Tennessee muy amable—. Concretamente bajo un pico conocido como Slide Mountain.

—¿Y qué se supone que hacemos aquí exactamente? —insiste mi amigo ya un poquito impertinente. Es que los modales no han sido nunca lo suyo.

—Machote, no seas tan brusco —le recrimino por lo bajini—. ¿No ves que estos tipos son secuestradores? A ver si nos van a volver a dar jarabe de palo como anoche…

—Perdón, ¿habla castellano? —se dirige a nosotros Valens en un español impecable.

—¡*Yes*! —respondo yo haciéndome un lío.

Agenjo me pega un codazo que me deja sin respiración por unos segundos y retoma él las riendas en inglés. Ya ves tú lo que le hubiera costado pedírmelo por favor. Pues nada.

—Pero ustedes ¿no se supone que estaban muertos? —insiste en tensionar el ambiente.

—Pero ¿qué preguntita es esa para romper el hielo? —le susurro, recuperando el aliento.

Tanto Valens como Presley nos observan con preocupación. Ellos también han debido de intuir que mi amigo está mal. Que a su caja de lápices le falta más de un color y que no se toma la medicación prescrita. Lo malo es que ambos desconocen que yo, un trabajador decente, ocupo el mismo cuerpo y, si deciden represaliar a Agenjo por su atrevimiento, me cae a mí el perjuicio de rebote. Así que, antes de que sea demasiado tarde, soy yo quien le clava ahora el codo en el ombligo a mi alma acompañante y retomo la palabra para evitar que la cosa vaya a peor.

—Marlboro, Kentucky Fried Chicken, Firestone, *The Lord of the Rings* —dejo caer, intentando ganar tiempo mientras trato de recordar alguna frase en inglés que venga a cuento. Es que una cosa es traducir al español, que lo que no entiendes te lo inventas; y otra muy diferente intentar hablar en inglés con soltura.

—No se preocupe, que podemos hablar en su idioma —me calma Ritchie Valens en la sacrosanta lengua de Cervantes, consciente de que en la de Shakespeare yo me manejo a tirones. Yo se lo agradezco y él entonces tiene a bien explicarme que su verdadero nombre de pila es Ricardo Esteban Valenzuela Reyes y que, aunque ha nacido en los Estados Unidos, su origen es mexicano—. Y a mucha honra, mi hermano —añade.

Yo le comento que soy muy partidario de José Alfredo Jiménez y él me confirma que pues cómo no. Y luego me explica que nos encontramos en una ciudad excavada en la roca. Que se trata de un lugar que estuvo habitado hace siglos por los indios de la tribu sepasco de Long Island. Y que ahora lo lleva otra gente, pero que, vamos, que los dueños son los mismos. O sea, una franquicia.

—Muy interesante —responde Agenjo, reclamándome con tono amenazador la primera cláusula de nuestro acuerdo.

Entonces Valens cambia al inglés y, a partir de ahí, ya me entero medio, medio. Juraría que cuenta que a finales del siglo XVIII, o por ahí, gracias a una alianza secreta con los cuáqueros, los nativos permitieron ocultarse en su escondrijo a los esclavos negros que escapaban de las plantaciones del sur. Atravesaban el estado de Nueva York camino de la ansiada libertad en Canadá y se conoce que paraban a repostar en las montañas.

—Una vez abolida la esclavitud —añade Ritchie—, el escondite rompió sus lazos con el exterior y las pocas evidencias que quedaban de su existencia se disolvieron con el fallecimiento progresivo de los escasos testigos.

—Hasta que el doctor, fruto de su concienzuda investigación sobre el infortunio de la raza negra, volvió a dar con sus coordenadas —finaliza el relato Elvis Presley.

—¿Qué doctor? ¿No será el doctor Zhivago? —suelto yo, rompiendo el trato con Agenjo, esta vez sin querer, temiéndome que de un momento a otro veamos a Omar Sharif cruzar la puerta.

Mi amigo me propina un nuevo pellizquito de castigo, pero Valens, que ríe mi comentario, sugiere que antes de retomar las explicaciones entonemos juntos el *Come on, Let's Go* porque le apetece mucho.

—Vale —le digo.

—*No problem* —replica Agenjo.

—Ya veo que es usted bilingüe como este —comenta Elvis señalando a Ritchie Valens.

—Sí, *yes* —respondemos ambos casi al unísono.

Elvis menea la cabeza algo mosca y Agenjo me pide que me atenga a lo firmado o tendremos

que vernos en los tribunales.

En esta ocasión el mexicano se encarga de los arpegios de guitarra y su compañero se concentra en sacudir la pelvis con ese estilo que tanto éxito le dio en las películas románticas. Me preocupa que le dé un tirón porque, a mi humilde entender, ya no está para esos trotes, pero se conoce que la vida pastoril le mantiene en una forma envidiable. Yo intento imitarle. Primero con timidez, siguiendo el ritmo con el pie izquierdo, y luego, poco a poco, soltándome más y más la coleta. Cabeza-cuello, cabeza-cuello. Lo paso de miedo. Tanto que, contra la voluntad de Agenjo, que se empecina en tirar de mi musculatura en dirección contraria, me subo a la silla y me marco un flamenquito *alocao*. Mira tú por dónde, estoy empezando a cogerle el punto al cautiverio. Reboso felicidad y alegría, hasta que el aguafiestas de mi amigo pasa a comunicarme unos pensamientos muy feos y me amarga el día. Que si soy un pedazo de (palabrota), que si soy un hijo de (palabrota) y que me voy a comer su (palabrota). Todo feísimo y con una absoluta escasez de estilo, fondo y elegancia. Ahora, yo a él no le culpo personalmente, ¿eh? Este lenguaje soez en que hemos convertido nuestro rico idioma se lo achaco yo a los especiales de Nochevieja en la 1. ¡Hay que ver cuánto daño le ha hecho Televisión Española a la gramática! Exclamando «coño» donde Cervantes colocaba un «pardiez». Pronunciando «de cojones» donde Calderón de la Barca escribía «de maravilla». En fin. Yo intento hacerle recapacitar y que se centre en lo que estamos, en la fiesta, pero no hay manera. Al revés. Muy insistente la criatura con que me va a pegar dos (palabrota). Ay, señor, qué calvario.

Elvis, mosqueado al ver mis aspavientos, me pregunta que si me sucede algo y yo, para excusar el hecho de que estoy discutiendo conmigo mismo y en bilingüe, achaco el numerito a que he pasado mala noche. Y, en medio de estas explicaciones me hallo, cuando pierdo el equilibrio y procedo a caer de morros al suelo. Aaaaah… Por el aire, sospecho que es Agenjo quien ha provocado la inestabilidad; pero esta conjetura no me sirve de consuelo. El impacto es inevitable.

Enseguida me siento entumecido. Más que un intenso dolor, la sensación podría definirse como de lamentable acorchamiento. Como si mis células se hubieran transformado repentinamente en moléculas de plastilina. Materia fungible que alguien manipula y moldea a su antojo. Noto que me hacen un rollito. Que me estiran. Que me empujan hacia un embudo oscuro. Y yo, inconsciente, me dejo llevar. Me comprimo, me dilato y salto jovial al exterior como un tapón de sidra El Gaitero. ¡Al exterior! ¿Qué carajo…? La luz me ciega. Me froto un par de veces los ojos y entonces observo, a cámara lenta y con sonido *sensurround*, cómo el canalla de mi supuesto amigo invisible (a quien por cierto ya no ajunto), se vuelve a introducir en mi cuerpo por el mismo hueco por donde ha debido de sacarme a mí a rastras. Apenas le queda un pie fuera cuando Valens, con cara de intensa preocupación, arroja un cubo de agua sobre mi compungido rostro mortal. Y a continuación, con gran dicha para el intérprete de música ligera, mis carnosos párpados se descorren y mis labios escupen una tos ronca. El pie de Agenjo desaparece completamente en mi interior con un tironcito brusco y yo me cago en todo lo que se menea.

Valens se excusa en español diciendo que tiene que dejarnos porque le toca vacunar la carpeta. Como Agenjo pone la misma cara de sorpresa que yo, el mexicano se lo aclara en inglés, *vacuum the carpet.* O sea, que tiene que pasar el aspirador a la moqueta, pero en *espanglish.* Elvis le pide a Agenjo que coja una vela y le siga, y mi examigo, entre obediente y pelota, ejecuta sin rechistar el mandato. Nos internamos por un corredor, no excesivamente angosto pero

tampoco se diga que muy amplio, y, después de ir dejando a ambos lados cavernas iluminadas por lámparas de aceite, llegamos a una estancia de gran tamaño. Tipo *lobby* de hotel bueno de provincias, para que te hagas una idea.

El habitáculo recibe luz natural a través de una abertura del techo por la que, sin embargo, es imposible divisar el cielo. Lo que viene llamándose iluminación indirecta, vamos. Debe tratarse de alguna roca de cuarzo que refleja con potencia los rayos del sol que han de colarse por alguna grieta. Lo digo porque, cuando sobrevolé el puente del río Esopus y los bosques de alrededor, no encontré abertura ninguna en el terreno. Y me fui fijando. O sea, que, para mí, que habrá alguna fisura en formato tronera. Sabes qué te digo, ¿no? Las rajitas esas que hay junto a las almenas en los castillos desde donde disparaban las flechas al enemigo. Que tú las ves por fuera y son finitas y sin embargo, desde dentro, se abren como un tronco de pirámide para que quepa el arquero con su instrumental y todos los complementos.

—Muy bonito —comenta Agenjo con cordialidad. Y luego va y añade, como para hacerse el listo—: ¿Esa veta es antracita?

—No, es roca —le desmiente Presley, que se ve que tampoco prestó mucha atención a la geografía de cuarto.

—¿Y los indios lo tienen en propiedad o es alquiler?

Otra pregunta oportuna e inteligente. Para mí que este pedazo de carne con ojos va por la vida sin enterarse de nada.

Revoloteo un poco para echarle un vistazo cenital al sitio. En el centro de la sala descansa una mesa grande de madera noble, llena de carpetas y post-its con notitas de todo tipo, y un par de sillas rancheras con respaldo de piel de vaca. En el suelo hay una inmensa alfombra con figuras triangulares en colores tierra y las paredes están cubiertas de baldas repletas de libros. Algunos en tapa dura, pero la gran mayoría en edición de bolsillo. Pasa un rato y, como nadie expresa nada, me aventuro por la fractura del techo y descubro que, como sospechaba, encima hay una segunda cavidad, más pequeña, con un roto por el que se divisa el firmamento. Me entra una duda. ¿Lo hago o no lo hago? Pues, mira por dónde, lo voy a hacer porque siempre he tenido ganas. Así que, aprovechando que las almas tienen mucho reprís, meto el turbo, salgo al espacio exterior y, enfilando el cauce del río Hudson, pongo rumbo al sur a toda vela, no corta el mar sino vuela, un velero bergantín.

Es que desde hace muchísimos años tengo metido en la cabeza que quiero visitar Monticello, la casa del presidente Jefferson. Desde mi punto de vista una de las inteligencias más prolíficas que ha dado la historia humana. El tipo hablaba cinco idiomas y obligaba a sus hijas a leer tres páginas de *El Quijote* cada día porque pensaba que su nación no podría prosperar nunca si no hablaba el lenguaje de sus vecinos. Ya ves tú: ¡tres páginas de *El Quijote*! Igualito que yo, que ayudé a culturizar a mis hijos con *Valor y al toro* de Mortadelo y Filemón.

En cuanto llego a la desembocadura del Hudson en Manhattan, tiro hacia abajo por la costa, rodeando Staten Island, y enseguida cojo la autopista 95. El cielo está despejado. *Brisk but beautiful*, según informan en el parte que sintonizo a través de las ondas que capto en una emisora local. Dejo a mi derecha Filadelfia, cruzo el río Delaware por el gigantesco puente de hierro que atornilla con fuerza ambas orillas y me quedo con ganas de bajar a Baltimore, por inspeccionar las localizaciones de *The Wire*. Me he visto las cinco temporadas. Sesenta episodios. Pero hay que resignarse: no tengo tiempo para todo.

Tampoco me animo a bajar a Washington. Doy un par de vueltas alrededor del Capitolio y listo. Pero, al intentar girar la muñeca para enderezar el rumbo, se conoce que la palma me hace quilla y pierdo altura peligrosamente. La fuerza de sustentación ya no compensa mi peso y caigo en picado dando tumbos. Desesperado, busco una alternativa para recuperar el flujo del viento. El viejo truco de sacrificar altitud por velocidad. Bajo la cabeza y, aunque aumento vertiginosamente el ritmo de la caída… ¡comienzo a planear! Estupendo.

Con magnífica visibilidad sobrevuelo el valle de Shenandoah. Distingo sus casitas blancas, sus ondulantes colinas y sus caballitos; aquí percherones para que aren la tierra los amish; allá de carreras para que los monten los fines de semana los acaudalados señoritos del distrito de Columbia.

Un par de décimas de segundo más y por fin diviso la casa de Jefferson. La reconozco porque, como me gusta la historia, la he visto fotografiada en numerosas ocasiones. Es justo como me la imaginaba, aunque, si me apuras, un poco más pequeña. Con esa modestia que acompaña siempre a los grandes personajes. Monticello, de monte y cielo, naturalmente, porque las vistas son tan espectaculares como las del parador de Almansa. Una pasada. Una vasta planicie y, al fondo, las Montañas Azules de Virginia.

Admiro su colección de fósiles de dinosaurios, visito su despacho y aprecio que todos los cuartos tienen formato octogonal para aumentar el número de paredes que reflejan la luz solar e iluminar así durante más tiempo las estancias. Luego, por una ventana trasera, accedo a los jardines. Muy elegantes y con muy bajo consumo de agua. Jefferson era de tocar poco el paisaje y trabajar con plantas autóctonas. De ahí paso a los barracones de los esclavos y se me pone un nudo en la garganta. Este periodo de la historia lo llevo muy mal. Por muy antiguo que seas, oye, hay cosas que no se hacen.

En fin, la visita está hecha. Suficiente turismo por hoy. Ha debido de discurrir por lo menos un minuto y medio desde mi partida y más vale que regrese antes de que Agenjo me eche de menos. Preparados, listos, ya. Despego.

Harto de volar a media altura, esta vez decido hacer el recorrido inverso a ras del suelo. Para evitar las continuas molestias de tener que traspasar con mi gaseosa presencia árboles y edificios, elijo la vía del tren como sendero a seguir y me lanzo rumbo al norte. Allá voy como una culebra de alta velocidad, dejando que las Montañas Azules se transformen a mi izquierda en líneas borrosas que apuntan en perspectiva caballera al horizonte. No tengo planeado detenerme, pero, apenas recorridas treinta millas, me topo con los viñedos de Barboursville y no puedo evitarlo. ¡Barboursville! La visión del paraíso de la *Vitis vinifera* en Estados Unidos, tradición de crianza italiana en su estilo más puro, me aconseja una visita. Cuántas veces se lo habré escuchado a Pepe… Pues aquí estamos, Juan Carlos, con la gran pena de que no vamos a poder catarlo. Espérate, que veo a un tipo echándose una cabezadita en una mecedora. Oye, oye; se me ocurre una maldad terrible. ¿Y si funcionara dormido? Quiero decir, ¿y si el velcro se aflojase también un poquillo a la hora de la siesta? Me aproximo al personaje y con sigilo introduzco mi antebrazo en su interior. Hay esperanza porque el espíritu parece estar algo suelto. Doy un tirón y lo saco de cuajo. ¡Funciona! Sin pensármelo dos veces, me introduzco en el cuerpo hueco y dejo al alma del enólogo en pelotas sobre la silla y preguntándose qué demonios ha ocurrido.

—*Porca miseria!* —me grita desesperado sin saber cómo reaccionar al ver cómo su fisonomía le abandona en dirección al centro de cata.

Entro en la mansión del gobernador Barbour… ¡y ahí está viendo pasar el tiempo! No la Puerta de Alcalá, sino la botella de cabernet franc, reserva. La descorcho, me sirvo y aprecio su color granate oscuro que, sin embargo, no deja lágrimas en el vaso. Llevo la nariz a la copa y distingo intensos aromas de cereza y ciruela entretejidos en barril con notas caramelizadas de higo. Aah… Pego un buchito. Me enjuago la boca. Restriego la lengua por toda la cavidad y finalmente me lo trago. Una delicia. Largo de sabor, pero con un paladar muy suave. Echo un vistazo al precio: veinticuatro dólares con noventa y nueve centavos. Un vinazo.

Tanto me gusta (casi te diría que más que el syrah de Hedges Red Mountain producido en el estado de Washington, que hasta ahora era mi vino americano favorito) que me pimplo la botella entera y salgo haciendo eses. El alma desconsolada se viene hacia mí como un toro en cuanto nota mi presencia.

—*Mortacci tua!!!*

Yo evito entrar en peleas y, ante la sorpresa del viticultor, me voy de cabeza contra un roble y caigo al suelo desplomado. Tardo un rato en reaccionar, en recordar qué cuerpo habito (como cuando en un largo viaje de negocios te pasas cambiando con frecuencia de hotel y no sabes dónde amaneces), pero consigo al fin encontrar la salida. Sin mediar palabra, agarro a mi víctima de las piernas y la introduzco hecha un ovillo a toda prisa porque esta paradita me ha hecho perder demasiado tiempo. Antes de alejarme miro hacia atrás y le veo que comienza a andar patas arriba, haciendo el pino con las manos.

—*Va fan culo!* —me amenaza.

Madre del amor hermoso, se conoce que he debido de colocarle el alma del revés.

Tump, tump, tump, resopla el aire al sobrevolar a velocidad de la luz las traviesas del tren. Voy directo, excepto un cambio de agujas en Trenton, la capital de Nueva Jersey, y pronto localizo la abertura en la roca. Entro al primer nivel, busco el agujero en el techo y desciendo como Mary Poppins, pero sin paraguas. Allí siguen los mismos y no parece que me haya perdido nada.

Agenjo me pregunta que dónde narices me había metido porque está a punto de llegar un personaje que puede tener información clave sobre el paradero de Ross. Yo me limito a encogerme de hombros y a observar un punto en la repisa que mi amigo me señala con insistencia. No entiendo el mensaje hasta que veo que el panel se desplaza y algunos libros giran y desaparecen de nuestro campo de visión. ¡Una puerta secreta! Por el acceso oculto aparece la figura de un anciano al que, enseguida, Elvis presenta como el doctor. Agenjo le tiende la mano y soy yo quien descubro, por la cantidad de veces que han echado su discurso de madrugada en los documentales de la 2, que el venerable personaje que tenemos delante es el mismísimo Martin Luther King.

El doc saluda a mi amigo, pero él, abrumado, no es capaz de articular palabra.

—*He… he… hello.*

Martin, que debe de estar ya acostumbrado a este tipo de reacciones, le propina unas palmaditas conciliadoras en el hombro y le invita a tomar asiento. Luego, de un modo ameno y didáctico, se arranca a explicarle que él tuvo un sueño. Cuando termina, mi amigo le agradece de corazón los pormenores, pero le solicita que, por el amor de Dios, le esclarezca qué es lo que está pasando en esta cueva porque desde que ha llegado no ha parado de ver más muertos vivientes que en la noche de Walpurgis. Y que, si bien ha disfrutado sobremanera con el privilegio de

poder interpretar algunos temas populares con artistas de la talla de Elvis y el otro, que ahora no le viene a la memoria el nombre…

—Ricardo Valenzuela —salgo yo al quite en plan nomenclator, mencionando el verdadero apelativo del sujeto como acto reivindicativo de la presencia de lo español en suelo estadounidense.

—Ese, ese —prosigue Agenjo, pero enseguida vuelve a perder el hilo y remata solicitando que, si tienen que poner fin a su vida, procedan a ello cuanto antes o, en su lugar, que le pidan excusas y le dejen suelto.

—No se preocupe, señor Gonzáles Ingelmow —le transmite el reverendo. Consideramos su lógica petición y, dada la humildad con que la solicita, no vamos a tener inconveniente en ponerle en libertad si jura por lo más sagrado no contarle a nadie jamás lo que aquí le ha sido revelado.

Agenjo lo jura y lo perjura por su madre, su avatar, su perro y el oso Winnie the Pooh. Y lo hace a sabiendas de que, una vez que él se pire de luna de miel con Ross, si es que damos con el paradero de su media naranja, que cada vez lo tengo menos claro, yo no voy a poder cumplir su promesa.

—Le esperábamos y sabemos que viene de voluntariado en misión humanitaria. Ross nos lo ha contado todo —remata el doctor.

—¡¿Quéeee?! ¡¿Saben dónde se encuentra el agente Ross?! —Los ojos de mi amigo invisible se abren tanto que sería fácil meterle los dedos y darle la vuelta a la cabeza como cuando se sacrifican los pulpos.

—Sí —reconoce el reverendo—. Pero todo a su debido tiempo. ¿Puedo ofrecerle una copita de vino blanco digestivo?

Para mi sorpresa, Martin extrae de un cajón del secreter una botella de Chehalem Inox Chardonnay a la que Agenjo no pone reparos. Inox viene de inoxidable, porque no está curado en barrica, sino en toneles de acero; lo que proporciona a la uva un toque extra de dulzura, abriendo sabores a miel, melocotón y manzana. Proviene de los viñedos de Newberg, en el estado de Oregón, y cuesta diecinueve dólares en tienda.

—Aaah… —Agenjo paladea con gusto el caldo.

—¿Le gusta?

—Riquísimo —responde mi amigo agradecido—. Pero hábleme de Ross.

—Todo a su tiempo. Todo a su debido tiempo —insiste Luther King—. Aquí tenemos de todo, menos prisas. Permítame que primero le muestre su habitación.

—¿Entonces, no estoy preso? —intenta aclarar nuestra situación Agenjo, porque no lo tenemos nada claro.

—No… Está usted invitado; pero comprenderá que hayamos tenido que tomar algunas precauciones. Digamos que, aunque a usted le haya parecido lo contrario, somos nosotros los que le hemos guiado hasta aquí. Para pedirle un favor con toda amabilidad.

—Ya veo —asiente, llevándose la mano al chichón de la frente.

—Para nosotros resulta fundamental que nadie descubra cómo llegar hasta este escondite. Por eso sólo permitimos visitas de toda confianza. Y después de haberles hecho pasar por muchas pruebas. Y, ahora, si me disculpa, me aguardan algunos deberes. Nos vemos luego.

—Sí, claro…

—Pero no se preocupe, que le dejo en buenas manos.

El doctor mueve una campanita de bronce que reposa sobre la mesa central y, por el mismo hueco por el que apareció él hace un rato, se asoma ahora otra silueta también de raza negra. Me da la impresión de que esta es la repisa giratoria que usó Mel Brooks para grabar la escena de la vela de *El jovencito Frankenstein*, pero no me atrevo a preguntarlo.

El tipo que sale de la pared tendrá unos cincuenta años o por ahí. Más o menos. Bueno, yo, la verdad, como creo haberlo comentado ya con anterioridad, la edad no la calculo nada bien. Te puedo decir que lleva boina de paracaidista ladeada sobre la cabeza y… ¿Qué más? Ah, sí: tiene puestas unas gafas claras. Camisa de color caqui con varios bolígrafos de color verde en el bolsillo. Tirantes marrones y una corbata del mismo tono con el logotipo de las Panteras Negras. Viene tarareando una melodía que identifico por la cantidad de veces que se la he escuchado poner a Sergio en el iPod de su cuarto. *«Bye bye, I was never meant to live. Bye bye…»*. Adiós, nunca debí existir. Una letra, como ves, muy positiva y alegre para comenzar el lunes.

—¿Ese es tu pac? —me pregunta discreto Agenjo cuando el hombre llega a nuestra altura.

—¿Mi pac? —le devuelvo la pregunta, encogiéndome de hombros.

—Le estábamos esperando, señor Gonzáles. Haga el favor de acompañarme —le saluda el recién llegado.

Agenjo le sigue por el pasillo y yo voy reptando por las paredes como Gollum. Haciendo el tonto por entretenerme.

—Pues sí que es tu pac —me sopla orgulloso mi amigo.

—¿Mi pac?

—Tupac Amaru Shakur, el mejor rapero de todos los tiempos —me corrige—. Nacido en Harlem y supuestamente acribillado a balazos en Las Vegas. El rapero que más discos ha vendido en la historia de la música: cincuenta millones de copias en Estados Unidos y ciento veinte millones en el resto del mundo.

—¿Estás conectado a Wikipedia?

—Claro, en esta cueva tienen wifi. —Me guiña los ojos Agenjo de esa manera especial que él tiene.

—¿Y cuál es la clave?

—Hombre, no hace falta ser muy listo.

—¿Awwa?

—¡Bingo!

—¿Decía usted, señor Gonzáles?

—No, no, nada —se disculpa mi amigo, disimulando.

—Supongo que se extrañará de verme aquí, ¿verdad? Pero le diré que no es tan raro que usted me encuentre entre indígenas. Al fin y al cabo, yo me rebauticé con el nombre de un inca.

—¡Ahí va! —me percato repentinamente de la referencia histórica. Otra cosa no, pero mira que me habré devorado libros sobre el maldito Descubrimiento.

—Tupac Amaru. ¿Conoce su historia?

—No —replica el inculto de Agenjo.

Por favor, Tupac Amaru. Un caudillo. El líder de la mayor revolución contra la autoridad colonial que jamás se dio en América. Cacique de Surimana, Tungasuca y Pampamarca. Hombre adinerado al que los españoles llamaban José Gabriel Condorcanqui Noguera.

—Para mí, Tupac es la prueba irrefutable de que, desde la sofisticación intelectual, se puede llegar a la conclusión de querer vivir como un indígena, señor Gonzáles.

—Anda, mira tú —es todo lo que alcanza a verbalizar el burro de mi amiguito, que se coloca el dedo índice a la altura del hueso temporal del cráneo y se lo atornilla dándome a entender que el tipo está mal de la mollera. Yo, por el contrario, encuentro la conversación del rapero muy gratificante.

Llegamos a la habitación que nos tienen reservada. «Juan Carlos Room», pone en un letrero en la puerta.

—Huy, ¡qué detalle! —exclama Agenjo, emocionado por el gesto.

—No es por usted —le aclara Tupac—. Es que aquí se hospedó siendo príncipe el actual rey de España.

—Ah… —reacciona mi amigo medio cortado—. Ya, pues… igualmente un honor.

Además de la cama, hay una mesilla y un sofá con buen aspecto. Tupac explica que es de piel de bisonte. Búfalo americano de la cabaña de Esopus, matiza.

—Oiga, ¿y no estará por un casual también aquí The Notorius B.I.G.? —le pregunta Agenjo, desde mi punto de vista, sin venir a cuento.

—¿Pero quién es ese? —le interrogo yo.

—Tu cállate y déjame a mí —me solicita, apartándome con la mano como si fuera una mosca.

—No —desmiente tajante Tupac el rapero—. Siento decepcionarle, señor Gonzáles, pero The Notorious B.I.G. no se encuentra entre nosotros. Lamentablemente, el líder de los raperos de la Costa Oeste fue asesinado de verdad en el noventa y siete. Usted puede considerarse un tipo con suerte porque está a punto de descubrir el enigma que rodeó al asesinato del presidente Kennedy; pero yo me iré a la tumba sin saber de dónde procedieron las balas que terminaron con mi amigo Biggie Smalls.

—¿Su amigo? —le animo al mío a preguntarle al rapero.

—¿Amigo suyo? —repite Agenjo mi pregunta en voz alta.

—Muchos piensan que The Notorius B.I.G. y yo éramos enemigos acérrimos. De hecho, mi gente aún forma parte de la lista de sospechosos. Pero no. No éramos enemigos, señor Gonzáles. Éramos rivales, que no es lo mismo.

Yo no sé quién demonios es este tipo, pero debo confesarte que sus reflexiones me producen honda mella. Busco complicidad en Agenjo y mi amigo me anuncia por lo bajito su sospecha de que, tal vez, The Notorius B.I.G. y Tupac Amaru se profesaran un mutuo respeto. Probabilidad que parece confirmarse cuando el hip hopero, según me señala también Agenjo, comienza a tararear la intro del *Life After Death*; al parecer, el mayor éxito musical de la competencia. Y lo hace con sincera entrega. Esto ya lo añado yo de mi cosecha.

—¿Conoce ese álbum? —le pregunta Tupac, curioso, al ver que Agenjo no le quita ojo.

—Sí, sí… aunque no del todo. Sólo los temas que fueron *singles* en los Cuarenta Principales.

Tupac sigue a su bola. *«Damn… The shit can´t be over, no…»*. A mí desde luego no me suena de nada. El estilo un poco, ya te digo que por Sergio, pero, vamos, tengo que reconocer mi profunda incultura musical cuando salimos de suelo patrio. Yo es que soy más de canciones corales. Oé, oé, oé, oéeeee…».

El rapero nos indica dónde está el armario y las toallas para el baño y se las pira. Casi

inmediatamente, llaman con los nudillos a la puerta. Tenemos visita. Abre Agenjo y se recortan tres nuevas siluetas a contraluz. A una de ellas, tanto mi amigo como yo la reconocemos de inmediato. Se trata del jefe de la Gran Nación Sepasco. ¡Menudo canalla!

—Agua —nos saluda a ambos.

—Por favor, pasen ustedes —les invito yo a ocupar plaza en el sofá de flor de piel.

Al Compañero del Viento le siguen una parejita de ancianos que entran cogidos de la mano. A pesar de la edad, aún pueden vislumbrarse en sus rostros vestigios de una belleza pasada. Ambos debieron de haber sido en su juventud personas extremadamente atractivas. Barbie y Kent Brillos. Quien tuvo retuvo. Ya sabes.

—Le estábamos esperando, señor Gonzáles Espejo —se arranca el caballero.

—Ingelmo —le corrige mi amigo—. José Luis González Ingelmo, para servirle.

—Oh, sí, excuse mi español —se disculpa el anciano.

—*Please*…

La pareja y el jefe toman asiento.

—Perdone que no les ofrezcamos nada de picar —le comento en plan jocoso al líder de los sepasco—. Pero comprenderá que en estas circunstancias…

—Nos han informado de que tiene usted relación con Charlie Ross, señor Gonzáles —va directamente al grano el viejecillo—. ¿Podría usted, si es tan amable, aclararnos el motivo de su demostrado interés por contactar con el agente?

A mi amigo casi le da un pasmo.

—¿Está Chuck aquí? —pregunta a punto de tener *overdosis* de palpitaciones.

—Digamos que sabemos dónde se halla. Supongo que estará al tanto de que se encuentra en estado muy grave, ¿verdad?

—Sí, y necesito contactar con él cuanto antes. Para eso he venido.

—¿Para qué dice exactamente que ha venido, señor Gonzáles?

Agenjo duda. ¿Nos estarán tendiendo una trampa?

—Para darle un recado y punto —apostilla lo más convincente que puede.

—No me diga… —Se frota las manos nuestro interlocutor—. ¿Y qué es «eso» tan importante que tiene que comunicarle, si puede saberse?

—¡Eso! —Señala hacia el techo T´nga Ukka, delatando acusica mi presencia.

—¡Anda, un alma! Baje usted de ahí, hombre, que no le vamos a comer —me requiere, frunciendo el ceño, el anciano.

Se conoce que a fuerza de contacto con los nativos el hombre ha aprendido a desprenderse de sus prejuicios de adulto y puede detectar amigos invisibles.

Desciendo del techo y me poso en la alfombra roja cien por cien lana virgen que, por la composición de su hilatura, posiblemente haya sido tejida en telar Gripper electrónico.

—¿Le resulta cómoda la estera? —me interpela el sepasco—. La he confeccionado yo mismo siguiendo el proceso tradicional. El punto es mi hobby.

Ah, pues entonces se conoce que va a estar hecha a mano.

—¿A quién tenemos el gusto de saludar? —me interroga el viejo.

—Al señor González Ingelmo. Bueno a su alma. El cuerpo, mi cuerpo, lo ocupa una parte del espíritu del señor Ross.

—Muy interesante —interviene el jefe indio.

—Yo, en realidad —aclara mi amigo—, soy como una chispa que quiere retornar al fuego. ¿Me entienden?

—Le entendemos perfectamente, señor Ross —le confirma el jefe displicente—. Nosotros somos indios, no pichabobas.

El anciano se levanta y le da un sentido abrazo a mi amigo. Me maravilla lo bien que ha salido Agenjo del entuerto. Si es que, como le dije yo en su día a Mortadelo en la piscina, cuando te manejas con profesionales, da gusto.

—*Okay*, pues, señor Ross —le felicita, tendiéndole ahora la mano el anciano—. Bienvenido al valle sagrado de la Gran Nación Sepasco. Sólo deseo que este encuentro nos procure los frutos apetecidos.

¿De qué frutos habla este? ¡Pero bueno! A punto estoy de caerme de espaldas cuando de pronto reconozco, en los rasgos del viejecillo, el mentón cuadrangular del que fuera trigésimo quinto presidente de la nación más poderosa del planeta.

—¡Kennedy! —se me escapa en voz alta sin poder evitarlo.

—Encantado —replica—. ¿Conoce a mi compañera, Marilyn?

Media hora más tarde, Agenjo, al que ahora Kennedy llama Ross, y el menda que les habla estamos confortablemente sentados de nuevo en el despacho del doctor King. En plan informal y delante de la chimenea, que, dicho sea de paso, tira estupendamente, lo cual resulta siempre muy agradable. Les hemos puesto al día de todas nuestras cuitas. Bueno, de todo menos de que yo planeo escribir un libro. No se lo he dicho porque me da corte y porque, además, sospecho que se van a oponer tajantemente a ello. Me remuerde algo la conciencia, no lo niego. A decir verdad, me remuerde bastante, pero decido apartar estos pensamientos y dedicarme a vivir la actualidad en plenitud. Nos acompañan, además del presidente con nombre de aeropuerto internacional, la actriz Marilyn Monroe, Benazir Bhutto, la que fuera primera ministra de Pakistán, y el gran jefe de la Nación Sepasco.

—Fotos no —me indican.

—Ni para subirlas a Instagram, ni para colgarlas con un imán en la nevera. Nada de fotos —añade Marilyn.

Esta vez no hay vino. Frente a las llamas, y con gran claridad de exposición, el reverendo nos va relatando los pormenores de su secreta organización. Los demás prácticamente no participan. De hecho, Kennedy se queda sopa un rato. Martin Luther King nos indica que conoció la existencia del lugar a mediados de 1958 a través de su buen amigo Thomas Healy. Que Thomas Healy era a la sazón un miembro muy activo en la iglesia de los cuáqueros de Nueva York y que, por su afinidad con el movimiento de derechos humanos, entabló amistad con el pastor. Luego nos cuenta que, durante el transcurso de una visita a Harlem, Healy le confesó, a sabiendas de que trataba con un personaje histórico irrepetible y de una solidez y fidelidad inquebrantable, según palabras que pronunció el propio Healy y cuyo recuerdo al doctor todavía le provocan sonrojo, el secreto que venía atesorando su iglesia desde siglos. Explica que los cuáqueros fueron muy activos en la lucha contra la esclavitud en Estados Unidos y que es de sobra conocido que ayudaron a muchos africanos a escaparse de las plantaciones del sur y a encaminarse hacia la libertad en Canadá. Marilyn y T´nga Ukka asienten y añaden un modesto comentario para reforzar las tesis de su líder espiritual. Kennedy ronca.

Se ve que los cuáqueros, para conseguir su propósito, construyeron un sistema de paradas

clandestinas en las que los negros que huían podían esconderse durante el día para volver a emprender la marcha hacia el norte al cobijo de la noche. Y así, de parada en parada, llegaban al Jordán. Alcanzaban la libertad. Momento del relato en que el reverendo se pone en pie y comienza a entonar en voz grave el *Oh When the Saints Go Marching In*, acompañado a las palmas por Marilyn y a los pitos por John Fitzgerald, que, con el salmo, se despereza.

King se sienta y prosigue. Subraya que los cuáqueros excavaron túneles bajo las iglesias que conectaban con granjas, lo que facilitaba el salto de los fugitivos de la ciudad al campo y que, otras veces, aprovechaban cuevas naturales o refugios abandonados para establecer paradas en medio de las largas sendas que atravesaban los bosques de Nueva Inglaterra. Añade que contaron con el apoyo de los indígenas americanos, que sufrían parecida persecución en aquellos años, y que la Gran Nación Sepasco se ofreció a cobijar esclavos en un enclave que había pasado desapercibido a los europeos.

Llegado este momento hace una pausa valorativa y se interesa por saber si alguno de los presentes necesita comer algo. Ante la negativa de los cuatro (completamente falsa en el caso de Agenjo porque tiene tanta hambre que podría merendarse la piel de la tapicería), el reverendo prosigue su narración. Dice que, con el paso de los años y abolida la esclavitud, en los sesenta se produjo un gran descontento social con el sistema capitalista. Se hablaba del sueño americano, pero muchos intelectuales lo encontraban más cercano a la pesadilla y muchos comenzaron a buscar un mundo alternativo donde la propiedad privada no contase y donde la grandeza del individuo se basase en las relaciones humanas. La cueva de Esopus brindaba la posibilidad de experimentar esa utopía. Se trataba de crear un mundo paralelo, más satisfactorio para el individuo, con idea de exportar el modelo al exterior cuando este hubiera madurado. Se abrió la puerta con cuentagotas. A miembros muy exclusivos. A mentes prodigiosas capaces de crear un sistema que luego pudieran seguir las masas.

—Y se han hecho muchas cosas, creáme. Menos de las que nos hubiera gustado, pero se han hecho. Aquí, Benazir, por ejemplo, ha realizado una gran labor empoderando a muchas mujeres a distancia gracias a las ventajas que ofrece el *on line*.

Agenjo aprovecha para ofrecerle a la señora Bhutto sus respetos, ya que la presentación inicial había resultado muy escueta, y se muestra francamente interesado en conocer los pormenores de su colaboración en la organización secreta.

—Es una historia muy larga, señor Gonzáles —responde la paquistaní—. Digamos que apoyamos a las mujeres para que accedan a organismos de poder. Nada de abrir peluquerías. Trabajamos mucho la autoestima. La primera que tiene que creer en sus posibilidades es la propia mujer.

—En España, Benazir tiene una alumna aventajada —apunta Marylin.

—¿Ah, sí? —se interesa por el cotilleo mi amigo.

—Carme Chacón, su ministra de defensa —responde la Monroe—. Benazir la quería aquí, pero la hemos convencido de que su labor es mucho más necesaria al descubierto. Las niñas necesitan modelos en los que fijar sus ambiciones. No se extrañe de que la Chacón llegue a presidenta del gobierno algún día. Acuérdese de lo que le digo.

La señora Bhutto baja la mirada con modestia.

—¿Se acuerda del discurso que pronunció Hillary Clinton en la cumbre de mujeres de Beijing, señor Gonzáles? —interviene Kennedy.

—Sinceramente, no —reconoce mi amigo.

—Nuestra secretaria de estado tuvo entonces el valor de afirmar que los derechos de las mujeres entran en el capítulo de los derechos humanos y creó una conmoción política de órdago.

—¿Sabe por qué? —retoma la explicación la señora Bhutto—. Porque lo dijo una mujer blanca. Permítame que le explique que muchas líderes africanas y asiáticas nos habíamos hartado de repetir lo mismo en foros internacionales; pero nuestro discurso caía una y otra vez en saco roto. Ahora bien, en cuanto una mujer blanca pronunció lo mismo… todo el mundo prestó atención.

—Lo que nadie sabe es que ese discurso de Hillary se lo escribió Benazir —apostilla Kennedy.

—Benazir está haciendo una labor encomiable. El proyecto que no le dejaron llevar a cabo en su propia tierra, lo está haciendo posible a través de otras voces en muchos ámbitos —remata la Monroe.

—¿Carme Chacón es de los suyos? —regresa Agenjo a la pregunta del millón.

—No. Ella tiene méritos suficientes, no me malinterprete. Pero, cuando nosotros detectamos un líder con potencial, procuramos apoyarle. A Carme la hemos empujado hacia el poder, aunque ella no nos conoce, ni creo que sospeche de nuestra existencia. Ya habrá tiempo de contárselo. Nuestra idea es esperar a que termine sus tareas de gobierno y, entonces, brindarle la oportunidad de establecerse temporalmente en Estados Unidos. Una experiencia académica, posiblemente. Quizás en Miami, para evitar el problema del idioma. Cuando esto ocurra, tendrá que decidir por sí misma si quiere o no sumarse al proyecto. Aquí no obligamos a nadie.

—Ya, ya, no obligamos —ataja Kennedy—, pero necesitamos animar a que venga más cooperación intelectual, que tenemos *overbooking* de cantantes.

—No te alteres, *Mr. President*… —intenta sosegarle Marilyn, en un tono tan sensual que me da la impresión de que se va a arrancar a cantarle otra vez el *Happy Birthday.*

Martin Luther King suspira y se anima a confesarnos algunas intimidades. La primera, que él a mí no consigue verme ni de coña. Que ha intentado practicar con T´nga Ukka infinidad de veces lo de contactar con almas, pero que no le sale. Igual que tampoco le salía con su pandilla de verano lo de la güija. Y, a renglón seguido, pasa a admitir sin tapujos que Jack tiene razón y que, debido a diversas causas convergentes, la cueva ha derivado más hacia una comunidad de cantautores que hacia un movimiento de desobediencia civil propiamente dicho.

—Si le digo la verdad, señor Gonzáles, estoy hasta el moño de cantar el *Blowing in the Wind* —nos confiesa Kennedy, a punto de derrumbarse.

Agenjo, ante las dudas de cómo reanimarle, se inclina y le da un besito tranquilizador en la calva. El presidente le mira entre agradecido y confuso y, tras recuperar la compostura, explica que se encuentran un poco perdidos en referencia a los objetivos fundacionales.

—Ya, ya —asiente mi amigo—. Perdidos, pero con un estilo de vida como de fin de semana perpetuo que quién lo pillara. A ver a quién no le gustaría vivir en un sitio todo exterior y con tanta luz…

—Eso es así, no nos malinterprete —sale Elvis al quite—. Mantenemos una calidad de vida agradable y en ningún momento nos planteamos regresar al lío de la civilización occidental. Dios nos libre.

—No les haga caso —retoma la conversación Marilyn—, es que tantos años de lucha cansan,

señor Gonzáles, pero la semilla revolucionaria que con tanta dedicación y sacrificio hemos plantado en esta cueva ha producido ya sus frutos. A la madre Teresa, por ponerle un ejemplo, la financiamos nosotros.

—A ver a quién se cree que le tocó tejerle el uniforme blanco con las rayitas azules. El suyo y el de las otras hermanitas, que eran un buen número —apunta el Compañero.

—¡Caramba! —exclama Agenjo asombrado por las labores de ganchillo del jefe indio.

—Y el chino que se enfrentó a los tanques en la plaza de Tiananmen era hijo de uno de los nuestros —prosigue la protagonista de *Los caballeros las prefieren rubias*—. Hágame caso. Se han conseguido grandes avances. El doctor exagera. No es cierto que la iniciativa haya derivado en un camping de verano con gente en chanclas y sin camisa.

—Bueno, bueno —ataja el reverendo—. ¿Le apetece, señor Gonzáles, que le enseñe las instalaciones? Seguro que nos relaja un poco a todos dar un paseo y estirar las piernas.

Salimos al exterior. La gruta es un valle inmenso excavado en la roca. King explica que se trata de una formación geológica de arenisca. Y que los glaciares se encargaron de horadar túneles y cavidades. La gran cueva, nos cuenta, tiene trece mil hectáreas. Como si fuese una inmensa terraza cubierta con ventanales al fondo, hacia los acantilados inaccesibles de las Catskills. Con un techo de piedra, a una altura de unos ciento cincuenta metros, que presenta numerosas grietas y aberturas (la más pequeña del tamaño de una bola de billar, la más grande de cuatro hectáreas) que filtran de forma indirecta la luz y el agua de lluvia.

—Por tierra sólo existe un acceso secreto —puntualiza la rubia más famosa de la historia de Hollywood—. Y por aire es prácticamente imposible dar con nosotros porque los nativos plantaron arces, acacias y castaños bajo los agujeros y, cada vez que un aeroplano nos sobrevuela, sólo pueden ver un tupido bosque donde se mezclan los arbustos de la planta superior con las copas de los árboles centenarios de nuestro nivel.

Mira tú qué avispados. Con razón mis sobrevuelos en busca de Michael Jackson resultaron inútiles.

—El caso es que todo está a punto de irse ahora al carajo —ataja el doctor con una mueca de amargura.

—Necesitamos ayuda —le comenta a mi amigo Kennedy en un aparte—. Por eso contactamos con Ross.

—¿Ustedes contactaron con Ross? —exclama sorprendido mi amigo. Yo pensaba que había sido justo al contrario.

—Digamos que sabíamos que nos andaba buscando… y le dejamos que nos encontrara —aclara el reverendo.

—Perdonen, pero no los entiendo —protesto yo tímidamente.

—Ay, sí disculpenos. Intentaremos hablar más despacio. Nos habíamos olvidado de que era extranjero.

—No, si digo que no entiendo por qué dejaron que Ross descubriera su sociedad secreta. Si me disculpan la impertinencia, no tiene ningún sentido.

—Si por algo se ha caracterizado este país, señor Ingelmo —interrumpe a mis espaldas la voz del jefe sepasco—, es por no haber respetado jamás los tratados que ha firmado con el pueblo indígena. Todo empezó cuando los europeos se dieron cuenta de que los nativos no podíamos entender el concepto de propiedad privada y nos obligaron a aceptar documentos de ventas de

tierras aprovechando que ni nos imaginábamos lo que estábamos firmando. Pero la gran debacle llegó en 1829, cuando el presidente Andrew Jackson, conocido por nuestro pueblo como Cuchillo Afilado, decidió que rostros pálidos y pieles rojas no podían convivir y mandó a todos los indios al exilio en territorios al oeste del Misisipí. Mi gente accedió bajo la promesa de Jackson de que se respetaría nuestras nuevas tierras y nos dejarían para siempre en paz. Pero dos años más tarde el gobierno cambió de opinión y volvieron a empujarnos más lejos. Esta vez al meridiano 95. Luego apareció oro en los montes Apalaches, en California, en Colorado, y los blancos nos fueron arrinconando más y más. Por eso se desataron las hazañas bélicas desesperadas de los héroes más grandes que ha dado este continente. Seguro que conoce sus nombres. Por razones equivocadas, pero seguro que le suenan. Nube Roja, Toro Sentado, Caballo Loco, Cochise y Gerónimo. En 1890 se perdió la última esperanza en la batalla de Wounded Knee. Desde entonces los indios habitamos malamente en míseras reservas, con una promesa de respeto a nuestro territorio que está a punto de volverse a romper.

—¿Han oído hablar del *fracking*, señores Gonzáles e Ingelmo? —nos pregunta Benazir Bhutto dirigiéndose a los dos con igual respeto, cosa que es de mucho agradecer.

—Sí —responde Agenjo.

—Ni idea —reconozco yo.

—Han encontrado mucho petróleo en Dakota y planean construir un oleoducto para transportarlo hasta el puerto de Kingston, la antigua capital de nuestro estado —aclara Kennedy —. De ahí lo conducirán en barco por el río Hudson a Manhattan. Y de Manhattan al mundo.

—Dicen que necesitan extraer ese crudo, destrozando nuestros paisajes con una fracturación mecánica que envenena los acuíferos, para que Estados Unidos no tenga dependencia energética de potencias extranjeras. De dictadores —explica Compañero del Viento—. Pero es mentira. Lo van a vender fuera para sacar dinero.

—Entre Dakota y Kingston, en línea recta, nosotros estamos en medio. El oleoducto va a pasar por nuestro escondite y nos van a descubrir.

—¿Pero por qué en línea recta? ¿No se pueden proponer planes alternativos para que dé un rodeo? —pregunta Agenjo inocente.

—No, hijo, no —le aseguro yo confirmando los temores de los habitantes de la cueva—. Los oleoductos sólo pueden ir en línea recta y con una pendiente constante para que no se atasque el crudo por el camino en las curvas. Ay, qué poquito leemos…

—Joder, José Luis, te veo muy informado en hidrocarburos —exclama entre asombrado y avergonzado mi amigo.

—Ya ves —le dejo caer soplando levemente sobre mis hombros.

—Tiene razón el señor Ingelmo. La única solución para que nuestro escondite no quede al descubierto sería parar la construcción de la serpiente negra —anuncia el jefe sepasco—. Para eso queríamos contactar con Ross, para llegar hasta Obama, que es el único que puede interrumpir la debacle con una orden ejecutiva.

—¡Obama! ¡La serpiente negra! —Me estalla un pensamiento en la corteza cerebral al comprender el significado de la posdata que Ross me anotó en su carta.

—Descubrimos que la mejor manera de hacerle llegar nuestra petición al presidente sin arriesgarnos a filtraciones de su gabinete era a través del agente Charles Ross —indica Marilyn —. Por eso le dejamos acercarse.

—Hemos estado tentados de contárselo a Hillary, pero nos ha dado miedo porque si lo manda en un email y lo intercepta Wikileaks, la cagamos —sentencia el sepasco.

—Pero, en vista de las trágicas circunstancias que han acontecido, quizás pudiera usted animarse a tomar las riendas, señor Gonzáles, y hacer de mensajero —me sugiere el presidente asesinado en Dallas—. Nos han informado de que usted y Ross son «amigos del alma» y que, por tanto, usted no sería capaz de traicionar ni a su amigo, ni a nosotros.

¿Yo ponerme en contacto con el presidente Obama? No hay duda de que se trata de una confusión. Por no poder, no podría ni ponerme en contacto con el presidente del Madrid. Se trata de un error de bulto porque yo no tengo ni categoría ni oficio para una misión de tal alcurnia, pero, dada la penosa situación de desempleo en que me hallo, no voy a negar que la propuesta me halaga. Cuando menos me lo esperaba, por fin me llega una oferta de trabajo decente, de empresa solvente, como las que dicen que les surgen a los que tienen cuenta en Linkedin.

—Pues no le digo yo que no me lo voy a pensar —le dejo caer a John Fitzgerald, aunque reconozco que con la garganta hecha un nido. Sí, digo bien: un nido y no un nudo, porque ante la envergadura de la misión se me han puesto los huevos de corbata.

—Muy bien. Así me gusta, señor Gonzáles Espejo —retumba tras de mí la voz del jefe sepasco—. Agua.

—Un momento, un momento. ¿A qué viene todo esto? ¿Estamos en *Inocente, inocente* o qué pasa? —Se vuelve hacia el reverendo mi amigo en demanda de explicaciones—. ¿Cómo que le lleve yo, bueno, mi socio, el mensaje a Obama?

—Queremos que le lleve nuestro mensaje a Obama, señor Gonzáles. Eso es lo que le pedimos a Ross y él aceptó. Pero como ahora no puede, queremos que usted tome el testigo.

—¿Y por qué no me dejan ver a Ross y que sea él quien me confirme lo que me cuentan? Yo ya no me fío un pelo —protesta mi amigo.

—Por supuesto que va a poder verle —promete la Monroe—, pero Chuck ya no puede hablar. Ha entrado en coma terminal. Teníamos que contarle la historia nosotros.

—¿Y no habría sido más fácil que nos hubiera traído directamente aquí evitándonos el viajecito a Woodstock, la visita a la reserva y el ladrillazo en la cabeza? —protesto yo ante quien pueda de los presentes oírme.

—Lo siento. Son protocolos de seguridad. Teníamos que asegurarnos de que usted es quien decía ser y tratar de descifrar ese jaleo de almas que se trae con Ross y que, tendrá que admitir, no resulta fácil de pillar a la primera.

—Nosotros también hemos arriesgado y perdido mucho dejándolos entrar.

—¿Ah, sí? —inquiere Agenjo poniéndose gallito como en el aeropuerto. Ya empezamos. Le llamo la atención.

—Hombre —aclara el líder nativo—. Es que les dejamos que fueran al chalecito con intención de hacerles pasar desde ahí a la guarida disimuladamente esa misma noche, pero no contábamos con que iban a descubrir la caja fuerte y avisar a los GEO y toda la pesca…

—¡Vaya jugarreta! —sentencia el reverendo—. Nos han dejado sin las joyas de los Enterría y sin la recaudación de la última gira de Amy Winehouse. Menudo agujero nos habéis hecho.

—¿La Whinehouse también es parte de este tinglado? —se interesa Agenjo por esta última revelación, entre otras cosas por quitarle hierro a su chulesca salida de pata de banco.

—No —le responde Marilyn—. Amy tristemente nos dejó para siempre. Pero era un alma noble. Muy caritativa y siempre apoyó nuestra causa. También Benazir le escribió algunas letras.

—Bueno, bueno. Vayamos al grano, por favor —media el veterano presidente—. Si usted acepta transmitir nuestra petición a Obama, señor Gonzáles, seguro que él sabrá valorar la importancia de la decisión que le solicitamos. Y, quién sabe, igual hasta se quiere involucrar personalmente cuando termine el mandato.

—Sí, a Obama se lo puede usted contar sin tapujos —confirma el reverendo.

—Y cuanto antes mejor —remacha JFK.

—¿Yo a Obama? —le murmuro en la oreja a Agenjo—. ¿Pero qué Obama ni qué Obama si yo no tengo acceso?

Comienzo a intranquilizarme y mucho. ¿Motivo? Pues que, como no demos enseguida con el cuerpo moribundo de Chuck y hagamos el intercambio de almas, al agente se le va a pasar el arroz (que la va a espichar, para entendernos), y mucho me temo que mi invisible amigo se va a quedar con mi pellejo y la única alma que va a exterminar la Oficina va a ser la mía. O, en el mejor de los casos, me borrarán y me mandarán a ocupar un bebé en Nepal. Y a mí no me jorobes, machote, que si estoy aquí es porque se me ha prometido material para una novela de

éxito y lo único que quiero es recuperar mi cuerpo, mi familia y mi prestigio y no ponerme a trabajar de sherpa. Por mucho que me apetezca conocer Katmandú y celebrar allí con banderitas de colores el año nuevo en febrero. Me sigues, ¿no?

Les hago partícipes a los presentes de mis inquietudes y el jefe sepasco, con un gesto que consiste en bajar y subir varias veces ambas manos en paralelo, me comunica que agua. Kennedy consulta su reloj y me hace saber que vamos con tiempo. ¿Ah, sí? Pues yo no me fío un pelo, qué quieres que te diga.

Agenjo se queda enganchado en una distendida charla, pero yo decido abandonar la sala y ponerme a buscar el cuerpo de Chuck por mi cuenta. Dedico a esta labor unos diez segundos y, sin éxito digno de comentario, la doy por terminada tras estar a punto de congelarme en la cámara frigorífica de las cocinas. En ella guardan tres ejemplares de búfalo, despellejados, descabezados y colgados boca abajo de los tendones. Entro por equivocación al traspasar el muro de la despensa y, aunque tardo en atravesar la nevera tan sólo unas milésimas, es suficiente para que me ponga azul como la llama de un mechero. Con urgencia busco alivio frente a la chimenea del despacho del doctor a donde regreso a toda pastilla.

—Perdóneme la indiscreción, reverendo —le comenta mi amigo a Martin mientras curiosea unos libros de la biblioteca—. ¿Cómo hacen para financiarse?

—¿Dinero? —deja caer Luther King—. Ah, ese no es el problema. Nuestro principal benefactor se llama Lang, Michael Lang. ¿Le suena el nombre? Es el que organizó el legendario concierto de Woodstock, tres días de paz y música, en el sesenta y nueve. Todos los beneficios fueron para nuestra causa. Un taquillazo. Y nos ha seguido financiando desde entonces. Montó otro concierto en el noventa y cinco, tenemos los *royalties* de la venta de camisetas…

—Contactamos con él porque necesitábamos un hombre en el exterior y nos pareció la persona adecuada —manifiesta JFK—. Además, nosotros empezábamos a contar ya con muchos músicos en nuestras filas. A él le encantó la idea desde el principio. Su única condición fue que le dejásemos pasar aquí algún que otro puente. Tener un *pied-à-terre* en las montañas. Un refugio de fin de semana. Al principio no nos hizo gracia, pero comprobamos que Lang es un tipo discreto y descubrimos que no nos causaría mayores problemas.

—Nos visita un par de veces por año —aclara Marilyn—. Tampoco es que venga todos los viernes. Ja, ja… Suele aparecer solo, aunque una vez se trajo a Dylan. Bob compuso aquí la canción *I Shall be Released.* Piénselo, Gonzáles. Si analiza la letra, verá que cobra sentido lo que le digo.

—La última contribución de Mick a nuestra causa —se arranca el gran jefe sepasco— ha sido la instalación del sistema de inhibidores de radares que nos protegen de curiosos. Ni el sonar ni el radar funcionan porque su lectura choca con el techo de piedra, que erróneamente identifican como suelo, y no saben que nosotros estamos ciento cincuenta metros más abajo. Pero, sin los inhibidores, con el láser y la técnica del calor podrían localizarnos fácilmente. Su amigo el Cuervo debió de seguirlos a Woodstock porque al día siguiente peinaron la zona con aviones espía. Gracias a Lang no dieron con nosotros.

A continuación, Martin le facilita los nombres de algunos de los principales miembros de la organización y le detalla de forma cronológica cómo se fueron incorporando cada uno. Le habla abiertamente de los Gutiérrez de Enterría, cuya casa había sido originalmente la vivienda del tal Haley, y dice que, gracias a ellos, se pasaron al valle en el cincuenta y nueve Ritchie Valens y

Buddy Holly. Que en el sesenta y dos llegó Marilyn Monroe y que la siguió Johnny en el sesenta y tres. Ahí Kennedy pide la palabra y hace un aparte para explicarle que, al contrario de lo que se pudiera pensar, su desaparición del mundo no fue debida a motivaciones políticas.

—Vinimos por amor. Marilyn y yo descubrimos este sitio a través del doctor y decidimos huir juntos. Sé que mi muerte ha generado mucho dolor y frustración, pero entonces sólo pensé que para Jackie era mejor quedarse viuda que tener que soportar de por vida la vergüenza de un marido infiel.

—¿Y todavía mantiene usted que su decisión fue acertada? —se atreve a preguntarle Agenjo, descarado.

Kennedy baja la cabeza y se produce un silencio que yo calificaría de tenso. Aprovecho el instante para señalarle a mi amigo el reloj de su muñeca, alarmado por la poca prisa que el invisible manifiesta de pronto por recuperar su cuerpo y, al fin, Kennedy deja escapar una sonrisa que vuelve a relajar el ambiente. Está visto que todavía no nos ponemos en marcha.

—Fui un egoísta —contesta—. Mi decisión no fue acertada, pero ya no tenía vuelta atrás. Los suicidas, amigo Ross, si fuésemos conscientes de los daños colaterales que causamos con nuestra partida, jamás tomaríamos la decisión de quitarnos la vida. Pero déjeme esgrimir en mi defensa que vine convencido de que, oculto en esta cueva, podría de veras ayudar a mejorar el mundo.

—¿Está su hermano también en el valle?

—No, a Bobby lo asesinaron. Quizás no habría ocurrido si yo no hubiese simulado mi partida. Es un remordimiento con el que he tenido que aprender a convivir todos estos años.

—¿Por qué no le dijo nunca la verdad a Ted? —Ha cogido carrerilla con las preguntas mi amigo.

—Porque el mundo exterior necesita también de hombres valiosos. Esto es un laboratorio y desde aquí exportamos nuestros experimentos con la esperanza de que allí cuajen. No nos subestime. Créame cuando le digo que hemos influido, a nuestra manera, en el poderoso movimiento social que ha colocado al primer afroamericano en la Casa Blanca. Eso es así. Pero el mundo real necesita de grandes hombres como Ted. Además, él nunca lo habría entendido. Estoy seguro de que nos habría descubierto. Siempre estuvo del lado de Jackie.

El doctor relata con pormenores que él no se decidió a dar el paso hasta el sesenta y ocho. Que en el setenta llegaron Hendrix y Janis Joplin. Que Jimmy lo llevó siempre mejor, pero que Janis echaba mucho de menos su piano. Y que tal es el grado de nostalgia que la embarga que a ella es al único interno al que se le permite salir de vez en cuando a pasar la noche fuera.

—Janis sale de incógnito y cena en Woodstock con Sally Grossman, la viuda de Albert, el antiguo mánager de la artista.

—Suelen ir al Bear Café —puntualiza Marilyn—. No sé si lo conoce. Es comida ecléctica de la nueva cocina norteamericana. Muy aclamado, en particular, por los espárragos *velouté* con bechamel y la ración de ostras canadienses de New Brunswick.

Por lo que se ve, Sally deja a Janis que toque el viejo piano que conserva en su casa/estudio de Bearsville. Lo tiene al lado de la chimenea en la que la propia viuda de Grossman posó para la portada del *Bringing It All Back Home*. Es un piano al que Janis guarda especial cariño, pues, con esas mismas teclas, compuso el *I Can´t Turn You Loose*. King explica que, siempre según la Joplin, cada instrumento tiene su ángel y que ella no había dado con otro piano que igualara en

belleza sonora la de aquel mueble barroco. Y que, por más que la Familia (término cariñoso que utiliza el reverendo para referirse a la secreta institución) le hubiera propuesto en numerosas ocasiones conseguirle un Steinway & Sons de segunda mano, Janis prefería salir del escondrijo y componer nuevas melodías en el piano de los Grossman.

Abrumado por tanta explicación, aprovecho una pausa para subir un momento a la nube de internet y buscar la mencionada portada. En iTunes la localizo. Reconozco a Dylan en primer plano y Sally ha de ser la despampanante chica de rojo que se fuma un cigarrito en el *chaise longue* de atrás recostada junto al fuego.

—Entonces, si hay tanta gente que conoce la existencia de este lugar, no puedo entender cómo no ha habido filtraciones. —Sacude, incrédulo, la cabeza mi amigo.

—Sólo lo conoce Michael Lang —le corrige JFK.

—Y el jefe de la Nación Sepasco y… ¿no dice que Sally Grossman está también en el ajo? —le acorrala verbalmente Agenjo.

—No. Ella sabe que Janis está viva, claro. Que se oculta en algún lugar, obviamente, pero no sospecha que la cantante comparta residencia con el resto de las personas mencionadas.

—En eso ella no es la única, debemos reconocerlo —ilustra la Monroe—. Hay otros individuos que tienen información parcial, como Harrison Ford, pero a los que, como no manejan datos suficientes para completar el puzle, no se les considera un peligro.

—¿Harrison Ford también sabe algo?

—Lo intuye, pero no puede probar nada. Se enteró por un error. Un desliz que cometió un ilustrador de Marvel que ingresó en el 2000. A raíz de aquello Ford pidió ser admitido pero, por votación mayoritaria, se le denegó el permiso de entrada.

—¿Y eso?

—El tipo es buen actor, vamos a concederle al césar lo que es del césar, pero en persona resulta un petardo —ataja el reverendo, elevando las cejas.

Entra en la biblioteca un nuevo personaje, con media melena, que ofrece a los presentes queso manchego y tortas de Inés Rosales. Yo saco pecho, orgulloso de que el producto español haya calado tan hondo en esta cultura, y así se lo hago saber al camarero. Este eleva los ojos y, contra todo pronóstico, me responde. Otro que, gracias a los sepasco, ha aprendido a respetar almas.

—Me alegra que le guste —me contesta sonriente—. Antes costaba mucho trabajo encargar producto de la madre patria, pero ahora encuentras muchos establecimientos que lo sirven.

¿Cómo que de la madre patria? Me fijo con detenimiento en el tipo y no puedo ni creerlo.

—¿Luis Manuel? —le interrogo incrédulo.

—Sí —me responde amistoso.

—¿Luis Manuel Ferri Llopis?

—En efecto —me sigue el juego.

—¿América, como un inmenso jardín, eso es América?

—Que sí, carajo, que sí.

—¡Nino Bravo! —le digo—. Pero, por favor, no sabes qué honor poder conocerte. Eres mi ídolo. No tengo palabras. Juan Carlos González Ingelmo, un admirador, un esclavo, un amigo, un siervo. «Libreeeee, como el sol cuando amanece yo soy libreeeeee, como el maaaar…». ¿Pero cómo tú por aquí?

—Ya ves, me metió en esto Cecilia hace ya treinta años.

—Menudo sorpresón.

—Bueno, bueno. —Se aleja de mí con modestia el valenciano.

Esto es para mear y no echar gota.

Martin revela que Elvis se sumó en 1977 y que John Lennon lo hizo en diciembre del ochenta. Por lo visto, Yoko y él no se llevaban tan bien como se especula. Dice que en esa relación lo que hay es mucho mito. Y concluye ofreciendo algunos pormenores de los últimos ilustres en acogerse a la hermandad, entre los que menciona a Lady Di y a Michael Jackson. Pero yo, qué quieres que te diga, no puedo quitarle ojo al de la bandeja de queso semicurado Don Bernardo. En cuanto volvemos a restablecer conexión visual, le guiño un ojo, le disparo cómplice con el dedo en plan pistola y no puedo evitar entonar a voz en grito uno de sus magistrales éxitos.

—«¡Al partiiir, un beso y una flooooor, un te quiero, una caricia y un adióóóóós! ¡Es ligero equipajeeee…». —Me sale un gallo de espanto y lo dejo.

—Por favor, por favor, modérese usted —me vuelve a suplicar Nino, algo sonrojado por mi numerito.

—Perdón, perdón —me disculpo—. Es que soy muy fan.

—Ya, ya, gracias. Yo se lo agradezco —me reconoce—. Pero vamos a tener un poquito de respeto con el reverendo.

Le digo que sí, que claro, que faltaría más. Que es ligero equipaje para tan largo viaje y las penas pesan en el corazón. Y, claro, Nino me manda a hacer gárgaras. Acto seguido saluda a una indígena que asoma por el hueco de la puerta de entrada.

—Es mi compañera —me comenta en plan confidencia.

La chica desaparece por donde había venido y el Bravo, sin mediar excusas, me deja plantado y sale en pos de ella gritando su nombre.

—¡Noelia! ¡Noelia, Noelia, Noeliaaaa!

Avergonzado por la bochornosa espantada, revoloteo un poco para quitarme de en medio y regreso al lado de mi amigo, que sigue de charleta con el grupo.

—Johnny y yo no somos los únicos que buscamos refugio en la montaña por motivos personales, ¿eh? —explica la actriz—. Mira tú Jimmy.

—¿Hendrix? —Acierta en la pregunta mi amigo.

—Lo tuvo que hacer por dinero —prosigue la rubia—. Estaba arruinado, debía un montón de pasta y acordó simular con su mánager su trágico final. Así el representante cobró el seguro, pudo saldar sus cuantiosas deudas y la familia de Hendrix no tuvo que sufrir.

—La idea inicial de nuestro amigo el guitarrista —retoma la narración el doctor— había sido la de refugiarse durante un tiempo prudencial con nosotros y regresar luego con identidad falsa. Pero le gustó el sitio y, al final, decidió quedarse.

—Estupendo, pues me doy por enterado —exclama en un intento de poner fin al relato mi amigo. Ahora, por lo que se ve, le entran de pronto las prisas.

—¿Qué le parece la movida, Gonzáles? —suelta Kennedy en un intento de colegueo.

—Francamente interesante —responde Agenjo cortante—, pero ahora, si les parece, me gustaría que me llevasen de una vez en presencia del agente Ross. Me gustaría poder despedirme de él antes de que llegue el fatídico momento.

—Por supuesto, por supuesto, lo entendemos.

El reverendo sujeta uno de los candelabros que cuelgan de la pared a un lado de la estantería y, justo como ocurre en la escena que te mencionaba de *El jovencito Frankenstein*, tira de él hacia abajo y se abre una compuerta. Al cabo de unos segundos, por el agujero asoma un doctor. En esta ocasión se trata de un doctor de los de medicina, vestido con uniforme verde clarito, zuecos, guantes y mascarilla.

—Le presento al doctor Frank Ryan.

Esto cada vez se parece más al *Sorpresa, sorpresa,* pero sin la Gemio. Ryan era el cirujano plástico de los famosos que condujo su Jeep Wrangler hacia un acantilado en Malibú. Se me enciende una bombilla: ¡la conexión Michael Jackson!

—Pase, señor… ¿señor Ross?

—Sí, puede llamarme señor Ross. Ross y yo somos… hermanos gemelos.

—Me alegro de que haya podido venir. A su hermano le dimos anoche por muerto…

Me entra una comezón que no tengo palabras para definir. ¿Que Ross la ha diñado? Pero, por favor, ¡que me quedo sin recuperar mi cuerpo! Vas a ver tú cómo Agenjo, si descubre que el alma de Chuck ya se ha ido a reciclaje y su cuerpo está en fase de putrefacción, se va a negar a salir del mío recitando el viejo adagio de Santa Rita, Rita, Rita, lo que se da no se quita. Pues yo no me quedo de Richard Kimble y huyendo de la Oficina de por vida. A ver qué hago…

—Sin embargo —continúa el cirujano—, para sorpresa de todos, esta mañana Brittany Murphy descubrió que su hermano había recobrado las constantes vitales. El coma puede jugar a veces esas malas pasadas, señor Ross. Total, que le hemos instalado en la sala de postoperatorio. Ahora, no quiero albergar falsas esperanzas. Sin asistencia respiratoria, el paciente no puede durar mucho.

Seguimos a Ryan y accedemos enseguida a unas instalaciones que se asemejan al hospital de campaña que tenían montado en *Downton Abbey* durante la Primera Guerra Mundial. Vestida de enfermera, la Murphy, a la que reconozco perfectamente pues me encantó su papel en *8 millas*, y que, dicho sea de paso, está despampanante, saluda a mi amigo y le ofrece sus más sentidas condolencias por la trágica situación que atraviesa el moribundo. Luego ambos, Ryan y Murphy, que a mí me da la impresión de que tienen un lío, nos conducen a un pequeño cuarto con cuatro camas. Tres permanecen vacías; en la cuarta, el cuerpo de Ross, con la mirada sin brillo, apenas respira. Me quedo desencajado: el agente es clavadito a mi amigo pero con pelo corto.

Agenjo solicita quedarse a solas con el paciente unos minutos, a lo que nuestros acompañantes acceden de grado. Se retiran, cierran tras de sí la puerta y ahí nos dejan a los cinco: dos cuerpos para tres espíritus.

—Ya era hora de que vinierais —me comenta Agenjo.

—¿Qué viniéramos de qué? —le digo sin captar la intención del comentario.

—Que no soy yo —me aclara mi amigo—. Que está hablando el otro.

Levanto la vista y veo al espíritu de Ross pegado al techo. Porque sé que mi amigo ocupa mi cuerpo que, si no, habría jurado que aquel fantasma era Agenjo. Son como dos gotas de agua, oye.

—¡Ross, amigo! —le grita Agenjo al borde de las lágrimas—. Tienes que encontrarte muy mal para poder haber salido de la cáscara.

—Me quedan horas, como mucho. Has llegado por los pelos.

—Pero si puedes salir, ¿por qué no has venido tú a buscarme?

—Lo he intentado, pero estoy demasiado débil. Ay…

Y es terminar de decir eso y el Ross invisible se despega involuntariamente del gotelé del techo (que es una superficie buena para almas porque tiene mucho agarre) y se cae, dando tumbos, sobre su propio cuerpo.

—Estás fatal, amigo. Hagamos la fusión cuanto antes.

—No, espera. Antes tengo que contarle algo a José Carlos.

—Juan Carlos —le corrijo.

—Se lo contamos desde dentro —insiste Agenjo, impaciente por volver a ser uno con su gemelo.

—No, ese cuerpo no tiene ya fuerzas para hablar y para poder explicarle a tu amigo lo que ha de escuchar; tengo que hacerlo desde fuera.

A mí me entra un canguis que para qué te cuento y no me preguntes por qué. Será por mero instinto de supervivencia, pero, viendo que Ross agoniza y que Agenjo se va a quedar sin fusión y yo sin cuerpo, pego un respingo y ocupo el esqueleto del agente.

—¡Pero qué has hecho, idiota! —me recrimina mi amigo.

Yo intento contestarle, pero el mecanismo humano no responde. Houston, tenemos un problema. Hago esfuerzos inusitados, pero los labios del cuerpo de Ross no dan señales de vida. El cuello no se mueve. Los brazos no se inmutan. No responde nada. Ni los párpados. Arrepentido, intento salir de esta trampa… pero el pánico me lo impide. Me quedo paralizado. Petrificado me quedo.

—Bueno, ¿y ahora qué? —le consulta mi amigo a Ross.

—Esperemos a que se tranquilice. Desde ahí nos puede escuchar. Así que, José Carlos —me indica solícito—, agudiza las orejas, porque no tenemos tiempo de repetir como en el cole.

Yo intento asentir, pero mis músculos parecen haber sido sellados con superglue y no producen ni un gesto. No me queda más remedio que confiar en que el relato de Ross consiga, como él intuye, apaciguar mi ansiedad y que una vez calmado pueda salir del escondrijo. Así que me concentro en lo que me quieren comunicar.

Pero no me comunican nada. Vaya mosqueo. Por el rabillo del ojo observo cómo Agenjo toma en sus brazos a su moribundo amigo invisible y lo deposita con delicadeza en uno de los camastros libres. Muy tierno. Luego ahueca un poco la almohada y le recuesta contra la pared.

—*Thank you, brother* —le susurra agradecido Ross.

El agente tiene el mismo timbre de voz que Agenjo e idénticos rasgos fisionómicos. Son exactamente la misma persona, pero vestidos de manera diferente. Ross, por la indumentaria, podría protagonizar un *CSI Las Vegas*. Pantalones negros, camiseta negra y jerseicito de cremallera también negro y ajustado. En los pies, zapatillas de deporte y, calada en la cabeza, una gorra con el logo de los Wisconsin Badgers.

En una de estas, el clon se percata de que le estoy sometiendo a minuciosa observación y me guiña el ojo derecho: clic. Yo intento sin éxito devolverle la deferencia y él, como era previsible, repite dos veces seguidas la misma operación con el izquierdo: clac, clac.

—Supongo que Agenjo te habrá informado —resopla con dificultad el agente— de que la fusión de dos almas no ocurre de forma inmediata.

—Necesitamos permanecer abrazados un par de horas como mínimo para que el ensamblaje

se complete con éxito.

Perfecto. Pues entonces, ¿a qué esperan? Hale, que la chispa vuelva al Zippo. Yo voy a cerrar los ojos, o por lo menos a intentarlo porque, como podrás comprender, entiendo que es un tema muy personal. Muy íntimo. Que Agenjo salga de mí cuanto antes y que se enganchen ellos como tengan que hacerlo que, si te digo la verdad, prefiero ni saberlo. Ah, y me parecería todo un detalle si no hicieran ruiditos porque yo seré muy liberal, pero ¿qué queréis que os diga?, en mi presencia, sobes y meteduras de mano las justas. Así que ¡adelante chicos! Que me saquen de aquí de un tironcito, se introduzcan ambos en Ross y me dejen recuperar mi *body*. Así todos felices. ¿No os parece?

Pues les parece, pero no deben de haberme leído el pensamiento porque repiten lo mismo, textualmente, pero en voz alta.

—Necesitamos juntarnos ya mismo. Si esperamos mucho más para introducirnos en el cuerpo de Ross, cuando salgamos despedidos tras el fallecimiento, volveremos a despegarnos. En la Oficina se coscarán del fallo y nos eliminarán a los dos.

—¿A los dos? —pregunta el jefe del DIA asustado y creo que, a mi juicio, sopesando por vez primera los verdaderos riesgos de la operación.

—No te preocupes, compadre —intenta quitarle importancia a la cosa Agenjo, que si nos pillan, yo me marco un Albert Hammond, «échame a mí la culpa de lo que pase, cúbrete tú la espalda con mi dolor», y así me eliminarán a mí solo.

El agente levanta la mano pidiéndole a su compañero que deje de decir tonterías y luego, incorporándose algo en la almohada, se dirige a mí con entrega y respiración entrecortada.

—Escúchame, José Carlos. Agenjo me pidió que te relatase mi historia y yo, no sin antes pensármelo cien mil veces, he accedido. —Intento darle las gracias—. Tú te has portado padre siempre con mi amigo y es por ello por lo que quiero recompensarte. —Trato de soltar unas lágrimas—. Lo que vas a escuchar es un relato que aún no he compartido con nadie, ni siquiera con el presidente Obama. Verás, tendría que haber despachado con él el pasado viernes, a media mañana, tras su llegada de la gira por India, pero debido a lo avanzado de mi enfermedad no pudo ser y mucho me temo que me iré de este mundo sin que se produzca. Así que vas a tener que ser tú quien le lleve el mensaje.

Pruebo a protestar. Yo no tengo contactos en la Casa Blanca.

—Ross te va a contar su historia para que la publiques —me anima Agenjo—. Para que dejes a ese plomo de Josep María Punget sentado de culo y tengas a todo el gremio editorial, en cuanto lean tu libro, agitando pañuelos al aire y pidiéndote «otra, otra, otra».

Deseo emocionarme. No puedo evitar sentirme privilegiado.

—Va a ser todo un novelón —remata mi amigo.

—¿Novela? —recapacito yo—. A esto, que yo sepa, se le llama ensayo.

El esclarecimiento de mi duda se produce casi de inmediato.

—Ahí vamos. Sólo te pongo una condición, José Carlos —eleva el tono Chuck para asegurarse de que el receptor lo recibe.

—José Luis —le corrige, solícito, Agenjo.

—Juan Carlos —reivindico yo, sin conseguir que les llegue el eco de mi protesta formal.

—Lo que te voy a contar es la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. *Non fiction*. Pero tú solamente podrás publicarlo como si de una novela inventada se tratase. *Fake news.* No

tenemos autorización de esta gente y yo no quiero traicionarlos.

Intento desanimarme.

—¡Vamos, no me jodas! —me digo—. Lo de Kennedy como ficción no vende ni la cuarta parte.

—Como ficción la historia resultará igualmente extraordinaria —puntualiza Ross, que en esta ocasión sí que parece atinar a leerme el pensamiento—. Acuérdate de *El código Da Vinci*. ¿Era realmente ficción o estamos ante la verdadera historia de María Magdalena? Te puedo asegurar que vendió millones de ejemplares y que nadie se hizo la pregunta.

Permanezco callado. Bueno, esto es una obviedad que no hubiera hecho falta reseñar.

No, sinceramente no lo veo. No puedes comparar el asesinato de Kennedy con *El código Da Vinci*. Ross me va a dar una primicia basada en hechos contrastados y Dan Brown se inventó lo que escribió sobre María Magdalena y su descendencia, porque no creo yo que se le apareciese el arcángel San Gabriel en su apartamento de New Hampshire y le revelase la parte de verdad que supuestamente no incluye el Nuevo Testamento. Vamos, digo yo.

—Hazme caso, José Carlos —trata de convencerme Ross—. No te preocupes por novelar la realidad. Tú tendrás tu *best seller* y yo no traicionaré a toda la gente que está detrás del entramado. ¿Aceptas o qué?

Voy a responderle cuando noto que me pegan un tirón de las piernas y a punto estoy de quedarme sin tobillos. Como una larga espada me desenfundo por el túnel negro y reaparezco en la habitación. Agenjo me coge con dos dedos del cuello, como a los gatitos, y me coloca en la cama junto a su querido Ross. Qué alivio volver a la civilización occidental, oye.

—¿Aceptas mi condición entonces? —me insiste el agente especial.

—¡Claro! —le confirmo yo, aunque, la verdad sea dicha, no lo tengo nada, pero que nada claro.

—¡Muy bien! —se congratula con sinceridad de mi aceptación del contrato—. Entonces, sea. Te voy a poner al día. Abróchate el cinturón que despegamos. Agenjo, déjale entrar para que tome notas.

La solicitud le pilla a mi amigo invisible con el pie cambiado.

—¿Eh? —exclama, haciéndose el longuis.

—Que te salgas y le dejes a José Carlos recuperar su cuerpo. Además, nosotros tenemos que empezar a fusionarnos de inmediato si queremos colocarle un letrero feliz al final de nuestra historia.

Mi amigo invisible no se lo piensa dos veces. Se lanza de bruces contra el tabique y parte con el entrecejo un par de ladrillos. Se ha pasado tres pueblos. Menuda avería me ha hecho. No veas cómo me sangra la frente. A borbotones.

—¡Dios mío, que me voy a desangrar y voy a perder la envoltura!

Sale Agenjo aturdido y, a toda prisa, me meto yo. La visión me da vueltas. Negro, morado, marrón. No consigo concentrarme en ningún color alegre. Tampoco registro estampados. El universo parece un abismo gris marengo. Ay, ay, ay. Oigo pasos. Alguien entra a la carrera en la enfermería. Escucho que pronuncian mi nombre. Ana, ¿eres tú? No, son el doctor Ryan y la enfermera Murphy. Los acompaña el jefe de la Gran Nación Sepasco.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —me interpelan—. Se ha podido usted descalabrar.

No les comento nada para que no descubran mi acento hispano y evitar preguntas.

—Le hemos puesto un calmante inyectable. Tiene que permanecer en observación dos horas y evitar dormirse.

Me veo obligado a contestar.

—*Very good, very good* —resto importancia a la herida—. *Please*, déjenme a solas *with Ross*.

Ryan dice que nones. No resulta pertinente abandonar a un enfermo en tal estado. Y menos cuando sufre de *delirium tremens* y mezcla idiomas. Pero T´nga Ukka sale al quite. El indio intuye lo que se traen entre manos las dos almas encamadas y decide echarnos un cable.

—Ya me hago cargo yo de ellos. Así que agua —les ordena, consiguiendo que abandonen a regañadientes la estancia.

¿Ves tú? Si hay buena gente en todos los sitios. Ahora, no te creas que el favor es gratis. Tenemos que pagarlo prestando atención a unas palabritas sentidas del jefe de la tribu.

—Entiendo que necesitan tiempo para despedirse y amalgamar sus espíritus. Que el barro vuelva al barro, la ceniza a la ceniza y el aire a ocupar el espacio. No seré yo quien les niegue ese derecho.

Los gemelos Ross asienten agradecidos desde el lecho con una sincronizada inclinación de cabezas. Compañero del Viento les da su bendición y luego se gira hacia mí.

—Señor Gonzáles, le ruego que seamos sinceros. Ya no hay tiempo para andarnos con rodeos. Sabemos que no trabaja para *Mundo Obrero*.

Qué vergüenza. Me ruborizo tanto que paso en tiempo real de rostro pálido a piel roja.

—Hemos investigado y sabemos que en realidad trabaja para *Spendin*, la revista de hoteles de La Rioja. Ritchie Valens nos ha leído su artículo sobre el campeonato de salmónidos y nos ha parecido que tiene usted una pluma ágil.

Me emociona que un indio me felicite por un relato sobre el arte de la pesca, que prácticamente inventaron ellos, y así se lo hago saber.

—Lo que le quiero decir es que sus amigos invisibles nos dejan. Ya no podremos contar con ellos, pero usted permanece y, como le ha explicado el doctor King, supone nuestra última esperanza. Se lo agradezco, pero entiendo que, una vez haya hablado usted con Obama, querrá retornar a su labor de escritor. Quiero ofrecerle un *best seller*. ¿Ha escuchado usted hablar de Manuelito?

Reconozco que no.

—Pues le recomiendo que le busque y escriba algo sobre sus andanzas. Fue un líder navajo en los tiempos de la gran guerra, cuando los auténticos moradores de estos territorios lo perdimos todo. Aún tenemos el corazón enterrado en Rodilla.

¿En Rodilla? ¿Ahora resulta que a los indios les gustan los sándwiches de ensaladilla y el de queso con nueces?

—En la batalla de Rodilla Herida, señor Gonzáles. No me extraña que no conozca la historia porque la ignorancia es el motivo principal de nuestra desgracia.

Intuyo el dolor que refleja cada poro de su piel al repasar la reciente historia de este continente y me comprometo en silencio a buscar a Manuelito en Google en cuanto regrese a la madre patria.

—Cada segundo de mi existencia, señor Gonzáles, repito el llanto proclamado por Tecumseh, jefe de los shawnee. ¿Dónde están hoy los pequot? ¿Dónde se hallan los narragansett,

los mohicanos, los pokanoket y tantas otras poderosas tribus de nuestro pueblo? Se han desvanecido bajo la avaricia y la opresión del hombre blanco, como la nieve bajo el sol del verano. ¿Vamos a permitir que se nos destruya sin resistencia, abandonando nuestros hogares, el país que nos concedió el Gran Espíritu, las tumbas de nuestros antepasados y todo aquello que para nosotros es querido y sagrado? Sé que gritaréis conmigo: ¡nunca, nunca, nunca! Han pasado quinientos años desde que su compadre Cristóbal Colón entró en contacto con los hermanos taínos en la isla de San Salvador, señor Gonzáles. Desde entonces, el europeo se ha empeñado en menospreciar nuestra cultura y nuestras creencias y en obligarnos a adoptar las suyas. Y aquí estamos hoy, al borde del exterminio los poquitos que quedamos. Lo gracioso, fíjese usted, es que ahora son los intelectuales venidos de Europa los que proclaman (eso sí, sin reconocernos derechos de autor) la vuelta a los principios que sosteníamos en América antes de su llegada. Se rieron de nosotros cuando les imploramos que respetaran la naturaleza o que considerasen como útil el tiempo libre dedicado a fomentar las relaciones humanas; en lugar de trabajar, trabajar y trabajar de sol a sol hasta romperse el espinazo. Le digo yo que la idea de la productividad de los protestantes es la que ha terminado por aniquilarlos. Han conseguido hacer un país muy eficiente pero tremendamente aburrido. ¿Se ha fijado usted en que cuando un estadounidense se coge vacaciones a los tres días ya le entra complejo de vago y necesita justificar su ociosidad con una llamadita a la oficina o poniéndose a repasar facturas en la hamaca de la piscina? Pero, bueno, a lo que iba… Le decía, señor Gonzáles, que los mismos que arrollaron nuestros principios éticos son ahora quienes promocionan el reciclaje y los cursos de meditación zen. La solución no está en el capitalismo de ahí fuera, pero tampoco puede residir en el aislacionismo que practicamos los de aquí dentro. Como usted mismo habrá podido observar, resulta prácticamente imposible evitar que un joven guerrero oculte su tatuaje del pecho con una camiseta del…

—¡Del Real Madrid, que tenemos nueve copas de Europa! —atajo antes de que él mencione a la bicha, que ya le veo venir.

—O del Milan, que tiene siete—me corrige el jefe para mantener la conversación en el terreno de lo políticamente correcto.

—¿Y qué se supone que puedo hacer yo?

—Cuando culmine su sacrosanta misión y regrese a España, escriba la biografía de Manuelito. Hágame ese favor. Hágase ese favor. Hágale a la humanidad ese favor. Ya está bien de separar entre indios y *cowboys*. Entre artesanos y artistas. Ya está bien.

—A lo mejor, resultaría más oportuno para su causa si hicieran una jornada de puertas abiertas en la gruta. Una vez al año. Dejar que entrase la gente y explicarles por qué han decidido quedarse ustedes. Eso sería más efectivo que…

—No. Eso sería el final, señor Gonzáles. Ya le he repasado las promesas rotas de Andrew Jackson. Si la existencia de este lugar llega a oídos de los especuladores, nos echarán para montar un parque temático. Prométame que veré publicada la biografía de Manuelito.

—Se lo prometo —le aseguro yo, sin tener la mínima intención de llevar a cabo mi promesa.

—Entonces, agua —se despide, abandonando la estancia, no sin antes dedicarles una reverencia a los dos tortolitos.

¡A estos dos ya les vale! Hombre, por favor, ponerse a darse el lote en presencia de un hombre tan notorio… Les llamo la atención por ello y, una vez desaparecido el Compañero del Viento, tiro del móvil. Gracias a Dios sigue en el mismo bolsillo de la chaqueta en el que lo dejé

la última vez que fui amo de mi propia montura. Compruebo que Agenjo no lo ha utilizado y que, por tanto, conserva intacta la batería. No va a resultar el método más conveniente de tomar notas, porque el Nokia carece de teclado y hay que ir pulsando el ocho tres veces seguidas para que te salga la letra uve. Pero es lo que hay.

—Vamos al tajo —les suplico.

—En el bolsillo de mi chaqueta tiene un iPhone 3GS. Cójalo porque, si no, no llegamos. Ah, y luego puede quedarse con él.

Agradezco el detalle, rebusco en el cuerpo agonizante y doy con él.

—*Okay*, comencemos —me solicita Ross impaciente por descifrarme las claves de sus pesquisas.

—Es que no sé cómo funciona este bicho.

El del DIA me da instrucciones y, tras varios intentos fallidos, por fin aparece en pantalla la agenda. El teclado está debajo. No sé si me van a coger los dedos, pero no hay tiempo para las dudas. Vamos allá. Chuck comienza el dictado.

Escribo tan deprisa que cometo un montón de faltas de ortografía y la mayoría de las palabras aparecen subrayadas por una línea roja poligonal en espera de un posterior repaso con el corrector. Reconozco que me molesta verlas así, perfeccionista que es uno, pero soy consciente de la premura y decido pasar a limpio el texto más adelante. No hay tiempo para preciosismos literarios. Ahora, lo único que importa es no perder el hilo de la narración.

Garganta Profunda empieza por revelarme que algunas secuencias de la película *Stand by Me*, de la que, como creo haber mencionado, soy firme partidario, no se filmaron en el estado de Oregón. Y a mí, aun considerando lo interesante de este dato, me sorprende que sea por ahí por donde arranque su confesión. ¿No teníamos prisa? Pero bueno, el caso es que dice que un trozo del susodicho largometraje se rodó en el viejo puente del ferrocarril que cruza el río Esopus cerca de la localidad de Woodstock. Aaamigo, ya nos vamos centrando. Y continúa expresando que durante aquella filmación, el joven actor River Phoenix tuvo conocimiento de unos hechos muy relevantes.

—Pude enterarme de que, en un descanso del rodaje, River, amante de la naturaleza y vegetariano recalcitrante, decidió perderse por el bosque en busca de setas. Motivo que le llevó a cruzar el puente y encaminarse hacia la maleza. Anduvo vagando sin rumbo por espacio de unas horas sin hallar los hongos que buscaba, que, por cierto, eran colmenillas del tipo denominado *Morelia*. No sé si las has probado, José Carlos, pero te aseguro que resultan muy sabrosas. Salteadas con una pizca de harina, en la sartén con un chorro de aceite de oliva y guindilla están de muerte.

«… de *meurte*», tecleo yo a toda velocidad y, como te confieso, con faltas y a lo loco.

—Para cuando River se quiso dar cuenta, se había perdido.

Cuenta que se puso a gritar pidiendo auxilio y que entonces sintió que alguien le sujetaba por la espalda y le tapaba con fuerza la boca. Y que instantes después perdía el *coniciomento*. Bueno, el conocimiento; perdona el apremio.

—Le condujeron hasta esta misma cueva y estableció contacto con Nino Bravo y Ritchie Valens. Hasta donde yo sé, mantuvieron un intercambio de pensamientos muy grato y, contra todo pronóstico, luego le dejaron en libertad para que terminase su rodaje. Lo cual, José Carlos…

—José Luis —le corrige mi amigo invisible.

—Juan Carlos —le recorrijo yo.

—Lo cual resultó ser una decisión muy acertada porque la película, como ya sabrá, Juan José, fue todo un éxito.

—¿Y por qué le soltaron? —pregunto yo en plan astuto, intentando emular las artes del máximo exponente de mi insigne profesión: el gran reportero Tintín.

—Al parecer, Nino le vaticinó a River que tarde o temprano regresaría con ellos porque, según le hizo saber, la vida que llevan los famosos no puede satisfacerle a nadie.

Según me comenta Ross, River se comprometió a guardar mutismo sobre lo ocurrido allí. Aunque, por si las moscas, el doctor King se encargó de advertirle que, de no hacerlo, resultaría poco probable que alguien le prestase atención.

—El hombre occidental es demasiado soberbio —le aseguró el reverendo—. Nadie va a creerse que mentes tan privilegiadas hayan renunciado a la civilización en pro de costumbres indígenas.

«… costumbres *ingínedas*», tecleo yo.

A River le colocaron un vendaje en los ojos y le dejaron desorientado en medio del bosque. Tuvo que andar nueve horas, que se dice pronto, hasta avistar la primera construcción. Una granja piloto que pertenecía a una congregación de los testigos de Jehová. Según se aproximó a pedir auxilio, se encontró a una parejita. Él les contó que se hallaba en problemas y, entonces, la mujer le ofreció una Biblia y el hombre le informó de que Dios nuestro señor era su mejor amigo y estaba de su parte. Y que, además, debido a esa gratificante amistad, Jesús le solicitaba que dejara de fumar, que no consumiera alcohol y que no fornicase. El joven Phoenix les agradeció los sabios consejos y les pidió que le condujeran a donde pudiese parar un taxi. A lo que ellos respondieron que ni se le ocurriese. Que le iba a cobrar ciento cincuenta dólares, más el suplemento de los puentes, y que le salía mucho más a cuenta pillar un tren. River insistió porque, otra cosa no, pero la pasta le sobraba y, para demostrárselo, les dio a cada uno una propina de doscientos cincuenta dólares. O sea, un billete de quinientos, pero con la indicación de que se lo dividieran. Y así pudo llegar, en coche con chófer, al lugar del rodaje.

Años más tarde, añade Chuck, se cumpliría la profecía. Fue en 1993 cuando, River Phoenix, hastiado de su vida en Los Ángeles, donde ni el dinero ni las drogas conseguían satisfacerle, simularía una sobredosis. Y que entonces, de acuerdo con el enlace externo de la organización, cuyo nombre y dirección el agente no me *falicita*, *filacita*, ¡facilita, leche!…, el actor ingresó voluntariamente en la guarida sepasco. También me comunica que, antes de desaparecer, River le había contagiado el entusiasmo por dicha iniciativa a su amiga Selena y que la cantante decidió rehacer su vida en la cueva a partir del noventa y cinco. Aquí Charles se atasca un poco. Se disculpa diciéndome que son muchas cosas y que le cuesta trabajo ordenarlas en el estado de salud precario en que se encuentra. Yo le digo que lo entiendo y que no se agobie. Entonces él me explica que prefiere dejar los detalles cronológicos para más tarde y que se va a centrar en los acontecimientos más recientes. Yo asiento. Lo que quiera y como quiera, le digo. Al fin y al cabo, yo ya he recuperado mis células madres y el agobio de quedarme sin cuerpo se ha disipado.

—¿A que mola la historia, José Luis? —me comenta Agenjo, que le pasa cariñoso el brazo por el hombro a su compañero para ir iniciando el protocolo de reagrupación familiar.

—Sí… —le respondo yo sin demasiado entusiasmo por miedo a perder la trama.

Ross acepta con deleite el abrazo de mi amigo y, en contrapartida, le revuelve juguetón los

rizos del cabello con los deditos. Yo, qué quieres que te diga, me siento un poquito violento.

—Esto… Ejem, ejem —carraspeo, en un intento de que el agente vuelva a concentrarse en lo que nos ocupa—. ¿Y qué relación tiene lo del Phoenix que me cuentas con el Phoenix que vimos Agenjo y yo el otro día?

—Toda. A eso vamos. Hace un par de años, Joaquin Phoenix decidió que ya no podía soportar más el peso de la popularidad. Así que intentó también simular su desaparición de este mundo para marcharse con su hermano a Esopus. Pero este Phoenix no quiso aparentar otro accidente fatal. Le parecía demasiado injusto para sus pobres padres; demasiado cruel para una pareja que apenas había logrado reponerse de la pérdida del pequeño. Por ello se le ocurrió anunciar que abandonaba el cine. Como si hubiera perdido la cabeza y se apartase del mundanal ruido tirando por la ruta que le termina por convertir a uno en vagabundo.

Joaquin *publitaci*, *puciblita*, publicita su idea en la televisión y en un programa de máxima audiencia, *The Late Show*, y se pira a las Catskills. Ayudado por un GPS, localiza las coordenadas exactas que le había facilitado su hermano muchos años antes. Allí espera, paciente, hasta que sufre el secuestro de rigor e ingresa. Es aceptado enseguida, pero transcurren dos años y el tipo de vida contemplativa que marcan los sepasco no le convence. Se da cuenta de que vivir con luz de velas, como Barry Lyndon, no es lo suyo y solicita la baja permanente por depresión. A regañadientes, le permiten el abandono. Es la primera vez que esto ocurre. A nadie le gusta la idea, pero los principios éticos de Martin Luther King no permiten retener a nadie en contra de su propia voluntad. Total, que se realiza una votación a mano alzada y, por mayoría y sin ira, se le otorga la carta de libertad.

—La única que se opuso fue Lady Di —matiza Ross—. Por razones que, según la princesa, resultaban obvias, pero que ella no tenía por qué mencionar en aquella asamblea. En cualquier caso, José Carlos, se puede intuir por dónde iban los tiros de la Spencer porque, a la salida del cónclave, Diana comentó en voz alta que salir de compras querríamos salir todos de vez en cuando, no te fastidia. O sea que, interpreto yo, lo que vino a dejar claro es que allí había que estar a las duras y a las maduras.

Joaquin se alegró del resultado de la votación y así se lo hizo saber a los miembros del consejo. Regresó a su vida anterior y, para justificar sus dos años de desaparición ante el mundo, ideó la excusa de que había estado rodando un *reality* de músico ermitaño. Fue en ese *impasse* cuando coincidió con Michael Jackson en los Grammy. Michael le transmitió el agobio que atravesaba entonces por razones personales. Que lo único que le aliviaba las penas era el baile y que se encontraba muy avanzado en los preparativos de su gira por Europa. Phoenix, que admiraba mucho a Michael como artista, sintió por su amigo verdadera lástima.

—El pequeño de los Jackson no era sino un ser frágil al que nadie había proporcionado cariño —se arranca voluntario a dar su opinión mi amigo invisible, que ahora entrecruza sin miramientos sus piernas con las de Ross.

—Tú lo que necesitas es paz interior, Michael, supe que le recomendó Joaquin —me confiesa el agente—. Y sabemos también que, al mencionarle el escondite donde habitaban River y el resto de la panda, Jackson se sintió muy conmovido. *Emcina*, *encmai*, encima, cuando le añadió que Buddy Holly también se encontraba en la gruta en pensión completa… *alea jacta est!* La decisión fue tomada en firme. Phoenix se comprometió a guiarle hasta el sitio y el otro día, en vuestra presencia según me ha comentado Agenjo, cumplió su promesa.

Ross me descifra que todo esto lo descubrió por pura casualidad. Porque los del grupo especial andaban investigando la misteriosa desaparición temporal de Joaquin, que equivocadamente relacionaron con un asunto de tráfico de drogas y, cuando el actor reapareció, le colocaron micros por todas partes. Eso, y no las falsas pistas que hasta el momento había seguido de la desaparición de JFK, es lo que le llevó a Chuck a rastrear la zona del río Esopus.

—Ascendí en diversas ocasiones a la cumbre de Slide Mountain en busca de la mencionada puerta al paraíso… sin llegar nunca a encontrarla. Rastreamos miles de hectáreas con sabuesos; peinamos el condado con helicópteros… y nada. La única presencia humana que detectamos fue la de los esquiadores que descendían por las pistas de Belleayre y de Wyndham.

También *emblataron*, *entabloran*, entablaron contacto con la dirección de la NBA, no los del baloncesto, sino los de la Asociación Nacional de criadores de Bisontes, y resultó que ninguna tribu indígena tenía *costacian*, constancia de que existiese o hubiera existido una manada de bisontes en el valle del Hudson. Y que, a pesar de que él sí que dio con una granja en el pueblo de Castleton donde criaban algunos ejemplares de búfalo americano, no consiguió relacionar a estos en absoluto con los de la manada que andaba buscando y que, como prueba, aportaba el hecho de que su propietario no pareció comprender el sentido de ninguna de sus preguntas. Aunque, vete a saber, me añade, porque a lo mejor el hombre se hacía el despistado.

—En una de las ocasiones en que desplegamos el operativo de búsqueda, se produjeron los primeros deshielos y pudimos apreciar una crecida abundante de agua en el Esopus. Yo, que como buen agente estoy siempre preparado para lo que pueda venir, me apresuré a lanzar la caña y, no lo creerá, José Carlos, pero saqué una trucha arcoíris de veinte centímetros.

—Ya, ya —le suelto desconfiado.

—Pues es cierto y, además, con la única ayuda de una lombriz de imitación fabricada con foam en España.

—¿En España?

—Sí, *made in Spain*. Un cebo proporcionado por un gran amigo, el agente Darrell Martin, director del Departamento de Recursos del Agua y amigo personal del rey Abdalá de Jordania. Un tipo que gusta de pescar en el río Najerilla.

Con este motivo me refiere que Darrel Martin es muy aficionado a la pesca con látigo y quizás la persona que más entienda de acuíferos en el mundo. Mucho me temo que me va a soltar otra historia que no viene a cuento con el asesinato de Dallas. Madre mía, qué plasta está resultando el amigo de mi amigo.

—Un hombre puede resistir varias semanas sin comer, pero, si no bebe, morirá a los pocos días —me indica—. El futuro de nuestra raza pasa por conservar el agua y en el grupo especial hemos puesto muchos proyectos en marcha. —Me temo lo peor, pero enseguida retoma la narración que nos ocupa—: Tampoco conseguimos localizar la madriguera mediante la utilización de métodos sofisticados. Ni el radar, ni el láser, ni la detección por calor, ni el sonar, ni el escáner, ni los sismógrafos digitales. Nada. Resulta que hay cobertura de Movistar en la cima del Everest, pero la tecnología más moderna no es capaz de detectar una señal de vida bajo las rocas. De vida humana, me refiero, porque sí que captamos la presencia de diversos mamíferos. Ratones de campo, mustélidos, castores, osos pardos, linces, pumas, coyotes, comadrejas, zorros, visones, lobos, mapaches, nutrias, mofetas y ciervos. Y omito el listado de peces, pájaros y anfibios por no marearte con nombres, José Andrés.

—José Andrés es el cocinero; el contacto del Cuervo en Bethesda —le aclaro yo, preocupado al ver que a mi confidente se le está yendo la cabeza.

—Pero es que, por ejemplo, serpientes de cascabel, en la sierra de Nueva York haberlas, haylas —añade él, sin hacer caso a mi puntualización.

A *nerlong sgueido*, renglón seguido, me comunica Charles que, agotadas las posibilidades de dar con la entrada principal al escondrijo, se propuso encontrar la gatera; la puerta de atrás. Y que fue entonces cuando recordó que en los seguimientos que se le hicieron a Joaquin Phoenix por Manhattan, muchas veces le perdían la pista en la confluencia de la calle 95 Oeste y la avenida West End. El Hudson quedaba a tres manzanas de allí. Muy cerca. Y por ello trabajó sobre la hipótesis de que Phoenix utilizase el río, o algún pasadizo subterráneo, para esquivar a sus perseguidores bajo las aguas.

Hablaron con los responsables de conEdison, la empresa que fundara el inventor de la bombilla y que todavía marca las pautas energéticas de la ciudad. Con su permiso, bajaron a las alcantarillas. Recorrieron las galerías que albergan las conducciones de vapor y de electricidad y tampoco encontraron nada.

Desolado, Ross tuvo que regresar a España a atender una llamada de urgencia de Zapatero. ETA había declarado una nueva tregua y los del gobierno español querían que les ayudase a comprobar las verdaderas intenciones de la banda. Y que fue en mitad de una reunión en el palacio de la Moncloa cuando tuvo una corazonada y supo que debía volver inmediatamente a Nueva York. Esa misma tarde delegó las responsabilidades en el tercer oficial de la embajada estadounidense, una mujer de toda confianza.

—La de la CIA —me aclara—. Encargué al grupo especial que me sacara en secreto un pasaje para el aeropuerto de Newark. Volé en Continental. Prefiero esa aerolínea porque los asientos llevan pantalla de televisión individual en turista y, como no podía hacer pública mi ausencia y auspiciaba que duraría algo menos de una semana, no quise pedirle a ningún contacto oficial que se hiciera cargo del perro. Así que no se me ocurrió mejor solución que dejarte a ti a Perpiñán. Que sepas que te estaré por ello eternamente agradecido.

—Yo traté de impedirlo, José Luis —se disculpa Agenjo—. Pero el tío se empeñó, y cuando Ross se emperra, no hay quien le pare.

Con latente emoción, Ross pasa a sincerarse sobre el perro. Dice que le va a echar muchísimo de menos y me pregunta que si me quiero hacer cargo de Perpiñán cuando él falte. Vamos, en unas horas. Yo le respondo que sí, que por supuesto, que cuente *conimgo*, conmigo, y, emocionado, el agente abandona el lecho, se viene hacia mí y me propina un abrazo de oso pardo. Lento. Sentido. Tremendo. Se ahoga en sollozos y me comunica que el perro se encuentra en estos momentos en la residencia familiar del expresidente Aznar. Que por favor me acerque a recogerle. Y que, cuando lo haga, mencione que me envía un tal Matthew Swift. Que su nombre me abrirá las puertas.

—A Aznar —me explica—, le editaba yo personalmente sus conferencias en inglés. Me lo pidió el presidente Bush cuando el dirigente español empezó a dar cursos en la Universidad de Georgetown. O sea, entiéndame, no se trataba tanto de corregir la gramática como de introducir en el discurso modismos que le dotaran de flexibilidad y gracejo. Ya sabes que a los norteamericanos nos gusta siempre centrar las ideas con un eslogan, José Carlos. Una frase clarificadora que puedan repetir las masas. Yo le proporcioné a don Josemari varias.

—¿Me podrías dar algún ejemplo? —le solicito, interesado por la variante que ha tomado su primicia.

—Con mucho gusto —acepta, regresando a la compañía de Agenjo—. *If you can´t hide it, paint it red*. «Si no puedes disimularlo, píntalo de rojo», en referencia a que uno debe sacar ventajas de sus propias limitaciones. *If it´s not broken, don´t fix it.* «Si no está roto, no lo arregles», en el sentido de que a veces es mejor dejar las cosas como están porque, al menearlas, suelen empeorarse. *The squeeky wheel is the one that gets the grease.* «La rueda que chirría es la que consigue el aceite», que viene a expresar lo mismo que el que no llora no mama. *The windshield is always bigger tan the rear mirrow*. «La visión del parabrisas es siempre mayor que la del espejo retrovisor», que indica que más vale afrontar el futuro que anclarse en los recuerdos del pasado. En fin, no sé cuántos detalles le habré revelado yo de mi cultura a Josemari, José Carlos…

Continúa Ross relatándome que Aznar se mostraba muy preocupado el día de su estreno como profesor universitario en el Distrito Federal.

—Yo le sugerí, *president* (porque con este tratamiento deferencial me solicitó George W. Bush que tratase al español en público), usted no se preocupe. Ustedes los españoles tienen mayor conocimiento del idioma inglés de lo que sospechan. El inglés culto está cuajado de palabras que usted conoce. Elija usted palabras como sucinto, que se dice *succinct*; taciturno, que se dice *taciturn*; subrepticio, que se dice *surreptitious*; o escrupuloso, que se dice *scrupulous*, y verá como triunfa. Resultará más fácil para usted y les dejará a los académicos norteamericanos epatados con su conocimiento del idioma.

—¿Cómo sabes tanto de lenguas? —le pregunto a mi interlocutor, sorprendido.

—Porque soy espía —me responde con una sonrisa pícara. Pero cambia el rostro y añade—: No, en serio; porque dirijo en tu país el proyecto *Celunguia*, *Cieguale*, Cilengua.

—¿Quéeee?

Yo, permítaseme que llegado a este punto sea tan franco, cada vez flipo más con los amigos invisibles. Me tomo interés y Ross me explica muy amablemente que el mencionado proyecto Cilengua se desarrolla en la biblioteca del convento de San Millán de la Cogolla y que trata de estudiar la evolución del español a través de las periódicas publicaciones de la Biblia que se han ido realizando a través de los siglos porque el libro sagrado se llevaba reeditando ininterrumpidamente desde hacía tres mil quinientos años. Así que, al estudiar las actualizaciones sufridas por el español en las sucesivas ediciones, se podía desarrollar una tabla precisa de la evolución lingüística del idioma de Castilla.

—A mí me encanta Logroño y los champiñones con alioli que sirven en la calle del Laurel —remata francamente emocionado.

Agenjo utiliza el hueco que dejan las risas en la conversación como excusa para meter baza. Ha permanecido callado demasiado rato y, con el protagonismo que está cogiendo su *alter ego*, teme que yo me olvide de que la verdadera amistad es la nuestra. Así que con pelos y señales me informa de que a Aznar le encantan los perros y de que, en cuanto Chuck le pidió el favor al exmandatario español, este aceptó quedarse con Perpiñán el tiempo que hiciese falta. Y que no le puso fecha de caducidad al trato. Ya ves tú el detallazo.

—Agenjo —le interrumpo yo descolocado—. Perdóname, pero me he perdido. Me dejasteis a mí el perro porque se supone que Chuck no tenía a nadie más, ¿y ahora resulta que Perpiñán

está con Aznar? No entiendo nada.

—Lo dejé a tu cuidado —retoma los mandos el americano— cuando presentí haber dado con la solución al enigma de Kennedy. Como te dije, en ese momento no me parecía oportuno hacerle un feo a Zapatero, que bastante tiene ya el pobre con los comentarios de la foto de sus hijas en la Casa Blanca, y no quise informarle de que abandonaba precipitadamente su encargo. Tú eres un hombre anónimo y pensé que nunca trascendería a Moncloa que estabas custodiando a mi perro. La gente que yo trato en Madrid son todos altos cargos importantes de la administración. Si le hubiera confiado Perpiñán a Josemari… Zapatero se habría enterado en quince segundos.

—¿Y qué pasó en Nueva York? —le pregunto, muerto de ganas de que vaya ya de una vez al grano.

—Que resolví el enigma. Estuve en el chalecito, visité a los sepasco, me pasaron las llaves… y esa noche se presentó ante mi cama River Phoenix, que me pegó un susto de muerte, me dio un garrotazo y me metió en la guarida. Estuve con Kennedy y con el doctor King. Me explicaron que me llevaban vigilando de cerca desde que me hice cargo de la investigación y que sabían que estaba a punto de descubrirlos. Que llegaron a plantearse mi «desactivación», así lo llamaron sin ofrecer más detalles, pero que luego cayeron en la cuenta de que tal vez yo era el enlace que necesitaban para llegar hasta Obama sin levantar sospechas en su entorno. Así que me contaron la milonga de que necesitaban parar a la serpiente negra y yo contacté con el presidente. Así matábamos dos pájaros de un tiro; ellos conseguían su objetivo y yo quedaba con el Number One como los chorros del oro. Le mandé a Barack un sms, porque los mensajes me salen gratis con la tarifa plana de ATT, y le supliqué que me recibiese a la mayor urgencia. *The bird is alive,* «El pájaro está vivo», le escribí en un mensaje cifrado. Esto era un jueves. Me contestó halagado y me confirmó cita para el siguiente martes. Se encontraba de viaje y no podíamos celebrar el encuentro antes. Me pidió que le proporcionase alguna pista por teléfono y le comenté que no me parecía oportuno, presidente; que si habíamos esperado cincuenta años, podíamos esperar una semana más y hacerlo así de forma totalmente segura. Así que aproveché para regresar a España y llamé a Zapatero, pero no se puso. Estaba reunido con los empresarios de la construcción en gabinete de crisis, preocupado por el asalto de las constructoras al sector eléctrico y el incremento de las tarifas de la luz. Le informé a mi embajador de que asuntos internos de la seguridad norteamericana me reclamaban y lo entendió. Pero me solicitó que designase a alguien de confianza para continuar la misión. Confirmé a la agente de la CIA en las responsabilidades de entablar contactos con la banda en Irlanda y Venezuela y, aprovechando una llamada de Aznar para echarle un vistazo al escrito de una conferencia que debía pronunciar en el Yacht Club de Nueva York, le coloqué a Perpiñán. «Serán dos semanas a lo sumo», le comenté al presidente de FAES, confiando en un pronto regreso después de despachar con Obama. Pero dos días más tarde, recién aterrizado en Nueva York, sufrí un ataque cerebral y entré en coma profundo. Irreversible. Resulta que, como tenía tres horas hasta el vuelo de Washington, en lugar de quedarme en el aeropuerto aburrido, decidí acercarme a la guarida con el fin de comunicarle al reverendo que el plan iba viento en popa… pero ya te digo que, según entré, me dio un telele. Cuando supe que aquello no tenía remedio, salí del cuerpo a toda prisa para volver a buscar a Agenjo para que se juntase conmigo. Pero, como ya sabéis, estaba tan debilitado que no pude conseguir mi propósito. Las almas también se desgastan. Apenas volé hasta las Azores y, una vez

allí, por miedo a caer y que me devorase un atún o por temor a coger una neumonía y diñarla antes de tiempo, me tuve que dar la vuelta. Menos mal que me pude comunicar aquí en espíritu con el Compañero del Viento, al que puse al tanto de la desgracia y de la posibilidad de un plan B. Se conoce que a todos les pareció bien que tomases tú el relevo.

—Bueno, lo importante es que al fin hemos dado contigo —resopla mi amigo invisible sin poder ocultar su felicidad.

—Debes saber, José Carlos, que aquí el Agenjo me rogó, antes de partir a Estados Unidos, que fuéramos juntos a hacerte una visita. Me dijo que estabas pasando apuros y que él, los dos, te debíamos un favor. Y esa fue nuestra intención primera: regalarte la historia sin pedirte nada a cambio… pero no estabas en casa y luego yo desaparecí y se complicó aún más el tema.

Agenjo me comunica que su alma gemela necesita recuperar fuerzas antes de que ambos culminen el proceso de ósmosis que les llevará de nuevo a ser uno. Que está muy cansado. Y yo le comento que lo entiendo y que, si les parece, hacemos una pausa. Tres segundos después Chuck ronca y mi amigo me recuerda la conveniencia de salvar todo lo que llevo escrito en un lápiz de memoria o en un disco duro externo.

—No vaya a ser que se te averíe inesperadamente el móvil y pierdas todo el documento.

Le hago caso. Señalo todo lo escrito hasta el momento en mi agenda, le doy a enviar y me lo mando a mi correo de Gmail. No quiero ni pensar lo que le va a clavar ATT al agente amigo por el viaje del texto a través del espacio hasta España. Bueno, me tranquilizo, pensando que seguramente el móvil es de la empresa. Levanto la vista y Chuck ya se está desperezando. ¡Menuda siesta! Más breve que la del cura. «Pues sí que descansan poco las almas», me digo. Justo lo contrario a la creencia que solemos poner nosotros en las lápidas.

Chuck me pide que me acerque y, cuando llego junto a él, me mete la mano por el ano, me agarra y me saca sin problemas tras practicarme la maniobra de Hersse. *Dobre* vuelta con tirabuzón para evitar rozamiento.

—Con permiso —me dice y se introduce en mi cuerpo. Me voy a cagar en toda su familia, incluyendo al perro, pero rápidamente me doy cuenta de que sus intenciones son sanas. Se acomoda el iPhone en el regazo y comienza a teclear—. Así vamos más rápido, que a mí me queda ya muy poquito —me informa.

—Oye, *dude*. —Se incorpora enfadado Agenjo—. Que a ver si por salvar a ese nos vamos a jorobar nosotros.

—Tranqui, tronqui, que termino rápido.

Nos ha jodido mayo con las flores. El agente teclea a una velocidad media de catorce pulsaciones por segundo, con picos de dieciséis, pulverizando el récord del mundo de mecanografía que hasta la fecha ostentaba Bárbara Blackburn. Y, además, mientras escribe, tiene la deferencia de irme relatando en voz alta el contenido.

—Transcribo —me explica— las notas que tomé en aquellos días. En plan diario. Te serán de gran ayuda. Tengo el original en inglés, naturalmente, pero como un episodio tan intenso no se le va a nadie de la cabeza y recuerdo cada momento que viví de memoria, prefiero dejártelas en tu idioma por evitarte el engorro de la traducción.

—Muchas gracias —manifiesto.

—No me lo agradezcas. Es puro egoísmo. No quiero errores en mi biografía, ni imprecisiones en la descripción de los hechos. Yo con traducciones del inglés al español me he

encontrado de todo. Y no me gustaría ver *casualty* convertido en casualidad, cuando, para ser exactos, se trata de una persona fallecida en condiciones violentas. Por ponerte un ejemplo, mano.

—*Okey* —le respondo, por hacerme el bilingüe. Y entonces él, ya quizás un poquito puntilloso, me corrige la pronunciación y me explica que es con a.

—Se escribe *okay*.

—Ya…

Intuyo que mi amigo invisible desconoce también los pormenores del relato, pues noto que aguarda tan atento como yo a la recomposición de los acontecimientos. Ambos intercambiamos miradas cómplices y, enmudecidos, nos preparamos a digerir el cúmulo de sorpresas que está a punto de brotar de labios de la cebolla original. Así nos habla el DIA. A nosotros, personalmente.

—Tengo el contacto del Number One en la P, como Pobama, que es el acrónimo de presidente Obama, por evitar, si perdiera el móvil en un bar, como le pasó a Steve Jobs, que la agenda caiga en manos de desaprensivos. No me gustaría que lo encontrase un adolescente y, aprovechando la popularidad del titular de la Casa Blanca, se pavonease con amigos gastándole a Barack bromazos del tipo: «Mire, que le llamo de la Interpol porque le hemos pillado bajándose un capítulo de *The Walking Dead* de internet sin pagar». Le llamo. Me contesta la llamada Alyssa Mastromonaco, que la acaban precisamente de nombrar *deputy chief of staff for operations*. Le doy la enhorabuena y le pregunto que si un cargo tan largo le cabe en la tarjeta de visita. Me contesta que ja, ja, y que si puedo ir al grano. Le cuento los pormenores de mis pesquisas. Evito, naturalmente, pronunciar el nombre de Kennedy o mencionar las confesiones de Joaquin Phoenix. Simplemente le digo que le comunique al presidente, que ella misma me confiesa que lo tiene al lado haciendo un FaceTime con la Merkel, que *«The bird is alive»*, que él ya sabe de qué estamos hablando. Como me exige mayores detalles para pasarle el recado al POTUS, me aventuro a contarle que he dado con la puerta secreta del valle del Hudson. Entonces la Mastromonaco cambia radicalmente de actitud y pasa a comentarme que ella nació en esa zona, concretamente en el pueblo de Rhinebeck, y que asistió a la boda de Chelsea Clinton porque, más o menos, son de la misma quinta. Y yo añado que también estuve en el célebre casamiento, pero no en calidad de invitado, sino de supervisor del plan de evacuación por el cauce del río en caso de ataque terrorista. Y estas coincidencias propician el inicio de una amigable conversación en la que me pregunta si conozco a Robert Heywood, consejero escolar en el *high school* de su pueblo, del que prodiga maravillas. Le informo de que no estoy al tanto de las tareas profesionales desempeñadas por el señor Heywood y ella me indica que fue Robert quien le recomendó que solicitase plaza en la Universidad de Wisconsin en Madison. Le comento que mira tú qué bien y que, precisamente, yo nací en esa ciudad y ella exclama que no da crédito y que si, hasta que se quede libre el presidente, no quiero saludar a la secretaria de Estado. Digo: «Pero bueno, es que estáis todos ahí, ¿o qué? Qué pasa, ¿tenéis comida de empresa?». Y ya me responde que no, que los he pillado a bordo del *Force One* camino de la India. Y me pasa a Hillary, que, en tono distendido, me confirma que «Por supuesto que le recuerdo con cariño, Mr…». «Ross», le apunto. «Ah, sí, Ross», me dice y añade que su hija apreció con sincera gratitud mi regalo de boda. Una lámpara de cristal obra del famoso artista Barry Entner. Yo estimo la posibilidad de confesarle que me confunde con otro, pero decido seguirle el rollo. Hillary me comenta que la lámpara de Entner les gustó tanto que ella luego le

encargó otra escultura de cristal en forma de saxofón para el cumpleaños de Bill. Y que la tienen colgada en su residencia de Chappaqua. Una preciosidad. Unos colores muy vivos. La alegría del comedor. Yo desvío la conversación hacia el viaje y ella entonces me comenta que el tema que les lleva a la India es muy complejo. Por lo visto, los indios muestran preocupación por los dos billones de dólares de ayuda militar a Pakistán que acaba de aprobar el Congreso. Oficialmente la Casa Blanca, «o sea, nosotros», me subraya la secretaria, les hemos asegurado por activa y por pasiva que Pakistán utilizará ese nuevo arsenal solamente para defender su frontera con Afganistán de los ataques talibanes. Pero el primer ministro de la India se permite ponerlo en duda y ha expresado su temor a que el general Pervez Musharraf desvíe parte de los fondos para avivar el conflicto que los enfrenta en Cachemira. Me dice que Barack Obama con este viaje se ha marcado dos objetivos: venderle a la India un puñado de aviones de guerra, *jet fighters*, y conseguir la apertura de un Walmart en el estado de Bharat. «Pero la India nos quiere imponer condiciones, Chuck», asegura. No quieren basar la alianza militar con Estados Unidos solamente en una transacción comercial de compra de aparatos. Demandan el derecho a utilizar los *jet fighters* contra Pakistán en caso de conflicto bélico. Para forzar esta concesión, Singh le va a poner al presidente encima de la mesa la tentadora oferta que le ha formulado Rusia. Putin quiere venderles aviones militares de similares características. «Y espérate —añade—, que se los ofrece sin exigirle contrapartidas políticas ni limitación territorial alguna para su uso». La licencia para Walmart tampoco la tenemos fácil. India recela de nuestro coqueteo diplomático con Pekín. Quieren una declaración contundente de que ellos son los verdaderos aliados de Estados Unidos en Asia. «Espere, Ross —me dice—, que le voy a leer textualmente, porque sé que usted es una persona de cultura refinada y va a comprender al dedillo nuestro dilema. Mire lo que me ha escrito mi colega indio. Aquí está. Dice así: “China es un poder en expansión, pero carece de democracia. India es la América del continente asiático y queremos que Estados Unidos deje claro que somos nosotros, y no los chinos, sus aliados en esta zona del planeta”. ¿Qué le parece, Ross? Si quiere, luego se lo mando por email». Yo contesto que no es necesario, pero que, efectivamente, me parece todo muy peliagudo y es ahí cuando concluye en seco nuestra conversación porque el señor presidente acaba de terminar su conferencia con Alemania y la Clinton me lo pasa.

»En plan escueto, le relato al inquilino número cuarenta y cuatro de la Casa Blanca lo acontecido y quedamos en desmenuzar detalles y diseñar un plan de actuación a su regreso a D.C. Le noto francamente interesado por el asunto, pero me hace saber que el viaje es muy delicado y le resulta imposible interrumpirlo por mucho que esté deseando escuchar el secreto que prometo revelarle. Quedamos para este martes. A las siete y media de la mañana. Prontito. Justo después de la reunión diaria en la que el mandatario despacha con su gabinete de asesores. Me concede una hora. Un tiempo llamativamente generoso, dado lo apretado de su agenda y a sabiendas de que los encuentros en el despacho oval raramente superan los diez minutos. Le doy las gracias y Obama me reitera que está *“Very, very pleased”* con los resultados de mis pesquisas. Y después, aunque sin llegar a confirmar nada concreto, me deja caer que igual alguien se merece una *Presidential Medal of Freedom*. Como yo guardo silencio por prudencia, es él quien voluntariamente añade que tiene previsto concederles medallas a Barbra Streisand, Gloria Estefan y Steven Spielberg y que, donde caben tres, “perfectamente podrían entrar cuatro, mi querido Ross”. Y así, tras ilusionarme con tan inquietantes expectativas, se despide de mí con

el habitual *"God bless America"*, y me cuelga sin más contemplaciones. Clock.

»Recojo mis pertenencias, pillo un taxi amarillo (no sin antes pelearme con una señora que, con testimonios a todas luces falsos, insiste en que llevaba más tiempo que yo en Broadway con el brazo levantado) y me dirijo al aeropuerto. Regreso a España con el doble objetivo de presentarle al presidente Zapatero mi renuncia, pues el presidente Obama me necesita para temas de descomunal envergadura, y de colocarle el perro al presidente Aznar. Tres misiones: tres presidentes. La triple corona.

»Ya lo sabes todo, mano —admite Ross, dejando a un lado el telefonito—. Ahora este tallo y yo tenemos que juntarnos. Dale, Agenjo, que no hay tiempo que perder.

Yo les ofrezco salir de la habitación, detalle que me agradece Agenjo con unos arrullitos de gato; pero Chuck le recuerda que ha de terminar el relato antes de ponerse a lo que tienen que ponerse.

Agenjo se resigna y el agente Ross vuelve a remontarse a la noche en que regresó a Madrid para dejar organizado en España el dispositivo encomendado por Zapatero. Dice que los contactos de Irlanda habían dado ya sus frutos y que todo iba viento en popa a toda vela, no corta el mar sino vuela. Y que, al poco de llegar, se pasó a recoger a Perpiñán a mi casa, por salvarme del marrón, y que lo llevó con los Aznar consciente de que a ellos no les supondría ningún trastorno. Al contrario. Se conoce que a Ana Botella le encantan los *alinames*, animales. También menciona que las gestiones encomendadas le llevaron un par de días y que luego se volvió a embarcar con destino a Estados Unidos. Confiesa que el aterrizaje en Nueva Jersey se efectuó a plena satisfacción del pasaje y que algunos viajeros prorrumpieron en un aplauso espontáneo y caluroso. Y que, nada más comenzar su descenso del avión por el pasillo metálico, sintió un pequeño mareo y un dolor agudo en las sienes, pero que no le prestó demasiada importancia puesto que llevaba días sin conciliar el sueño. Pasó la aduana y, como le quedaban tres horas hasta la conexión del vuelo a Washington D.C., decidió acercarse a merodear de nuevo en la calle 95 por los motivos ya expuestos.

Afirma que tomó un taxi que le dejó en la esquina de Broadway con la mencionada calle y que, a pata, bajó el tramo de pendiente hasta el portal de los sepasco. Que se acercó a la boca de riego de color rojo e introdujo el código secreto: 2992, que le había proporcionado el Compañero del Viento. Y que funcionó a plena satisfacción. Que se descorrió la máquina del aire acondicionado y dejó abierto un boquete impresionante en el muro. Y que, para evitar miradas indiscretas, Chuck Ross cerró la cancela de la calle tras de sí.

—¡Anda, igual que nosotros! —exclama Agenjo con el entusiasmo de un enamorado.

Ross le regala una sonrisa antes de continuar con su interesante narración. Mi amigo se sonroja. Bueno, se pone rosa clarito, porque el rojo sobre el transparente no resalta tanto.

—Total, que entro, los localizo, y les pregunto que cómo de inminente es el peligro de la serpiente negra. Por si hubiera habido alguna novedad. No se ponen de acuerdo. Que si he leído que pronto, que si me han dicho que va para largo, que si no lo saben a ciencia cierta. Les comunico que voy a ver al Number One en cero coma y se ponen frenéticos de alegría. Me voy a despedir, apenas avanzo tres pasos, y noto que me invade una sensación extraña. Como de ahogo. Un intenso hormigueo me recorre el brazo. Se me nubla la visión del escondrijo y, en su lugar, me aparece la niebla que viene siempre antes de la carta de ajuste. Siento como si me trepanaran el cerebro con tres taladros al mismo tiempo. Uno procurado con un berbiquí manual,

otro con martillo percutor y el tercero ejecutado con broca reversible, que gira a derecha e izquierda, mientras produce movimiento de vaivén. Caigo fulminado por un ictus que me revienta los vasos sanguíneos del cerebro. Las tres cuartas partes de la masa encefálica, que están constituidas por grasa, son las únicas que se salvan. El resto queda para el arrastre. A mi vida se le funde la biela y, en la caída hacia el abismo, noto que entro en coma y el telón negro de fondo se resquebraja. Por una pequeña fisura se cuela una luz potente. Aprovecho que el velcro pierde su efecto aglutinador y, por la susodicha grieta blanca, me escapo con intención de realizar una inspección de urgencia y contabilizar los daños. Observo mi rostro cariacontecido desde la altura y le comunico al piel roja que me acompañaba para despedirme que ya lo siento, pero que no voy a poder llevar a cabo la misión. Él me comunica que no me jodas, y me pregunta que a ver qué hacemos. Lo que más me aturde en tamañas circunstancias es el hecho de tener que dar por perdida la maleta que queda tirada junto a mí en el piso. Pienso que tal vez nadie llegará jamás a reclamarla y que se desperdiciará la botella de aceite de oliva virgen extra que le llevaba al presidente. Cosecha del Marqués de Griñón de 2009. Arbequina y picual. Color dorado con tonos verdosos. Aroma limpio e intenso a hierba recién cortada, tomate y especias. Textura aterciopelada con sabores frescos de aceitunas y almendras. Final persistente que refleja su alto contenido en antioxidantes. Catorce euros en el Hipercor del Campo de las Naciones. Ya ves tú.

—No te olvides de preguntar por ella cuando te vayas —me indica Agenjo—. Que estos son capaces de quedársela.

Mientras nos apuntaba estos detalles gastronómicos, tanto Agenjo como yo hemos notado que Chuck Ross se relamía. Resulta obvio que este tipo siente adoración por la gastronomía mediterránea.

—Me encanta España —nos confiesa—. Toda mi vida la he pasado rogando a mis superiores que me enviasen a la península en misión especial, José Carlos. Desde la época en que la Armada atracaba en Barcelona. Si pudiera elegir un lugar para la próxima reencarnación, sería tu país. Es el destino más codiciado por los diplomáticos de Estados Unidos, por si no lo sabes.

—No estaría mal volver allí con estómago —asiente Agenjo—. No sabes lo que se sufre viviendo en Madrid y no pudiendo probar el embutido. Los amigos invisibles no necesitamos comer, pero nos quedamos con las ganas.

Llevaba aceite, continúo transcribiendo en la agenda del iPphone el relato de Ross, porque dice que a Michelle Obama le *enactan*, encanta echar un chorro en el plato, espolvorearlo con queso parmesano rallado y mojar con pan.

—A mí, sin embargo —confiesa—, y que me perdone la primera dama porque, además, soy muy partidario de su encomiable campaña de lucha contra la obesidad infantil, lo de añadirle queso al aceite me parece una vulgaridad. El Marqués de Griñón es tan rico, tan sabroso, que no necesita más que un pellizco de sal Maldon. Nada más. Pero, bueno, dejadme terminar.

—Por favor —le solicito.

—En vista de la tremenda gravedad del asunto, me doy cuenta de que tengo que avisar a Agenjo. Aprovecho que se afloja el efecto velcro y, después de ponerle al corriente a T´nga Ukka, salgo zumbando con destino a Madrid. Mi sana intención es la de, nada más llegar, pasarme por última vez por el mercado de San Miguel. Es mi debilidad. Lo descubrí hace dos primaveras en compañía de Anthony Bourdain, que vino a grabar su programa para Canal Viajar, y estuvimos con el embajador y toda la pesca poniéndonos hasta arriba de jamón y ostras. Pero,

como ya dije, a la altura de las Azores tengo que retroceder y volverme confiando en que sea mi *alma mater* la que dé conmigo. Menos mal que se me ocurrió dejarle la agenda en tu oficina.

»Bueno, sigo. Aterrizo en Nueva York y voy a ver cómo sigue mi cuerpo cuando compruebo, perplejo, que ya no estoy donde estaba y que no soy capaz de dar con mi paradero en toda la gruta. Ya habréis comprobado que esto parece un laberinto del diablo. Interminable. Como el túnel de una mina, que ahora sube y ahora baja, y ahora se bifurca y ahora es un saco sin fondo. Mira, me entra un ataque de nervios que no encuentro el modo de calmarme. Para conseguirlo, saco fuerzas de donde no las tengo y me voy a Galicia, y me hago el Camino de Santiago a la inversa, hasta León, y me tranquilizo sobremanera. Aliviado, me acerco otra vez a Nueva York y, ya mucho más relajado al fin doy con el catre en el que han depositado mi cuerpo moribundo… y aquí me tenéis ahora. Apenas he hablado con nadie, excepto la conversación que mantuve con el reverendo para informarle de que si vinierais, os dejase pasar. Y creo que ha cumplido su palabra. Ahora tienes tú que cumplir la tuya.

—¡Virgen santa, qué historia! —se me escapa justo antes de darme cuenta de que Ross me acaba de exigir que cumpla una palabra que yo nunca le he dado a nadie. No te jode. Me piden un favorcito y encima con exigencias—. Bueno, pues todo aclarado, les digo. Entonces yo os dejo. Vosotros a lo vuestro. ¿Estáis cómodos en la cama o preferís que os prepare la bañera con palitos de sándalo? —Ambos me miran amohinados—. Que es broma, que es broma. Os apago la luz antes de salir, ¿eh?

Soplo las velas que iluminan la estancia y se queda todo a oscuras. Como la boca del lobo pero sin campanilla. Seré idiota. Tendría que haber dejado una llama encendida para iluminarme a mí el camino de salida. Tendré que caminar despacito y a tientas. Tampoco es tan difícil. La puerta debe de quedar más o menos a esta altura. A ver, a ver, que el picaporte tiene que andar por aquí. No gira. A ver si es que habrá que darle un tironcito porque a veces…

—¡Aaaaaaaay! ¡Me cago en la madre que parió a Panete! ¡Aaaah!

Se me cae encima un mundo. Un universo de frascas, tarros de porcelana, enciclopedias de los huesos, vaya usted a saber, se descarga sobre mí. Ay, ay, ay. Intento protegerme con los brazos de este alud imparable de artefactos y cristales rotos; de una lluvia torrencial de gotas de formol que me golpea en cascada el rostro… pero el esfuerzo resulta vano. Sufro impactos en los hombros, en la boca del estómago, y en el anverso de la oreja hasta que, finalmente, tras el desplome fatal de la estantería que sustentaba todos los elementos antes definidos, su cornisa de hierro me percute como una maza en el tabique nasal y la vida me coloca de golpe el letrero de cerrado por vacaciones. Mi cuerpo se desploma y mi alma sale disparada en plan géiser. A cuarenta y ocho millas por segundo, según el sistema imperial inglés utilizado en este laboratorio. Echa tú las cuentas en kilómetros. Está a 1,66 el cambio; así que ya me dirás. Rapidísimo. Tanto que mi espíritu choca contra la pared y se esparce por la piedra como la mantequilla en una tostada. Por unos instantes soy uno con el hermano cuarzo, el hermano feldespato y la hermana mica; pero consigo reagruparme como el blandiblú y despegarme de la piedra.

—¿Qué pasa? —escucho la voz inquieta de Agenjo.

—Nada, nada —intento minimizar los daños—. Que se me ha escapado la funda, pero ya la recupero. He debido de tropezar con una estalagmita y se me ha venido la repisa encima.

Busco a tientas mi cuerpo. ¿Dónde diantres habré caído? Frío, frío, como el agua del río.

¿Dónde estás Juan Carlos, machote? Ah, aquí toco una mano. Mira que es raro que te hayas desplazado tanto… Bueno para dentro. Ya está.

—Solucionado —les comunico.

Se abre la puerta. Es el amigo de Manuelito el navajo que viene portando una antorcha. Me cago en mi calavera… me he confundido de envase y me he vuelto a meter en el Ross moribundo. El indio no se percata de que mi cuerpo se halla tendido inerte en el suelo a dos pasos de donde se encuentra y se dirige como si nada a los Agenjos.

—¿Todo bien, señores?

—De perlas —miente mi amigo invisible.

—¿Y Gonzáles?

—Ha debido de bajar a dar una vuelta —agrega su compañero proporcionándole al nativo noticias falsas.

—Bueno, pues me alegro de que así sea. Si no les importa, les dejo encendidas las velas porque esto así de oscuro se ve muy triste.

—Gracias. Con Dios.

—Agua.

El jefe sepasco salta sin darse cuenta por encima de mi cuerpo, que permanece tendido como una masa inerte en el linóleo amarillo. Parezco un buñuelo desinflado. Un toro con la lengua fuera en el desolladero. Y, apenas cierra el indio la puerta, cuando el cuerpo de Ross entra en erupción y se producen emisiones violentas en la superficie de materias procedentes del interior. El flujo de lava alcanza el cráter de mi boca y se desborda deslizándose por las laderas del cuello sin que yo pueda hacer nada para evitarlo. Padezco sacudidas sísmicas y arrojo, precisamente por el hueco por donde debería escaparme yo, sonoras fumarolas.

—¿Qué pasa? —vuelve a interrogarme inquieto mi amigo.

Pasa que el paciente inicia un periodo de angustiosa respiración entrecortada. Agónica. No me jeringues, que se muere el tío este conmigo dentro… Si ya sabía yo que no tenía que haberme dejado liar por este par de inútiles… Vas a ver tú como, al final, se quedan ellos a disfrutar en mi carcasa del éxito de la novela de Kennedy, y a mí, los de la Oficina me mandan al reciclado. Mira, me entran unos sudores fríos de espanto. Ross se ahoga. Está expirando. No sé qué hacer, si subir a Ubrique, tirar para Grazalema, para Alcalá de los Gazules o al Alosno, que es mi tierra. ¡Ay, madre mía, qué nervios! Desde luego, lo que no puedo permitir es que se muera el agente del DIA, baje Dios de las alturas, o el arcángel San Gabriel, o San Pedro, o quien lleve el negociado de las almas, y me pille a mí en pelotas. A ver cómo doy explicaciones cuando el enviado divino se dé cuenta de que no soy el relleno que le corresponde a esta empanadilla. No, mire, San Pedro, es que yo pasaba por aquí y me dije… Quita, quita. Me fulminan, seguro.

—¡Tienes que salir de Ross, José Luis, que tenemos que entrar nosotros antes de que el cuerpo arrugue el hocico! —me increpa con tono exasperado mi amigo.

—*What the fuck?!* —escucho que maldice el alma gringa en un inglés muy feo. Menudas maneras de hablar el idioma de Robin Hood.

No sé por qué no puedo salir, pero no lo consigo. Es como si se me hubiera enganchado la camiseta a alguna vértebra o algo así; pero como las almas no llevamos prendas textiles que puedan quedar atrapadas, la verdad es que no lo entiendo. Trato de estirar un poco el pellejo de Ross para ver si es eso porque, todo sea dicho, el agente me queda un par de tallas pequeño…

pero tampoco. Piensa, Juan Carlos, piensa.

—Como no salgas de nuestro cuerpo inmediatamente, José Carlos —me amenaza el agente —, nos metemos nosotros.

Siento que me aplastan la nariz contra la frente. No puedo respirar. ¿Será posible? Estos dos pringados se están intentando meter en Ross.

—¿No veis que aquí tres no cabemos? —les reprocho.

—Pues ahueca el ala, colega —me zarandea del cuello Agenjo, que ha conseguido introducir el brazo hasta mi altura.

—Ya voy, hombre. Que me he atascado —me justifico.

Es la verdad. Por más que me esfuerzo, ¡ummmmmm!, no voy ni para adelante ni para atrás. Me resulta imposible desplazarme, como al maxilar de una mandíbula dislocada.

—Salid primero vosotros, caramba, que no me dejáis sitio —argumento.

Se salen. A regañadientes, pero se salen, y mi amigo empieza a darme indicaciones desde fuera.

—Empuja con el vientre, José Luis, como hiciste la primera vez en Madrid —me sugiere—. ¿Estás intentando el método Bradley?

—No, estoy con la técnica Lamaze, no te jeringa.

—Concéntrate. Tienes que dirigir la presión hacia el hueco. Así, bien. Acércate a la puerta. Vas bien. Dale, que ya empiezan las contracciones en el recto. ¿Tienes sensación de pujo?

—Lo que tengo es ganas de mataros —suelto, desesperado y consciente de que no pueden oírme.

—No te preocupes —oigo que se cachondea Ross—. La próxima vez te ponemos la epidural.

—Muy gracioso.

Lo intento, pero sigo sin desplazarme ni una micra.

—Estupendo, lo estás haciendo muy bien —me jalea Agenjo, tratando de contrarrestar con sus estímulos la mofa del americano—. ¡Has dilatado! Deja el periné relajado. Toma aire por la nariz y, sin soltarlo, inclina un poco la cabeza hacia delante y empuja. —Allá voy. Tomo aire. No pasa nada—. Deja el periné relajado —insiste mi amigo.

—Pero ¿qué periné ni qué porras? Si ni siquiera sé dónde queda eso.

—Arriba, arriba. Cabeza arriba. Cerramos boca. Empuja y descansamos.

No dudo de que las intenciones de Agenjo son sanas, pero me está haciendo un lío y me agoto. El cansancio hace que pierda el punto de referencia hacia el que debo dirigir mis esfuerzos y me sorprendo empujando en direcciones desacertadas. Encima, al contener la respiración una y otra vez, la privación de oxígeno termina por dejarme exhausto.

—No puedo más —reconozco, a punto de tirar la toalla.

¿Y ahora qué sucede? Empieza una leve vibración en la piel que me cobija, que va acentuándose progresivamente, hasta alcanzar las cuotas de aceleración máxima que los astronautas experimentan al reingresar en la atmósfera. El cuerpo del agente comienza a producir sacudidas breves y rápidas, acompasadas con vocalizaciones extrañas. Ross se muere. Y yo con él…

—¡Es el preludio de un cuadro de apnea, José Carlos! —me grita alarmado Charles Ross.

Se nota por el tono que el agente está bastante desesperado.

—¡Tienes que abandonar el cuerpo antes de que se produzca el paro cardiorrespiratorio! —

suplica mi amigo.

Ya les he dicho que no puedo. Mira, que sea lo que Dios quiera. Hágase tu voluntad. Si he de reencarnarme en una mosca del queso, pues ya intentaré pillarle el punto a la existencia con alas. Con suerte, me toca vivir cerca de una factoría de manchego. E incluso, a lo mejor, hasta es la de Los Claveles.

—*Yes, you can! Fucking a…* —despotrica inútilmente el alma secreta.

Demasiado tarde. Adiós a Ana, adiós a los niños, adiós a mi libro. ¡A la mierda todo!

—Piensa en la palabra relax, José Luis —me susurra al oído mi amigo cambiando de táctica.

«José Luis, José Carlos, ¡ya está bien!», protesto para mis adentros. ¿No podríamos ponernos de acuerdo al menos en un nombre para mantener la coherencia? Que me estoy muriendo, copón…

—Vamos, Juan Luis —me anima Chuck, como si hubiese entendido mi súplica.

—No, Juan Luis, no. ¡Juan Carlos, carajo! Carlos. Car-los. Ce, de cada vez que te veo se me endereza. A, de amigos para siempre. Erre, de res, selvático animal. Ele, de la vida sigue igual. O de otomaco…

—¿O de otomaco? —me pregunta sorprendido mi amigo invisible, que ha introducido la cabeza por el agujero para ver si puede girarme las caderas y evitar el atranque.

—Sí, de otomaco. ¿Qué pasa? Dícese del individuo de un pueblo amerindio que habita las riberas de los ríos Orinoco, Meta y Arauca. ¿Es que vosotros no hacéis crucigramas, o qué?

—Ah, sí, pero no… —escucho que me responde, volviendo a salir a la superficie.

—¡Y la última letra es una ese! ¡Ese, de siempre que llueve escampa! —le grito, a sabiendas de que ya no me atiende.

Termino de deletrear mi nombre con la sana intención de facilitar la nomenclatura cuando, para empeorar la situación, los jadeos de Ross se acrecientan. Me temo lo peor.

—Escúchame, José Luis —clama mi amigo—. Te voy a guiar para que salgas. Concéntrate en la palabra relax e intenta seguir este ejercicio. Mientras inspiras, piensa en la sílaba «re» y, al exhalar, piensa en la sílaba «lax». ¿Lo pillas? Re-lax. Re-lax.

Que no puedo tragar aire. Ya se lo he dicho, que estoy atascado. Igual con un supositorio Rovi…

Mi amigo se desespera ahí fuera. Se me agota el tiempo igual que se les extingue el cronómetro a los concursantes del Pasapalabra

—A ver, Juan Carlos, organización.

¡Hombre! Por primera vez en su existencia mi querido amigo ha atinado con el nombre. Me voy a morir, pero lo podré hacer satisfecho.

—Te voy a ir relatando los protocolos para que corrijas la postura. Tú no te agobies porque el procedimiento es estándar. Si me haces caso, estás fuera en cero coma.

—Vale —acepto con voz compungida.

Para mi sorpresa, veo que los dos gemelitos se acercan a mi cuerpo y desaparecen bajo mi Levi Strauss and Co. Original riveted. Quality patented. 505 trademark. Al instante el Juan Carlos original se pone en marcha. ¿Qué se traen entre manos? Mi cuerpo bipolar se incorpora y, dando tumbos, porque estoy hecho unos zorros, se dirige al mueble auxiliar que resiste junto a la estantería caída. Abre algunos cajones, revuelve entre lo que se me antojan paquetes de gasas y algodones, y extrae una caja de guantes de látex. Son tamaño medio, así que me van a venir

pequeños. Ves, ¿qué te dije? Se los pone, pero le hacen carreras como las medias y queda la palma al aire. No le da importancia. Con el guante desencajado, como O. J. Simpson en el juicio, se acerca al cuerpo que yo ocupo y lo inspecciona. Me pone boca abajo y me baja los pantalones dejándome con el calzoncillo al aire. Luego me cubre, digo yo que por pudor, con la sábana e introduce su mano por debajo.

—¡Eeeeeeh! —intento pararle los ánimos.

—Estás inflado. Se te ha llenado el estómago de aire y por eso no pasas. A ver, intenta ahora.

—¡Ummmmm!

Aprieto con todas mis fuerzas y consigo que me asome un pie.

—No, hombre, no —me corrige Agenjo—. La cabeza siempre por delante. Vuelve a meter esa pierna.

—¡Ummmm!

El pie desaparece otra vez dentro y Agenjo vuelve a introducir la mano por debajo de la sábana. Me hace cosquillas. Me da la risa.

—Ji, ji, ji… —No puedo contenerme.

—Estate quietecito, hombre. No me obligues a practicar cesárea…

La amenaza consigue asustarme, mientras siento cómo estruja las vísceras del moribundo con sus dedos.

—Los diámetros desencontrados de tu cadera y la de Ross deberían optimizar el esfuerzo expulsivo. A ver, gírate de una vez. Así. Espero que esto facilite la salida. Inténtalo de nuevo.

—¡Ummmmmm!

Nada. La habitación permanece en silencio por espacio de unos segundos. Al rato, veo que los dos que ocupan mi cuerpo vuelven a darme la vuelta.

—¿Qué hacéis?

No me responden. Me incorporan y me sujetan de pie agarrándome firmemente por la cintura. Me lo veo venir. La maniobra de Heimlich. Esa debe de ser la mencionada cesárea. Me abrazan con firmeza. Cierran el puño de la mano izquierda y me lo colocan sobre el abdomen. Justo entre el ombligo y las costillas. Entonces, con mi mano derecha bien abierta, propinan sobre el puño cerrado tal topetazo que mi estómago se encoge hasta el infinito y más allá, al tiempo que mi alma sale despedida como una flecha.

Sobrevuelo en órbita la habitación, perdiendo gas como un globo suelto. Rodeo tres o cuatro veces la lámpara del techo y, al perder altura, choco de bruces contra la moldura de la puerta. Termino en posición decúbito prono y arañando con los dientes el piso.

—*Mu botito* —les comento, intentando ordenar mis pensamientos.

Pero los invisibles van a lo suyo. Toman carrerilla y, como un toro cegado por la impotencia, empotran mi cabeza contra el contenedor de las gasas. ¡Madre del amor hermoso! Mi cuerpo se desploma como un saco de patatas en el mismo lugar en que yacía hace apenas un minuto. La tercera contusión politraumática del día. Ya verás tú las consecuencias.

—¡Un poquito de cuidado con ese cuerpo, que es mío, por favor! —les reprendo.

Me altero porque un cuerpo humano no es un coche de alquiler que, como no es nuestro, lo conducimos a la buena de Dios y sin mimo alguno. Un poquito de por favor… Pues nada, a estos se la trae al pairo y ahí me tienes con una brecha que me va a estar doliendo tres semanas. ¿Tanto cuesta hacer las cosas bien? En fin…

Escucho un ruidito inidentificable. Hago *zoom* sobre mi entrepierna y, al poco, distingo las cabezas traslúcidas de Agenjo y compañía que asoman a través del reverso de mis vaqueros. Poquito a poco, con tirones leves, sale un doble invisible de mi caparazón humano. ¡Agenjo y Ross están pegados! Su alma ya única se pone en pie y se me queda mirando. Entonces me dedica una sonrisa y, sin mediar palabra, da unos pasos hacia mí. Nos abrazamos.

No sabría cómo definirlo, pero el perfil de las almas debe de estar formado de energía, de magnetismo o de alguna otra fuerza que consigue que, al rozarse, notes la presión. Si lo sabré yo. Anda que no me habrá hecho ahogadillas el idiota de Agenjo en la piscina de Hortaleza obligándome a justificar ante Mortadelo un comportamiento que a mi instructor se le antojaba suicida. O, espérate, que igual va a resultar que el de las ahogadillas era el canalla de Ross en carne y hueso. ¡Claro! ¡Qué sinvergüenza! Ahora me explico las ocasiones en que se negaba a abandonar voluntariamente el despacho y le he tenido que sacar yo a caballito, soportando su indigno peso sobre mis hombros, para ocultarle en la despensa antes de que Ana o mis hijos me pillaran con él. ¿Seré idiota? No es momento para resquemores. Procuro disipar esos pensamientos tan engorrosos y me concentro en la despedida.

—Adiós, mi querido amigo.

El invisible me devuelve el achuchón. Ay… Definitivamente, y a pesar de lo comentado en el párrafo anterior, las almas resultamos *abrazables*. Los dos lloramos. Lloramos porque no volveremos a vernos más. Lloramos porque hemos tenido la dicha de conocernos y sentimos la satisfacción de haberlo dado todo por el otro en los momentos difíciles como los mosqueteros franceses. Lloramos de alegría. Paradójicamente, comprendo de golpe que la felicidad, en algunas ocasiones, puede resultar muy triste.

—¿Y ahora qué? —les interrogo.

—Primero al cuerpo de Ross y luego, tras la expulsión definitiva, ¿quién sabe? No depende de nosotros, güey —exclama uno de ellos que, por la expresión mexicana, intuyo ha de tratarse del agente Chuck.

—No está en nuestras manos —se suma a la respuesta Agenjo—. Lo que ocurre es que tengo un pequeño enchufe en la Oficina y voy a intentar una jugada. A ver si me sale.

—¿Un enchufe? —repito yo, sorprendido.

—Un conocido. El mismo que me ha salvado el trasero en varias ocasiones durante estos años. Sin él, te aseguro que me hubieran cazado hace ya mucho tiempo.

—Es que, cuando te llevas reencarnando muchas veces —me aclara el agente—, terminas estableciendo contactos en la lanzadera y, de vez en cuando, puede que te hagan un favor o te admitan una sugerencia.

—He tenido una idea para la reencarnación, Juan Carlos —desembucha en voz baja mi amigo—. Pero prefiero no comentarte nada porque los proyectos se suelen truncar cuando se cuentan.

Me dispongo a demandarle más detalles cuando el cuerpo de Ross se atraganta e interrumpe la respiración. Nos quedamos congelados. Con tanta despedida se nos ha ido, nunca mejor dicho, el santo al cielo. Ay, madre.

—Aaag.

El enfermo suelta un esputo y recupera el ritmo. Buf, volvemos a recobrar el ánimo.

—No podemos esperar más. Adiós y suerte, Juan Carlos.

—Adiós, amigos —les digo emocionado—. Y mil gracias por cederme el material para el libro.

—Te lo debíamos, José Julio —me responden al unísono volviéndome a cambiar de nuevo el nombre; lo cual me hace sospechar que, más que una fusión, lo que se está produciendo allí dentro es una locura.

»Al fin y al cabo —continúa la voz coral—, cuidaste de Perpiñán una semana sin oponer resistencia y a plena satisfacción del animal. Un gesto que te honra.

—Lo que no os puedo prometer —reconozco con modestia— es que sea capaz de contactar con Obama. En la Casa Blanca me van a mandar a tomar viento fresco. Ya me dirás tú cómo le pido cita yo al presidente. ¿Le digo que quiero entrevistarle para la *Gazeta del Taxi*?

—No te preocupes. Cuando le aseguré al Compañero del Viento que tú podrías recoger sin problema mi testigo, lo tenía todo pensado. Reconozco que aceptaron porque están francamente desesperados, pero sé que no les vas a fallar. Si la montaña no viene a Obama… —me deja caer Ross.

—¿Qué montaña? —respondo sin entender a qué se refiere.

—Tú publica el libro, güey, y ya verás como Obama te contacta —me aclara.

—¿Cómo?

—Muy sencillo: Barack es un tipo inteligente. Lo único que necesitas es facilitarle un poco las cosas. No te olvides de incluirme en la dedicatoria. Pon: «A la memoria de Charlie Ross, *the bird is alive*». Verás como Obama lo pilla al vuelo y te llama a capítulo.

—Sí, seguro. Al móvil me va a llamar.

—Confía en mí. Yo le proporcioné al POTUS algunos datos en clave en nuestra breve conversación. Suficiente para que él sospeche que Kennedy está con vida y al mando de una organización benéfica en la sombra. En cuanto caiga en sus manos tu libro, atará cabos. Te lo aseguro.

—¿Obama va a leer un libro en español publicado por… por… Bubok?

—No te subestimes, mano. Te he proporcionado un *best seller* de primera. Te aseguro que lo sacará en inglés Random House.

—Dios te oiga —zanjo la conversación lleno de dudas ante tamaña responsabilidad consciente de que un éxito editorial no consiste sólo en que la historia sea buena; luego tienes que colocar bien los adverbios y no abusar de los gerundios e intentar que los diálogos no repitan los conceptos apuntados en la narración… Un lío y yo, sinceramente, no sé si voy a estar a la altura. Lo de Alaska era una comedia ligera con cuatro chistes intercalados, pero aquí tienes que documentarte; que te coincidan las fechas; deletrear con precisión los apellidos de los personajes…

Un prolongado quejido me obliga a abandonar mi egoísta desasosiego. El cuerpo del agente agoniza y esta vez de verdad y para siempre. Mis amigos se arrojan en plancha hacia su interior un instante antes de que los labios hilvanen un último suspiro. Bifff, se ladea definitivamente la cabeza del agente con un leve soplo sobre la almohada. Adiós, amigos. Adiós para siempre. Adiós.

Reacciono y me reintegro a mi cuerpo malherido. Se me desenchufan las neuronas. Pasado un rato largo que no sabría decirte cómo habrá sido de duradero, me despierto congelado en el suelo y con un terrible dolor de cabeza.

Me alzo y, desorientado, me cuesta reconstruir el escenario en el que me hallo. Caigo en la cuenta al descubrir sobre la cama el acartonado rostro de Ross, que tiene los ojos abiertos de par en par y clavados en dirección a mi persona. Me aproximo a él por ver si sigue con vida. No, parece que no. Le acerco la mano a los labios. No respira. Le coloco sobre la boca la pantalla del móvil. No se empaña. Le bajo los párpados. No se quedan y rebotan de nuevo hacia arriba. Descanse mi amigo invisible en paz. Y descanse también un poquito yo, que me encuentro hecho unos zorros. Me acomodo en el lecho junto al difunto, le cojo la mano y cierro los ojos.

Día ciento dieciséis. Martes. Luna llena

Despierto y enseguida compruebo que el cuerpo de Ross ha desaparecido. A juzgar por lo entumecida que siento la espalda, he debido de dormir dos días seguidos. Me llevo la mano a la frente y repaso con mis dedos las protuberancias y los cortes provocados por los sucesivos golpes que ha recibido mi humilde cabalgadura. Confío en que los daños hayan afectado solamente a la chapa y en no haber sufrido complicaciones internas que perjudiquen el buen funcionamiento del motor. Todo menos hacerme un escáner. La dichosa maquinita esa me produce una claustrofobia tremenda. Además tardan dos o tres meses en darte cita. En previsión, decido hacerme una ITV apresurada. Tiro de estárter para arrancar. Respiro hondo y me incorporo. La suspensión parece estar bien. Estiro una pierna. Estiro la otra. Ambos brazos… Prueba de movilidad superada. Ahora las luces. Abro los ojos. Las de cruce sin problemas. A ver las largas… Enfoco al gotelé del techo y distingo sin problemas los pinchitos de pintura. Esto va bien. Los pilotos. Guiño el ojo derecho. Funciona. Ahora el izquierdo. ¡Hombre, también funciona! Mira tú por dónde el Agenjo me ha dejado una mejora. Me emociono. Esperanzado, trato de sentarme en el suelo con las piernas cruzadas, pero ahí ya no. Eso hubiera sido ya demasiado. La musculatura sigue sin cederme lo suficiente. «Juan Carlos, machote —me digo—, aún eres el hombre de madera que siempre fuiste y serás». Bueno, no pasa nada, es parte de la personalidad intrínseca de uno. ¿Qué más? Ah, sí, las orejas. Agudizo el oído y me parece escuchar un ruidillo que no consigo identificar con nitidez. Presto mayor atención y se me antoja que se trata del maullido de un gato que protesta al otro lado de la puerta. Me acerco a ver. Abro y no detecto ningún felino. Salgo al pasillo. Quien gimotea no es animal sino persona. Alguien en la lejanía. Según avanzo, al lamento inicial se suma uno nuevo. Y luego otro. Y otro y otro. Y al momento me percato de que la cueva sepasco se ha convertido en un valle de lágrimas. Al entrar en la estancia del doctor King, me encuentro con todo el percal. Rostros compungidos. Caras desoladas. Y rollos de papel higiénico que sustituyen a los paquetes de Kleenex ya agotados de tanto uso.

—Ha supuesto para todos un golpe terrible —me anuncia apesadumbrado Martin.

—Una pérdida irreparable —corrobora Elvis, con las mejillas inundadas en llanto.

—Yo también voy a echarle de menos —añado con sinceridad, pero sorprendido de que la partida de Ross haya supuesto para esta comunidad un hachazo de tal calibre.

—¿Ha pasado ya a darle el pésame a Marilyn? —me pregunta el reverendo.

Entonces se hace la luz. Kennedy ha muerto y es a él a quien lloran.

—El presidente nos dejó anoche plácidamente en su cama —me confirma conmovido Nino

Bravo, que aprovecha para soplarme que se encuentra preocupado por su compañera porque hace días que no ha vuelto a verla y no sabe qué será de Noelia y también que le han solicitado que interprete *América, América* en el funeral de estado. Todo un privilegio.

Día ciento diecisiete. Miércoles. Luna gibosa creciente

Por expreso deseo de Charles Kruman Ross, a media mañana se realiza una modesta ceremonia en su honor, durante la cual el jefe sepasco esparce sus cenizas en el río Esopus. Yo me conmuevo porque, en realidad, le estoy dando el último adiós a mi amigo Agenjo; y entre la estampa de árboles frondosos y aguas bravas, se entremezclan vívidos los recuerdos de los días inolvidables que pasé junto a este mentecato en Madrid. Sin embargo, me entra una duda existencial y así se lo hago saber al Compañero del Viento.

—¿Cómo saben que este era el tipo de entierro que hubiera deseado el agente? —le pregunto al nativo intrigado—. ¿No hubiera sido lo correcto consultar con su familia?

—Ahora nosotros somos su familia, señor Gonzáles —me responde T´nga Ukka con una serenidad que me deja pasmado—. ¿No le ha gustado la despedida?

—Me ha entusiasmado —le reconozco—. Sencilla, elegante, bella. No se puede uno ir más tranquilo de este mundo.

Para mi sorpresa, el acto también incluye un breve homenaje a la ciudad de Madison, la capital estadounidense del queso, que Agenjo siempre atesoró en su corazón como genuino lugar de procedencia. Ya ves tú el detallazo. T´nga Ukka reparte a los presentes unos gorros amarillos de forma triangular, confeccionados con gomaespuma, que representan al famoso cheddar de Wisconsin. Una delicia. Se caracteriza por un sabor agrio que se intensifica gradualmente a medida que transcurre el tiempo de cura. Por ello lo etiquetan de suave a fuerte; pudiéndolo encontrar bajo los calificativos de ácido, añejo o seco. La corteza ofrece una consistencia firme y su pasta muestra una textura lisa y cerosa. El tono es uniforme, de un color paja que puede llegar hasta un pálido anaranjado. Es rico en vitamina B12, muy recomendable para ovolactovegetarianos, y su uso más habitual es en lochas, como acompañamiento de sándwiches y hamburguesas durante las barbacoas veraniegas.

Nada más colocarnos los gorritos, el ayudante del jefe sepasco, ese indígena que lleva la camiseta del Barça, que no se la debe de quitar ni para dormir, aparece con una bandeja de cervezas y nos invita a coger una para brindar por el difunto. Muy bonito el gesto, pero no veas lo que me incordia que metamos al enemigo en una ceremonia tan íntima. No puedo evitarlo y, cuando recojo mi copa, le susurro ¡hala Madrid! al oído. El pavo me mira altivo y me responde: «¡Hala Madrid!», hala Madrid, pero llevamos ganadas las tres últimas ligas. Mucho píar, pero agua». Estoy a punto de estar a punto, pero me contengo. Al menos hoy lleva el dorsal número 6, que es el de Xavi y juega en la selección. Por ahí intento disipar mi furia.

Cuando todos nos hemos hecho con una caña fresquita, T´nga Ukka da un paso al frente y anuncia que va a pronunciar unas palabras sentidas en honor de mi amigo invisible. Dice que así se lo pidió su admirado Charles Ross y que así ha decidido proceder por respeto. Que va a dar lectura a un pensamiento pronunciado por Cliff Clavin en la serie *Cheers* y que, una vez finalizado, todos debemos alzar la copa. Escuchamos atentos.

«Veréis, la cosa funciona así… Una manada de búfalos sólo puede correr tan rápido como lo haga el animal más lento. Así, cuando sufren persecución y acoso, es siempre el más débil el que cae en manos de los cazadores. Esta selección natural es buena para el grupo, porque su salud y su velocidad aumentan progresivamente gracias a la pérdida de los más frágiles. De un modo similar, el cerebro humano opera tan rápido como se lo permiten sus células más lentas. Como todos sabemos, el excesivo consumo de alcohol mata las neuronas. Pero, de forma natural, ataca primero a las más débiles. De este modo, el consumo regular de cerveza elimina las neuronas más frágiles, convirtiendo nuestro cerebro en un órgano más rápido y eficiente. Este es el motivo de que nos sintamos siempre más inteligentes después de beber unas cañas. Así que brindemos, hermanos. Amén».

Con solemnidad, todos los presentes elevamos al cielo las copas que contienen el preciado líquido. Bien de tono y equilibrada de espuma. Superfresca. Es una Miller High Life, confeccionada desde 1903 en Milwaukee, Wisconsin, a la que con razón bautizaron como el champán de las cervezas.

Día ciento dieciocho. Jueves. Luna llena

Al atardecer celebramos con toda solemnidad el funeral por el alma de John Fitzgerald Kennedy. En medio de una gran pradera ondea enorme la bandera estadounidense a media asta. Acuden cientos, quizás miles de personas. En su mayoría son indígenas, pero observo por la variedad de rostros e indumentarias que los presentes obedecen a muchas culturas, religiones y nacionalidades distintas. Gentes que no sé con certeza si habitan este misterioso valle o si habrán llegado en secreto de otros lugares para acudir a la cita. Lo que sí puedo asegurarte es que, cuando los sediarios pontificios sacan a hombros el féretro del presidente, la multitud responde con un prolongado aplauso cuyo eco recogen las águilas; encargadas quizás por los sepasco de esparcir por el universo el duelo.

—Los sediarios los ha enviado el papa personalmente —me explica orgulloso Nino Bravo—. Ya sabes que Kennedy era muy católico. Los han traído con los ojos vendados. No saben ni dónde están, ni a lo que han venido. Sencillamente cumplen órdenes.

—Un puntazo —le corroboro—. Lo que me sorprende es la bandera.

—¿Y qué querías, la confederada? Kennedy era presidente de Estados Unidos y estamos en América.

—No, si eso sí —reprogramo mi pregunta—. Lo que pasa es que yo pensaba que esto era algo como más internacional.

—¿Más internacional? —me replica Nino Bravo un poco a la defensiva—. ¿Tú te has preguntado por qué en este país ondea la bandera americana hasta en la sopa?

Aguardo su explicación en silencio porque, si te soy sincero, es verdad que desde mi llegada me ha sorprendido ver tantas barras y estrellas por todos lados. Vale que esté en los edificios del gobierno, pero es que te la encuentras en el supermercado, en los porches de las casas, en pegatinas en los coches, en camisetas…

—Piensa que Estados Unidos está formado por emigrantes. Aquí convivimos gentes de muchas razas, de culturas diversas y de idiomas tan dispares que, si no tuviéramos la bandera

como referencia en todas partes, al despertarnos cada día nos costaría saber en qué país vivimos. Más internacional que esto no hay nada.

Se suceden discursos de muy diversas personalidades repletos de alabanzas a la figura del desaparecido. Que si Kennedy esto, que si Kennedy aquello, que si no te preguntes lo que América puede hacer por ti, sino lo que tú puedes hacer por América, y que si la pérdida de tan insigne personalidad va a suponer un mazazo irreparable para la humanidad. Los arqueros sepasco lanzan sus flechas al firmamento para señarle al alma presidencial el camino. Janis Joplin entona el himno nacional norteamericano, Marilyn Monroe le dedica emocionada el *Leaving on a Jet Plane* de Peter, Paul and Mary y Nino Bravo se luce con una elaborada versión de su *América*. Cuando regresa junto a mí, le doy la enhorabuena.

—Has estado sembrado. Que lo sepas.

—A mandar. ¿Has visto a Noelia?

Lo más emotivo se produce a continuación. De pronto sentimos un temblor de tierra bajo los pies.

—No me jodas que ya han empezado con el *fracking* —le comento alarmado al Compañero del Viento.

—Son los bisontes —me tranquiliza señalándome una nube de polvo en el horizonte.

—Los animales entienden mejor que los humanos que la muerte forma parte de la cadena de la vida —me explica en plan académico el indio del Barça, que se me ha colocado justo detrás, yo creo que para darme por saco.

Para mi asombro, la manada entera reduce la velocidad de su marcha y se acerca hasta la modesta caja de madera de pino que contiene los restos de Jack, su amigo. Lo huelen, lo acarician con la pezuña. Permanecen a su lado. Y, al cabo de un rato prolongado en el que todos guardamos absortos silencio, elevan al unísono sus grandes cabezas hacia la luna llena que ya se vislumbra en el cielo y, como si de una manada de lobos se tratase, entonan a coro un gran aullido. Es entonces cuando caigo por vez primera en la cuenta de que los bisontes no mugen como las vacas, sino que gruñen como los tigres, y que su presencia tan cercana desprende un olor azucarado.

Con las bendiciones sagradas de T´nga Ukka, se da por concluida la ceremonia.

El resto del día lo paso merodeando por el escondrijo de Esopus. Me dedico a recorrer las amplias instalaciones y a conocer en profundidad las inquietudes de sus habitantes. Como Benazir sabe que me tiran las letras, me procura un encuentro informal con Susan Sontag en un habitáculo acondicionado para reuniones de empresa. La escritora se muestra abierta y afable y me comunica que, a su humilde entender, el problema más grave por el que atraviesa la humanidad es el estrés. Que si los humanos durmiéramos un poco más y le dedicáramos quince minutos al día a la meditación, se solucionarían la mitad de los conflictos. Igual que la mayoría de las enfermedades se prevendrían con agua corriente y jabón. Y, a modo de botón de muestra, pasa a relatarme entusiasta un proyecto piloto que han puesto en marcha en una escuela de Chicago. En South Central, que es un distrito tan tremendamente conflictivo, dice, que en las noches veraniegas surcan más balas por sus calles que meteoritos por el firmamento.

—Llevamos dos años —me relata la autora de *El amante del volcán*—. Cuando empezamos teníamos un sesenta y siete por ciento de fracaso escolar y la mitad de los niños aparecían implicados en casos de violencia escolar. Implantamos dos sesiones diarias de meditación en las

aulas. Una por la mañana y otra por la tarde. Diez minutos cada una. Sólo con eso, los niños aprendieron a dejar en la puerta la ansiedad que traían de sus casas y fortalecieron la convicción de que no estaban obligados genéticamente a ser malas personas. Dos años más tarde, el fracaso ha disminuido al treinta y cuatro por ciento, los casos de *bullying* han desaparecido prácticamente y la nota media de la clase ha pasado del 3,5 al 5,8. Un éxito que tenemos la obligación de exportar a otros distritos.

Como sólo me han concedido veinte minutos para la entrevista, yo le respondo que sus inquietudes me parecen muy loables, pero le pido por favor que vayamos al grano y le pregunto si ella es partidaria de que el autor se esconda en la voz de un personaje o si, por el contrario, recomienda que el narrador ponga al personaje en acción y deje que sea el lector, a través de su comportamiento y de su habla, quien trace su retrato. Y Susan me contesta que me deje de mirar el ombligo (cosa que ya me gustaría poder hacer, pero hace años que la expansión de la tripa me impide al mirar hacia abajo) y que me comprometa a montar talleres de redacción en las escuelas porque los niños necesitan ver un modelo de esperanza que desgraciadamente ya no les ofrecen sus hogares.

Se me permite tomar notas, aunque lo único que escribo es, equivocadamente, treinta y siete por ciento y Cincinnati, confiando en que me acordaré del resto. Pero, vamos, ya te digo yo que, tal y como está invadida por el pedorreo la profesión, el tema no le interesa publicarlo ni a la revista *Soy Pilarista* del colegio donde va Martita. Terminado el encuentro, se me invita a un almuerzo informal y allí consigo para Ana un autógrafo de John John, el hijo del presidente Kennedy, que acepta firmármelo a condición de que no le pongamos fecha.

—Resulta cuando menos curioso producir en el presente un documento que va a atribuirse al pasado, ¿no le parece, señor Gonzáles? —me confiesa mientras se ajusta en la cabeza el sombrero de fieltro gris que lució Jack Ruby el día que supuestamente acribilló a Lee Harvey Oswald. Como percibe que me quedo embobado observándole, me aclara el tema—: Regalo de nuestro contacto en el exterior. Le costó cuarenta y cinco mil dólares en una subasta. Pensó que a mi padre le gustaría tenerlo y, como mi padre lo rechazó porque le daba mal rollo, me lo pasó a mí. ¿Qué tal me sienta?

—¿También Oswald y Ruby habitan entre ustedes? —le pregunto en plan reportero puntero.

—Noooo —deniega con la cabeza—. Ninguno de los dos está ya con vida. Pero ambos fallecieron en la cama. Ruby en un hospital de Costa Rica, donde hasta la fecha regentaba una granja de mariposas. Lee Harvey en África. No me acuerdo exactamente de dónde. Estaba al frente de un club de boxeo, me parece que en la capital de Ghana. Creo que terminó mal. Alcoholizado, ¿me entiende?

Día ciento diecinueve. Viernes. Eclipse total

La alegría de haber encontrado treinta y cinco mil dólares en billetes contantes y sonantes en la maleta que Ross trajo consigo a la cueva me infunde ánimos para la partida. La ropa la dejo porque no es de mi talla y también les regalo la valija porque yo pienso pasarme por el hostal a recoger la mía y no quiero facturar bultos de más. Mi intención es aprovechar que la pensión queda a un tiro de piedra de Times Square para hacer unas compras de última hora. La verdad es

que ardo en deseos de llegar a casa cuanto antes. Quiero presentarme ante los míos con unos presentes que amortigüen mi prolongada ausencia. No sé, para los niños, camisetas de I Love New York, gorras de los Yankees, la bola de cristal con la Estatua de la libertad que le das la vuelta y nieva, pantalones Levis y zapatillas Converse. Y para Ana unos detallitos de cosmética: contorno de ojos de aguacate de Khiel´s, colorete Orgams de Nars, pintalabios de Bobby Brown y, quizás, algún capricho de Tiffany. Me dispongo a regresar a mi casa por la puerta grande. Como Ulises cuando volvió de… ¿Era del viaje a la Alcarria? Bueno, de donde quiera que fuera de viaje, que ya ni me acuerdo. Pero en plan héroe de leyenda, te quiero decir. Tú me entiendes, ¿no?

Le hago entrega de la botella de aceite del Marqués de Griñón al jefe indio, que me lo agradece indicándome que lo piensa utilizar como brillantina para el pelo, y me despido del doctor con un fraternal abrazo. Martin Luther King me comunica que se encuentra enfermo y que pronto le va a llegar también el día de su adiós definitivo. Que espera que «otros», y al pronunciar otros me guiña cómplice un ojo, continúen su legado con mayor fortuna.

—¿Cuántos viven aquí en total? —se me ocurre preguntarle.

—Trescientos bisontes y doscientas quince personas. Entre vaqueros e indios. Fijos, unos ciento cuarenta.

—Lo digo porque me ha extrañado no haber visto a ningún niño…

—Es que no los hay.

—¿Aquí nadie tiene hijos?

—Los nativos sí. Pero ellos no residen aquí. Son mediopensionistas. Ellos entran y salen a su antojo porque nadie les echa en falta en la reserva. Esto lo tienen como un templo al que peregrinar para apaciguar el espíritu y, por supuesto, para echarnos una mano. Pero a los indígenas no les gusta este estilo primitivo de vida. Prefieren seguir la liga de béisbol en una pantalla de plasma HD en su bar de Long Island.

—¿Y ustedes?

—Nosotros no. Una de las reglas de oro al ingresar en esta cofradía es el compromiso de no tener descendencia. No el celibato, ¿eh? Entiéndame correctamente. Pero es que con niños resultaría imposible mantener el secreto. A este club sólo se puede pertenecer por reflexión personal, por madurez intelectual, no por el simple hecho de haber nacido dentro de sus fronteras.

—¿Y cómo se apañan los que vienen sin pareja?

—Ya le ha comentado el doctor que en nuestra comuna no hay celibato que valga —me esclarece Marilyn—. Aquí nos hemos ido apañando todos muy bien siempre, señor Gonzáles.

Y, mira lo que te voy a decir, que me perdone Dios por ello, pero de no ser porque la célebre actriz cuenta en este momento con ochenta y cuatro años de edad y acaba de perder a su pareja, yo juraría que se me está insinuando.

—Ya ves tú la paradoja —se me escapa una inoportuna reflexión en voz alta—. Aquí los únicos que viven como indios son los blancos. Es lo que tienen los ricos, que pueden permitirse el lujo de jugar a ser pobres.

Martin se queda desconcertado ante tales afirmaciones y yo, que me apercibo de la cagada, intento salir airoso cambiando el tercio de varas.

—Quiero decir —me excuso—, que lo que ustedes han conseguido aquí es una bendición del

cielo. Abrazar la diversidad. Respetarse unos a los otros como iguales porque yo, por ejemplo, a usted, reverendo, no le veo como un negro; sino simplemente como una persona.

—Pues ahí está el error, querido Ingelmow —me corrige el pastor—. No se trata de que usted intente evitar ver que yo soy negro, porque lo soy y tanto que algunas partes de mi carne tiran al morado. Se trata de que vea que soy negro, porque lo soy, y que respete mi diferencia.

Me deja más cortado que la mayonesa cuando te pasas de limón.

—Pues justo lo que decía yo —salgo del paso para evitar meterme en más berenjenales.

Sin más nos despedimos chocando cinco y Tupac me acompaña en el trayecto de regreso por el largo túnel que conecta con Manhattan. En la vagoneta apenas nos dirigimos la palabra. Sólo un par de intercambios dialécticos sobre el origen del subterráneo, que resulta ser un corredor construido por los cuáqueros como vía de escape para los esclavos fugitivos.

Dos horas y media más tarde estoy de vuelta en la avenida West End. La única pena es no haber podido contemplar con mis propios ojos la entrada secreta de Esopus que le mostrara a Michael Jackson el Phoenix. Una rabia tremenda, pero no me la han querido revelar.

—Con todo lo que le hemos contado, señor Gonzáles, ya tiene más que suficiente para prepararle un informe a Obama. Así que, agua —zanjó la cuestión anoche durante la cena de despedida el jefe de la Gran Nación Sepasco—. Y acuérdese de Manuelito.

Delante del chalé de estilo suizo marco el número del Cuervo y le hago saber que regreso a la madre patria porque mis pesquisas han resultado un fracaso.

—Si ya te dije yo que el asunto te iba a venir grande. Esto es un tema para profesionales; que cada vez que os metéis los novatos pensando que la cosa es sencilla, salís escaldados. Pero, mira, no te preocupes porque creo que estamos a punto de resolverlo nosotros. No te quiero dar un disgusto, pero hemos descubierto que Ross se entrevistó con el papa días antes de su visita pastoral a Valencia y que este viaje está ligado a una trama de comisiones ilegales vinculadas a un tal Bigotes. Vamos a tirar de la manta y te avisamos. Igual nos vemos pronto en tu país. No te extrañe. Así que nada. Yo, si hubiera algo, ya establecería contacto. Ah, esto… ¿qué te iba a comentar? No te quedará algo de jamón para compartir antes de marcharte, ¿no?

Le doy la mala nueva y nos despedimos. Cada loco con su tema.

TERCERA PARTE

LA VIDA

Día ciento veinte. Sábado. Áreas de niebla y nubes bajas

El taxista que me conduce a la residencia de verano de mis suegros en Cercedilla ha instalado un navegador con GPS, de esos baratos de quita y pon, y durante el trayecto va siguiendo las instrucciones de una mujer sensual que le habla en italiano. *«Girate a sinistra. Poi, girate a destra»*. Le manifiesto que, perdone si le ofendo porque en ningún momento es mi intención, pero que no me esperaba yo que el conductor de un vehículo público dominase con tanta destreza otro idioma. Que se conoce, añado, que el Erasmus está haciendo mucho bien. Y el taxista me responde que qué leche de Erasmus ni Jodasmus, que lo que ocurre es que él no sabía cómo programar el maldito aparato. Que al seleccionar el idioma le dio sin querer a la tecla de italiano y que ahora no entiende cómo reprogramarlo porque salen las instrucciones en extranjero. Y añade que, aunque está de la vocecita del Tom Tom hasta las mismísimas partes pudendas, no halla solución al desaguisado. Le propongo que baje el volumen y siga la flecha del mapa y me contesta que, de servicio, no se crea que no, pero que algunas veces lo ha hecho. Pero que cuando va con la familia: rascas. Que prefiere aguantar una voz en italiano, pero amable y juvenil, antes que la de su señora en cristiano, pero dándole la tabarra. Yo me pongo un poco tenso por lo inapropiado del comentario. No me parecen maneras de referirse uno en público a su pareja de hecho. Pero no me atrevo a comentárselo. Me enseñaron desde chico, como a Tracy Chapman, a no interferir en asuntos domésticos. Sin embargo, el pensamiento me lleva a acordarme de Ana y de nuestra agria situación y me nublo por dentro como el horizonte que contemplo desde la ventanilla.

Tenemos que incorporarnos a la A-6, pero mi chófer atraviesa la ciudad en lugar de bordearla por la circunvalación. Giramos en la rotonda de San Bernardo, *«Girate a sinistra»*, y continuamos por bulevares. En Moncloa le pido que pare un momento para comprar unos lacitos en la pastelería La Oriental, Ferraz 47. Está cerrada, así que le solicito que nos acerquemos a Edelweiss, especialidades alemanas, y me hago con unas palmeras glaseadas. Veinticuatro. Y dos bandejas de huevo hilado. Y un kilo de jamón cocido en lonchas gordas. Y cuarto y mitad de chucrut. Se acabó la miseria. Para que no digan mis suegros que me presento de visita con las manos vacías. Y póngame también dos botellitas de sidra El Gaitero, famosa en el mundo entero. El taxista me espera en segunda fila con el motor al ralentí. Tardo más de lo prometido y al pobre le llueven desde todos los ángulos posibles sonoros bocinazos. Tantos que a punto está de dejarme en la estacada. Cuando regreso, elogio su capacidad de aguante y él, con modestia, me responde que a mandar. Acoplo mi cuerpo al asiento trasero y despegamos. «*Prendete la prima uscita verso l'autostrada. Poi girate a destra»*.

De repente me siento pletórico. Ha debido de ser el positivo olor a dulce de la pastelería, pero lo cierto es que me noto en subidón. Me muero de ganas de volver a ver a Ana, de acariciar su

pelo y de que me deje hacerlo. Espero que no sea demasiado tarde para la reconciliación. *«Attenzione: radar di velocità a cinquecento metri»*. Fruto del *jet lag*, aprovecho la incertidumbre y el traqueteo del coche para echarme una cabezadita. Tantas emociones y, sobre todo, el no haber pegado ojo durante el vuelo me han hecho acumular una elevada cuota de cansancio en mi organismo. Y un torero, ya se ha comentado con anterioridad, necesita ocho horas de sueño antes de afrontar una faena de aliño.

Cuando me despabilo, intento adivinar exactamente en qué punto de la carretera de La Coruña nos encontramos y, en ese preciso instante, nos parten el cristal del parabrisas de una pedrada.

—Son los piquetes de la huelga general —me informa el taxista mientras se caga en lo más sagrado.

Esta vez sí que me atrevo a comunicarle que no son maneras de expresarse y, nada más mandarme a tomar por saco, nos cae otra pedrada. Vaya. El pedrusco abre hueco y deja entrever a los atacantes. Un grupo compuesto por media docena de tipos rodea nuestro coche. El más jovenzuelo, un chaval con cara de mono, se cuelga del retrovisor y lo parte de cuajo. Nos salpican a insultos.

—¡Traidor! ¡Traidor!

—¡Me cago en el puto dragón de San Jorge! —grita el taxista.

Zarandean el vehículo. Abren la puerta y bajan al blasfemo conductor a empujones. Yo, después de todo lo vivido con anterioridad, me sorprendo echándole un par de agallas y salto al ruedo valiente.

—¡Eh, tú! —cito en largo al cabecilla.

Me coloco a unos seis metros, guardando las distancias. Sin perderle nunca la mirada y alineando mi cadera con su penca. Así es como propongo el envite: con medio torso enfilado al espinazo del sindicalista. Los brazos en alto. Muñeca, codo y hombro alineados. Siempre, siempre. Como entran los diestros a matar.

—¡Eh, tú! —repito el envite.

Luego ya, una vez afirmado en el terreno, adelanto las manos y espero a que el infeliz se aproxime a mí como una bestia. Sé muy bien lo que he de hacer. Lo suyo es que, en cuanto se arranque, ni un segundo antes ni una décima después, adelante yo la pierna para torearle en curva. Pero, para su sorpresa, y también para la mía, insospechadamente cambio de opinión sobre la marcha y recurro a la estratagema de Paco Camino.

—¡Eh! —le pico para que embista, pero avanzo la pierna en el mismo momento, sin aguardar a que mi rival arranque.

Y así ocurre que, cuando el líder del piquete llega hasta mi altura, no tengo que correr el riesgo de cambiar la trayectoria y el engaño me sale impecable. Para foto de libro me sale. Y encima con la pierna contraria adelantada. Como los grandes. El sindicalista me pasa de largo y se vuelve hacia mí molesto, sin entender qué narices me propongo y es entonces, en ese punto, cuando le clavo las banderillas. Le meto dos puñetazos en la chepa, con tal acierto que le dejan sentado de culo y sin ganas de levantarse. Y, sólo en ese instante, corro en auxilio de mi conductor.

—¡Dejad en paz a este pobre hombre, peleles! —les amenazo con mis puños.

Pero no me hacen ni caso. Andan ofuscados en comprobar quién empuja con más fuerza al

paria secuestrado. El asunto ha cogido un tono muy, pero que muy feo. Tirando a marrón glasé. Si tuviera que transmitir en directo para el programa de Motos en Cuatro, no dudaría en afirmar que más de un huelguista parece estar poseído. Entiendo que tengo que manejarme con pies de plomo porque, aquí y ahora, un comentario desafortunado puede provocar que un bárbaro desaprensivo nos cuelgue un neumático al cuello y nos prenda fuego.

—¡Capitalista! ¡Maricón!

Al martirizado taxista le acusan de todos los males que acucian hoy en día a la clase trabajadora. Hasta de haberse llevado las fábricas a China. Y llegan a amenazarle con cortarle los genitales. El hombre se defiende argumentando que él es un simple currito, pero un gordo bigotudo le pregunta socarrón que si el vehículo es suyo en propiedad. Respuesta que el inquisidor ya conoce de antemano puesto que zarandea los papeles que ha obtenido tras un registro en la guantera. Ante la confesión afirmativa del conductor, que detalla también la totalidad de letras que le quedan por pagar en la Kutxa y la cuantía a la que asciende la broma, el grandullón manifiesta que, en ese caso, queda bastante claro que es dueño de la empresa. En conclusión, para entendernos, se prueba que el taxista resulta ser empresario.

—Y, mira por dónde —concluye—, los empresarios sois todos de derechas.

—Oiga usted —protesta el chófer—. Yo seré dueño de la licencia de transporte, pero tengo que currar catorce horas diarias para llegar a fin de mes. Y además voto al PSOE.

Da igual. La morsa no quiere entrar en razón e insiste en que para él, Benigno Parra, nombre con que el conductor figura en los papeles, es un empresario del transporte y vota al Partido Popular. Yo veo el tema muy mal y, convencido de que van a proceder a lincharle, pego un berrido atronador:

—¡Valeeeeeee! —Todos se giran hacia mí. Observan a su jefe sindical, aún magullado en el suelo, que se frota aturdido la espalda con las manos, y callan expectantes. A grito pelado explico que el vehículo no está de servicio, que estamos realizando un viaje particular, que Benigno y yo somos amigos del barrio y que nos encaminamos hacia la sierra a visitar a la parentela aprovechando que es festivo en Madrid y que, por tanto, el señor Parra no se está saltando, ni por asomo, el paro laboral concertado con el sindicato del transporte. Y que, en prueba de amistad con la clase trabajadora y sabedores de que llevan muchas horas de vigilancia en la carretera, les hemos traído unas viandas que consisten, a saber, en dos botellas de sidra, cuarto y mitad de chucrut, un kilo de jamón cocido y unas bandejas de huevo hilado. Callo como un perro lo de las palmeras glaseadas y a continuación exijo que, por favor, por lo que más quieran y por el amor que le profesan a don Santiago Carrillo, nos dejen marchar.

Mi proclama surte efecto. Corroboran con el secuestrado que todo lo manifestado es cierto y el taxista, que miente como una víbora para salvaguardar la vida, les dice que sí y se lo tragan. La tensión se suaviza hasta que uno, que va de listo, eleva el tono demandando saber si la sidra es asturiana y, ante mi positiva contestación, pregunta desconfiado si, por casualidad, no se tratará de la respetada marca El Traviesu. El cara mono le reprocha a mi chófer que no les haya comunicado con anterioridad los argumentos ahora expuestos y que, por su culpa, por su culpa, por su grandísima culpa, les haya hecho desperdiciar energías y tiempo. El taxista, aunque perplejo, viendo en este punto una salida airosa, le comenta que, joder, que eso es justo lo que lleva repitiendo desde que le sacaron del coche. Al fin se calman por completo los ánimos y los piquetes rebajan la amenaza. Ya no le van a cortar los huevos, simplemente se los van a retorcer

en el siguiente control, a la altura de Galapagar, como descubran que no es verdad lo afirmado bajo juramento y que, si no se larga pronto por donde ha venido, lo mismo proceden a realizar la maniobra giratoria de testículos *in situ.*

—¡Esquirol! ¡Gafotas! ¡Empresario! ¡Hijo de puta!

En silencio viramos ciento ochenta grados y reemprendemos la marcha de regreso a la capital de España. *Sempre diritto*. Durante el trayecto, Benigno Parra se echa a llorar y, para disimular sus gemidos, pone la radio. Los del *Carrusel deportivo,* que se han pasado a la Cope, anuncian las alineaciones de Champions.

—Siempre tenemos que pagar los del gremio del taxi el resultado de las malas políticas económicas —comenta mi piloto entre sollozos—. Deberían hacerle al gobierno un contrato temporal, de tres meses, como a mi hijo y, si no rinde, pues no se le renueva y punto. Ya verías tú cómo los políticos se ponían las pilas.

—¿Tiene usted un hijo?

—Sí, se llama Carlos, pero le llamamos Carles para ver si así se independiza.

El comentario de Parra me deja conmocionado. Cuánta sabiduría se oculta en los pensamientos de la gente sencilla. Se lo hago saber y él me lo agradece mientras se sopla los mocos en un pañuelo de tergal al que se le ha olvidado quitarle la etiqueta del precio, que va adherida en una esquina. Finalizado el acto, me apostilla que sencilla será mi madre, porque él tiene un doctorado en física cuántica por la Universidad de Deusto y que lo que pasa es que ha perdido el trabajo en Endesa hace año y medio y a su edad ya no le cogen en ningún sitio. Yo intento disculpar mi desacertado prejuicio con comentarios banales, pero él me interrumpe.

—Calle, calle —me suplica—. No me distraiga usted ahora, que parece que Guardiola va a sacar a Messi y lo tenemos jodido. Yo no entiendo cómo a este tío le han partido el tobillo hace dos semanas y ya está bien. Joder. Si nosotros tenemos a dos con la misma lesión y llevan seis meses en el banquillo…

—Ahí lleva usted toda la razón —asiento yo, y entramos a debatir la imperiosa necesidad del Madrid de recuperar el liderazgo. Al fin y al cabo, nos sacan solamente dos puntitos.

Hermanado por la afinidad de equipo y para aliviarle el mal trago, le ofrezco una palmera. Me la acepta, pero no sin antes dejarme bien claro que lo cortés no quita lo valiente.

—Le digo que sí al bollo, pero la carrera me la paga usted igual, ¿eh? Que el incumplimiento de la misión no ha sido culpa mía.

Por evitar una sangría mayor y, como esta vez sí cogemos la M-30, le solicito que me deje en la salida de la calle O’Donnell. Junto al Pirulí. La torre esa alta de comunicaciones que a algún listo se le ocurrió construir en una hondonada y que, cuando observas el perfil de la ciudad en el cuadro de Antonio López, apenas levanta un palmo de las viviendas contiguas de cinco pisos. Salgo, nos despedimos y, asomado a la ventanilla, el taxista me pide que, en agradecimiento por las tareas de salvamento que con tanto acierto he desempeñado, le acepte en prenda un saco de membrillos que lleva en el maletero. Se lo agradezco de todo corazón, pero argumento que no tengo cómo darles salida. Que soy padre separado. Pero Benigno me insiste. Con ese estilo tan de los italianos de *«Dai, vai, cosí, tira, sú»*, que seguramente se le ha pegado del GPS, y al que uno no puede negarse. De nuevo le digo que no tengo manos suficientes, puesto que he de acarrear mi maleta, las dos samsonites que me cogió Agenjo prestadas y el macuto de Ross que recogí en consigna y en el que, se me ha olvidado contarte, apareció otro fajo de dieciséis mil

dólares. Amén de la bandeja de bollería fina que confío entregar a mis familiares antes de que ablande por la humedad ambiente la milhoja. Entonces Parra, haciendo caso omiso, pone el vehículo al ralentí, desciende, abre el maletero y agarra el saco. Con esfuerzo, lo coloca en la cuneta y se da a la fuga. No me queda más remedio que aceptar la oferta.

Voy a proceder a cagarme en los pavos del tío Genaro, cuando por el rabillo del ojo contemplo que el taxi pega un frenazo. Alzo la vista y observo que, apenas unos metros más adelante, el bueno de mi conductor se baja de un salto y viene hasta mí a la carrera. Como el final de *Pretty Woman*. Contra todo pronóstico, Parra se me tira encima y se funde en un abrazo de oso. Nuestro adiós resulta igual de emotivo que la despedida de los soldados que han compartido juntos el fragor de una batalla. Algo que los jóvenes españoles ya no conocen desde que pusieron la mili voluntaria. Nos sujetamos las manos con fuerza, pues ambos intuimos que mantendremos un lazo inquebrantable ya de por vida. Luego, con la misma premura que me ha echado la zarpa, se suelta y corre a alcanzar el coche. Arranca en tercera, torpemente, y a punto está de calársele el motor de butano un par de veces.

Consigo introducir mi maleta portátil dentro de una samsonite, y el macuto y la bandeja de palmeras dentro de la otra, y me cargo al hombro el saco. Vámonos. La tarde madrileña cae rendida bajo las sombras de un puñado de nubes. Me dispongo a caminar hasta mi antiguo hogar. Una media hora callejeando, calculo. Pero al llegar a la confluencia con Alcalá, cambio de idea y de rumbo.

Como si yo, literalmente, fuera el famoso hombre del saco, los membrillos viajan en mi grupa a bordo de una bolsa biodegradable, reutilizable y compostable, fabricada en Zaragoza por la empresa Sphere, que cuenta con ciento setenta empleados. Lo sé porque les hice un reportaje para la revista del Colegio de Actuarios, por encargo de Josep, hará cosa de un año. Está confeccionada con almidón y, una vez en el basurero, en tres meses desaparece. Vas a ver tú cómo, a base de tanto progreso, volvemos en España al cubo de los desperdicios. El que había que forrar con papel de periódico. Avanzamos, sí, de esto no cabe duda, pero en círculos, para retornar cada quinientos años a la casilla de salida. Este pensamiento se lo debo al Compañero del Viento.

Pepe, que me ve llegar con la sudorina encima y empujando dos maletas con una mano, se teme lo peor. Yo enseguida le tranquilizo asegurándole que llevo mucho efectivo oculto en una riñonera y que le voy a pagar.

—Pero traigo dólares, así que saca la calculadora y mira lo que te debo.

Él me pide que me siente, que el dinero no corre prisa, y se interesa por mi actual situación.

—¿Tú cómo estás, chato?

Le confieso que no muy bien y me sorprendo rompiendo a llorar.

—Kennedy ha muerto —le revelo aturdido.

—Noticias frescas —me responde, dando por supuesto que he perdido la chaveta.

—No, de verdad. John Fitzgerald Kennedy murió anoche en la cama, a los noventa y siete años de edad, víctima de un cáncer de próstata. Hace una semana que decidió interrumpir la medicación.

—Sí, sí, claro —cambia de tercio—. ¿Y con Anita qué tal?

Admito los clarines y paso a relatarle que, desde mi humilde perspectiva, la relación con Ana está en visos de solucionarse, pero que, de momento, lo que urge es meterle mano a los

membrillos. Así que procedo a reclamarle consejo en este campo.

—La receta para elaborar el dulce es bien sencilla —me tranquiliza el maestro de los fogones —. Primero hay que frotarlos con un paño o con papel de cocina para eliminar la pelusa que los recubre. Luego cortarlos en gajos, sin quitarles la piel para aprovechar al máximo la pulpa, y ponerlos en agua fría con zumo de limón. Un limón por cada kilo de membrillos. Luego se les pone al fuego con agua. La llevas a ebullición y los cueces hasta que estén blandos. Entre quince y veinte minutos más o menos. Después los echas a un colador y los dejas escurrir a fondo varias horas. Luego tienes que triturarlos y pasarlos por el chino para eliminar los posibles restos de pellejos. Los pesas y calculas un kilogramo de azúcar por cada kilo de membrillo. Pones el puré en una flanera apta para microondas; pero sin rebasar la mitad del recipiente para que no se desborde, ¿eh? A potencia media unos quince minutos. Abres la puerta y remueves todo a fondo con una cuchara de madera de mango largo para no quemarte. Los sigues cociendo más en periodos de quince minutos. En una hora el dulce habrá adquirido un color rojizo y habrá espesado considerablemente. Cuando la cuchara se mantenga dentro de la flanera en posición vertical, ya está listo. Déjalo enfriar y, si prefieres, divide el dulce en tazones más pequeños. La carne de membrillo se conserva durante un año en el congelador, envuelta primero en papel vegetal y, seguidamente, en papel de aluminio.

Le doy las gracias por compartir sus sabios conocimientos y Pepe me planta un pellizquito cariñoso en la mejilla. Yo se lo devuelvo. Primero el pellizco y luego el dinero que le debía, aunque en unos billetes que no le resultan familiares. Le pregunto que si puedo dejar los bultos en consigna para no tener que andar tan cargado hasta mi casa y me dice que me guarda las pertenencias el tiempo que sea necesario, pero que me lleve los membrillos, que están a punto de pasarse . Así que salgo sólo con el saco a cuestas. Al abandonar Salvador, ya es de noche.

Apenas avanzo unos pasos para bajar por la calle San Marcos, cuando noto un pinchazo agudo en la espalda. Me doy la vuelta. Un yonqui con pinta de perdido me solicita que le entregue toda la pasta que lleve encima. Viste uniforme de gala: chándal deportivo del Carrefour recién planchado. Se lo habrá sacado a su pobre madre con la excusa de que va a pedir trabajo. Pero sus intenciones no son festivas. Me amenaza con una navaja que apenas puede controlar por la ausencia de pulso en la mano. Menos mal que he dejado los recuerdos adquiridos para los míos a buen recaudo con Pepe. Me hurgo los bolsillos y le entrego toda mi fortuna europea: cuarenta y tres euros, sesenta y tres céntimos y el paquete de tabaco. Marlboro *light,* fumar mata. Los dólares los llevo ocultos bajo la camisa en la riñonera y ni el atracador me pregunta nada, ni yo se los menciono. Acepta de buen grado toda la mercancía, a excepción de los membrillos. El resto se lo lleva, incluido el mechero amarillo con el logotipo del toro de Osborne.

Nada más hacerse con mi recaudación, el chaval se da la vuelta y comienza la retirada. Intento aprovechar que está de espaldas y no puede verme para hacerle burla, pero, tal vez por efecto del sofoco, me pasa como a los cocodrilos y me resulta imposible sacar la lengua. Entonces, espero a que se aleje lo suficiente como para que deje de constituir una seria amenaza a mi integridad física y le grito:

—¡Eh, chaval!

El yonqui se gira.

—¿De qué vas tú, tronco? —me intimida.

—Por lo menos podías darme un recibo, ¿no? Para desgravar a hacienda.

Me hace un corte de mangas y se escabulle camino de la boca del metro. Me envalentono y le lanzo un membrillazo. Pero yerro el tiro y la fruta se despanzurra en vano contra la placa de la fachada de un edificio histórico. «Aquí vivió Francisco Pi y Margall, tío abuelo a la sazón de Rogelio». Bueno, lo de tío abuelo no lo pone, pero es que Rogelio es uno que para por el bar de Juli y nos ha comentado su parentesco con el ilustre señor.

Me suena el móvil con un timbre que no reconozco. Motivo por el cual caigo en la cuenta de se trata del iPhone de Ross y me congratulo de que no se lo haya llevado el yonqui. El torpe atracador no se ha percatado de que mis pantalones de *sport* cuentan con un bolsillo lateral en la pernera. Detalle que, por cierto, se me ha pasado también a mí por alto. Mira tú qué bien. De lo contrario, me quedo sin la historia que tecleó Ross en su agenda a todo meter. Contesto la llamada y reconozco al otro lado del aparato la voz del Cuervo. Cuelgo a toda prisa. En cuanto pueda le meto la tarjeta sim de mi Nokia y santas pascuas. Por cierto, ¿dónde he metido yo el Nokia? Lo busco desesperado y lo encuentro en la riñonera. Menos mal. Aunque, para compensar las buenas noticias, caigo en la cuenta de que el idiota de Agenjo no le desactivó los datos al aterrizar en Nueva York. Vas a ver tú la cuenta del *roaming*. Movistar se va a comer los beneficios de la herencia que me ha dejado el agente del DIA. Un dineral que espero que no haya salido de trapichear en Valencia con la visita del papa. Dios…

Vuelve a sonar el teléfono, pero esta vez es el mío. Contesto la llamada. Demasiado tarde. Han colgado. Marco el 1, 2, 3 del buzón de voz. Escucho. Es la voz de Josep. Está acelerado. Me dice que qué *collons* de fraile pasa conmigo. Que dónde carajo me he metido. Que me va a denunciar y que me prepare para ingresar en Alcalá Meco. Que tiene mi extinto contrato encima de la mesa de su despacho para arrancar una hoja y limpiarse con ella el trasero cada vez que le entren ganas de ir al baño y que, mira tú por dónde, lleva unos días con diarrea. Así me dice. Ah, y por último me suelta que le llame antes de mañana si no quiero que me mande a la Guardia Civil. Que le llame y él *ja verá si me direm coses* o si me manda a tomar por *sac*. De esta manera tan grosera se despide.

Cuelgo y experimento la gratificante sensación de comprobar que sus exabruptos me resbalan. Anda y que le den a mi editor. Nada me importan ya sus amargas amenazas porque sé que tengo la historia del siglo. El manuscrito del *Hanta Yo,* de Ruth Beebe Hill, en versión occidental, está en mi poder. Un *best seller* de primera. Mejor que *La saga/fuga de J. B.* Más fantástico que el *Estoy en Puerto marte sin Hilda*.

Mira, me embarga tal felicidad laboral que el cuerpo me pide dar pasitos de baile por la calzada como los protagonistas de *El mago de Oz*. *«We're off to see the wizard, the wonderful wizard of Oz, because, because, because… Because of the wonderful things he does!»*. Pero, aunque lo intento, no consigo alzar los pies del cemento debido al sobrepeso de los membrillos y, sobre todo, a la tristeza personal que me carcome el alma. No puedo parar de pensar en mi mujer y en el devastador desierto que me separa de ella. Una inmensa soledad, un mar de anhelos en que me perdí por la senda de la adversidad.

Se conoce que por una parte de mí, la profesional, se desplaza una corriente de felicidad que me impulsa a brincar con el saco aromático a cuestas y que, por en medio de la otra mitad, concretamente por las mejillas, me corren lagrimones de un tamaño equiparable al de los frutos que transporto. Así de amarga es mi existencia. Soy un membrillo.

Llego al portal. Sierra de Guadarrama 28. Local protegido de incendios. Voy a entrar y me

topo con el portero, que en ese momento saca la basura.

—Buenas noches, Félix.

—Hace mucho que no se le ve por aquí, don Juan Carlos —me comenta, tratando de sonsacarme información confidencial.

No le doy el gusto. Al contrario, me hago el tonto.

—Ah, ¿sí?, pues ya ve que no me he marchado a ningún sitio. Aquí sigo.

Félix me abre la puerta del ascensor.

—Un placer volver a verle. Menudo saco llevamos, ¿eh?, para no venir de ningún sitio…

Y dale con la impertinencia.

—Estamos limpiando el trastero —le digo por salir del paso.

Asciendo los tres pisos que separan nuestro nido del nivel del asfalto y llamo al timbre, por si las moscas; aunque de sobra sé que no hay nadie en casa. Están en Cercedilla. Pruebo con el llavín y accedo.

—Holaaaa…

Como es natural, el único que me responde es el eco del pasillo. Laaa. La… Vago por el salón humillado, observando los huecos en las repisas que antes ocupaban mis fotografías.

—Hola, familia, soy Miguelín —les musito a las paredes—, que vengo a pediros clemencia para que pongáis mi nombre de nuevo en los carteles.

No me responde ni el motor del lavavajillas. A ver, por otra parte es natural porque es un Miele y no hace ni pizca de ruido. Confort y elegancia gracias al diseño sin tirador y a la apertura Knock2Open. Tecnología alemana, dónde va a parar.

Me siento confuso y profundamente exhausto. ¿Me quedo? No sé cómo actuar. ¿Dejo mejor los membrillos con una nota y regreso al NH Avenidas? El instinto, igual que a los caballos sin jinete les conduce hasta el establo, me lleva a mí hacia mi habitación. Me dejo caer en la cama. Aquí esperaré a que regresen, me digo. Necesito dormir. Descansar un rato. Aparto la colcha de la cama, que resulta un poco cursi para mi gusto puesto que, aunque no haya hecho referencia a este punto en mis memorias, nunca he sido partidario de las borlas. Bostezo y percibo que el espejo marroquí del mercadillo está fuera de foco. No me fastidies. ¡Me he dejado las gafas tronchadas de seiscientos euros en la cueva del Kennedy! El verde oliva de la pared se difumina hasta convertirse en una mancha lisa de color gris. Me quedo profundamente dormido.

Día ciento veintiuno. Domingo. Nubes y sol con brisa

Cuando despierto, el sol entra por la ventana y me golpea en el rostro. He debido de dormir dos o tres meses seguidos. O eso me parece. Ana, sentada junto a mí, repasa con sus dedos mi pecho. Seguramente busca el lugar exacto en el que clavarme el cuchillo de cocina Zwilling Pro de Henckels, *made in Germany*, y acabar de una vez por todas con el origen de su tormento. Con mi agonía. Con nuestro sufrimiento. Repaso en mi memoria la música de la escena de la ducha en *Psicosis*: chan, chan, chan, chan…

—Ana, yo… —comienzo a farfullar.

No me deja continuar. Me cubre los labios con los dedos de una mano y con la otra me empieza a desabrochar la camisa. Y me acaricia el ombligo. Mariposas monarca se meten por

debajo de la ropa y la habitación entera, por efecto del saco de membrillos, rezuma al olor de la comarca de la Omañuela, de donde es oriundo el taxista. Me da un beso en los labios. Intento devolvérselo, pero se aparta. Me desabrocha también los vaqueros, que ya no me quedan tan ajustados como de costumbre, debido a los ayunos, y voy notando los tirones que producen cada uno de los botones al desengancharse del ojal que los sujeta.

—¿Qué es esto? —me pregunta.

—Una obra conceptual —le respondo—. Bronce, 1967.

Siento sus uñas entre mis piernas. Se levanta el jersey ajustado que la envuelve y se deja caer sobre mi cuerpo. La pego un mordisco en el cuello y me zambullo. Navego por ella siguiendo las instrucciones del gran maestro Mortadelo. Deslizándome de forma suave por la superficie de su piel. Alargando los brazos por su contorno y atrayéndola hacia mí a la altura de las caderas. Me sumerjo. Aguanto hasta reventar y regreso a tomar aire. Me vuelvo a sumergir. Ya no me siento como debió de sentirse Miguelín. Ahora represento, como Antoñete, un toreo bravo y de gran clase. Me siento madrileño, como el maestro, y con orgullo interpreto pellizcos de estilo académico. Deudor de la estética de Belmonte soy yo ahora. Y, sobrecogido con estos nuevos ánimos, me volteo en el colchón, convierto mi cuerpo en un capote y le planto a mi mujer una media verónica que la deja para siempre deudora entusiasta de las artes marciales del Pasmo de Triana. Ahí voy yo. Alegre y sencillo. Tenso y sereno. Cruzado. Con el pecho fuera. Con la pierna izquierda adelantada. En el sitio de Manolete. En cacho. Entrando a matar con elegancia.

Ana se revuelve ante mi ejecución y pega un bramido que preconiza la suerte de una gran tarde de feria. Retumba el techo de la habitación y acepto, como los antiguos campaneros, el reto de enfrentarme a una tormenta. A cada trueno respondo con un redoble. Y así nos encendemos. Un bramido, un redoble. Firmes golpes de badajo mientras arde el cielo, explotan las nubes y descubro entre los fuegos de artificio el significado de la ósmosis humana. Ana y yo no hacemos el amor. No. Nos enamoramos, que es un concepto bien distinto. Y en este proceso de disolución entre dos almas, notamos ambos cómo nuestros cerebros liberan doce sustancias químicas que, en su conjunto, nos producen un placer inmenso. Doce áreas del conocimiento trabajan al alimón para secretar enzimas que nos inducen a la euforia. Entonces siento dentro de mí, y en el interior de ella al mismo tiempo, los efectos de la dopamina, de la oxitocina, de la adrenalina y de la vasopresión. Y el corazón se nos estimula. Y se nos incrementa, por si fuera poco, el nivel en sangre del factor de crecimiento de los nervios. Y descubrimos ilusionados, entre sollozos, que las relaciones profundas, como la miel, no llegan a caducar nunca.

Somos dos entes independientes, pero entre nosotros va surgiendo un puente sólido y firme, como el de la calle Juan Bravo. Le susurro a Ana al oído el poema de Benedetti que tanto le gusta: «Si te quiero es porque sos / mi amor mi cómplice y todo / y en la calle codo a codo / somos mucho más que dos». Y le arranco una media sonrisa. Entonces me doy cuenta de que nos queremos de verdad. De que no es el sexo lo que activa nuestro amor, sino que es el amor quien se ha encargado de activar el sexo. La pasión que ahora experimento ha de resultar verdadera puesto que, tan cercano al nivel del mar, no encuentro ninguna otra explicación que pueda provocar tamaña aceleración del ritmo cardíaco.

Menciono lo de la escasa altitud por lo que en su momento me advirtió mi amigo Alfombrillo. Fue en el viaje que hicimos a Chile. A orillas de la Patagonia. Cruzábamos un puente colgante y en su mitad me quedé estancado. Pegado a las cuerdas por el vértigo que desde

siempre me ha producido la altura. Cuando por fin conseguí atravesar aquella garganta de la cordillera andina, mi amiguete me soltó entre carcajadas:

—¿Qué hemos *aprendío* hoy?

—Ni idea —le reconocí.

—Que tú nunca debes ligarte a una mujer en un puente.

Yo no pillé entonces la gracia y, resignado a mi ignorancia (ya que no existe nada peor que reclamar la explicación de un chiste), tardé años en solicitarle que me ampliase el temario. Pero lo hizo.

—En un puente se te pone el corazón a cien y el cerebro, que inmediatamente busca una razón que justifique la taquicardia para adoptar soluciones, decide que tienes vértigo. Cuando ves a una mujer atractiva, el corazón se te dispara lo mismo y el cerebro decide que estás enamorado. Ahora bien, amigo, si te cruzaras en el puente con una mujer, el cerebro dudará del origen de tus acelerados latidos entre ambas causas, el amor o el vértigo, y la ambigüedad de la situación podría conducirle a una estimación errónea. Podría atribuir tu perturbación al encuentro inesperado con la dama, cuando lo que estabas experimentando era un mal de altura. ¿Me sigues?

Entonces no le seguí, como ya he reconocido; pero ahora lo hago con una nitidez meridiana. Aquí estamos Ana y yo a ras de suelo y sin confusiones posibles. El puente somos nosotros. Ninguna arritmia nos engaña. Ambos nos sentimos en nuestro sitio. Echando raíces en Madrid, como un árbol adecuado a su terreno, pero con los brazos abiertos a todas las culturas del mundo. Bañados por la luz anaranjada del atardecer de Castilla, que es la de Machado y también la nuestra. Y en el preciso momento en que alcanzamos el grado de tensión máxima, sentimos en nuestra carne los estertores que laminan en frío las barras de acero que anclan las obras de ingeniería a la tierra. Y nos convertimos ambos en una obra conceptual, maravillosa, sellada para siempre con un cálido hormigón blanco.

Ana se ladea en la cama y me susurra que necesito cortarme el pelo. Ah, y que tampoco soy tan feo. Yo le digo que la he echado mucho de menos. Que lo siento. Ella sonríe pícara y me susurra que no crea ni por un momento que voy a ser capaz de arreglarlo todo solamente con un polvo.

—¿Ah, no? —le respondo. Y recordando al entrañable conserje del hotel, sentencio—: Pues echamos dos, y paces.

Día ciento treinta y cinco. Domingo. Lluvias débiles a moderadas

Los regalos han surtido el efecto apetecido. Martita está encantada con sus zapatillas Converse rosas y Sergio lleva todo el día colocada *patrás* la gorra de los Yankees. Felicidad completa que me ha permitido trabajar con alegría y concentración en el proyecto de mi vida. Guardo el documento definitivo en formato PDF y se lo envío a Josep por correo electrónico con una nota escueta.

¿No querías un material de primera? Pues toma, julandrón. Aquí tienes el *best seller* del año.

Tu amigo, que te estima, a pesar de todo, Juan Carlos.

Posdata: el millón de euros de adelanto me lo puedes ingresar en cuenta. Ya sé que te gusta también recibir a la par el material impreso, a la antigua usanza, pero son trescientos ochenta y cuatro folios y, a razón de casi un euro cada uno, según tarifa de la papelería Folder de abajo, no puedo permitírmelo. Que pague la Farnés con lo que le sacó al García Márquez. *Ja me direm coses*.

Día ciento treinta y siete. Martes. Anticiclón

Voy a buscar a Perpiñán a casa de los Aznar. El expresidente acaba de estrenar una nueva vivienda en un barrio lujoso cuya localización omito. Aunque se han publicado numerosas fotos en la prensa, yo prefiero no hacer hincapié proporcionando las coordenadas por evitarle a Josemari las visitas de pesados y, sobre todo, por el respeto que me merece la decisión que tomó de no presentarse a una tercera reelección presidencial. Al margen de ideas divergentes, el hecho de limitar la presidencia a dos legislaturas me parece un ejemplo encomiable que debería convertirse en proposición de ley. Enmienda a la totalidad. Los hombres de estado, como los botes de mayonesa del Mercadona, deberían venir con fecha de caducidad. Dos mandatos y a casa. ¡El siguienteeee! Como a los encargados del VIPS, que los cambian a los pocos años de cafetería para que no caigan en la tentación de invitar a los clientes conocidos o de pergeñar acuerdos ajenos a la propiedad con los proveedores.

La nueva vivienda de los Aznar resulta ser un chalé situado en un entorno que su propietario valora mucho: justo al borde de un campo de golf. El matrimonio vendió antes del verano la anterior residencia, situada en el ático de un edificio, ya que entrañaba dificultades a la hora de montar los servicios de vigilancia. Es decir: el equipo de escolta tenía que quedarse en la calle, incluidas, por supuesto, las noches de lluvia y frío.

La nueva es una casa situada en el hoyo 15 del campo. El edificio no es demasiado grande, pero tiene buenas vistas, y se encuentra vigilado permanentemente por un coche de la Policía Nacional. Los dos bajan a pie a hacer la compra, a un Caprabo que se halla más o menos a un kilómetro de distancia, aunque en el caso de Josemari, dado el esfuerzo que pone en cuidar su preparación física, lo hace en algunas ocasiones corriendo. Además, a primeras horas de la mañana suele pasear a los perros y jugar con ellos sin cadena en un parque cercano; lo cual, dicho sea de paso, está terminantemente prohibido por las ordenanzas de Madrid que tan bien conoce su excelsa señora.

Llamo al timbre, ding dong, y me abre Ana Botella. Me presento, según las instrucciones cursadas por Charles Ross, y le digo que soy amigo de Chuck y que me manda Matthew Swift a por el perro. Ana me pregunta que qué tal está el zorro de Swift y yo le respondo que de maravilla. A continuación me pregunta por Nick Logothetis y yo, que no me suena el nombre de nada, respondo que ya sabe ella cómo es Nick y que anda igual de Logothetis que siempre. Luego me dice que el presi —ella le sigue llamando presi—, está en su estudio y que si antes de pasar quiero una cerveza Coronita con una rodaja de lima. Se lo agradezco, pero prefiero agua, si tiene, con burbujas. Me ofrece un vaso de Vichy Catalán y le coloca dos hielos y la rodaja de

lima que ya había cortado. Le suena la BlackBerry y con un gesto me solicita que me espere. Es Gallardón, para un tema con Caja Madrid. Dialogan un rato y hablan de alguien cuyo nombre yo no alcanzo a escuchar pero del que Ana le recomienda que no se fíe ni un pelo. Cuelga.

—¿No nos conocemos?

Le explico, con humildad, que creo que no. Entonces me pregunta que si yo no soy un Ingelmo. Le explico que soy González Ingelmo, que los Ingelmo son mis primos.

—¿Tú eres primo de Maloles? —me inquiere.

—Sí —le contesto.

—Entonces, claro que nos conocemos. De Cercedilla. Yo he veraneado en Los Molinos toda la vida y nos veíamos mucho con los Ingelmo.

José María Aznar me recibe muy cariñoso en su despacho y me transmite sus condolencias por la muerte de Ross. Me indica que a él no le importaría quedarse con Perpiñán, quien, al verme, corre hacia mí y me lame la entrepierna. Dice que ya ve que nos conocemos y me pregunta que si pienso repatriar al perro a Estados Unidos. Le indico que no. Que por expreso deseo de Chuck, me lo voy a quedar yo. Entonces me invita a sentarme un rato y me pregunta si conozco a un señor mayor que lee el *Wall Street Journal* en el sofá contiguo. Le respondo que no tengo el placer y nos presenta.

—Rupert Murdoch y…

—Juan Carlos González Ingelmo —salgo al quite.

—Ah, sí. Juan Carlos, es cierto.

Nos acomodamos los tres y arranca una charla informal acerca del planeta Tierra y de las gentes que lo habitan. Aznar, don José María, me trata con cordialidad y en ningún momento me falta al respeto. Y lo mismo tengo que decir del señor Murdoch, todo un caballero, cuya presencia, siendo yo aspirante a periodista de nivel, debo confesar que me impone mucho y me aflauta un poco el tono de voz.

—¿Conoce usted a Logothetis? —me inquiere Rupert.

—Algo, pero no mucho —le respondo, apurado.

Se produce un silencio algo incómodo a la vista de que parece que yo me niego a ofertar datos. Lo intento, no te creas, pero es que para pronunciar una palabra hay que poner en marcha un total de setenta y dos músculos y en inglés no resulta tan sencillo. Al poco, menos mal, Aznar suelta una carcajada y se lanza a derretir el hielo.

—Vivimos en un mundo de cambios constantes, amigo Ingelmo. En un mundo de vastas oportunidades, pero cuajado de peligros—. Yo trago saliva y hago que lo pillo todo mientras acaricio el cuello de Perpiñán. El expresidente continúa, inspirado—: Yo creo en Occidente, mi querido amigo. Pero no en un Occidente definido por un mapa geográfico. No. El Occidente al que me refiero está formado por una comunión de valores irrenunciables. La expresión madurada de nuestras raíces. Nuestra moral judeocristiana, el sistema legal heredado de griegos y romanos y el pensamiento surgido de la Ilustración. En suma, amigo Ingelmo…

—González. González Ingelmo —puntualizo con timidez.

—González Ingelmo, perdone. Está bien que me corrija —sonríe—. A las personas hay que llamarlas por su verdadero nombre.

—Sí —corroboro—. Es que a mí me pasa como a Rubalcaba; que todo el mundo le llama Rubalcaba pero él es Pérez Rubalcaba y se ve que le molesta cuando no le colocan el Pérez

delante.

La mención a Rubalcaba no le sienta bien al presi.

—No miente usted a la bicha en esta casa —me solicita.

Le pido a la tierra que me trague pero, gracias a Dios, enseguida vuelve a mostrarme su blanca dentadura y continúa:

—Hemos perdido el sentido de responsabilidad de nuestra civilización.

—No, si eso sí —matizo yo por meter baza—. Lo que ocurre es que los padres de ahora tenemos a los hijos muy mayores y nos comportamos más como abuelos que como padres.

Ambos me miran perplejos. Tengo la certeza de que creen que soy un poco imbécil. Pero, ante la duda, que debo de confesar que me entra a mí mismo también, y por la amistad que les une con Logothetis, deciden concederme una segunda oportunidad.

—No puede uno fiarse de los líderes postmodernos —subraya Murdoch.

—No, porque son esclavos de las encuestas de opinión —remacha el expresidente del gobierno de España. Fíjese lo que ocurre aquí.

—El mundo ya no es lo que era. Los padres, como creo que ha intentado plasmar usted, amigo Ingelmo, ya no transmiten a sus hijos los valores esenciales que han hecho progresar a nuestra civilización durante siglos. Y así nos va. Aquí nadie quiere respetar las reglas de oro.

—¿Qué reglas de oro? —le pregunto aturdido a Murdoch.

—¿No las conoce, señor Juan Carlos?

—¿Los diez mandamientos? —sugiero, recordando las recientes palabras de Aznar sobre la tradición judeocristiana.

—Déjese de filosofías. Aquí hablamos con pragmatismo. Se trata de defender el modelo capitalista frente a los fallidos intentos de la Unión Soviética y de sus aliados. Las reglas de oro resultan muy sencillas de comprender: el que tiene el oro pone las reglas. Punto y aparte.

—Winston Churchill regresaría a la tumba si se levantase y contemplase la cantidad de líderes que se han vuelto flojos y descafeinados —reflexiona Josemari—. ¿No está usted de acuerdo, Ingelmo?

—Hombre, lo que pasa —digo yo excusándome por no entrar en confrontaciones que puedan entorpecer el nacimiento de una amistad duradera— es que tengo todavía la muerte de Ross muy reciente y no puedo pensar en otra cosa.

—Lo comprendemos, mi querido amigo —reconoce Josemari mientras me proporciona una palmada solidaria en el hombro—. Bueno, perdónenos por la cháchara. No le molestamos más.

Rupert Murdoch se levanta para estrecharme la mano. Me da un apretón firme. Tan fuerte que noto el crujir de mis nudillos bajo sus dedos y, por un momento, me temo que me va a hacer una llave de taekwondo. El viejo tiene fuerza, pero no intenciones de hacerme daño. Me suelta y me pregunta que a qué me dedico en horario laboral. Le explico que soy escritor. Se sorprende gratamente. Me cuenta que a la prensa le hace falta gente que escriba sobre los conflictos actuales pero en clave de ficción. Que la gente está harta de muertos y de cifras. Que la única manera que tienen de competir con la inmediatez del internet, a los periódicos se refiere, es por medio de columnistas de prestigio y artículos de opinión que marquen tendencia. Que las noticias ya las tiene el personal gratis en los digitales.

Le digo que yo tengo en mente un modesto relato de ficción sobre el supuesto de que Kennedy no hubiera sido asesinado y dirigiese desde la sombra a un grupo de intelectuales que

desean cambiar el rumbo materialista de este mundo.

—¿Ah, sí? —se interesa—. ¿Y cómo piensa titular esa historia?

Le reconozco que aún no lo he madurado, pero que estaba pensando ponerle *Kennedy murió anoche en la cama.*

—*Kennedy died in bed last night* —repite para sí rumiando el titular. Le parece que suena bien y me anima a que, cuando lo tenga, se lo mande. Bueno, a él no; a un editor escocés de News Corporation cuyo correo electrónico me facilita.

Le doy las gracias y me despide con un caluroso abrazo. Más fuerte si cabe que el de Benigno Parra. De esos que te planchan las costillas. Este Murdoch será australiano, pero, por sus modos, podría haber sido pelotari vasco. La única diferencia que apuntaría yo entre él y el oso Yogui es que, según tengo entendido, un grizzly puede correr a la misma velocidad que un caballo y no creo yo que Rupert llegase con vida a la próxima esquina si le diera por esprintar.

—Los amigos de Logothetis, señor Juan Carlos —me susurra al oído mientras comprime mi caja torácica—, son también mis amigos.

Le agradezco la gestión y él regresa como si nada hubiese ocurrido a la lectura de su periódico.

—Aquí tiene usted a su buen amigo Perpiñán —me dice Aznar, entregándome al perro—. Cuídelo bien, que es un fiera.

El expresidente me acompaña hasta la puerta. Ana Botella viene desde la cocina, me planta dos besos y me manda recuerdos para mis primos.

—Salude a nuestros amigos americanos. Sé que lo están pasando mal con Obama. Las políticas débiles, como las derrotas militares, traen luego consecuencias que se arrastran durante muchos años. Promocionar el islam puede resultar muy peligroso, amigo Ingelmo.

—¿Ah, sí? —No puedo evitar acelerarme—. Entonces, ¿por qué han entrado ustedes a saco en Irak, que era un país laico, y han propiciado la aprobación de una constitución islamista? Según su teoría, lo han hecho al revés, ¿no le parece?

Mi comentario le irrita. No entiendo cómo a veces no me muerdo la lengua. Aparte de que suelto afirmaciones rotundas sin tener conmigo todos los datos… Pero, bueno, el caso es que me aguanta la mirada unos segundos sin cambiar la mueca y, por fin, dispara:

—Váyase, señor González —me espeta. Y cierra la puerta.

Apenas avanzo unos pasos, los justos para descender los tres peldaños de la escalera, Aznar vuelve a hacer acto de presencia y, desde el zaguán, me lanza un reto.

—¿Juega usted al pádel, amigo Ingelmo?

—No tan bien como Pedro Jota —le respondo—. Pero doy alguna bola.

—Aguante entonces. No se vaya. Quiero que me explique esa teoría suya tan particular.

Me invita a echar un partido de pádel y, ante lo inusitado de la proposición, acepto. Yo, que no soy nada deportista y las piernas se me abren en uve a partir de las rodillas. Ya ves. Pero ¿quién tiene todos los días la oportunidad de intercambiar derechazos de raqueta con un expresidente del gobierno? Me deja ropa de deporte: una camiseta de Acciona, unos pantalones grises cortos y unos calcetines marca Nike con una raya verde cruzada. Las zapatillas, sin embargo, me quedan pequeñas. «No hay problema», sentencia, y le pega una voz a un escolta. Se llama Ramón, calza un cuarenta y uno y tiene las deportivas en el coche por si le toca acompañar al jefe en su *jogging* matutino. Me valen. Durante el encuentro me comenta que los periodistas

somos todos muy vanidosos.

—Hombre, no todos —protesto yo en defensa de un gremio honrado, trabajador y necesario para controlar los poderes del estado.

—Bueno, bueno… —deja caer mientras calienta—. ¿Usted sabe cuál es el personaje del mundo de la cultura que más veces ha salido en *El País* este año? ¿No? Pues ya se lo digo yo: Cebrián. —Le comento que exagera y me asegura que no y me pide que consulte las hemerotecas—. Cebrián por aquí, Cebrián por allí. Que si da una conferencia en China, que si visita la Academia de la Lengua en México, que si opina sobre la evolución del español en África. Que si saca un libro. Todo Cebrián. Y, además —me detalla al tiempo que culmina los estiramientos—, fíjese usted, mi querido amigo Ingelmo, que siempre aparece él en el centro de las fotografías publicadas. Para mí que le pide al maquetador que recorte a los personajes de los lados. ¿Comprende lo que le cuento?

Yo, la verdad, es que no sé qué decirle porque ni tengo acceso a contrarrestar la información, ni quiero tampoco darle bola en una crítica tan ácida hacia un profesional del empaque y la talla intelectual como esa figura de la que estamos hablando. Por favor… Podrá parecer corporativismo, pero no me gusta un pelo que se ataque a la prensa. Pues Aznar, erre que erre.

—Me da a mí, Ingelmo —remata—, que en su tumba Cebrián va a colocar este epitafio: «Aquí yace la transición». Hay que ver la obsesión que tiene este hombre con pasar a la posteridad.

Pongo empeño en encontrar una contestación adecuada al comentario vertido pero no la hallo. En su lugar me dejo imbuir por recuerdos de infancia, que no vienen a cuento, y de los que me tiene que sacar mi anfitrión con un grito.

—¡Bueno, Ingelmo, ¿saca o qué?!

Durante el partido, en el que me pega un buen repaso, me relata entusiasta la historia del deporte que practicamos. Resulta que el pádel es de invención patria.

—España va bien —me recuerda, soltando otra risotada.

De Irak no volvemos a comentar nada, pero me pregunta mi opinión sobre el conflicto de Oriente Medio. Así, de sopetón.

—Amigo Ingelmo, ¿cómo ve usted el conflicto?

Yo le respondo, haciendo míos los conocimientos que Chuck me fue regalando en las continuas visitas en las que se hacía pasar por Agenjo, que, desde mi humilde punto de vista, el problema de Oriente Medio está relacionado con la inexactitud de las traducciones.

—Los colegios en Israel —le refiero— enseñan inglés como segunda lengua. ¿No tendría más sentido que enseñaran árabe para que los alumnos pudieran entenderse con sus vecinos?

—¡Toma dejada! —me responde—. Hay que estar más atento, mi querido amigo.

Terminamos el partido, 6-1, 4-6, 6-1, y entonces saca a colación lo de Sadam Hussein, que no me negará que era un individuo despreciable. Le digo que no lo niego pero que el remedio tiene peor pinta que la enfermedad. Que a los pueblos hay que darles pistas para que tomen ellos sus propias resoluciones. Nunca forzarlos.

—A nosotros nos invadió Napoleón, que era bastante más avanzado de ideas que Fernando VII, presidente —le comento—, y, ya ve, le expulsamos a cañonazos. Las mejoras impuestas no las quiere nadie. Nunca ha funcionado eso de «porque lo dice tu padre y punto».

—Ah —me recrimina—. Napoleón no vino a España en persona, amigo Ingelmo. Ahí es

donde se equivocó. Nos mandó a su hermano José, que no representaba los mismos valores. Un hombre con delirios de emperador. Un hombrecillo al que le gustaba la botella.

Estoy a punto de arriesgarme a elaborar un chiste malo y decirle que él también resulta, a su modo, un poco napoleónico. A saber: dicen que le entraron delirios de grandeza cuando la foto de las Azores, es bajito y también, como podemos deducir por su feliz matrimonio, le gusta la Botella. Pero me reprimo, no vaya a ser que, por intentar hacerme el gracioso, termine bruscamente un encuentro que está resultando jovial, entretenido y enriquecedor.

—Adivino lo que está pensando —me suelta perspicaz. Yo me callo como un muerto en espera de su confidencia—. Está usted pensando que yo también soy bajito.

Me río. Qué tipo, ¡cómo intuye las jugadas! Se ríe él también. Menos mal.

—Ya que estamos en confianza, le voy a confesar un secreto, amigo Ingelmo.

—González Ingelmo.

—Lo sé. Me va a perdonar usted, pero lo de González se me atraganta.

—Es igual.

—¿Sabía usted que los que somos menos altos nos medimos siempre por las mañanas? Yo jamás he permitido que se me tome la talla por la tarde. Ni para la mili… ni al médico de la Moncloa. Y ¿sabe por qué?

—Porque… ¿por la mañana es más alto? —le digo, esta vez sí que, por fin, intentando hacerme el gracioso.

—Correcto. Y no lo digo yo; lo corrobora la ciencia. Los humanos amanecemos un centímetro y medio más largos que cuando nos metemos en la cama. Durante el día nos comprimimos.

Tras la ducha en el vestuario me ofrece que, cuando quiera, le haga una perdida al móvil y echemos otro partido.

—Pero tendrá que practicar algo más, amigo Ingelmo. No me gusta ganarle al adversario de un modo tan sencillo.

Nos despedimos. Perpiñán y yo regresamos a casa andando. Son casi tres horas de paseo. Más bien de caminata atroz, pero ni tenemos prisa, ni ganas de pagarle un suplemento de diez euros a un taxista por mucho que nos guste el flamenco. Trabilitrán tran tran. Cuando llegamos, me doy cuenta de que me he traído puestas las zapatillas del escolta y me he dejado en casa de los Aznar mis zapatos de cordones. Con razón iba yo tan cómodo.

Día ciento cuarenta. Viernes. Veintidós grados de máxima

Al salir de la ducha recibo una llamada de Josep. Ya era hora. Espero que me diga lo peor. Que no le encaja. Que Kennedy está pasado de moda. Que ellos prefieren algo con el humor de *Es complicado nadar en Alaska*. Antes de contestarle, me entran ganas de mandarle al cuerno, pero hago de tripas corazón y aprieto la tecla con la silueta del teléfono en verde.

—Juan Carlos, Juan Carlitos —me saluda emocionado—. Hemos recibido el material y es genial. Magnífico. Excelente. Me quedo sin habla, tú.

Mi editor me felicita y me asegura que he conseguido superar la prueba con creces. Me adula. Me agasaja. Me hace la rosca. Y me confiesa que, con este pelotazo, estoy en posición de

exigir lo que me venga en gana.

—Lo tuyo es lo más grande que nos ha pasado después de *La sombra del viento*. Olvídate del diez por ciento convencional. Si pides un quince, a la Carme se lo sacas, tú. Y, para versiones digitales, te puedes reservar hasta un noventa. Consejo de amigo.

Me asegura que le voy a comer los mocos a Zafón. Me dice que la Farnés se ha encerrado de mañana en el despacho a leer mi manuscrito y ha pedido que no la moleste ni Dios. Que le ha dicho literalmente: pero ni Dios, ¿eh?, Josep. Y que ha añadido que, en caso de que viniera Dios, le pides que llame a mi puerta… y ya le diré yo si pasa o no pasa. Fíjate qué cosas le ha dicho. También me cuenta mi editor, entre suspiros ahogados por la excitación, que soy un fenómeno y que ni me puedo imaginar la bulla que estoy formando. Que lo van a publicar ya mismo. Que solamente tienen la duda de si esperar a presentarlo al Planeta, pero que la Farnés piensa que el texto es tan bueno que no nos va a hacer falta para nada la promoción del premio.

—Ah, y no te lo vas a creer —añade—. Ha llamado Vargas Llosa para comentar con la jefa lo de la concesión del Nobel y ni se ha puesto. Se ha cogido el peruano un cabreo de mil demonios. Le ha dicho a la telefonista: «Señorita, me parece que usted no sabe con quién está hablando». Y la señorita le ha contestado: «Perdone, señor Vargas, pero tengo órdenes de no molestar a doña Carme». Y él ha repuesto que no se llama Vargas, sino Mario. Y ella le ha dicho que perdone, que es nueva y no conoce todavía a todos los clientes y que ella creía que Vargas era el nombre y Llosa el apellido. Y él le ha colgado con un improperio. La marimorena estás armando, tú.

Yo dejo largar a Josep hasta que se le agota la cuerda. Después le agradezco todos y cada uno de sus elogios y, eso sí, cuando me animo a preguntarle sobre la premura con que me van a hacer el ingreso del adelanto, me dice que *ja te direm coses* y se hace el remolón. Momento que aprovecha aquí el menda para tomar aire y liberar de su interior los pensamientos que tanto le aturden.

—Ni quince por ciento ni peras en vinagre. Quiero un veinte. Y otra cosa: antes de publicarlo tengo que viajar a Nueva York para cotejar unos datos. Los gastos corren de cuenta de la agencia. Mándame una Master Card a mi nombre antes del lunes. Y de un banco bueno. La azul del Chase Manhattan encaja con el perfil.

Y le cuelgo. Me vuelve a llamar seis veces, pero ya no se lo cojo.

Día ciento cuarenta y cinco. Miércoles. Soleado. Temperaturas apacibles

Viajo en American Airlines a Nueva York. La tarjeta de empresa del Santander, a nombre de Juan Carlos González Ingelmo / Agencia Literaria Farnés, ha llegado esta misma mañana. *In extremis*, con lo cual no he podido cargarle a Josep el billete. He pagado en metálico con la herencia de Ross y ya ajustaré cuentas a la vuelta.

El vuelo resulta placentero y sosegado, siendo la única puntualización destacable el hecho de que la azafata que reparte las bebidas resulta ser tan mayor que estoy a punto de cederle el asiento y decirle que no se preocupe, que ya me encargo yo de servir los refrescos. La película, aunque falla el auricular de la derecha, se deja ver y resulta entretenida.

Los de Homeland Security me dejan pasar en esta ocasión un ejemplar de torta del Casar y

me dan la bienvenida a Estados Unidos. Recogida la maleta de la cinta transportadora, que, como viene siendo habitual, sale en las últimas posiciones de la tabla, me encamino al mostrador de Hertz. Con el carné de periodista hacen descuento. Me alquilo un Subaru con GPS y sigo las instrucciones hasta mi hotel en Manhattan. Tiene *valet parking*. Vamos, que le dejo las llaves al botones y me desentiendo. Me registro, dejo los bártulos y salgo a dar un paseo por la ciudad de los rascacielos. Me tomo una copa en el Ward III de Tribeca, que es donde me aconsejó Chuck que conviene despacharse un cóctel cuando uno está ocioso en New York, New York. Acierto de pleno. La paloma, que es un brebaje a base de tequila, lima, pomelo y agave, está de padre, madre y muy señor mío. O como se diga. Y no resulta nada cara. Especialmente cuando uno apoquina, claro está, con la *business debit* proporcionada por su editor literario.

Tras la segunda paloma, me salen alas, me vengo arriba e intento reservar mesa en Masa, el japonés que según la guía del ocio está ahora de moda. Ya ves tú qué locura. Al teléfono me informan de que, si quiere que le atendamos en español, pulse dos. Ni de coña. Tienen lista de espera de seis meses porque atienden sólo ocho mesas. A punto de colgar estoy cuando oigo un espere, espere, en inglés. O sea: *wait, wait, wait*, porque en inglés las repeticiones van de tres en tres. Bueno, pues resulta que voy a tener suerte. Acaban de recibir una anulación y, si soy capaz de llegar en veintidós minutos, me guardan el sitio. Les digo que sí. Me atuso con rapidez en el hotel, cojo el metro, la línea roja, y me persono en un pispás en Columbus Center. Antes de entrar al restaurante me fijo en el viejo almirante. ¿Hacia dónde señalas tú con el dedo, Colón?, le reprocho al marino porque a mí, desde temprana edad, me enseñaron mis padres que señalar está muy feo. Y lo de Cristóbal, encima, no tiene ningún sentido. Piénsalo bien. En España todavía, porque apunta hacia América, pero ¿aquí? Aquí no, machote, le comento. Aquí tendrías que estar de brazos cruzados.

Entro a Masa. Privado, elegante y tranquilo. La comida es copiosa, treinta y cuatro platos de degustación y, cuando llega la cuenta, se me atragantan las dos botellas de sake. Se me hiela la sonrisa. Me cago en todos los guerreros de Xian. Que sí, que ya sé que no son japoneses, pero es que no estoy ni con ánimos de diferenciar culturas. ¿Mil ochocientos dólares más el veinte por ciento de propina? ¡No me jodas, Masayoshi Takayama! ¿Pero qué me he comido yo? No me extraña que a la gente le entren remordimientos y haya anulaciones de última hora. La madre que trajo al mundo a las tortugas ninja… Pues nada, a sacar la Master Card. Perdóneme el abuso, señora Farnés, pero no era mi intención. Siento en el alma el clavo. Y, aunque no me crea, me duele más que a usted. De verdad: me sabe mal.

Día ciento cuarenta y seis. Jueves. Temperaturas en ligero aumento

Habiendo prácticamente agotado en la primera jornada el presupuesto global del viaje, porque en el *customer service* del Santander Bank (l-877-768-1145) me informan muy amables de que la tarjeta dorada que me ha proporcionado la agencia literaria tiene un tope de tres mil dólares, conduzco el Subaru en dirección norte. Me dirijo a Woodstock por la autopista I-87 y voy metiendo punto muerto en las bajadas para ahorrar gasolina. Me he citado con Michael Lang. Te explico.

Después de entregarle el manuscrito a Josep, me entraron los remordimientos. Entiendo que

el libro es mi única probabilidad de contactar con Obama, pero me aterra la idea de traicionar a las personalidades del valle, que con tantas atenciones me colmaron, y dejarles a través de la publicación de su historia con el culo al aire. Necesitaba comentárselo al sepasco. Que se enterase por mí y no por las noticias y garantizarle de pasada que, al ser presentado como material de ficción, nadie sospecharía jamás de que su historia era cierta. Pero T´nga Ukka se negó a dialogar conmigo. Se hizo el loco. Que no me conocía de nada, me dijo, y que por favor no volviera a llamarle. Que lo que ocurre en Las Vegas se queda en Las Vegas. «Usted haga lo que tiene que hacer y no intente contactar más con nosotros», me exigió antes de colgarme. Ah, y también me aconsejó muy amable que, si necesitaba dinero, me diera de alta como conductor de Uber, porque algunos guerreros de su tribu se habían apuntado durante las tardes libres y se sacaban con ello un sobresueldo.

Me quedé de piedra. Más perdido que el turco en la neblina. Entonces recordé que el reverendo me había hablado de un contacto en el exterior. El tipo ese que organizaba conciertos, y decidí mandarle un correo solicitándole audiencia. Por evitar el rechazo inicial, contacté con el susodicho productor musical haciéndole creer que estaba interesado en montar un macro festival de flamenco en los Estados Unidos. En mi correo le aseguré que tengo ya compromisos en firme con Miguel Poveda, Sara Baras y Enrique Morente. También le adelanté la conveniencia de montar algún espectáculo de fusión en el escenario y le puse como ejemplo la colaboración que llevaron a cabo B. B. King y Raimundo Amador. Me permití proponerle el nombre de Jackson Browne porque sé que ha pasado temporadas en Barcelona y que al autor de *Running on Empty* le atrae el folklore español. Al mismo tiempo le sugerí que, a través del propio Browne, quizás podríamos conseguir la colaboración de su íntimo amigo Bruce Springsteen. Y que si lográbamos convencer al Boss para que le cante al baile a Eva la Yerbabuena, podríamos armar un taco de impresión. Lang se mostró receptivo y accedió a recibirme en su residencia. Así que aquí me tienes.

Llego a su casa poco antes de la puesta del sol. Un buzón de correos, que sujeta un poste metálico, indica el número de la calle a la entrada de un camino. Accedo por él hasta una explanada de arena que sirve de aparcamiento. Detengo el automóvil y desciendo. No puedo más. Llevo aguantándome las ganas de ir al baño todo el viaje. Ciento setenta kilómetros con las piernas cruzadas. Son las ventajas del *cruise control*, que lo fijas a sesenta millas por hora y no tienes ni que pisar los pedales. Encuentro un matorral y apunto a lo que parece una piedra. Disparo. La roca se mueve. Es una tortuga terrestre que no aprecia la lluvia ácida y me lanza un zarpazo endemoniado. Si me agarra el pie, me lo arranca. Pego un brinco hacia atrás y me mojo toda la pernera. Estupendo. Menos mal que los débiles rayos del sol, que aún asoma por el horizonte, camuflan los tonos.

Sigo a pie y lo primero que diviso es una pradera frondosa, aunque bastante en cuesta. Espero que Michael no tenga hijos pequeños porque, de ser así, seguro que se pasa el día yendo y viniendo a buscar la pelota. En el horizonte se recorta un edificio alargado, de dos plantas, que se me antoja una antigua caballeriza reformada. Hacia ella me dirijo cuando escucho que alguien menciona mi nombre. Bueno, algo parecido a mi nombre.

—¡John Carlin!

—¿Sí?

Me giro y observo a Lang, que me saluda desde un cenador construido en la parte alta de la

parcela. Es un kiosco de madera, cerrado con unos visillos de gasa que hacen la labor de mosquitera. Llego y me invita a pasar. En su interior, sobre el piso de pino, se amontonan cojines y almohadones forrados en telas de estilo indio (de la India de verdad, no de la que descubrió el del dedo apuntador) y arden algunos palitos de sándalo encima de una mesa baja. Me pide que tome asiento y yo, que soy más bien de madera y las piernas no me doblan, intento acomodarme lo mejor que puedo. Comienza la amigable charla.

Como no me decido a hincarle el diente al verdadero tema de conversación que me ha llevado hasta él, la primera media hora la dedicamos a discutir los pormenores del ficticio festival. Lang saca a colación todo el rato a Paco de Lucía y yo le digo que sí, que Paco es sin duda el más grande, pero que también hay otros. Me consulta que cuáles y le pongo como ejemplo a Gerardo Núñez, que ha realizado una gira con orquesta sinfónica por Boston y Chicago llevándose a la prensa y al público de calle. También le apunto la conveniencia de juntar en escena a Lolita con Eminem. Se sorprende y le transmito que según uno de los mayores eruditos del flamenco, José Manuel Gamboa, que trabaja en la SGAE de Madrid, Lola Flores, la madre de Lolita, fue la precursora del hip hop. Que la Faraona grabó en Nueva York el famoso *Cómo me las maravillaría yo,* que luego, por cierto, se pincharía mucho en las radios estadounidenses y que terminaría inspirando a los habitantes de Harlem. Para mí que no se lo cree, pero la anécdota le cae en gracia.

Lang me pregunta que si me apetece un Vita Coco. Se lo acepto y aprovecho para consultarle si conoce el tema de Los Marismeños. Me dice que no. Entonces, como veo que hay una guitarra durmiendo sobre la alfombra, le pido permiso para utilizarla y le rasgueo la rumba por encima. Con dificultad porque es acústica, pero me lanzo. Va en mi menor y si séptima. «Agua de coco, agua de coco, *pa* que la bebas poquito a poco…». A Lang le gusta y yo le comento que debería hablar con Lady Gaga para que hiciese una nueva versión.

—O tal vez con Madonna, que es socia de la marca —me corrige con una sonrisa—. Pero a ella le iría mejor en la mayor y sol menor.

Yo le comento que claro, claro, y ahí se queda la cosa.

Poco a poco, los electrolitos del agua natural de fruta de palmera me empiezan a hacer efecto y, por fin, me animo a hacerle partícipe de mi encuentro con Kennedy y de mi intención de publicar el libro. A Michael le cambia el rostro. Se altera. Se enfurece. Me manda a freír espárragos. Se siente engañado. Utilizado. Vergüenza debería darme, me increpa. Y añade que, si me atrevo a publicar el secreto de Esopus, me manda al mejor comando de asalto estadounidense, los Navy SEAL (Sea, Air and Land Teams) para que me aniquilen allá donde me encuentre. Así me dice y yo le indico que no me esperaba esta reacción tan violenta de hablar de una persona que ha basado su credibilidad en tres días de paz y música. Se calma, pero, a pesar de ello, insiste en que mis intenciones son espantosas. Francamente terribles, para ser exactos. Yo me defiendo como gato panza arriba y, para ello, paso a relatarle la historia de mi larga y profunda amistad con Agenjo y el pacto de caballeros alcanzado con Chuck Ross. Aparte que le comento que sin libro no hay Obama y que, sin Obama, la serpiente negra va a mandar toda la operación al traste. Pues que no y que no. Que no se baja del *donkey*. Le intento convencer de que mi novela, lejos de descubrir el escondite de los sepasco, podría servir para descubrirle a la gente de la calle (especialmente desorientada en estos tiempos carentes de firme liderazgo) la posibilidad probada de un modo más natural, más sencillo y más reconfortante de

enfrentar nuestra existencia.

—Algo así como ayudar a los de dentro desde fuera, si es que esto tuviera algún sentido —intento justificarme.

Lo entiende, me reconoce, pero sigue sin gustarle la idea. La intención, aun siendo positiva, no justifica el resultado. Y, ya de paso, me corrige el nombre con que me refiero yo a la tribu.

—Se pronuncia con te al final —me comunica.

Expongo en mi defensa que yo lo he encontrado escrito siempre sin te y me explica que el equívoco obedece a la traducción literal del indígena, *s´xpaxcowt*, que hicieron los franceses. Me dice que tanto los de Francia como los españoles tenemos la tendencia a no pronunciar las consonantes finales en inglés y que deberíamos esmerarnos en hacerlo si queremos que se nos entienda cuando usamos el idioma de Faulkner. Que cuando leamos *«not»* tenemos que marcar la te del final y decir *«not»*, en lugar de comérnosla y pronunciar solamente *«no»*, que, por lo que apunta, significa otra cosa. Que lagarto es *«lisard»* con de y no *«lisar»* y que frío se dice *«cold»* y no *«col»*. Añade que él se ha fijado en este fallo de los hispanos porque últimamente le está montando la gira a Elíades Ochoa, el de Buena Vista Social Club, que ha grabado un disco de fusión con músicos de Mali. Y que cuando Elíades pide el Ford, como no pronuncia la de del final, en lugar del coche parece que pide cuatro y el chófer no le entiende.

Volvemos a repasar mi intención de escribir un libro y me insiste en que no cuente con él, que no colabora. Que no y que no. Y que ni se me ocurra publicarlo.

—De verdad que lo siento, pero no.

En vista de que el tema va por mal camino, Michael decide cambiar radicalmente de asunto y me sugiere que me anime a degustar un *apéritif* francés.

—De Francia, pero del norte, casi ya en Alemania —puntualiza.

Le digo que bueno, que vale, y me pregunta que si conozco el Amer. Le cuento que desconozco. Me muestra la botella: Wolfberger Amer, Fleur de Joie. Importado a los Estados Unidos por Bliss Imports, Arizona. Ni idea.

—Le va a encantar. Se parece bastante al vermú. ¿Le gusta el vermú?

—¿Que si me gusta el vermú? ¿Es acaso el papa católico? —inquiero con ironía—. A ver, Lang, chato, que me he criado en el foro.

Me encanta el vermú y más todavía si viene acompañado de unas patatas fritas de churrero o una ración de aceitunas manzanilla. Lang me pide que aguante un instante y desaparece pradera abajo camino del edificio de dos pisos.

Le observo alejarse sin decidirme a fumarme o no un cigarrillo en la espera. Estos norteamericanos son muy estrictos con sus reglamentos y, aunque estamos en medio del jardín, igual le molesta que le eche el humo a sus luciérnagas. Es noche cerrada y los insectos con linterna en la trasera revolotean en torno al porche mallado. Se escuchan más ruidos que en una jungla tropical. Pájaros, grillos, cigarras. Sólo faltan los monos. No hay ni luna ni nubes en el firmamento. Si alguien tuviera tiempo y ganas de hacerlo, esta noche podría contar una a una las cuatro mil millones de estrellas que componen la Vía Láctea.

Regresa Lang con una bandeja y procede a preparar los cócteles. Hielo hasta arriba y dos rodajitas de limón. Exprimidas. Un chorretón generoso de Wolfberger y, por encima, mitad de tónica y mitad de club soda hasta llenar los vasos. Me pasa uno al tiempo que me explica que, si lo prefiero, también tiene vino tinto. Y me muestra la botella que ha traído. Francis Coppola

Reserva 2006. Cabernet sauvignon. Precio en tienda: cuarenta y seis dólares. La etiqueta, me cuenta Michael, se creó lanzando al aire las siete letras que componen el apellido del director de cine y capturando una foto en pleno vuelo. Las uvas proceden del valle de Alexander, terreno de rocas sedimentarias que retienen el calor y lo transfieren a las viñas aun cuando el sol se ha ido. El hecho de que no exista gran disparidad de temperatura entre la noche y el día produce un mayor desarrollo de fenoles y realza el sabor de la fruta. Le agradezco el ofrecimiento, pero le confirmo que voy a probar el vermú. Me dice que estupendo, pues, y que, entonces, me regala la botella de vino para que me la lleve y la pruebe en España.

—Está exquisito —insiste.

Se trata de un vino madurado durante diecinueve meses en barricas de estilo Burdeos que demuestra una complejidad tremenda. Suave, pero con carácter refinado. Con aromas de frambuesa, cereza, chocolate, pasas al ron y especias.

—Compagina de maravilla con chuletillas de cordero —me indica mi interlocutor, arqueando las cejas. Se conoce que es partícipe de los gustos gastronómicos de nuestra tierra—. También casa muy bien —remata el productor musical— con suflé de queso o guisos de patatas.

Para mí que lleva comisión en las ventas.

Chocamos los vasos de Amer en un brindis. Chin, chin y de nuevo se pone serio. Me solicita, por Tutatis, que abandone el proyecto. Así me dice, por Tutatis, porque resulta ser muy partidario de los cómics de Axtérix el galo. Yo comento que el Amer está de maravilla. Que me entusiasma y que el limón realza el sabor de una manera sutil pero eficaz. Él aprovecha mi complacencia para volver a llevarse el toro a su terreno y me insiste, por Belenos, que guarde silencio. Pero yo me veo en la obligación de comunicarle que para nada de nada y, como detecta claramente que no estoy dispuesto a apearme del burro, me solicita que al menos cambie los nombres de los lugares y las coordenadas geográficas, para no poner a ningún enemigo sobre la pista.

Accedo a su petición con gusto y le pregunto que si tiene alguna sugerencia que darme. Me dice que sí: que él pondría en el escenario a Beyoncé con María del Monte. A ver qué pasa. Le explico que me refiero a lo otro. Y entonces me cuenta que él podría contactar con Michael Kirban, fundador de Vita Coco, y comentarle lo de hacer una versión de la rumba de Los Marismeños. Que pudiera ser que le cayese en gracia la idea de usar la canción para una campaña publicitaria. Entonces, con el mayor tacto del que un hombre puede hacer gala, le explico que me refería, en realidad, a si se le ocurre algún lugar creíble donde pudiera situar el escondrijo en mi relato. Entonces me dice que, ah, y me sugiere el desierto de Nuevo México.

—Es un buen sitio —afirma—, porque está lleno de cavernas y a nadie se le ocurriría mirar allí después de haber sido utilizado como banco de pruebas para las primeras explosiones nucleares.

Le digo que de acuerdo. Y entonces aprovecha para demandarme también que cambie el nombre de la tribu. Que utilice el de alguna nación del sur, como los huicholes. Le contesto que sin problema. También me solicita que deje caer alguna errata en la narración. No le entiendo. Se explica.

—Mire, John Carlin —pronuncia mi nombre como el del periodista británico y yo no me atrevo a corregirle—. Como se supone que usted se ha inventado todos los datos, deje caer alguno que no resulte creíble. Por ejemplo, coloque usted a Juan Pablo I también en la aldea

oculta. No le quitará emoción al relato pero, si algún listo se decide a comprobar los hechos, se dará cuenta de que la presencia del papa de la sonrisa a este lado del Atlántico resulta imposible, entre otras cosas, porque su rostro con mascarilla de cera puede ser observado a través de un cristal en la tumba vaticana. Nadie se tragará su hipótesis. Sin embargo, a usted, un santo padre en la gruta secreta de Nuevo México, junto a las montañas Sangre de Cristo, le vendrá de perlas para la novela. En la ficción todo es posible, todo resulta creíble, pero no cuadrará con la realidad y alejará a los curiosos del secreto que tenemos que preservar intacto.

Le agradezco mucho tan profundas reflexiones y le prometo que intercalaré un par de anacronismos en el libro, aunque no tengo claro aún la conveniencia de utilizar al papa. Igual mejor Picasso o Evita Perón. Y en ese instante me asalta una duda.

—Oiga, Lang, ¿usted no sabrá de alguien que lo haya tenido todo planeado para simular su muerte y se haya arrepentido en el último seg…?

—Cat Stevens —me responde antes de que yo pueda terminar mi frase—. Le organizamos un ahogamiento en California. Una movida que ni te cuento. Pero, en el último minuto, nos hizo una señal de que volvía a tierra y abortamos la operación. No hemos vuelto a contactar con él.

Me quedo pensativo tratando de recordar aquel episodio trágico en la biografía del compositor de *Father and Son*. Y claro que lo recuerdo. Lo leí en el *Blanco y Negro*. ¡Qué cosas! Luego, por amenizar un poco la charla, le comento lo sorprendido que he quedado con las condiciones tan agradables que reúne el escondrijo. Asiente y me dice que han podido conseguirlo gracias a la ayuda externa. Que en el mundo hay mucha gente que en secreto apoya la causa.

—¿También en España? —le interrogo curioso.

—También en su país —me revela y, de forma voluntaria, menciona que un inglés que vive en Madrid, pero que es del Barça, y que se llama Wayne Rosemin, les ha regalado el diseño de todas las señalizaciones internas del túnel.

—¿Ustedes los norteamericanos han tenido que recurrir a una empresa española? —comento algo incrédulo.

Y entonces Lang, molesto por esa apatía hacia lo nuestro, tan española, se enerva y, como si estuviera obligado a defender el patrimonio ibérico, me añade que sí, que Addison España, *drafting service*, es una empresa puntera que se encargó del diseño del tren de alta velocidad a Sevilla y de los interiores de la T-4 en Barajas. Y ya, movido por el mismo impulso, remata que, por si fuera poco, además la iluminación de la cueva ha corrido a cargo de un catalán.

—Un tal Josep María —me dice.

—¿Funget? —le pregunto alucinado mientras pienso para mis adentros que qué calladito se lo tenía el julandrón de mi editor.

—Civit —me corrige—. Josep María Civit. Trabaja en el cine. Es un director de fotografía. ¿Le conoce?

Le contesto que desconozco y me refiere que Civit es un fenómeno y que le contrató Bassat, el de la agencia de publicidad, que también está en el ajo, porque Josep María le había iluminado su casa de la playa. Y pasa a relatarme, a renglón seguido, que Esopus tiene muy buenas relaciones con el entorno judío. Que algunos buscaron refugio al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, cuando el gobierno de los Estados Unidos todavía apostaba por Alemania. Y me confiesa que de España reciben contribuciones económicas de algunas personas influyentes

como las Koplowitz.

—Ahora menos —me aclara—, pero antes las hermanas solían hacer donaciones copiosas.

Muy a pesar de los Albertos, me aclara. También me dice que en Cazorla hay un productor musical, un tal Chris Ortiz, que es español pero criado en Nueva York porque su padre exportaba clementinas a Estados Unidos. Y que el mencionado tipo manda todos los años un bidón con aceite de oliva virgen extra para los habitantes del West End. De la almazara familiar. Que se llama Carter and Cavero y está de vicio. Le comento que no estoy familiarizado con la marca, pero que pienso probarlo a mi regreso a la madre patria. Me indica que, si quiero, tienen tienda en Bryant Park. Y que Marilyn se ha hecho adicta.

Y con estos apuntes gastronómicos concluye nuestra plática. Michael se levanta y me comenta que espera no volver a verme. Ah, y que si quiero pasar la noche en la zona, que me busque un hotel, que él y yo hemos terminado nuestra relación porque no quiere que nadie pueda declarar jamás que nos haya visto juntos.

—¿Le ha visto alguien entrar en mi casa?

—Sí, el par de llamas y el avestruz que estaban en el corralito de la entrada.

—Perfecto.

Terminadas las despedidas, Michael me entrega una bolsa plástica con envases reciclables para que, por favor, la deposite en un punto verde que se encuentra a medio camino entre su residencia y el pueblo. Antes de despedirnos le pregunto si sigue interesado en el flamenco y me responde que me vaya a hacer puñetas pero que, cuando pueda, le haga llegar información sobre Sara Baras, porque ha leído una crítica muy positiva en el *The New York Times* y se muere por verla actuar. Le digo que sí y también que le voy a hacer llegar un CD de Diego Carrasco para que escuche el tema *Alfileres de colores*.

—Te va a conmover —le digo y, camino del coche, se la tarareo—: «Cuando al vuelo tu capote, pinta verónica al trote, del toro en el redondel, parece la Maestranza, una academia de danza, o un cortijo de Jerez.».

Arranco el vehículo.

—¿John Carlin? —me llama.

—¿Sí? —le respondo, bajando la ventanilla.

—Lleva usted la cremallera de la bragueta bajada. Pensaba no comunicárselo como venganza por su amenaza de publicar el libro, pero he preferido que lo supiese para que se lleve un recuerdo positivo de este encuentro. Le asoma el pajarito.

—Gracias —le agradezco diligente mientras vuelvo a subir el cristal. Apenas me reajusto el pantalón cuando escucho su voz de nuevo.

—¿John Carlin?

—¿Sí? —respondo, bajando otra vez el vidrio.

—Solamente quería apuntarle que, en Estados Unidos, cuando alguien va de invitado a otra casa es costumbre que se presente con una botella de vino. Para que lo sepa para otras ocasiones. Nada más.

—Lo siento —le contesto avergonzado—. No tenía la más remota idea.

—Es igual. Así ya lo sabe.

Pongo el Subaru Outback en marcha y su voz me hace frenar en seco.

—¿John Carlin?

—¿Síííí…?

—Conviene también que sepa que, en Estados Unidos, cuando alguien pasa una velada en casa de un amigo, es costumbre mandarle una nota de agradecimiento al día siguiente. No lo haga. Ya sé que no pensaba hacerlo por ser extranjero y no estar al tanto de nuestras costumbres, pero, por si acaso, ni se le ocurra. Este encuentro no se ha producido nunca y no debe quedar ningún rastro de él. Adiós.

Se da la vuelta y yo acelero antes de que me vuelva a llamar John Carlin porque el nombrecito me está poniendo de los nervios. Casi peor que José Luis.

Por el retrovisor, ojo que los objetos reflejados parecen más alejados de lo que están en realidad, veo cómo se empequeñece la silueta de Lang hasta convertirse en el punto de fuga del paisaje. Ya nunca volveremos a vernos. Una pena porque lo de María del Monte y Beyoncé tenía su morbo. Al pasar junto al corralito de animales exóticos, me da la impresión de que la tortuga me vigila. Y una de las llamas me lanza un escupitajo.

Día ciento setenta y tres. Miércoles. Nublado con riesgo de tormentas

Hace dos semanas que se ha publicado mi novela en España bajo el título de *Kennedy murió anoche en la cama*. La han impreso a toda prisa para estar presentes en la feria del libro de Madrid y la promoción parece estar funcionando a las mil maravillas. La presentó Carlos Herrera, quien confesó al personal asistente que él se identifica plenamente con la trama ya que residió una temporada en Miami. El libro lleva camino de convertirse en un fenómeno editorial sin precedentes. De ventas y de crítica. Ni que se tratase del ansiado retorno de Mecano, oye.

Josep ha conseguido deslizar en los medios la idea de que mi Kennedy ofrece una visión remozada de los acontecimientos históricos y la gente se ha lanzado a comprarlo. Fíjate cómo habrá calado el asunto que hasta Carlos Boyero, que no se dedica a criticar narrativa, me ha dedicado un tuit. Poniéndome a caldo, claro, pero eso es lo de menos.

Seguí las instrucciones de Michael Lang y me decidí a situar la trama en Nuevo México para que Janis Joplin se pudiese escapar los fines de semana a Santa Fe. También he incorporado en la gruta secreta a Gandhi. Elegí al líder del movimiento pacifista porque creo que le proporciona un punto de espiritualidad muy apropiado y, además, me resulta interesante tender un puente entre la filosofía de los indios de ambos extremos del globo. Los indígenas de un lado y los del otro. He escrito una conversación a dos bandas entre el jefe de los sepasco y el honorable Mahatma que no tiene desperdicio. Pero no me corresponde a mí juzgar mi propia obra. Si alguien estuviera interesado en el pasaje, que lo lea y *ja me direm coses.*

Día ciento setenta y ocho. Lunes. Sol radiante

Me hace una entrevista muy extensa para los parámetros de la televisión, siete minutos, Wyoming en *El intermedio*. Hay que ver lo que se ve el programa este porque me ponen correos gente que no había contactado conmigo en años. Por la noche acudo a *La brújula* de Onda Cero, te mereces esta radio, y Carlos Alsina me recibe con un grupo de contertulios que muestran

franco interés por mi relato. Me encuentro muy a gusto y el presentador resalta la cantidad de temas y entramados que abre la novela. Al terminar, Rubén Amón se lamenta de que hayamos hablado mucho de lo que podríamos haber hablado, sin llegar a hablar nunca de nada de ello en concreto, y explota en una carcajada que nos contagia al resto de los presentes.

Día ciento setenta y nueve. Martes. Despejado

Visito el plató de Buenafuente y explico mi teoría de que Kennedy simuló su muerte. Berto me suelta con desparpajo que, mira tú por dónde qué curioso, porque él, cada vez que repasa las imágenes del vídeo de aquel fatídico día en Dallas, le da siempre la impresión de que se trató de un suicidio. ¡Este chico tiene unas cosas!

Día ciento ochenta. Miércoles. Cielos despejados

Desayuno a plena satisfacción con Josep en el Quim de la Boquería. Huevos fritos, sobre cama de cebolla caramelizada, espolvoreados con virutas de *foie* y copa de cava. Aprovecho la ocasión para darle el pésame a mi editor por el cargo de Masa a la *business debit* de su agencia y, para mi conmoción y sorpresa, el capullo ni se inmuta. Camino del AVE, me paso por La Pineda, carrer del Pi 16, a comprar butifarra blanca y llego a coger el tren de las once. Viajo en primera, quién me lo hubiese dicho hace dos meses, como si fuese Noah Gordon. Degustando un zumo de naranja, de bote pero con pulpa, y ojeando un ejemplar de *La Vanguardia* en el que Amela, Sanchís y Amiguet me dedican la contra.

Llego en taxi a los estudios de la SER, Gran Vía 32, octava planta. Me han citado para grabar una entrevista. Supongo que será con Gemma Nierga. Ah, pues no. Un chasco. Es para Cadena Dial. Para el programa ese nocturno en el que escuché yo el testimonio de la Tía Bastones. Me dicen que la presentadora habitual está de baja, se ve que por depresión, y me recibe un periodista en prácticas que me confiesa que no se ha podido leer el libro.

—No estará Pepa Bueno, ¿no? —pregunto yo, por ver si cuela y se transfiere mi caso a un profesional decente y de confianza.

—No lo creo —me responde el chico, escueto.

—Ya. ¿Y Francino? —insisto en tentar mi suerte.

—Hombre, Francino estar, está —contesta el chaval bastante airado—. Pero está para otras cosas.

—Ah.

Comienza la grabación, pasan seis minutos y el entrevistador no me pregunta nada sobre Martin Luther King ni sobre el sombrero de Jack Ruby. A decir verdad, no me pregunta nada sobre nada porque, en el transcurso de lo que se supone que debía ser una charla, habla solamente él y no me deja meter baza. Va a su bola mientras le relata a la audiencia que en su familia, por Nochebuena, solían hacer intercambio de regalos. Yo le intento comentar que se confunde pero él me hace un gesto para que guarde silencio, por favor, levantando la mano, y da paso al villancico de José Feliciano. «Feliz Navidad. Feliz Navidad. Feliz Navidad, próspero año

y felicidad. I *wanna wish you a Merry Christmas. I wanna wish you a Merry Christmas. I wanna wish you a Merry Christmas, from the bottom of my heaaaart*». Al concluir la canción (tres minutos, once segundos), me vuelve a bajar la mano como dándome la salida del París-Dakar. Yo no sé lo que quiere de mí y me le quedo mirando absorto hasta que me indica, con movimientos exagerados de la nariz, que me arranque de una vez a hablar. Entonces le aclaro que el amigo invisible de mi novela no está relacionado con la práctica navideña de hacer regalos ocultando el nombre del benefactor. Comentario al que él agrega un escueto «ay, pues no me digas» y, acto seguido, levanta la mano para indicarle al técnico que meta de nuevo el *Feliz Navidad*. Otros tres minutos y once segundos.

A micrófono cerrado me descubre que lo que tiene de bueno esta canción es que la puedes oír cuarenta veces seguidas y nunca te harta. Entre *I wish you* y *I wish you,* encuentro hueco para explicarle que el amigo invisible de mi Kennedy se refiere al personaje imaginario que muchas veces creen ver los niños.

—¡Anda, qué curioso! —me suelta—. Pues haberlo dicho antes, Ingelmo. Eso nos lo tiene que aclarar a todos, porque seguro que más de uno no se ha enterado. Abrimos micro.

Se enciende el piloto verde del estudio y, tras mencionar en antena la información que acabo de brindarle, pasa a compartir con los oyentes una experiencia personal. Les cuenta que su hermano pequeño también tuvo un amigo invisible al que, por cierto, bautizó con el nombre de Tomás.

—Solían jugar juntos a las cunitas —confiesa—, pero mi padre se asustó al saberlo, porque aquello se le antojaba un poco gay y, para que se le pasara a mi hermanito la tontería, nos llevó a todos a ver un combate de Poli Díaz en Leganés. Impresionante. Fue la velada en la que el de Palomeras le asestó un gancho de tal calibre a Luis Cardozo que en el sexto asalto le sacó de las cuerdas.

Y, dicho esto, el aprendiz de periodista se queja de que hayamos agotado tan rápidamente el tiempo y me despide deseándome mucha suerte con el libro de *Franklin murió encamado*. Afirma que le hubiese encantado seguir charlando conmigo un buen rato, pero que en la radio el tiempo es oro y eso es lo que tiene.

—Adiós, amigos, adiós. Nos escuchamos mañana.

Y ya, a micrófono cerrado, me asegura que la entrevista ha quedado muy bien porque él percibe cuando se producen buenas vibraciones en el estudio. Voy a levantarme para salir, pero me solicita que le firme el ejemplar que he llevado de muestra. «Para mi novia, Altamira», me dice. Y así, de esta manera, se hace con mi libro de forma gratuita.

Día doscientos tres. Viernes. Máximas de treinta y seis grados

Recibo un correo electrónico del editor de News Corporation cuyos datos tuvo a bien facilitarme Rupert Murdoch en casa de los Aznar. Me anuncia que van a publicar un extracto del manuscrito que le hice llegar, *Kennedy died in bed last night*, el próximo domingo en el suplemento literario de *The Times*. Y me da la enhorabuena al tiempo que me solicita que les transmita sus respetos a Matthew Swift y a Nick Logothetis. Le respondo enseguida en otro correo que con estos señores, desgraciadamente, no mantengo ya contacto y que le estoy agradecidísimo por la gestión. Me

permito añadir también mi asombro por la buena nueva ya que, según tenía entendido, Rupert Murdoch era un hombre de ideas muy conservadoras y no esperaba yo que mi firma fuera a encajar en la línea editorial de ninguna de sus publicaciones.

Día doscientos once. Sábado. Soleado con rachas de viento

Me llega otro correo electrónico de News Corporation, pero en esta ocasión firmado por el propio Murdoch. En él me felicita por la publicación del pasado domingo y me informa, muy cordialmente, de que él no se había podido leer mi escrito porque, desgraciadamente, tiene más deberes de los que resultan aconsejables para una persona decente y en su sano juicio. Pero que no me equivoque con él. Que Keith Rupert Murdoch es antes que nada un hombre de negocios y que si puede permitirse el lujo de publicar un texto del escritor español con mayor tirón de ventas del momento… pues que le importa un pimiento de qué diantres vaya el tema. Ah, y que, a raíz de la publicación en *The Times*, le ha comentado Mike (apodo que luego en Wikipedia descifro que es el que utilizan los más allegados para referirse a Bloomberg, el alcalde de Nueva York) que nos vamos a ver él y yo las caras en Manhattan. Y me dice que está seguro de que lo pasaré bien. Que Mike es un tipo muy listo. Carismático. Fíjese que no descarto que le veamos un día de presidente en la Casa Blanca, me deja caer. Y luego me pasa la dirección de la librería McNally Jackson, en el Soho, porque quieren que presente allí mi libro. Que pregunte por Javier Molea, que es el que campea con los escritores hispánicos. Un tipo simpático, ya verá. Yo me emociono, como no te puedes imaginar. Presentar el libro en Nueva York para mí supone lo máximo. Ahora, del encuentro con Bloomberg la verdad es que no tengo ninguna constancia. O bien Murdoch me confunde con otro Ingelmo, o a Josep se le ha olvidado comentarme un viaje promocional a Manhattan en el que tengamos prevista una audiencia con autoridades.

Día doscientos veintiséis. Domingo. Lluvia

Le propongo un acuerdo a Pepe para comprarle el restaurante, porque el hombre se quiere jubilar y ninguno de sus hijos se decide a hacerse cargo.

—Es que, papá, compréndelo —le explican—. Nosotros queremos que nuestros hijos crezcan con un padre y no como nosotros, que no te hemos visto el pelo en la vida porque siempre estabas en el restaurante.

Cuando llego a Casa Salvador para cerrar el trato, me encuentro a Pepe departiendo con un cliente.

—¡Hombre, Juan Carlos! ¿Conoces al maestro? —me presenta al extraño el tabernero.

Le miro con detenimiento y el caso es que el tipo me suena, pero no caigo.

—Curro Vázquez —me saca Pepe de dudas.

—Por Dios, sí, cómo no. Don Manuel Antonio Vázquez Ruano, matador de toros español. Un honor —me disculpo.

—Encantado —me responde el torero—. ¿Tienes tiempo de tomarte unos boquerones en vinagre con nosotros? Le acabo de pedir una ración aquí al amigo Pepe.

—Me encantaría, pero no puedo —le explico—. Es que tengo anisakis.

—¿Anisakis? ¿Y eso qué es? —frunce el ceño extrañado Curro.

—Pues que me da alergia el pescado crudo y cada vez que lo como me inflo y me salen ronchas en la piel.

—¡Anda, pero si eso mismo me pasa a mí! —recapacita el diestro.

—Leñe, Curro. ¿De verdad? —se sorprende Pepe.

—Pues eso es muy peligroso, maestro —le advierto sin ánimo de alarmarle pero con intención de que evite riesgos.

—¿Peligroso? ¡Venga, hombre! No me ha matado en cuarenta años un toro y ¿me va a matar un boquerón? ¡Pon esa ración de una vez, Pepe!

Compartimos un par de chatos y, en cuanto llegan los amigos a los que el diestro aguarda en la barra, Pepe les conduce al reservado. Yo aprovecho para reiterarle al de Linares el enorme honor que ha supuesto para mi humilde persona gozar unos minutos de su presencia y me despido.

—Adiós, Anisakis —me responde él con una sonrisa al alejarse.

Cuando regresa Pepe, le pregunto en plan cotilla que si este es el famoso torero que nunca paga y me dice que para nada; que Curro es de los que tiran de cartera religiosamente y que además deja buenas propinas. Todo un caballero.

—Entonces ¿qué? —cambio la conversación hacia el verdadero motivo de mi visita porque no puedo disimular mi impaciencia por conocer su respuesta—. ¿Lo has meditado?

— Sí, Juan Carlos, lo he pensado.

—¿Y? —le insisto sin poder soportar el suspense.

—Acepto el trato. Me vale la cifra. Vamos a hacerlo.

Por diferentes motivos, y algunos que convergen, a ambos se nos saltan las lágrimas y, sin necesidad de notarios, sellamos el asunto con un apretón de manos. Ya soy dueño de un restaurante.

Me adentro en el campo gastronómico con la intención sincera de retirarme definitivamente del mundo literario. Los humanos tenemos que ser conscientes de cuándo alcanzamos el pico más alto en nuestras vidas y, a partir de ahí, no seguir intentándolo. Mira tú Juan Rulfo, el de *Pedro Páramo*, que dedicó el resto de su existencia a tratar de igualar aquella creación magistral y murió frustrado y sin conseguirlo. Y tampoco quiero convertirme en un Robert de Niro, estirando el éxito con obras menores hasta transformarme en un reflejo de lo que llegué a ser un día.

Para los fogones contrato a un cocinero madrileño que conjuga la gastronomía tradicional con las nuevas maneras. Se llama Andrés Madrigal y es un fenómeno. Su plato estrella son los chipirones fríos sobre terciopelo de guisantes y ensalada de pepino de mar. Para alguien como yo, poder ser testigo de cómo los prepara en la cocina resulta una atracción de primera.

Madrigal pica una cebolla pequeña, un diente de ajo, cincuenta gramos de jamón ibérico y una pizca de perejil. Añade dos cucharadas de aceite y un punto de sal y lo reserva en un cuenco. Luego separa la cabeza y los tentáculos del cuerpo de los chipirones (diez) con cuidado de no romperles la bolsa de tinta y los deposita en un cuenco con un poco de agua. Extrae la pluma y la telilla, tanto de dentro como de fuera, y la tira al cubo de los desperdicios junto con la boca y los ojos. Corta las aletas, los tentáculos y la *cocotxa* y lo pica todo finamente. Junto con el relleno

que ha preparado antes lo saltea en una sartén de teflón. Lo deja enfriar y a continuación rellena con esa masa los chipirones. Hasta la mitad, con la ayuda con una manga pastelera y sujetándolos con un palillo redondo. Una vez listos, calienta aceite en una sartén y fríe los chipirones hasta dejarlos con un dorado bonito. Los escurre y los reserva. Ahora toca elaborar la salsa.

Arroja una cebolla picada y un diente de ajo suavemente en el aceite. Incorpora un tomate, pelado y sin semillas, cortado en dados y le agrega una cucharada de pasta de tomate. Echa por encima diez semillas de *coliandro*, lo que se ha llamado siempre cilantro, pero se conoce que, como los artistas conceptuales, ha variado su denominación de origen, y dos ramitos de tomillo y una hoja de laurel. Sala, moja con un poco de caldo de pescado (en total utilizará un litro a lo largo del proceso) y añade un vaso de vino blanco seco (Andrés recomienda que se use chardonnay). Cocina durante cuarenta minutos a fuego lento y va añadiendo el caldo de pescado según se lo pide el guiso. Pasados los cuarenta minutos, incorpora a la sartén los chipirones rellenos y los deja cocer cinco minutos más. Siempre a fuego lento, como la canción de Rosana. Transcurrido este tiempo, apaga el gas y los deja enfriar a temperatura ambiente. Por último, corrige el condimento añadiéndole un poco de zumo de limón. Escurre los chipirones. Tritura la salsa a través de un colador pasapuré y la deposita en un cuenco en el que coloca los chipirones, ya sin los palillos.

Para elaborar el terciopelo necesita un kilo de guisantes frescos, un pepino (sin piel ni semillas y cortado en dados pequeños), dos cucharas de leche caliente, dos claras de huevo batidas, flor de sal y pimienta negra recién molida. Añade sal al pepino y deja que se deseque del exceso de agua (unos treinta minutos). A continuación enjuaga los trozos de pepino debajo del agua corriente y procede a secarlos con papel de cocina. Introduce los guisantes en una olla de agua salada hirviendo y, una vez cocidos, hace un puré y lo pasa por un tamiz. Incorpora el pepino, la leche y las claras de los huevos y bate con fuerza hasta obtener una textura suave. Guarda el resultado en la nevera tapándolo con papel film.

Ya solamente queda lo del pepino de mar, al que Andrés prefiere llamarle lechuga marina. Técnicamente se conoce a esta especie como *Ulva spp* y se parece a una berza. Se utiliza como astringente y como antihelmíntico, tanto en procesos de quemadura como para combatir la gota o la escrofulosis. Procede a lavarlas. Las corta en pequeñas tiras y las cuece en abundante agua salada durante treinta minutos. Las enfría en agua helada, para parar la cocción de golpe, y las escurre. Las seca con un paño y las aliña en un cuenco, al que previamente ha frotado con un diente de ajo. Las espolvorea con un pellizco de cayena en polvo y las rocía con un chorrito de aceite de oliva.

Cuando uno de los camareros llega a la cocina con la comanda, Andrés Madrigal vierte un poco de terciopelo de guisante alrededor de los platos. Pone una cucharada de salsa en el centro de cada uno, luego los chipirones y termina depositando un buqué de lechuga de mar encima. Para terminar rocía el plato con aceite de oliva. Nunca falla. A la gente le encantan. Quieren repetir.

Prestamos en el menú, como ya se ha visto, especial atención al pescado y, conscientes de que la mitad del consumo mundial de vino es blanco, ponemos en carta el Marqués de Cáceres de 2008. Elaborado en su totalidad con uva viura de selección y una peculiar maceración del enólogo. Presenta un agradable color paja pálido con una nariz fresca de frutas blancas sobre

fondos cítricos. En bodega: cuatro euros con ocho céntimos. Resulta muy competitivo. Sin embargo, para las grandes celebraciones nos inclinamos por sacar a la mesa un Viña Tondonia de 1954. Es un vino eterno. Si se conserva en el lugar adecuado y no se avería el corcho, es un vino para atarse los machos. Los reyes de España lo eligieron para su banquete nupcial y acaban de hacer reserva en nuestra casa para sus bodas de oro, el 14 de mayo de 2012, porque, dicho sea de paso, no hay muchos más lugares en Madrid que puedan servir el mismo vino. La gente se asusta del precio, pero ¿qué quieres?, estamos hablando de una joya de museo. Yo, a los clientes que no pueden permitírselo, les recomiendo que se tiren a un Viña Ardanza de 2001, que es un señor vinazo, y el precio es otra cosa.

Ana y yo no hemos cambiado de piso. En Sierra de Guadarrama 28 hemos sido felices y ahí queremos seguir. El dineral que se aproxima, si es que se cumplen las expectativas, lo gastaremos en viajar y recorrer el mundo. Me encantaría conocer Damasco. A Mortadelo le he comprado en Viajes El Corte Inglés dos pasajes para Venecia, todo incluido, para que disfrute una semana allí con su señora. No le he dicho que he sido yo. Simplemente he metido los billetes en un sobre con una nota que dice: «De parte de tu amigo invisible». Me consta que Agenjo, que tanto disfrutó en los tutoriales de la piscina, hubiera apoyado esta obra de buena voluntad en agradecimiento por la mejoría que la natación procuró a su espalda.

Día doscientos treinta. Jueves. Desapacible

Le comento a Ana que, si acaso, el único capricho que me gustaría darme aprovechando nuestra mejoría económica sería cambiar los sillones. Es que los veo como anticuados, le explico, y unos un poco más modernos le darían una nueva vida al salón en el que hacemos vida. Pero ella me contesta que no lo ve necesario. Insisto un poco aportando datos a mis argumentos, y tampoco cuela. Que exagero, que hace nada le ha puesto funda nueva al tresillo y que gastar por gastar no le parece. Lo dejamos ahí y salimos con idea de tomar un aperitivo.

—¿Por qué no nos acercamos a José Luis? —le comento recordando las recomendaciones de Agenjo.

—Mejor vamos a Sagasti —me dice—. Aunque haya que coger el coche, pero así le damos al rape.

No me digas cómo, pero terminamos perdiéndonos por la M-50 y callejeando por un polígono industrial lleno de tiendas de descuento. Aparcamos delante de un escaparate plagado de muebles.

—Ana, ¿y esto? —pregunto sorprendido.

—Calla, tonto, que mira que sofás más majos tienen.

Opto por no comentar nada. Entramos y enseguida se encapricha con un tresillo de piel color mostaza.

—¿Te gusta?

—Sí —le digo sin poner demasiado entusiasmo porque aún he sido incapaz de salir de mi asombro.

—Ay, hijo, qué sosito resultas algunas veces. ¿No te das cuenta de que tenemos que hacer algún cambio en el piso de vez en cuando? Me encanta. Lo único es que no sé si nos cabe.

—¿Dónde?

—En el salón, dónde va a ser.

—¿Y por qué no va a entrar?

—No sé. Parece más grande que el que tenemos.

—Qué va, si estos son todos medida estándar. Entra en el salón seguro.

—No sé. Igual mejor medirlo y volvemos otro día.

—Pero ¿para qué vamos a volver, Ana? ¿No te gusta? Pues lo encargamos. No te preocupes, que entra seguro.

Día doscientos treinta y uno. Viernes. Fuertes ráfagas de viento

Vienen a entregar el sofá nuevo. No cabe. Es un poquito más largo que el que tenemos y choca con el zócalo. Se lo vuelven a llevar, pero nos cobran el transporte.

—Bueno, Ana, ¿y qué le vamos a hacer? Estas cosas son así. Lo suyo hubiera sido medirlo. Pero, chica, no lo hemos hecho, pues ya está. Tendremos que apencar con las consecuencias. No te agobies, mujer, que más se perdió en Cuba.

Día doscientos treinta y dos. Sábado. Mayormente despejado

Recibo una llamada del distrito de Columbia.

—¿Señor Gonzáles? —Me saca de la cama un tal Pete Rouse a las dos y media de la madrugada.

—¿Sí?

Rouse me pide disculpas porque, según me notifica, se hace siempre un lío con los cambios de horario entre América y Europa. Se presenta como el jefe de protocolo de la Casa Blanca y me indica que el Number One quiere hablar conmigo. Antes de que pueda reaccionar, me pasa con Barack Obama. Este me comenta que ha leído una transcripción al inglés de mi libro y que está muy interesado en discutir conmigo varios aspectos de su contenido en un encuentro informal. Dice que da por hecho que las coordenadas geográficas sobre el escondrijo han sido alteradas en la novela. Se lo confirmo y me expresa su satisfacción y su interés por conocer las verdaderas. Le prometo que las tendrá por expreso deseo de Ross y del doctor Luther King.

—¿Qué tal se encuentra de salud el pastor? —me pregunta, interesado.

Yo le comento que está algo delicado pero que, en términos generales, se le ve estupendo. Hablamos brevemente de lo eficiente que fue siempre Chuck y me pregunta por la muerte de Kennedy. Me pide detalles. Le comento algunos y, entonces, el presidente cambia completamente su discurso. Dice que mejor no tratar estos asuntos por teléfono y, cambiando de tercio, me confiesa que anda reinventándose el Obama 2.0 para las próximas elecciones y que va a echar de menos los consejos del bueno de Ross. Se queja, dejándome un poco aturdido por la inesperada confianza que en mí deposita, de que, a pesar de los avances que su gobierno ha conseguido en estos dos años, su mensaje no haya calado en el electorado. Yo le respondo que eso es un poco como todo. Y Obama remata con que qué le vamos a hacer, pero es lo que hay.

—Estados Unidos, *dear Mr. Gonzáles* —me explica Barack en un tono didáctico seguramente heredado de cuando daba charlas por las parroquias de Illinois—, es un país que se rige por conceptos sencillos y directos. El legado de un presidente se resume siempre en una única frase. Ronald Reagan se quedó con la que pronunció ante el muro de Berlín: «*Mr. Gorbachev, tear down that wall.* Señor Gorbachov, derribe usted ese muro». Yo evité, señor Gonzáles, que Estados Unidos cayera en la peor catástrofe económica de la historia. Pero a ver cómo resumo yo mi trabajo en una línea. ¿Cómo se condensa eso en un tuit de ciento cuarenta caracteres?

—Hombre —aventuro yo—. En España eso lo hubiéramos titulado «*Pa* habernos *matao*», pero, claro, ya en su cultura vete tú a saber…

Así, en estos términos, le respondo yo al señor presidente de Estados Unidos de América, que pasa a confesarme que le gusta mucho España, que ha estado con sus hijas en Granada y que es muy fan de Manolo Sanlúcar.

—Entonces —me atrevo a sugerirle—, convendrá conmigo, señor presidente, en que los políticos, como los matadores, tienen obligación de transmitirle al respetable la impresión de que están arriesgando la vida por ellos.

—Ajá —me responde pensativo—. Según ese enunciado, señor Gonzáles, el presidente Roosevelt debió de ser un gran torero. ¿Conoce usted la anécdota del entierro de Franklin Delano?

Yo le respondo que no, que bastante tengo con estar al día de las defunciones nacionales como para estar al tanto de las extranjeras y, al mismo tiempo (aunque este punto no paso a comentárselo a Obama por lo engorroso del pensamiento), se me ocurre que alguien que se llama Delano, o sea, del trasero, no podría haber triunfado nunca en el arte de Cúchares. Al parecer la cosa fue, según me notifica el Number One, que Roosevelt tuvo un cortejo fúnebre multitudinario por las calles de Washington. Corría la primavera de 1945 y la guerra estaba a punto de culminar con la victoria del bando aliado. Al paso del féretro del presidente, un hombre cayó de rodillas frente a la carroza y comenzó a proferir grandes sollozos. Alguien que estaba a su lado le preguntó sorprendido: «Buen hombre, ¿conocía usted al presidente?». A lo que el acongojado ciudadano respondió: «No, pero el presidente sí que me conocía a mí». La anécdota es buena. Pelotuda. Le pregunto que si puedo anotarla para utilizarla en alguno de mis artículos. Me contesta que claro, pero que seguramente habrá sido ya citada en multitud de ocasiones. Que debe de estar incluso en Wikipedia. Y claro, con este comentario, se me quitan las ganas de mencionarla en ninguna parte porque, si ya la conoce todo el mundo, para que voy yo a machacarla de nuevo. ¿No te parece? Sería lo que en inglés llaman *beating a dead horse*, espolear a un caballo muerto. Total, que Obama me da las gracias por atenderle y yo le digo que, al contrario, que el agradecido soy yo, y me va a despedir cuando, contra todo pronóstico, le pido tiempo muerto, me vengo arriba y le suelto un sermón al presidente de Estados Unidos a través del teléfono *beige* tipo góndola que tengo en la mesilla de noche. Yo mismo alucino, no te creas tú que no, según me voy escuchando.

—Mire usted, señor Obama —le digo—. Usted se ha pasado dos años intentando llegar a acuerdos cuando nadie de los que le votaron se lo había solicitado. Nadie esperaba llegar a acuerdos. Votaron por un tipo con ideales sólidos y con el valor suficiente de llevarlos a cabo. Querían a un héroe, no a la madre Teresa de Calcuta. Haga algo para recuperar a esos catorce

millones de jóvenes que se dejaron por usted el pellejo. Échele huevos de una vez. Firme un par de órdenes ejecutivas y que le den con viento fresco al Congreso.

Así se lo hago saber. Imagínate tú el panorama. Dirigirme en estos términos al presidente de Estados Unidos. «Échele usted un par de huevos, señor Obama». Hasta ponerlo por escrito me causa ahora vergüenza.

Se produce un silencio y, tras unos segundos, Barack me confirma que ha sido un placer dialogar conmigo y que ya trabaja en mejorar ese aspecto con un tal Jim Messina. Y, luego, en un tono que no sé si va o no de coña, añade que: «Igual le tendría que nombrar a usted asesor, señor Gonzáles». Quedamos en encontrarnos a fines de este mismo mes. No va a ser en la Casa Blanca, por evitar filtraciones a la prensa. Ya lo siento porque me apetecía ver los cambios de decoración que ha hecho Michelle en el despacho oval. Salía en un reportaje fotográfico del *Diez Minutos*. Por lo visto, ha arrancado la alfombra amarilla y ha reemplazado el busto de Winston Churchill por uno de Martin Luther King.

—Le van a citar del ayuntamiento para encontrarnos en Nueva York. Será en la residencia del alcalde Bloomberg, que se encuentra situada en la confluencia de la calle 79 con Park Avenue. No tiene pérdida porque siempre hay policía en la puerta —me indica.

Me acuerdo del comentario que sobre un futuro encuentro con su amigo Mike me insinuó Murdoch y me doy cuenta de lo pequeño que es el mundo y de lo listo que debe de ser el alcalde millonario. Le digo que cuente con ello, señor presidente, y a continuación me pregunta que si tengo hijos en edad escolar.

—¿Perdón?

—¿Tiene hijos en edad escolar, Gonzáles? —me repite y me asusto pensando que me va a intentar vender una enciclopedia.

¿Tan mal están las cosas en la economía norteamericana? Le respondo que Martita va a cumplir doce años y se alegra.

—Perfecto, porque mi hija Sasha tiene entradas para un concierto de One Direction en el Madison Square Garden el mismo día de nuestra cita y estará encantada de buscarle un hueco a la suya en el palco.

Ah, menos mal. En ello quedamos. Cuelga él y yo me quedo un rato pensativo en la cama y sin capacidad de reaccionar. Apoyado en la almohada. Con la mirada perdida en las lamas del armario empotrado, hasta que el sonido interrumpido de la señal del auricular, tu, tu, tu… me indica que ya es hora de colgar y de volverme a dormir.

Día doscientos treinta y cuatro. Lunes. Vientos del suroeste

Me entra un WhatsApp de procedencia desconocida. El texto es bastante escueto. Solamente una palabra que no basta, precisamente, para sanarme: mariconazo. Por mera curiosidad acepto al desconocido como contacto y le pego una llamada vía internet.

—¿Se puede saber quién eres?

—Con que no pudiste dar con el paradero de Ross, ¿eh, mariconazo? —me responde una voz que me resulta harto familiar, pero que no identifico.

—Oye, oye —protesto—. ¿Se puede saber quién eres?

—Edelmiro Postas —me responde como si ese nombrecito pudiese alumbrar algún resquicio en mi memoria.

—Pues no caigo, Edelmiro Postas. Lo único que te puedo asegurar es que eres un maleducado.

—El Cuervo, coño. Que soy el Cuervo.

—¿El Cuervo y hablas en español? —suelto yo con malos humos reconociendo el desagradable timbre del agente metido a pordiosero—. ¿O sea que eres español y te has pasado la investigación hablándome en inglés?

—¡Qué voy a ser español! —niega mi interlocutor—. Tengo padre portorriqueño y madre nicaragüense, pero yo soy yanqui cien por cien. Me he criado en el Bronx.

—Ah —le digo por decir algo—. ¿Y qué pasa?

—¿Qué pasa? Que me has mentido. Que me has tomado el pelo. Que me has dejado como a una tinajera rapeada. Eso pasa.

—Perdón —le indico—. ¿Una tinajera rapeada?

—*A raped teenager* —me explica cambiando al inglés para clarificar su expresión en *spanglish.*

—¿Que te he dejado como a una adolescente violada? Ni entiendo lo que me dices, ni me gusta la expresión; así que, machote, vamos a dejarlo.

—Espero que no volvamos a vernos porque como pongas un pie en territorio americano te tengo preparado un buen recibimiento. Te vas a pasar el resto de tu existencia en los sótanos del DIA con astillas clavadas entre las yemas de los dedos y las uñas. Mentirle a un agente federal es un delito muy penado en este país. Que lo sepas.

Le corto de cuajo y le doy de baja en la amistad telefónica. Menudo pajarraco con malas pulgas. Se supone que un tipo que representa un cargo en los servicios secretos debería estar al tanto de que hay cosas que uno no puede revelar por el bien de la humanidad. Pues no.

Día doscientos cuarenta. Domingo. Soleado

Hoy se cumplen los ocho meses de ultimátum que me dio Josep. Miro hacia atrás y, sinceramente, reconozco que si el capullo de mi editor no me hubiese metido tantísima presión, no se habrían desencadenado los acontecimientos en la positiva dirección en que lo han hecho. Agenjo habría desaparecido sin dejar rastro y Mortadelo no me habría ayudado nunca a doblegar mis dolores de espalda.

—En flotación dorsal, con la cara mirando hacia arriba para facilitar la respiración, señoras. Vamos a mover la escápula. Diez largos sin tocar el bordillo.

No me queda otra que agradecerle a Punget los disgustos prestados y dar la misión por zanjada. Como en la milonga de Sabina, la aventura ha durado doscientos cuarenta días y… quinientas noches. Pero ya pasó. A partir de aquí: borrón y cuenta nueva.

Telefoneo a Josep para compartir con él estos gratos pensamientos y comentarle que hoy, el 7 de septiembre, es nuestro aniversaaario… pero él se hace el loco y dice no entender de qué diantres le hablo. Es tan básico el pobre que ni se le ha pasado por la cabeza echar cuentas y relacionar la fecha de hoy con el ultimátum marcado por él mismo. Es más, me pide que no le

confunda y, para mi sorpresa, me comunica que se encuentra de paso en Madrid.

—¿En Madrid? —me sorprendo.

—Sí, *collons*, en la villa y corte —me confiesa tan bajito que casi no puedo oírle.

Es que no puede hablar alto. Asiste al bautizo de su primer nieto en la iglesia de los Jerónimos. Bueno, en lo que queda de ella después de que Moneo le recortara el claustro para añadírselo al Museo del Prado. Que me acerque si quiero, me invita. Que le perdone, pero que, claro, como esto no era un asunto profesional, no se le había ocurrido comentármelo antes, pero que me acerque, que me acerque, que a su hija Roger le encantará conocernos a mí y a Ana. Bueno, a Ana y a mí.

Tampoco tenemos otro plan más interesante para esta mañana soleada, así que Ana se anima y me acompaña. Poco antes de llegar, Josep me manda un mensaje de texto anunciando que la liturgia ya ha terminado y que proceden a trasladarse a un saloncito del Ritz. Que allí nos esperan. Y, en efecto, diez minutos más tarde, nos encontramos en el hotel con la familia Punget. Josep enseguida nos presenta a su hija Roser y a su marido, Carlitos Fernández, que es director comercial de Los Fernández, llámelos, son muy amables, la empresa más tradicional en fabricación de alfombras de nudo español. Yo enseguida le comento que, precisamente, instalamos el parqué de casa con ellos, y Carlitos pasa a revelarme sin tapujos el secreto del éxito de la empresa familiar.

—Se lo debemos, sin duda, señor González Ingelmo, a los cinco principios capitales en que hemos basado el negocio familiar. Experiencia, prestigio, comodidad, trato al cliente, mayor garantía y un gran equipo.

Yo le comunico a Carlitos, sin ánimo de importunarle porque efectivamente los Fernández resultan muy amables, que ha mencionado seis principios capitales en lugar de cinco. Experiencia, prestigio, comodidad… Carlitos echa números con los dedos y luego le resta importancia a la suma justificando que tanto si son cinco, como si fueran seis, lo importante es que sean principios y que ellos llevan más de cien años confeccionando alfombras mundialmente conocidas y valoradas. Y que en eso no les gana nadie.

Yo le doy la razón y la enhorabuena por el bautizo de su primogénito y él, agradecido, a punto está de compartir conmigo el motivo por el cual Los Fernández están profundamente comprometidos con la creación única y exclusiva de sus diseños. Pero me libra de ello su suegro. Punget chasca los dedos en la distancia y me pide que me acerque a saludar a su señora. Vamos, e Isabelita, a la que mi editor se refiere con el calificativo de aquí mi santa, nos da la bienvenida mientras sujeta con ternura al bebé en sus brazos.

—Encantada —le dice Ana.

—*Mol maco* —nos comenta ella, levantando la toquilla para que podamos observar el rostro de la criatura.

—Se conoce que al haber sido cesárea —agrega Josep—, no se apepinan y tiene la carita redonda, redonda. Parece un *melicotó*.

Aproximo mi rostro al del niño, que duerme apaciblemente, y, debido a mi cercana presencia, se despierta. Me observa como con susto y se le escapa un tic que le delata. Primero me guiña un ojo. El derecho. Una vez. Clic. Y, luego, dos veces seguidas el izquierdo. Clac, clac.

El recién nacido es una fotocopia de Agenjo a escala. Tiene la misma cabeza del invisible, pero reducida; como si hubiera caído en manos de los jíbaros. No me cabe duda de que el dúo se

ha reencarnado en el nieto de mi editor.

—¡Amigo mío! —exclamo, sin dar crédito a lo que veo.

Le arranco a la Punget el bebé y le pego un achuchón que casi le asfixio. Le colmo a besos. La Isabelita se espanta. Punget me increpa que de qué voy, que si me he vuelto loco y, fruto del tira y afloja, él se queda con el faldón en sus manos y me deja a mí con la criatura en pañal y llorando. Se acercan los Fernández a la carrera. El hijo me arrebata al niño y vuelve a cubrirle, mientras que su padre, algo escamado, me regaña en términos severos.

—Sepa usted, caballero, que he escuchado la conversación que ha mantenido con mi Carlos. Y me va usted a perdonar, pero no he podido resistirme y he llamado al almacén. Han buscado su albarán y, como me temía, la instalación en Sierra de Guadarrama 28 a la señora de González, no fue de parqué como usted ha insinuado, sino de tarima flotante, que es lo que nosotros más reponemos. Así están las cosas y me ha parecido oportuno comentárselo.

—¿Se puede saber a qué ha venido esto? —me recrimina alterada Roser, la madre de la criatura.

—Es que los bebés me apasionan —disimulo—. No sé, le he visto tan chiquitín y tan mono, tan indefenso, que me han entrado ganas de darle besitos. Perdona si…

—No, es que nos hemos asustado —añade la madre—. Pero ya está.

—Oye, y esto… —dejo caer yo—. No le habréis puesto Carles, ¿no?

—Sí, Carles, como el padre —me responde Roser recobrando la cordialidad.

—Perfecto, porque Carles en un nombre que a este le viene al pelo. En inglés le van a llamar Charlie.

—Hombre, como Charlie Rivel, el payaso —ataja Punget.

—No, como Charlie Ross, el agente del DIA —le corrijo yo con orgullo.

—¿Y desde cuándo te tratas tú con los distribuidores del supermercado, chico? —pregunta Ana.

—Ay, Rose dice, como la *vie* —apunta Isabelita con una sonrisilla.

Y, como su marido se queda de piedra con el comentario, pasa a dar explicaciones.

—*La vie en rose,* ¿es que no os suena?

No nos quedamos mucho más. Engullimos un par de croquetas de huevo, tomamos un cava rosado, y nos despedimos, conscientes de que se trata de un ágape familiar en el que estamos de pegote. Carlitos nos pide que no nos vayamos, haciendo gala de un trato diferencial basado en la amabilidad, pero declinamos la invitación y me permito recomendarle que, cuanto antes, apunten al niño a la piscina.

—Ahora aprenden a nadar enseguida —le comunico.

Y, a continuación, se me ilumina un resquicio del cerebro y me comprometo verbalmente a regalarle al chiquillo un abono vitalicio para la piscina cubierta del Luis Aragonés. Les cuento a Roser y a Carlitos que voy a hablar personalmente con el instructor, un tal Alipio, de plena confianza, para que me informe de los cursos especiales para recién nacidos.

—Si no podéis vosotros —le digo a la feliz pareja—, me comprometo a llevarle yo.

Ana alucina. Carlitos y Roger me agradecen el gesto y nosotros regresamos a casa. Esta vez a pata, atravesando el parque del Retiro. Por el camino yo intento planear nuestro próximo viaje a Nueva York, que promete ser el comienzo de una apasionante aventura romántica, pero Ana prefiere comentarme que a qué viene eso de que voy a llevar yo a un bebé de una gente que ni

conozco a la piscina de Hortaleza. Y me indica que el ofrecimiento ha quedado superraro. Rozando la pedofilia. Y que, además, si quiero llevar a algún hijo a algo, que lleve a Martita al baloncesto, que en todo el curso pasado sólo asistí a dos partidos. Yo le digo que vale, vale. Nos paramos en el estanque y le propongo que subamos a una barca de remos.

—Como cuando éramos novios —le recuerdo.

Y ahí, en medio de las aguas, es cuando le confieso yo a Ana que no voy a escribir más. Que yo ya he cumplido. Que no quiero un *Kennedy contraataca* y que me pase lo de Rulfo. Que lo único que deseo es disfrutar de la vida sin premuras. Que yo, como Pedro Salinas, para vivir no quiero ni islas, ni palacios, ni torres. Que para mí la alegría consiste en vivir en los pronombres. Y, con intención de acentuar la importancia de este pensamiento, intento a mala idea salpicar a mi compañera con el remo. Pero fallo. Tristemente fallo, resbalo y caigo al agua. A mi musa le entra la risa floja y tarda quizás demasiado en rescatarme. Pero, bueno, me salva, que es lo importante. Felicidad completa. Nada más quiero. Sólo le pido a Dios, como Mercedes Sosa, que podamos envejecer en nuestro piso con derecho a portero que nos saque la basura. Y que nunca me falle el Citroën C-3. Lo único que necesito es menos. De hecho, con la excusa de la emancipación de Sergio, estoy procediendo a una limpia de armarios. La modestia, como le comenté torpemente al reverendo en la gruta de Esopus, es un lujo que solamente se puede permitir la gente con dinero. Y yo, como ahora lo voy a tener a mansalva, estoy empezando a darme el gustazo.

POSDATA

NADIE VIENE AL PARAÍSO, SINO POR MÍ

Madrid, a principios de 2016

Día dos mil ciento noventa. Jueves. Luna nueva

Desde que visité a Obama en Nueva York no he vuelto a saber nada más de los de Esopus. Le comenté al presidente que si él podría parar la serpiente negra y me contestó que *Yes we can*, pero no he vuelto a saber del tema. Con frecuencia he rastreado las noticias tratando de dar con algún indicio que me pudiese descifrar si la colonia había conseguido sortear el peligro del oleoducto, pero todos mis intentos han resultado vanos. Hasta hoy, precisamente, que descubro en la sección nacional de *The New York Times* que se ha organizado una rebelión en la reserva india de Dakota en contra de las petroleras. El corazón me da un vuelco.

Día dos mil doscientos tres. Miércoles. Chubascos alternos

Observo con atención un vídeo de la CNN sobre los incidentes en Dakota. Los manifestantes se cuentan por miles. La policía utiliza perros y cañones de agua helada para dispersarlos en medio de una tormenta de nieve, pero los indios resisten con entereza. Se producen multitud de heridos. El reportero de la cadena desplazado a Standing Rock entrevista a un nativo ensangrentado. No puedo dar crédito. Es Xavi, el número 6, aunque esta vez ha cambiado los colores blaugranas por un plumífero de color malva. Sus palabras me llegan al alma.

«Como representantes del pueblo que ha habitado América del Norte desde hace miles de años, tenemos serias preocupaciones sobre la salud de nuestra tierra y el futuro de nuestro agua. Creemos que los acuíferos de Iowa ya han sido gravemente afectados. Si permitimos que construyan el oleoducto, bastará un simple error para que la vida desaparezca de nuestra nación para siempre. Tenemos obligación de proteger el agua, porque ella es la que nos procura la vida».

¡Ole tus cojones!, me sorprendo alentando a un culé por vez primera en mi vida.

Día dos mil doscientos quince. Domingo. Frente frío. Granizo

Por fin toma Obama cartas en el asunto. Ya era hora. A petición de la Casa Blanca, el cuerpo de

ingenieros de los Estados Unidos deniega el paso de la serpiente negra bajo las aguas del río Misuri. La construcción del oleoducto queda interrumpida *sine die* por una orden ejecutiva del presidente. Los indios han ganado la batalla. En el último minuto, pero han vencido. Como la remontada histórica del Madrid contra el Sevilla. Marcó el gladiador Ramos para empatar a dos el partido. Tocadito llegó el balón. Luego remató Van der Vaart y produce la locura en el Bernabéu. Es la historia de nuestro club. Jugar para ganar. Luchar hasta el final. Igual que la remontada del año pasado con el Getafe. En diez minutos, 3 a 2. Recordando los gritos de júbilo de entonces en las gradas, imagino la felicidad que debe de inundar en estos momentos a los habitantes del valle. Y está feo que lo diga, pero me considero indirectamente responsable de esta enorme victoria. Así que, para celebrarlo, me abro una lata de mejillones Cuca.

Madrid, a principios de 2017

Día dos mil doscientos setenta y tres. Martes. Nubarrones

El presidente Donald Trump anula la orden ejecutiva firmada por Obama y suprime el estudio de impacto medioambiental que la anterior administración había puesto en marcha. La construcción del oleoducto se reactiva. El corazón me vuelve a dar otro vuelco, pero ahora para el lado contrario. ¡Dios mío, la cueva!

Día dos mil trescientos treinta y nueve. Lunes. Sol radiante

Leo en la versión *on line* de La Vanguardia que, mientras Trump se encarga de deshacer todo el legado del anterior inquilino de la Casa Blanca, los Obama disfrutan de unas merecidas vacaciones en la Polinesia. En portada se publica una foto captada con teleobjetivo. Sobre la cubierta del yate, Barack le saca una foto con su móvil a Michelle. Relata el cronista que la lujosa embarcación pertenece al multimillonario David Geffen y que a bordo, además de la mencionada pareja, se encuentran también Bruce Springsteen, Tom Hanks y Oprah Winfrey, la célebre presentadora televisiva. Mucho barco me parece a mí para tan poco pasaje. Examino la ilustración con mayor detenimiento y descubro un pequeño detalle que me provoca un pellizco en el alma. Activo el *zoom* de la pantalla de mi VAIO y aumento la imagen en un ciento setenta y cinco por ciento, hasta el punto en que casi revientan los píxeles. Pero ahí está. En la parte de abajo del buque. Identifico perfectamente su silueta a través del cristal esmerilado de la escotilla. ¡Hay que ver la entereza que sigue teniendo Martin a sus ochenta y ocho años! Y espera que, por la indumentaria, también reconozco a Benazir a su lado. ¡Anda, leñe! ¿Pero qué me cuentas? Si juraría que el que asoma por la otra escotilla no es ni más ni menos que… ¡Severiano Ballesteros! *The bird is alive*, me digo. Ni vacaciones en Polinesia ni leches. Obama está transportando de extranjis a la colonia a Hawái. *The bird is alive!*

—*The bird is alive! The bird is alive!* —le grito a Ana entusiasmado mientras corro a su encuentro por el pasillo. Ella no entiende a qué vienen tantas emociones, pero mi felicidad le resulta contagiosa y nos besamos como nunca.

—*The bird is alive!* —le insisto.

—Pues sí —reconoce ella apretando su cuerpo contra el mío—. Si que parece que tienes hoy vivo el pajarito, chato.

Mi amigo invisible
Guillermo Fesser

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Víctor Monigote

© Guillermo Fesser, 2018

© Espasa Libros, S. L. U., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018

ISBN: 978-84-670-5173-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es